



wattpad

An illustration in a comic book style. On the left, a woman with long brown hair is shown from the chest up, wearing a light pink sweater. Her hands are clasped together in front of her. On the right, a man is shown from the chest up, wearing a light blue denim jacket. The background is a solid light brown color.

EL HUESPED

KENDYMADNESS

Kendymadness

EL HUÉSPED

wattpad 
by montena

Prólogo

FRANK

La música de Aerosmith se escuchaba por última vez en mi habitación mientras cerraba la maleta y la bajaba de la cama. Había metido solamente ropa y algunas pertenencias. No me gustaba la idea de mudarnos, y mucho menos a casa de gente a la que no conocía. Aunque se trataba de la prima de mi madrina, pensar que en esa casa sería acogido por la familia de Melina me hacía sentir bastante incómodo.

Tenía otra opción que me resultaba más tentadora: mi apartamento en la ciudad. Lo había alquilado un par de veces para lograr pagar la universidad, tras adquirirlo gracias a una pequeña herencia que me dejaron mis padres antes de morir. Era un lugar acogedor, solo necesitaba arreglarlo un poco si quería vivir solo.

Melina llamó a la puerta antes de asomar la cabeza y sonreír cuando se dio cuenta de que había seguido sus instrucciones de hacer la maleta. Nunca podía enojarme con ella. Era la única persona que se había hecho cargo de mí desde pequeño. Había crecido sin que me faltara nada, y a pesar de que no se lo demostrara, siempre le estaría agradecido.

—¿Ya lo tienes todo? —Entró a la habitación y miró a su alrededor.

—Estoy listo. —Dejé salir un suspiro, considerando aún la idea de irme a mi apartamento.

Melina pareció intuir mi indecisión.

—¿Qué es lo que pasa? —Caminó hacia mí y me llevó a sentar junto a ella en

la cama—. Siempre te pones así de serio cuando algo no te gusta.

Esbocé una ligera sonrisa.

—Nunca te equivocas, madrina. —Mi sonrisa se desvaneció al mirar la maleta—. ¿No crees que ha llegado el momento de independizarme?

Frunció el ceño.

—No tienes que venir conmigo si no es lo que quieres, Frank. Sabes que eres libre de tomar tus propias decisiones —dijo con tristeza—. Entiendo que mudarte con personas que no conoces debe de ser muy frustrante e inapropiado, pero ya hace meses que sabes que esta casa estaba en venta.

—Lo sé, pero no puedo irme y dejarte sola.

—Lo dices como si se tratara de personas desconocidas para mí, pero no lo son, Frank —contestó con tranquilidad—. Rebeca es mi prima. Además, no estaremos viviendo con ellos mucho tiempo. Solo mientras encontramos otra casa.

Fue entonces cuando se me ocurrió una idea.

—Podríamos ir a vivir a mi apartamento. Es pequeño pero estaremos bien allí —dije con la esperanza de convencerla.

Melina negó con la cabeza.

—Queda lejos de la ciudad, y sabes que mi trabajo es repartir catálogos aquí en el centro.

—Pero yo podría llevarte y...

—Frank, decídetelo... —Tomó mi mano y me miró—. De los cambios drásticos siempre se aprende algo. Nunca sabrás si puede ser algo bueno o malo si no lo haces.

Se levantó y emprendió el camino hacia el pasillo. Reflexioné durante unos instantes: era consciente del cambio radical que suponía mudarnos, por ello mi primera opción había sido mi apartamento y llamar a mi mejor amigo Joel para que me ayudara a organizarme.

Pero ese plan se fue por la borda cuando Melina me mostró una foto de la familia Owens. Fue entonces cuando la vi a ella y sin dudarlo acepté el reto. Tenía que conocerla.

ALEXA

Odiaba levantarme temprano y más aún cuando el sol se colaba agresivamente por las cortinas de mi ventana. Gruñí al sentir la luz brillante en los ojos y me giré hacia el otro lado de la cama para seguir durmiendo, pero mi madre me interrumpió entrando a la habitación.

—Alexa, ya es hora de levantarse —empezó a decir mientras recogía un par de libros del suelo. Seguramente se cayeron anoche al quedarme dormida mientras trataba de seguir leyendo—. Cuida tus cosas, los libros no son tan baratos.

Me quejé cuando corrió las cortinas.

—¡Mamá! Para... —Me escondí debajo de las sábanas para taparme el rostro—. Estoy de vacaciones.

—Es una buena razón para disfrutar del día desde temprano. —Me removió tratando de hacerme cosquillas como si fuera una niña pequeña—. Vamos, despierta.

Dejé salir una media carcajada y fue la manera en que pude dejar el sueño de lado.

—¿A qué se debe tanta insistencia para que me levante? —pregunté ahogando un bostezo—. ¿Hemos de ir a visitar a algún familiar?

—De hecho, vienen a visitarnos a nosotros —dijo con cierta cautela.

Traté de recordar fechas importantes, ya que era el único motivo por el que nos visitaban nuestros tíos de Europa.

—¿De quién se trata?

—No los conoces aún. —Mamá sonrió—. Una prima mía ha vendido su casa y necesita un sitio donde vivir mientras encuentra una nueva. Serán solo un par de meses.

Asentí sin darle mucha importancia. Cogí el móvil para responder algunos mensajes de mi amiga Karina.

—Será agradable conocerla —dije finalmente.

—Melina tiene hijos gemelos de diez años, a ellos los conocerás cuando regresen del campamento —comenzó a decir—. Pero su ahijado sí se quedará

con nosotros.

Envié el último mensaje y miré de reojo a mamá.

—Esperemos que no sea un niño demasiado revoltoso.

Mamá se rio pensando que yo estaba bromeando; es que me faltaba algo más por saber.

—Es un par de años mayor que tú, Alexa.

No sabía por qué, pero la idea de tener a un chico en mi casa me puso nerviosa de inmediato.

—¿Lo conoces? ¿Por qué dejas que un chico mayor que yo viva con nosotros?

—Alexa, tranquila —me dijo mamá soltando una risita—. Conocí a Frank cuando era un adolescente; es un buen chico.

Fruncí el ceño, insegura. Su nombre no me brindaba confianza, sabía que era absurdo, pero tenía el presentimiento de que todo sería diferente a partir de ahora. Y lo peor de todo era que, aunque mostrara mi desacuerdo, la decisión de mamá ya estaba tomada, y nada la haría cambiar de opinión.

1

Primera conversación

Mi padre asignó a Frank la habitación de la segunda planta, que está al lado de la mía. Durante el día, todo marchaba con aparente normalidad. Yo me levantaba muy temprano y me lo encontraba la mayoría de las veces por el pasillo, nos mirábamos de reojo, pero después continuábamos nuestro camino.

Los primeros días, ambos nos tratábamos con indiferencia. Incluso nos evitábamos el uno al otro. Cada uno hacía su vida como si el otro no existiera, y eso no perjudicaba mi rutina cotidiana.

Mis padres trabajaban durante el día y parte de la tarde. Melina —la prima de mi madre— continuaba con sus servicios de catálogos desde casa. Así que yo pasaba prácticamente todo el día con Frank, el ahijado de Melina. A pesar de que no había mantenido ninguna conversación larga con él, por las miradas prepotentes que me lanzaba cada vez que me veía, sabía que era un chico arrogante y egocéntrico.

Una noche estuve despierta hasta las dos de la mañana. A excepción de un grillo que se escuchaba a lo lejos, el silencio era profundo. Me parecía extraño no poder conciliar el sueño, solía quedarme dormida sin ningún problema. Para matar el tiempo, me entretuve con el móvil, y fue entonces cuando vi el mensaje de Fernando. Con cierta emoción, me senté en la cama y leí el contenido:

Alexa, ¿cómo estás? Hace tiempo que no hablamos.

Fernando fue mi novio durante algunos meses. Lo había conocido el primer día de universidad y me fue imposible no caer rendida a sus encantos. Era carismático y divertido. El problema es que mis padres, en especial papá, no estaban de acuerdo con que tuviera novio, a pesar de que ya tenía edad para ello.

Pero a mi padre le daba lo mismo que tuviera dieciocho años, él era bastante sobreprotector conmigo. Pensaba que, cuando salías con una persona, te ibas directo a la cama. Rompí con Fernando por esas y muchas razones que nos impedían continuar como pareja, pero no podía negar que aún seguía sintiendo algo por él.

Me quedé contemplando el mensaje, no sabía si contestar o simplemente tratar de dormir. Estaba debatiéndome conmigo misma cuando el móvil comenzó a vibrar. Era una llamada entrante de él y de ninguna manera iba a rechazarlo. Retiré las sábanas, encendí la lámpara y me levanté para atender la llamada.

—¿Hola? —El tono de mi voz era bajo y discreto.

—Alexa, ¿estás en casa?

Su pregunta me confundió un poco, quiero decir, ¿en dónde iba a estar a las dos de la madrugada? No había hecho planes con Karina, mi mejor amiga.

—Sí, ¿por qué? —contesté finalmente.

—Estaba dando vueltas con el coche y se me ha ocurrido acercarme a tu casa. Tengo muchas ganas de verte.

Sorprendida por su respuesta, salí de la habitación procurando no hacer ruido con la puerta.

Manteniendo a Fernando en la línea telefónica, bajé las escaleras y me dirigí a la sala. Observé a través de la ventana y logré ver su auto al otro lado de la calle. Yo también tenía ganas de verlo a él. Habían pasado varias semanas desde que lo vi por última vez, había sido exactamente después de que comenzaran las vacaciones.

—Si mis padres se enteran de lo que voy hacer, me castigarán —murmuré, poniendo en riesgo la confianza que me tenían.

Nos les gustaría nada saber que yo salía en medio de la noche para ver a mi exnovio; pero aun así, me iba a arriesgar.

Me contestó con palabras que no logré entender porque una sombra detrás de

mí me llamó la atención. Me volví y mis labios se entreabrieron cuando vi al intruso bajando las escaleras. Estábamos prácticamente a oscuras, pero pude ver que solo llevaba puestos unos bóxers negros y me fue imposible ignorar la firmeza de los músculos que adornaban sus bíceps, sus pectorales y su abdomen.

Cuando nuestros ojos se encontraron, me di cuenta de que me miraba con cierta intriga y curiosidad. Rápidamente colgué y solté el aire que estaba conteniendo.

—¿Necesitas algo? —dije con amabilidad tratando de ocultar el nerviosismo que sentía.

—¿Qué haces despierta a estas horas? —inquirió con autoridad, como si tuviera todo el derecho a preguntarme algo así.

Eso me molestó y perdí la poca paciencia que tenía con él.

—No te importa —lo esquivé, dispuesta a volver a mi habitación.

—¿Tus padres saben que un auto te está esperando afuera?

Me giré hacia él con la intención de mentir. Podía aparentar indiferencia, pero me percaté de que estaba mirando por la ventana.

—No sé de qué me hablas —repliqué, pasando saliva.

Esperaba que no continuara con el tema, pero en ese instante mi móvil volvió a vibrar. Era imposible que Frank no se diera cuenta de ello porque la luz de la pantalla me delataba. Sería estúpido tratar de disimular.

—El chico del coche te está llamando —dijo con tono de burla.

Ignorando su comentario, contesté la llamada, dándole la espalda para que no pudiera escucharme.

—Hablamos mañana, ¿de acuerdo? —susurré y me quedé esperando la respuesta de Fernando, pero nunca llegó.

En cuestión de segundos la mano de Frank apareció en mi campo de visión y me arrebató el teléfono, haciéndose cargo él mismo mientras yo asimilaba lo que estaba pasando.

—Sí, por ahora no puede atenderte. Será mejor que no la molestes —cortó la llamada y pacientemente, me entregó el móvil. Me dedicó una leve sonrisa, satisfecho por mi reacción y subió las escaleras.

—¿Cuál es tu problema? —le pregunté manteniendo un tono de voz bajo

mientras lo seguía.

Me ignoró y, cuando estuvimos en la segunda planta, cerró la puerta de su habitación. Por poco no me golpeé el rostro con ella.

¿Qué diablos le sucedía? ¿Quién se creía que era para tomar decisiones por mí e ignorarme de esa forma?

Con la rabia fluyendo por mis venas, regresé a mi cuarto e intenté dormir. Si me quedaba despierta, podría acabar armando un escándalo para exigirle a Frank una explicación. Y hacer eso suponía despertar a mis padres y por lo tanto ser descubierta; sin duda se enterarían de que había estado a punto de salir de noche con Fernando.

¡Odioso!

Al día siguiente, me mataban los nervios mientras desayunaba. Esperaba que a Frank no se le ocurriera comentar algo sobre anoche delante de mis padres. Los castigos de mi padre eran estrictos y un tanto crueles, no serviría de nada rebelarme, porque siempre decía que mientras viviera bajo su techo debía obedecer y respetar las reglas de la casa.

Despejé mis pensamientos y me dediqué a terminar mis cereales mientras mis padres hablaban de negocios. Suspiré con cansancio. Escucharlos era peor que escuchar una misa. Podía dormirme de nuevo mientras los oía. Desgraciadamente no pude evitar notar las miradas que me lanzaba Frank desde el otro lado de la mesa. Había estado ignorando su presencia, pero cuanto más lo intentaba más me miraba. Sabía que en cualquier momento abriría su estúpida boca y me acusaría de haber estado a punto de salir a la calle en plena noche.

El sonido del teléfono fijo me sobresaltó, era la oportunidad perfecta para salir de la cocina. Estaba a punto de levantarme, pero mi madre se adelantó y se dirigió a la sala.

Aceptando mi derrota, me removí en mi lugar y escuché a Frank reír entre dientes. Sabía perfectamente que estaba buscando un pretexto para evitar sus miradas acusadoras y ahora se burlaba de mí por no lograrlo.

Quería gritarle que era un completo imbécil, pero me contuve. No iba a darle el gusto de que viera cuánto me irritaba, no después de lo de anoche.

—La llamada es para ti, Alexa —dijo mamá cuando regresó a la cocina, y luego se sentó al lado de mi padre y retomó la conversación.

Con una sonrisa triunfadora, me puse de pie y miré a Frank por encima de mi hombro antes de dirigirme a la sala. Su expresión divertida fue reemplazada por un gesto serio y en parte molesto. No podía sentirme más afortunada.

Ya en la sala, atendí la llamada. Era Fernando y tuve que explicarle por qué no había contestado sus mensajes después de que Frank me arrebatara el móvil y lo usara como si fuera suyo. Fernando entendió la situación y comenzó a burlarse, haciendo que me partiera de risa. Sabía que mis carcajadas llegaban hasta la cocina, pero no me importaba en absoluto.

Después de que Fernando me invitara a una fiesta el sábado, terminamos la conversación. Sin ganas de volver a la cocina, comencé a dirigirme a las escaleras cuando escuché que Frank me llamaba. Me volví y vi que se me acercaba. Se detuvo frente a mí y se cruzó de brazos, mirándome con el ceño fruncido.

¿Ahora qué le pasaba?

—¿Qué quieres? —pregunté de mala manera.

—No irás a esa fiesta.

¡Ja! Su comentario me dejó claro que había estado escuchando mi conversación con Fernando, ¡pero no me podía creer que me estuviera prohibiendo salir!

—¿Qué? —pregunté confundida.

—Ya me has oído —dijo, manteniendo una postura firme.

—No, repítelo —le exigí.

Necesitaba confirmar que había oído bien.

—Que no irás a esa fiesta —respondió, haciendo énfasis en el «no».

Estaba furiosa, pero, sorprendentemente, lo único que quería hacer en ese momento era reír sin parar. En primer lugar, no iba a permitir que él me prohibiera nada. No tenía la autoridad para hacerlo.

—Sí, claro, lo que tú digas —contesté con tranquilidad y me giré, conteniendo la risa mientras emprendía camino a mi habitación.

Estaba lavándome los dientes cuando comenzó a sonar mi móvil.

Inmediatamente pensé en Fernando, pero una vez que leí el mensaje, sentí cómo la ira corría por mis venas.

Ya veremos si tus padres te dan permiso para ir a esa fiesta después de que les cuente que estabas a punto de escaparte anoche y por si no tienes registrado mi número, soy Frank.

Abrí la boca, sin emitir ningún sonido y volví a leer el mensaje. No entendía su comportamiento. Lancé el móvil a la cama y tomé un libro con la esperanza de distraerme. Me iba a volver loca con sus exigencias y sus amenazas.

Tratos con Frank

La rabia surgía de nuevo cada vez que leía el mensaje. No lograba entender por qué Frank insistía en hacerme la vida imposible. Maldito el día en que mis padres les ofrecieron nuestra casa.

Desde luego, Melina no estaba incluida en mi lista negra, era una persona amigable y solidaria, y tampoco sus dos hijos, a los que ni siquiera había tratado, y que tal vez no llegaría a conocer, pues estarían de campamento hasta que terminaran las vacaciones.

El problema aquí era Frank, que parecía disfrutar con cada detalle que me hacía enojar. Con un gruñido, eliminé el mensaje. El estómago se me revolvía al imaginarlo escribir el texto con una sonrisa de satisfacción.

¡Argh!

Tomé una respiración profunda en un intento de guardar la compostura, pero la verdad es que no me ayudó en nada. Las ganas de golpear su sexy rostro cada vez me resultaban más tentadoras, pero eso conllevaría problemas con mis padres, castigos, discusiones, etc., así que descarté esa opción por el momento.

Sin perder más tiempo, caminé hasta la puerta de su habitación, que como siempre permanecía cerrada. Pensé en llamar, pero al final consideré que no era merecedor de tal gentileza. Decidida, giré el pomo de la puerta y agradecí que no tuviera el pestillo puesto. No quería llamar y esperar a que se dignara a abrirme, ya que seguramente me ignoraría al imaginar que iba dispuesta a discutir con él.

En el instante en que abrí la puerta un aroma masculino se apoderó de mis fosas nasales. Era la primera vez que entraba en su habitación. Me había dicho a mí misma que no pondría un pie en ella, pero debido a las circunstancias no tenía otra opción. Ignorando mi sentimiento de culpa por irrumpir así en su cuarto, examiné discretamente el interior.

Sinceramente, había imaginado que todo estaría hecho un desastre o, por lo menos, que tendría un aspecto parecido al de un contenedor de basura, el tipo de habitación adecuada para chicos como él. Pero ¿quién iba a imaginar que el lugar estaría impecable? Por un momento pensé que no era su habitación, pero no tuve más remedio que aceptar la realidad.

Sabía que las paredes eran de un color oscuro, un color que hubiera podido darle un aspecto espeluznante y tenebroso al cuarto, pero que, en lugar de ello, hacía que resultara cálido e, incluso, acogedor. Las cortinas se hallaban delicadamente corridas, permitiendo la entrada de la luz natural y el pequeño tocador estaba, para mi sorpresa, ordenado. Todos los frascos de perfume y loción que alcanzaba a ver estaban perfectamente alineados.

Lo que me faltaba: además de idiota, era un obsesivo compulsivo del orden. Ni siquiera había ropa tirada por el suelo ni nada parecido. Esperaba ver el suelo lleno de manchas o con revistas esparcidas y ese tipo de cosas, pero estaba impoluto, y la cama perfectamente hecha con sábanas de poliéster azul marino.

Diablos, este chico tenía su cuarto más limpio y ordenado que el mío. No me juzguen, un poco de desorden no dañaba a nadie. Dicen que lo perfecto es aburrido, ¿no?

El intruso estaba sentado en el borde de la cama, con las manos descansando sobre sus rodillas, mientras sostenía el control de un videojuego y sus dedos se movían rápidamente sobre las teclas. Estaba tan concentrado que no notó mi presencia hasta pasados unos cuantos segundos. Cuando finalmente giró la cabeza hacia mi dirección, me miró de reojo y logré ver una sonrisa formándose en su rostro antes de devolver su atención al videojuego.

Arqué las cejas ridículamente. ¿En serio? Yo había esperado que me abroncara por entrar sin permiso en su habitación.

—¿Y bien? —empecé a decir, ocultando la ira en mi voz.

Tenía que mostrarme amable y paciente.

—¿Y bien qué? —contestó, sin apartar la mirada de la pantalla.

Genial, ahora se hacía el desentendido. Sabía exactamente a qué había ido y no entendía por qué tenía que recordárselo.

—No te hagas el inocente, sabes muy bien a qué me refiero —recalqué, esperando a que dejara de comportarse como un idiota.

—Te agradecería que me lo recordaras, tengo muy mala memoria —dijo, mostrando un total desinterés.

Suspiré con frustración. No iba a soportar una conversación con este estúpido que se comportaba como un niño pequeño.

Descaradamente, me acerqué a él y le arrebaté el maldito mando del videojuego. Nuestras manos se rozaron por un milisegundo, un roce que me hizo sentir un ligero cosquilleo. Tiré el control hacia el otro lado de la habitación y su expresión cambió radicalmente cuando en la pantalla apareció un gran y deslumbrante «Game Over». Felicidad y más felicidad. Se lo merecía por no prestarme atención.

Se levantó. La expresión de su rostro había cambiado por completo. Su ceño fruncido, la línea recta de sus labios y la furia de sus ojos no me hacían presagiar nada bueno.

—¿Sabes lo que acabas de hacer? ¡Estaba en el nivel ochenta y cinco! —exclamó, aún asimilando mi gesto inmaduro.

—No me importa —dije y me crucé de brazos, tratando de adoptar una postura intimidante—. Ahora, dime, ¿quién diablos te crees que eres para tomar decisiones por mí?

—Tendré que empezar la partida de nuevo —dijo entre dientes, mientras recogía el control que se encontraba en un rincón.

—¿Has oído lo que acabo de decir?

«Juro por todos los santos que si sigue ignorándome agarraré la consola y se la tiraré por la ventana», pensé.

—Creo que me debes un favor, ¿no crees? —comentó, pasando de molesto a divertido.

—¿De qué hablas? —sabía exactamente de qué estaba hablando, pero no iba a

admitir que me estaba cubriendo un posible castigo.

—No les he dicho a tus padres que estuviste a punto de escaparte, pero, como te dije en mi mensaje, si vas a esa fiesta, se lo diré...

Lo odiaba, lo odiaba tanto que no sabía si podría soportarlo mucho más tiempo.

—¿Por qué haces esto? Yo no te he hecho nada para que me fastidies de esa manera —dije irritada.

Había aceptado su presencia en casa y no decía nada cuando él llegaba a altas horas de la noche para evitar este tipo de confrontaciones. Pero él se había declarado mi enemigo, y yo no pensaba mostrarme débil ante él. No mientras pudiera.

—Iré a esa fiesta, te guste o no.

—Estás advertida, cariño. Puedes ir si así lo deseas, pero recuerda que diré lo que sé —aseguró sonriendo.

Sus palabras me causaron un dolor de cabeza repentino. Por el tono de su voz me di cuenta de que hablaba en serio; no estaba bromeando en absoluto.

Diablos, ¿ahora qué? No podía dejarme vencer tan fácilmente. Estaba decidida a ir a esa fiesta a pesar de sus amenazas, pero eso no era lo que me preocupaba. Temía el castigo que vendría después, podría ser de un mes, dos meses, o de tres meses a un año sin salir... Mi padre se tomaba muy en serio la indisciplina.

—¿Qué tengo que hacer para que te quedes callado? —pregunté, sintiéndome fatal por estar a su merced.

—Hagamos un trato —dijo, tomándome por sorpresa. De ninguna manera iba acceder si se trataba de algo desagradable. Se acercó a mí hasta estar justo enfrente y me miró detenidamente—. Irás a esa fiesta solo si yo voy contigo.

Involuntariamente, se me escapó una breve carcajada. No era una propuesta difícil, comparada con las que yo había temido que se le pudieran ocurrir, pero ¿no le bastaba con estar molestándome literalmente todo el día? Unos minutos de su presencia eran suficientes para querer asesinarlo, así que estar con él en el mismo lugar durante horas sería una tortura.

Me tomé un momento para considerar las ventajas de la situación, que más bien parecía un chantaje.

Ventajas:

1. Frank no les diría a mis padres que estuve a punto de escaparme con Fernando y me libraría de cualquier castigo, así que, en cierto modo, no estaba mal...
2. Me encontraría con Fernando y esta vez no me estaría escondiendo.
3. Karina, mi mejor amiga, estaría en la fiesta.
4. Me divertiría.

Realmente, las ventajas eran más que geniales, y la única desventaja era que tendría que soportar la presencia de Frank, así que no podía hacer otra cosa que aceptar.

De alguna forma sabía que esto no acabaría bien. Intuía que, aunque intentara divertirme y distraerme, Frank haría todo lo posible para que no lo consiguiera, pero, sinceramente, prefería sacrificarme un poco con tal de ver a Karina y a Fernando. Además, aunque fuera por unas horas, estaría en paz, después de los días que había pasado soportando a solas a ese idiota que había invadido mi casa.

—¿Aceptas o no?

Parpadeé, y volví a la realidad enfocando el rostro impaciente de Frank.

—Está bien, irás conmigo —dije, dejando salir un suspiro.

Asintió y sonrió con orgullo por haber logrado lo que quería.

Regresé a mi habitación. Faltaban dos días para el sábado, y me sentía más nerviosa que emocionada con la perspectiva de la fiesta. Con Frank se podía esperar cualquier cosa. Rogaba para que no se le ocurriera ninguna tontería, porque, de lo contrario, me arrepentiría de haber aceptado su propuesta.

Sentimientos confusos

Los días fueron pasando lentamente y, para ser honesta, fueron los más relajados desde que Frank se había instalado en casa. Tras aceptar su misterioso trato, no volví a cruzar una palabra con él. De hecho, no lo veía como solía hacerlo. No es que me gustara estar viéndolo durante todo el día, pero su ausencia me sorprendió.

Salía a correr por las mañanas y por las tardes se iba con alguno de sus amigos. Volvía muy tarde, algunas veces al amanecer, pero nadie le decía nada. Me pregunté cuántos años tendría para que tuviera esa libertad de volver a casa a la hora que se le antojaba. Debía de tener veinte por lo menos, pero, aun así, pensé que, estando en nuestra casa, debería de mostrar un poco más de consideración hacia nosotros. Pero parecía que yo era la única que se mortificaba con ese tema, ya que Melina —que era la responsable de Frank— no le llamaba la atención.

Sabía con certeza que, si fuera yo la que llegara a esas horas, mi padre ya me habría inscrito en una escuela de monjas para que aprendiera a comportarme adecuadamente. Me parecía muy injusto que a Frank le permitieran salir hasta tan tarde solo por el hecho de que era un chico.

El sábado por la mañana inicié el día con una deliciosa ducha y luego bajé feliz por las escaleras y me dirigí a la cocina. Mi alegría se debía a lo bien que me sentía por no estar siendo molestada constantemente por el intruso. Era como

si él por fin se hubiera rendido, pero, a pesar de mi inmensa felicidad, me sentía algo insegura: sabía que tenía que seguir alerta a cualquier comentario o movimiento de Frank. Ese chico era como un felino, y en cualquier momento podía atacar, tomando a su víctima desprevenida.

Me preparé un delicioso desayuno con huevos fritos, tocino, fruta y té. Después de todo no era mala cocinera. Es verdad que tenía que aprender a cocinar más cosas, pero desde luego no tendría que sobrevivir solo a base de cereales y comidas rápidas. Como les pasa a los personajes de los Sims, las personas no solo podemos alimentarnos con tentempiés y pizzas.

En ese instante, Frank entró a la cocina. Casi me atraganto. Diablos, a pesar de que iba vestido de manera informal, estaba guapísimo. Llevaba una camiseta de tirantes blanca, shorts negros que le llegaban por debajo de la rodilla y unas zapatillas deportivas con las que seguro que podría correr carreras olímpicas. Me ponía nerviosa. Tenía que admitir que se veía sexy a pesar de que su rostro estuviera sudado y enrojecido. Me parecía una locura pensar que las gotas de sudor que caían por su frente formarían parte de su atractivo.

Me miró de reojo mientras tomaba un vaso de agua. Sabía que lo estaba admirando. Sonrió por encima del vaso. Intenté ignorarlo, pero mi mirada parecía estar en mi contra, porque viajaba hacia él todo el rato para admirar sus bíceps. Afortunadamente, salió de la cocina y pude volver a respirar con normalidad. Tenía que acostumbrarme a verlo todos los días y esperaba poder lograrlo, porque mis hormonas se despertaban cuando estaba cerca.

Por la tarde, estaba descansando después de haber limpiado mi cuarto. Creo que me sentí un poco mal al ver que la habitación de Frank estaba más ordenada que la mía, pero ya he dicho por qué no pensaba convertirme en una adicta a la limpieza: la perfección es aburrida.

Mientras estaba leyendo, me acordé de que no había pedido permiso a mis padres para ir a la fiesta de esa noche. Me golpeé la frente y cerré el libro. Nada más faltaba que no me dejaran ir por no haberles avisado con tiempo.

Mis padres no estaban, lo que me pareció un tanto desconcertante. Generalmente se quedaban los sábados en casa. Pero no había señales de ellos ni tampoco de Melina. La habitación de la planta baja estaba vacía. Busqué en el

jardín y en la cocina, pero no tuve éxito. Fui a la sala y me dirigí directamente al garaje. El coche de mis padres no estaba, los llamé al móvil pero ninguno contestó. Tenía que esperar a que regresaran.

Eran la seis de la tarde; si por alguna razón no llegaban antes de las nueve, tenía que despedirme de las cuatro ventajas que había contemplado para aceptar el trato de Frank. Suspiré y apoyé mi frente contra el vidrio. Quería ir a esa fiesta.

—¿Buscas a alguien?

Me giré sobresaltada, y me encontré con Frank, que estaba sentado en el sofá.

—¿Sabes adónde han ido mis padres? —pregunté, con una mano en mi pecho. Me había dado un susto de muerte.

—A Melina le quedaban unos catálogos por entregar y la han acompañado —contestó.

—Oh...

Esperaba que volvieran a tiempo.

—¿Para qué los buscabas? —preguntó, poniéndose de pie.

—Ese no es asunto tuyo —dije, y comencé a caminar hacia las escaleras.

—No les has pedido permiso para ir a la fiesta, ¿verdad?

Me detuve y me giré hacia él, preguntándome cómo diablos lo sabía.

—No, aún no.

—Tuviste dos largos días para hacerlo —arqueó las cejas.

—Olvidé decirles. —Me encogí de hombros y aparenté indiferencia, pero por dentro estaba ansiosa.

—Oh, claro, tal vez porque te has pasado todo el tiempo mirándome. —Sonrió, disfrutando de mi reacción. Me había quedado atónita.

—No te miro todo el tiempo —repliqué, intentando convencerme de ello.

—Ah, ¿no? ¿Y qué me dices de ayer? —Frunció el ceño, fingiendo estar confundido—. Estuviste mirándome desde la ventana de tu habitación mientras hacía abdominales en el jardín.

¿Qué podía decir? Mentir no era una salida convincente. Sí, estuve mirándolo obsesivamente hasta que terminó. Pero fue una coincidencia. Cuando abrí las cortinas, ahí estaba, recostado en el césped haciendo sus ejercicios con el torso

desnudo. No había sido culpa mía, y tampoco iba a perderme algo así.

No quedó otra que callarme y seguir subiendo las escaleras. Pude escuchar su risa, y me fue imposible evitar que mis mejillas ardieran. Él había sabido que yo lo estaba mirando mientras hacía abdominales y, aun así, continuó haciéndolas.

Entré en la habitación y cerré la puerta bruscamente. Idiota, retrasado, estúpido, demente. Las palabras aparecieron en mi mente cuando pensé en él.

Durante unos momentos, solo oí los autos que transitaban en el exterior. Tal vez, de tanto reírse, a Frank le había dado un infarto o se había ahogado en su propia saliva y ahora estaba tirado en medio de la sala, agonizando. Bien, no hacía falta ser tan bestia. Al cabo de unos segundos de silencio, escuché que llamaban a mi puerta. La abrí y me lo encontré en perfectas condiciones, apoyado en el marco de la puerta.

—Solo para avisarte... Ayer le dije a tus padres que te invitaría a salir esta noche y les pareció bien.

Me quedé mirándolo, procesando su comentario. Era muy amable de su parte haber pedido permiso a mis padres, porque parecía que no volverían hasta dentro de unas horas, pero luego reflexioné.

—¿Cómo sé que no me estás mintiendo? —cuestioné, entrecerrando los ojos.

Alzó los hombros y luego me mostró su móvil.

—Llama a tus padres, no me ofenderé por quedar como un tonto.

Estuve a punto de tomar el teléfono, pero decidí darle la oportunidad.

—De acuerdo, te creo. Pero debes tener claro que el que me invitó a salir fue Fernando.

—Imagino que así se llama el tipo que estaba esperándote en su auto la otra noche, ¿no? —dijo con amargura—. Bueno, sea como sea, nos iremos a las nueve.

Eran las ocho y media de la noche, mis padres todavía no daban señales de regresar. Pensé en llamarlos de nuevo, pero me calmé cuando recordé que tenía su permiso para salir. Se lo hubiera agradecido a Frank si no fuera por su actitud despectiva.

Debido a que no era un evento formal, decidí ponerme un vestido azul cielo de tirantes que me llegaba por encima de las rodillas. Me ondulé el pelo,

dejándolo suelto y lo combiné con un maquillaje moderado, unas cuantas capas de rímel y un gloss rojizo. Listo. Cogí el bolso de mano y fui a la sala, donde Frank estaba esperándome.

Llevaba un pantalón de mezclilla azul fuerte y unas botas negras y una camiseta roja que se le ajustaba a los brazos y hombros. Llevaba su pelo castaño despeinado salvajemente. Nuestras miradas se conectaron y me encogí. Se tomó su tiempo para inspeccionarme de arriba abajo.

—Estás muy guapa, Alexa.

Entendía su asombro: desde que llegó solo me había visto con pijama, tejanos y blusas normales.

Para evitar que se extendiera en sus halagos y que yo le dijera algo como: «Y tú tienes un aspecto de lo más sexy», salimos de casa, y él me siguió.

Cuando entramos en el club, ignoré su presencia en el mismo instante en que vi a Fernando y a Karina. Él estaba guapísimo con su pelo rubio y sus hipnotizadores ojos verdes. Karina llevaba un vestido corto rojo que se le ajustaba al cuerpo. Tenía una personalidad atrevida y extrovertida; la verdad es que la admiraba por atreverse a usar algo tan provocativo.

—Por Dios, ¿ese chico es el que está viviendo un tiempo en tu casa? —preguntó Karina, señalando a Frank, que estaba mirando a su alrededor despreocupadamente.

—Sí, es un arrogante —respondí, arrugando la nariz.

—Es un arrogante muy sexy —comentó asintiendo hacia él.

Sacudí la cabeza y cambié de tema. No quería pasar la noche convenciendo a mi amiga de que Frank era un idiota con patas.

Conseguimos una mesa, y Fernando se sentó a mi lado. Karina no perdió el tiempo y se fue con un chico que la invitó a bailar. Fernando me dijo que tenía muchas ganas de que empezaran las clases para poder vernos como antes, aunque odiaba la universidad. «¿Y quién no?», pensé. ¿Cómo no ibas a odiarla si te encargaban kilos de proyectos y te pasabas la vida estudiando para tediosos exámenes? Pero, bueno, todo eso era un sacrificio para obtener un título y poder ganarte la vida en un futuro.

Cuando Karina volvió, comenzó a hacerme preguntas sobre Frank. Fastidiada,

le hice un resumen de las últimas dos semanas de su estancia. Y, como la típica amiga, me dijo que era mi oportunidad de tener un rollo con él, pero me negué a pensar en eso. Mi objetivo era totalmente el contrario.

La noche se fue prolongando. Bailé como nunca. ¡Cuánto había echado de menos reír y gritar mientras sonaba alguna canción del momento! Una vez que la música pasó a un ritmo lento, regresamos a nuestra mesa para descansar. El chico que había estado bailando con Karina, Drake se llamaba, se sentó a su lado y comenzaron a hablar.

Miraba a mi alrededor, esperando a que Fernando volviera con las bebidas, cuando localicé a Frank en una de las mesas del rincón del local. Una ligera rabia se apoderó de mí al ver que estaba acompañado. Una chica rubia estaba pegado a él y le rodeaba el cuello con los brazos.

¿Qué diablos me sucedía? ¿Por qué de repente sentía que empezaba a hervirme la sangre? No podía estar celosa por un egocéntrico como él. No tenía que sentir envidia de esa chica al ver cómo Frank le sonreía y le susurraba algo al oído. No y no. Debía de ser un estúpido truco de mis hormonas que trataban de confundirme. Sí, debía de ser eso.

Por lo menos tenía buen gusto; la chica era bonita, pero la exageración de maquillaje decepcionaba. Y sobre su atuendo, bueno, estaba cerca de estar desnuda. Su diminuto vestido era aún más corto que el de Karina. Se veía tan empalagosa. Reía falsamente como una réplica de Barbie mientras jugueteaba con la camisa de Frank.

Sin previo aviso, la mirada de Frank se encontró con la mía y nos quedamos conectados un instante, a pesar de las personas que cruzaban. Una sombra apareció frente a mí, interrumpiendo el contacto visual. Era Fernando dejando las bebidas en nuestra mesa y, por un momento, quise hacerlo a un lado.

—¿Quieres bailar conmigo? —dijo él, regalándome una de sus mejores sonrisas.

Asentí y tomé su mano sin protestar. Llegamos a la pista. Había parejas moviéndose de un lado a otro, siguiendo el ritmo lento y suave de la música. Mis brazos rodearon su cuello, mientras Fernando colocaba sus manos en mis caderas y me atraía hacia él. Seguimos el compás de la canción, imitando los

movimientos de los demás. Miré por encima de su hombro y «accidentalmente» la vista se fue hacia donde estaba Frank. Fruncí el ceño cuando me di cuenta de que la rubia estaba sola. Supuse que se había aburrido de ella y ahora estaba con otra.

El pensamiento fue descartado cuando lo encontré en otra mesa, conversando con varios chicos. Reconocí a uno de ellos, era el que a veces venía a buscarlo cuando Melina usaba su SUV. Recordé que ella mencionó su nombre, Joel. Sin perder el ritmo de la melodía, noté que Joel se inclinó hacia Frank para decirle algo que me resultaba imposible oír, pero que pude adivinar fácilmente, porque justo en ese momento se volvió hacia mí, y la sonrisa de su rostro fue desapareciendo mientras nos miraba.

—¿Ese es Frank?

Aparté la vista y miré a Fernando.

—Sí —me limité a decir, y pude observar la frialdad en sus ojos.

Los miré alternativamente y me percaté de que se estaban fulminando con la mirada. Conocía a Fernando y sabía que en cualquier momento se acercaría a Frank para preguntarle si tenía algún problema, y eso era algo que podía acabar mal. Así que, cuando la canción terminó, aproveché para llevarlo de vuelta a la mesa, y acabar con el intercambio de dagas asesinas entre esos dos.

—No sabía que se llamaba Frank —murmuró mientras tomaba asiento a mi lado.

—¿Lo conoces?

Me miró, dudando, y luego sonrió sin mostrar los dientes.

—Lo he visto un par de veces, eso es todo —contestó, encogiéndose de hombros.

Las preguntas curiosas comenzaron a invadir mi mente. ¿En qué lugares lo había visto? ¿Qué sabía de Frank? ¿Por qué su voz adoptó un tono amargo al hablar de él? ¿Por qué ambos se miraban con tanto odio como si hubiera algo personal entre ellos? No tenía respuestas, pero las encontraría.

Traidor

Con tantas preguntas dándome vueltas en la cabeza, comencé a marearme. O tal vez el whisky estaba empezando a hacerme efecto, o bien estaba comportándome como una paranoica. Quería seguir interrogando a Fernando sobre Frank, pero por las muecas que hizo cuando traté de retomar el tema entendí que no le apetecía hablar de él.

—¿Me has echado de menos? —me preguntó de repente.

La nostalgia se instaló en mi sistema al recordar las horas que pasábamos en su rancho cabalgando y dando de comer a los pocos animales que tenía, mientras charlábamos. Tenía que verlo a escondidas, ya que mi padre prohibió que él viniera a verme a casa, sin darle la oportunidad de conocerlo.

Dejé escapar un suspiro.

—Claro que sí —dije con una sonrisa.

Acercó su silla y me tomó de las manos.

—Todos estos meses sin verte han sido una tortura —susurró ásperamente, provocando que un estremecimiento recorriera mi espina dorsal.

Miré su rostro. Él observaba mis labios con atención. Su mirada se intensificó cuando los humedecí. Se inclinó hacia mí y sentí su respiración mientras percibía su perfume. Mi pulso se aceleró al darme cuenta de que iba a besarme. Cerré los ojos, sintiendo sus labios rozar los míos, cuando fuimos interrumpidos por alguien que carraspeó exageradamente a nuestro lado.

«Karina, ahora no», pensé. Siempre intervenía en los momentos más inoportunos.

Levanté la vista y tuve que parpadear varias veces para asegurarme de que no estaba viendo visiones ni me estaba imaginando algo que no era. Pasaron unos segundos hasta que confirmé que, en efecto, no me estaba volviendo loca: realmente era Frank. Estaba cruzado de brazos, mirándonos con el ceño fruncido.

—Es hora de irnos —dijo de mala manera.

¿Cuál era su problema? Pudo haber elegido otro momento para interrumpir, pero obviamente estuvo esperando la situación perfecta para arruinarme la noche.

—¿No puedes esperar unos minutos? —imploré entre dientes. No quería alterarme.

—No, a menos que quieras volver caminando a casa —espetó, retándome con la mirada.

—Puedo llevarla —intervino Fernando, poniéndose de pie.

—¡De ninguna manera! —exclamó Frank, sacudiendo la cabeza.

—Si tienes mucha prisa, puedes irte —dije al tiempo que me ponía de pie—. Ya has oído que Fernando puede llevarme a casa.

—Viniste conmigo y te irás conmigo —afirmó, mirando de reojo a Fernando.

Una parte de mí quería rebelarse y dejarle las cosas claras. Pero no quería montar una escena en medio de la fiesta. Además sería sospechoso para mis padres que llegara con alguien distinto a casa, cuando se suponía que había salido con Frank.

—Está bien.

—Te espero fuera —dijo. Se despidió de Fernando con una sonrisa triunfadora y salió del club.

—¿Estás segura de que quieres irte? —preguntó este, desilusionado.

—Sí, ya es tarde.

Asintió tranquilamente y me besó en la mejilla.

—Te llamo luego —terminó diciendo.

Le dije que no era necesario que me acompañara hasta la puerta y, después de

despedirme de Karina, salí al aire fresco de la noche.

Durante el trayecto a casa permanecimos en silencio. Frank me miraba de reojo y yo no sabía si estaba molesto. Aunque no sé por qué me preocupaba su estado de ánimo; era absurdo estresarme por eso.

—No puedo creer que estuvieras a punto de besar a ese tipo —dijo con amargura.

—Es algo que a ti no debe importarte —respondí irritada, mientras miraba por la ventanilla.

—¿Tanta confianza le tienes que le ibas a permitir que te llevara a casa? —me preguntó, ignorando lo que yo acababa de decirle.

—Sí —contesté de la manera más cortante que pude.

—Si te hubiera dejado con él, ahora ya estarías en su cama.

Me volví hacia él frunciendo el ceño. ¿Cómo se atrevía a insultarme?

—No soy tan fácil como la chica oxigenada con la que estabas —solté sin procesar antes la interpretación que podía hacer de mi comentario.

El SUV se detuvo detrás del coche de mis padres, avisándome de que habíamos llegado. Me quité el cinturón y él apagó el motor para luego mirarme arqueando la ceja.

—¿Estás celosa? —me preguntó sonriendo con arrogancia.

Puse los ojos en blanco, bajé del coche y me dirigí hacia la puerta. No estaba celosa, no me sentía de esa manera. Frank había malinterpretado lo que le había dicho. Mientras buscaba las llaves de casa en mi bolso, escuché su risita. Lo miré y suspiré, molesta al ver esa sonrisa en su cara que me hacía querer golpearlo.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunté, sacando el llavero.

—Me disculpo por adelantado —dijo un poco dolido.

Negué con la cabeza ante su idiotez. ¿Qué podría suceder ahora para que necesitara mi perdón?

Al entrar en casa, me percaté de que la luz de la sala estaba encendida y eso no era una buena señal. Mis padres y Melina estaban sentados en el sofá, y nos miraron como si llevaran horas esperando nuestro regreso. Esto no pintaba nada bien. El ambiente se volvió tensó de repente. Melina se despidió cordialmente

antes de retirarse. Mi padre, que estaba cruzado de brazos, mirándome acusadoramente, se levantó.

—¿Dónde estabas? —su pregunta me tomó totalmente por sorpresa.

Frank me dijo que le había comentado lo de la fiesta y que él había estado de acuerdo en que fuéramos juntos... Ay, no... ¿Y si me había mentido? «Que no sea lo que estoy pensando», rogué.

—¿A qué te refieres? —dije, después de unos segundos de silencio.

—¿Por qué saliste de casa sin permiso? —Su enfado era evidente por el tono de su voz.

—Pero... —En ese instante, confirmé mis sospechas. Me volví y miré a Frank—. Me habías dicho que mis padres me dejaban salir...

Se me quedó mirando durante unos segundos, intentando buscar una respuesta. Respiró profundamente y miró a mi padre.

—Ella me dijo que ustedes le habían dado permiso para salir.

Me congelé al escucharlo. Abrí la boca, sin articular palabra. No salía de mi asombro.

—No es culpa tuya, Frank —comentó mamá, ajustándose el cinturón de su bata—. Terminaremos esta conversación en una hora más adecuada.

—Pero eso no es cierto —dije balbuceando—. Les llamé para tener el permiso para salir, pero Frank me dijo que...

—Esto no se va a volver a repetir, Alexa —me advirtió mi padre, antes de que él y mi madre salieran de la sala.

La rabia comenzaba a fluir por mi cuerpo y las palabras se me agolpaban en la garganta, pero seguía desconcertada. Apreté los dientes, conteniendo mi rabia. Levanté la barbilla, evitando mostrar debilidad y caminé hacia las escaleras. Antes de subir el primer escalón, me giré hacia Frank, que continuaba mirándome sin ninguna expresión.

—Traidor —susurré con desprecio y me dirigí a la habitación.

Perdonado por ahora

Desperté bruscamente al escuchar golpes llamando detrás de la puerta. Me froté los ojos, miré el reloj de la cómoda y gemí al ver que eran las siete y media de la mañana. Despertarse un domingo a esa hora lo consideraba innecesario. Con pereza, me levanté y, tras reunir la fuerza necesaria, giré el pomo. Me encontré con Frank, vestido solo con un pantalón de pijama. Tras observarlo discretamente, fruncí el ceño y me crucé de brazos. Tenía que recordar que no llevaba sujetador.

—¿Qué quieres?

No me apetecía nada verlo después de lo que me había hecho.

—Tu madre está esperándote en la cocina.

Se mantuvo serio mientras me observaba. Pensé que iba a disculparse por haberme traicionado, pero, en vez de eso, se fue.

Suspirando, me dirigí al cuarto de baño y me lavé la cara, alejando cualquier residuo del sueño. Al llegar a la cocina, mamá estaba sentada con los antebrazos apoyados en la barra mientras leía una revista de recetas.

—Buenos días —dije algo cohibida, y me senté frente a ella. Levantó la vista, cerró la revista y se cruzó de brazos. Seguía enfadada.

—Ayer no terminamos la discusión, pero me imagino que ya sabes el castigo que tendrás.

Sí, lo sabía.

—Todo es culpa de Frank —susurré, frunciendo los labios.

—Alexa, ya eres muy mayor para culpar a otras personas de lo que tú haces.

—Me miró como si hubiera cometido un asesinato, tampoco era para tanto.

—Pero, mamá...

—No he terminado —me interrumpió, levantando la mano. Yo puse los ojos en blanco—. Tu padre me dijo que esta vez seré yo quien decida el castigo. —La miré, sintiéndome aliviada al ver que me libraba de tener que escuchar los sermones de mi padre.

—¿Cuál será el castigo? —pregunté, nerviosa.

—Harás los quehaceres de la casa, y no me refiero superficialmente —empezó a decir—. Comenzarás por la cocina y luego seguirás por la sala, el baño, las habitaciones y terminarás en el jardín, al que, por cierto, le hace falta una buena limpieza.

—¿Hablas en serio?

Obviamente, esto era mucho mejor que tener prohibido salir durante meses, pero odiaba convertirme en ama de casa, la verdad.

—Ah, también harás la compra cuando termines.

Se levantó, abrió un cajón y colocó una hoja de papel en la mesa. Lo tomé sigilosamente y leí el contenido, suspiré por la enorme lista de cosas que había que comprar.

—¿Eso es todo? —pregunté, confundida. Imaginaba que iba a decir algo peor, como cuidar a los niños de la vecina o acudir a servicios comunitarios.

—¿Crees que no es suficiente? —Arrugó la frente, dispuesta a agregar otro castigo.

—Sí, es suficiente —afirmé antes de que cambiara de opinión.

—Bien, y por favor que no se vuelva a repetir, ¿de acuerdo?

Asentí, mordiéndome el labio. Había temido un castigo peor, pero no me parecía justo que yo tuviera que pagar por la mentira de Frank. Aun así, decidí no insistir en acusarlo, no quería acabar limpiando la casa durante todo un año.

—¿Papá aún duerme? —pregunté, cambiando el tema.

—Sí, después de lo que nos hiciste traspasar anoche, es comprensible, ¿no crees?

Me miró de reojo mientras se preparaba un café. Pensaba que era la culpable, y, bueno, lo era, pero Frank también debería haber sido castigado. Me levanté y saqué del armario el último paquete de cereales que quedaba.

—En una hora iremos a casa de un amigo de tu padre a desayunar. —Dio un sorbo a su bebida caliente y tomó asiento, luego abrió de nuevo la revista de recetas.

—¿Melina y Frank irán con ustedes? —pregunté, deseando escuchar un «sí».

—Melina nos acompañará —respondió.

Dejé de agregar los cereales de maíz que caían en mi plato.

—¿Y Frank? —pregunté, simulando indiferencia, y la miré.

—No quiere venir con nosotros. —Se encogió los hombros.

Sentí que se me revolvía el estómago. Eso significaba que lo habían invitado y que se había negado a ir. Diablos.

—¿A qué hora estarán de vuelta? —pregunté, haciendo esfuerzos para aparentar tranquilidad.

—Ya sabes lo mucho que le gusta hablar a tu padre —comentó con fastidio—. Luego iremos a recoger unos catálogos que Melina tiene pendientes, y haremos una visita rápida a Helen.

Me soplé el flequillo. Nunca debías entablar una conversación con papá a menos que tuvieras libres las siguientes tres horas del día. Y jamás debías visitar a tía Helen si tenías prisa. Una «visita rápida» a tía Helen era más bien un «preparate para ser interrogada, mimada, aconsejada y criticada durante horas». No la odiaba, de hecho, era buena dando consejos, pero me ponían muy nerviosa las preguntas extremadamente personales que hacía.

—Si tenemos suerte, regresaremos antes de la cena —dijo mi madre notando mi frustración. Le lancé una mirada escéptica que expresaba: «Sabes que la tía Helen no permitirá que se vayan sin cenar»—. Bien, tal vez después de las diez.

Asentí, resignada y abrí el refrigerador. Cogí la leche y la agregué al plato de cereales. En ese instante, Frank apareció en la cocina con atuendo deportivo. Evitando salivar, tomé asiento y lo observé con el rabillo del ojo. Se desplazó hacia la despensa y comenzó a sacudir la caja de cereales que yo había dejado vacía.

—Lo siento, me serví los últimos. —Sonreí mientras colocaba el plato en la mesa.

Entrecerró los ojos y me dedicó una sonrisa ladeada antes de tirar la caja a la basura. Volví mi atención a los cereales, sintiéndome satisfecha por haberle fastidiado el desayuno.

—No te preocupes, Frank. He anotado los cereales en la lista para cuando vayan a comprar luego —escuché a mamá, y me detuve con la cuchara a medio camino hacia mi boca. Iba a ir sola, no necesitaba que él me acompañara.

—¿Qué?

—Frank te ayudará con la compra —me aclaró mi madre con total normalidad.

—Puedo hacerlo sola —me quejé. No quería ni respirar siquiera el mismo aire que Frank.

— ¿No pensarás ir caminando hasta el centro comercial? —me preguntó él.

Me volví para mirarlo y tuve que hacer un esfuerzo para no hacerle la peineta.

—Puedes ir sola si quieres, Alexa —dijo mamá—. Pero cuando termines de hacer la limpieza de toda la casa, lo último que querrás hacer será caminar.

—Puedo hacer las compras antes —repliqué de inmediato.

—No —sacudió la cabeza—. Por las mañanas no hay descuentos.

Me había olvidado de que mi madre era aficionada a ahorrar siempre que se pudiera.

—Vaaale... —respondí, hastiada.

—Entonces, yo te llevaré —concluyó Frank alegremente, y mostró su perfecta dentadura mientras se preparaba un sándwich.

Benditos sean los cereales y sándwiches que hacían nuestros desayunos más fáciles y rápidos.

Frank se sentó al lado de mamá, de forma que quedó frente a mí. Empecé a percibir un cosquilleo, sintiéndome acosada por un par de ojos castaños. Levanté la vista de mis cereales y lo encontré mirándome con detenimiento. Miré a mi madre por un momento para averiguar si era consciente de nuestro juego de miradas, pero ella estaba tan concentrada en su revista que no se percataba de lo que ocurría a su alrededor. Volví la vista hacia Frank, que seguía observándome

mientras masticaba lentamente. Mi pulso se aceleró cuando sus ojos se posaron en mis labios y se quedaron ahí un tiempo.

Desvié la mirada, deseando que el rubor de mis mejillas no me delatara. Como la cobarde que soy, me levanté y salí a paso veloz de la cocina, sintiendo la mirada de Frank clavada en mi espalda o tal vez en mi trasero. Una vez en la habitación, me miré al espejo. Mi cara estaba roja como un tomate. No había duda de que él habría notado mi turbación; ¡estúpidas hormonas!

Después de leer un rato, bajé a la sala cuando me di cuenta de que mis padres y Melina estaban a punto de irse. Me encontré a papá, que se detuvo al verme, y me regañé mentalmente por haber salido de mi habitación.

—Ya me ha dicho tu madre lo que tienes que hacer —dijo.

Sabía que no estaba de acuerdo con el castigo que mamá me había puesto, él hubiera elegido algo que me hubiera hecho aprender la lección.

—En un rato comenzaré a limpiar...

Me miró por un momento y luego negó con la cabeza, arrepintiéndose de haber delegado en mi madre.

—Será la última vez que le pido a tu madre que decida ella tu castigo —dijo, y seguidamente cogió las llaves y salió por la puerta principal.

Cuando ya se hubieron ido, me topé con Frank, que bajaba las escaleras.

—¿Lista para comenzar la limpieza? —preguntó cínicamente al pasar por mi lado. Puse los ojos en blanco e, intencionadamente, choqué mi hombro con el suyo mientras subía—. Salgo a correr; no me echés mucho de menos.

Lo miré por encima de mi hombro, y él me guiñó un ojo antes de marcharse.

Llevaba dos horas limpiando y ya comenzaba a estar harta. Me faltaba poco para acabar, ya había limpiado la cocina, la sala y las habitaciones de mis padres y de Melina. Gruñí y me sequé el sudor de la frente con el dorso de la mano. Salí de mi habitación y coloqué los productos de limpieza en el suelo. Suspiré y me senté, apoyando la espalda en la pared. Escuché el sonido de la puerta principal abrirse y cerrarse. Diablos. Tenía que evitar que Frank me viera de esta manera. No dudaría en burlarse.

Me levanté y recogí de nuevo lo que había dejado en el suelo, maldiciendo internamente cuando lo vi subiendo las escaleras. Por su aspecto, parecía agotado. Una vez que estuvo en la segunda planta, se detuvo para tomar unas bocanadas de aire. Me inspeccionó de arriba abajo y sonrió. Me miré a mí misma y, bueno, desde luego no estaba muy presentable, con los productos de limpieza en las manos y empapada en sudor, con la trenza medio deshecha y algún mechón de pelo pegado en mi rostro.

—Bonita camiseta —dijo, señalando el estampado que decía fuck you.

—Es una dedicatoria para ti —sonreí, orgullosa.

—Gracias por el detalle. —Entró en la habitación, y mi sonrisa se desvaneció en el momento en que cerró la puerta. Siempre que intentaba hacerlo sentir mal, él sacaba provecho de ello y lo usaba contra mí.

Con maldiciones y quejas, logré terminar de limpiar el baño y, después de tomarme un descanso de cinco minutos y refrescar mi garganta con agua fría, salí al jardín. Era lo último que me faltaba para concluir parte del castigo. Cuando crucé por la puerta corrediza, me asusté al ver el panorama. Había millones de hojas secas y ramas espinosas esparcidas por el césped. No entendía cómo un simple árbol podía causar tanto desorden.

Cerré los ojos por un momento y suspiré, buscando la paciencia necesaria para limpiar todo eso. Me lo merecía por confiar en Frank. Ojalá algún día le cayera un rayo en la cabeza por haberme traicionado. Me coloqué los enormes guantes de jardinero y, con una bolsa negra en una mano, comencé a recoger las hojas.

Mis esfuerzos parecían no tener éxito, ya llevaba tres bolsas llenas de hojas y aún me faltaba limpiar más de la mitad del jardín. Empezaba a dolerme la espalda y sentía un hormigueo en las piernas por estar tanto rato agachada. Me tomé un respiro y levanté la vista hacia las ventanas del segundo piso. Por alguna razón, mis ojos se posaron en la habitación del intruso, y ahí estaba, mirándome con una gran sonrisa.

Ignorando mis agujetas, me levanté y alcé el brazo para mostrarle el dedo medio con toda la intención. Sin dejar de sonreír, negó ligeramente con la cabeza y corrió la cortina.

—Estúpido —murmuré mientras volvía a mi labor.

Minutos después, cuando cerré la quinta bolsa y la coloqué junto a las demás, escuché la puerta corrediza y vi a Frank. Estaba recién duchado, mientras yo seguía sudando y sufriendo. Fruncí el ceño cuando observé el estampado de su camiseta. Era una chica anime en traje de baño y al lado se leía: you are so sexy. Si estaba refiriéndose a él, tenía que darle la razón. Aparté la vista y continué recogiendo hojas.

—No has limpiado mi habitación —lo escuché decir, sintiendo que caminaba hacia mí.

—Puedes hacerlo tú mismo —respondí, concentrada en lo que estaba haciendo.

—Dámelos —dijo bruscamente.

Lo miré, confundida. Esperaba que no estuviera proponiendo algo perverso porque lo golpearía.

— ¿No me has oído? —suspiró, pasándose los dedos por su cabello reluciente—. Dámelos —repitió, pero esta vez señaló los guantes que yo llevaba puestos.

—Los estoy usando. —Escondí las manos detrás de la espalda.

Pretendía que recogiera las ramas con espinas sin protección y no lo iba a permitir.

—Bueno, si quieres que te ayude tengo que protegerme las manos —dijo mostrándolas.

¿Iba a ayudarme?

Bueno, no debía desaprovechar esa oportunidad. Me quité rápidamente los guantes y se los entregué. Se los colocó y le quedaron perfectamente, eran de su medida. Tomó la bolsa negra y comenzó a recoger las ramas espinosas en silencio.

—Gracias —susurré, sentándome en el césped. No tenía que haberle dado las gracias, pero la palabra salió involuntariamente de mi boca.

—No es nada —contestó sin mirarme—. Después de todo, también soy responsable de lo que pasó... —Podía tomarme ese comentario como una disculpa.

La siguiente hora y media me deleité observando a Frank, admirando la manera en la que sus bíceps se contraían cada vez que ponía sus brazos en

movimiento. Tampoco perdí de vista los músculos de sus hombros y de su espalda, que se tensaban al agacharse y se relajaban al levantarse. Era una escultura humana en movimiento.

Los rayos del sol caían sobre su cabello castaño claro, dándole una apariencia dorada. Por un instante me pregunté qué se sentiría enterrando los dedos en su pelo. La tentación de ir a comprobarlo y explorar cada centímetro de su cuerpo era cada vez más insistente. ¿Qué me pasaba? Sacudí la cabeza, tratando de eliminar esos pensamientos de mi mente.

—Deja de mirarme —murmuró él, aún de espaldas a mí.

Inmediatamente me sonrojé y desvié la mirada al vacío. Es verdad que podemos sentir las miradas intensas de otras personas, así que supongo que eso era lo que le estaba pasando a él.

Tras tirar las bolsas a la basura, entramos en casa y nos dirigimos a la cocina. Apoyé la cabeza en la mesa y dejé los brazos estirados a los lados. Estaba agotada, sudada... Necesitaba una ducha urgente, pero tenía que esperar a que el calor del cuerpo disminuyera.

—Voy a morir del cansancio —me quejé, dejando salir un largo suspiro.

—No seas dramática, no ha sido para tanto —contestó él, que para nada parecía afectado.

Se acercó a la mesa y colocó una jarra de agua, junto con un par de vasos.

—¿Que no ha sido para tanto? —Levanté la cabeza y lo miré, arqueando las cejas—. Te recuerdo que estoy limpiando la casa desde las nueve de la mañana.

Su sonrisa se desvaneció y me miró durante unos segundos. Estaba segura de que quería decir algo. ¿Disculparse correctamente, tal vez? Tenía esa esperanza, pero todo se fue por la borda cuando bajó la mirada y sirvió agua en los vasos de vidrio. Era orgulloso o simplemente no quería decir que había tenido la culpa de todo. Me ofreció el vaso y, sin dudar, me bebí todo su contenido. Mi garganta agradeció la sensación del agua refrescante. En cuestión de segundos, volví a llenar el vaso y bebí de nuevo. Tenía muchísima sed.

Después de unos minutos de silencio, miradas correspondidas y sonrisas delatadoras, me levanté y puse la jarra de agua dentro del refrigerador casi vacío. Lo que me recordó que tenía que ir a comprar.

—Hemos de ir a hacer la compra —dije, cerrando la nevera.

—Tenemos que ducharnos primero —comentó, e imaginé algo que no era apto para mi mente. Se percató de mi expresión y sonrió maliciosamente—. Podemos hacerlo por separado, pero si quieres que nos duchemos juntos, te puedo asegurar que...

—Cállate —lo interrumpí, poniendo los ojos en blanco, y salí de la cocina.

—Estaba bromeando —lo escuché decir, divertido.

Sacudí la cabeza y reí mientras subía las escaleras. Comenzaba a agradarme ese lado de Frank.

Retiro lo dicho

Veinte minutos después, ya estaba duchada y me había cambiado de ropa. Elegí unos tejanos ajustados, una blusa color perla y unas zapatillas deportivas a juego. No tenía mucha imaginación a la hora de peinarme, así que opté por dejarme el pelo suelto. Tomé unas cuantas cosas, entre ellas mi móvil, y las metí en el bolso.

Llegué a la sala y encontré a Frank sentado en el sofá, esperando impaciente. Llevaba unos tejanos azul claro, una camiseta de los Rolling Stones, unas botas negras y una gorra roja con la visera hacia atrás.

—Y luego dices que no me miras —dijo, levantando una ceja.

Diablos, se había dado cuenta de que me lo había quedado mirando más de la cuenta.

—Me gusta tu camiseta —dije, mostrándome indiferente y tratando de ignorar a mis hormonas, que no paraban de gritar: «¡Sexy, sexy, sexy!».

Durante el camino le conté lo molesta que podía llegar a ser la tía Helen y algunas anécdotas embarazosas, y sentí calambres en mi estómago cada vez que escuchaba el sonido profundo de su risa. Él, en cambio, me explicó lo mal que lo había pasado el verano anterior. Tuvo que hacerse cargo de los hijos de su madrina y no había sido una tarea fácil.

Me reí a carcajadas cuando me contó alguna de las travesuras que le hicieron. Una de ellas fue llenarle el pelo de pegamento. Frank tuvo que estar varias horas

bajo el agua de la ducha para poder eliminar todo el pegamento.

—No es gracioso. —Frunció el ceño y me miró de reojo.

—Sí, lo es —dije, controlando las carcajadas.

Se dignó a acompañarme en las risas y una oleada de felicidad se apoderó de nosotros. ¿Por qué nos empeñábamos en llevarnos mal si podíamos disfrutar de momentos como este?

Una vez en el centro comercial, me ayudó a buscar todo lo necesario. Yo iba con la lista de la compra y él manejaba el carrito del súper. Varias chicas que pasaban por nuestro lado coquetearon con él, lanzándole miradas y emitiendo risitas irritables. Afortunadamente, él las ignoró y se concentró en elegir todo lo que necesitábamos. Frank se fue al pasillo de las sopas instantáneas y los aperitivos mientras yo me dirigía con el carrito del súper a la zona de frutas.

Las escogí libremente y a mí gusto: manzanas, plátanos, naranjas, fresas, mangos, etc. Estaba poniendo las bolsas de frutas en el carrito cuando una chica se acercó. Era una de las que había coqueteado con Frank antes.

—Hola, ¿podrías entregarle esto a tu amigo, por favor?

Asentí sin decir nada y tomé la nota.

—Gracias —se fue con una sonrisa a reunirse con su grupo de amigas.

Sintiendo curiosidad, desdoblé el papel y me encontré con lo típico: «¡Hola! Este es mi número por si te interesa (462 389 1244). Daniela».

Puse los ojos en blanco mientras lo doblaba de nuevo. Suspiré y me mordí la parte interior de la mejilla sin dejar de mirar la nota entre mis dedos. ¿Debía dársela? Era más que obvio que la llamaría. ¿Se la daba o no? No estaba segura de qué hacer.

«¿Qué diablos te ocurre, Alexa? Dásela, no es asunto tuyo si la llama o no», me dije.

Pero respiré hondo e, ignorando mi sentimiento de culpa, me guardé la nota y la lista de la compra en el bolso. No se la iba a dar. Él me debía una por haberme traicionado. Además, la chica especificó que se la entregara a mi amigo, y, por lo que sabía, Frank no lo era. Así que, básicamente, no tenía que dársela a nadie.

Cuando lo vi caminando hacia mí, me apresuré a cerrar el bolso y me quedé observándolo, haciéndome la despistada. Su forma de andar era casi perfecta,

como si estuviera caminando sobre una pasarela de moda masculina. Entendía perfectamente por qué las chicas se lo quedaban mirando: ya desde lejos llamaba la atención. Su personalidad y su seguridad imponían.

—Las encontré —dijo, metiendo las sopas en el carrito.

—Bien, solo faltan los productos de limpieza.

Asintió y ambos nos dirigimos a buscarlos. Caminamos lentamente por el largo pasillo hasta llegar a la sección de limpieza.

—Necesito aquel —apunté con el dedo un producto que se encontraba en la parte alta del estante. Frank se estiró para alcanzarlo, pero no lo lograba, a pesar de su estatura—. ¡Vamos, Frank!

Lo siguiente que escuché fue un gran estruendo. Frank se había esforzado demasiado e hizo que varias botellas de plástico cayeran al suelo. Comencé a reírme, pero me detuve cuando me miró con expresión ofendida.

—No te burles —dijo.

Puse los ojos en blanco y cogí una de las muchas botellas de limpieza que habían quedado esparcidas en el suelo.

—Ya estamos. Vámonos —dije, echando a caminar mientras empujaba el carro.

—Hemos de recoger esto —dijo él.

Lo miré por encima del hombro y arrugué la frente.

—¿Hemos? Has sido tú el que has tirado las botellas —le recordé, a la defensiva. Tenía suficiente con haber cumplido un castigo que no me correspondía.

—No es justo —contestó él con el ceño fruncido.

Estaba a punto de responderle, cuando escuchamos la voz de un señor que venía del otro extremo del pasillo. Lo miré y, por su atuendo, me di cuenta de que era un trabajador del súper.

— ¡Oigan! ¡¿Qué han hecho?! —espetó molesto.

—Ya estaba así cuando llegamos —se justificó Frank, y se encogió de hombros.

Y seguidamente me empujó para que saliéramos de ahí lo más rápido posible. En cuestión de segundos, estábamos corriendo a toda velocidad, procurando que

las cosas del carrito no se cayeran. Las personas que hacían las compras se nos quedaban viendo, preguntándose por qué corríamos y reíamos como un par de idiotas. Al final, el trabajador nos pilló y tuvimos que ayudarlo con los productos de limpieza. Nos disculpamos y retomamos el camino a la caja registradora.

Mientras pagábamos y cogíamos las bolsas, mi móvil sonó. Lo saqué del bolso y leí el mensaje:

De: Fernando

Hola, Alexa. ¿Cómo estás? Tenemos un asunto pendiente que terminar. A ver cuándo nos ponemos de acuerdo para vernos.

Supuse que con «asunto pendiente» se refería al beso que había sido interrumpido.

—¿Es tu madre? —preguntó Frank, acercándose a mí.

—No, es un mensaje de Fernando.

Su mandíbula se tensó por un momento y luego asintió mientras caminábamos por los locales del exterior. Me detuve de repente cuando vi que el libro que estaba esperando hacía meses ya estaba disponible.

—¿Qué pasa? —Frunció el ceño al verme buscar con desesperación en mi bolso.

—Necesito comprar algo, espérame aquí. —Saqué la cartera y le encargué y le pedí que me guardara el bolso.

Entré en el local y tomé el libro entre mis manos como si fuera oro. Había siete personas esperando para pagar. Suspirando, me puse detrás de una mujer mayor. Pasados diez minutos, por fin llegó mi turno y pagué.

Cuando salí, me encontré a Frank hablando con dos chicas, que le sonreían tan estúpidamente que me entraron náuseas. Me acerqué en silencio, tratando de no interrumpirlo, le quité mi bolso para guardar la cartera y me dirigí a la salida. Cuando llegué al SUV, me quedé esperando mientras miraba el cielo oscuro. Luego de unos minutos, apareció Frank y subió al coche después de guardar las bolsas de la compra. Pasaron los segundos y no encendía el motor.

—¿A qué esperas? —Me volví hacia él. Me estaba mirando con seriedad.

—¿No tienes nada que decirme? —preguntó, entrecerrando los ojos.

—Sí, que empieces a conducir —contesté, malhumorada.

—¿Qué hay sobre esto? —Me mostró algo que sujetaba entre sus dedos. Me tomó poco tiempo reconocer que se trataba de la nota que la chica me había entregado. Sentí cómo la culpa, la vergüenza y la rabia se mezclaban dentro de mí.

—¿Estuviste mirando mi bolso? No tienes ningún derecho a hacer algo así — dije, desviando el tema.

—Trataba de encontrar la lista de la compra para asegurarme de que lo llevábamos todo, y esta nota estaba encima —respondió, dejándome sin opciones. Sí, era una buena excusa, pero de cualquier manera... ¡Argh! A quién quería engañar: fue una mala idea esconderle la nota.

—Se me olvidó dártela —dije, restándole importancia.

—Sí, claro —respondió sarcásticamente, arrancó el coche tras guardar la nota en uno de sus bolsillos.

Llegamos a casa, dejamos las bolsas sobre la mesa y subí a mi habitación para ponerme el pijama. Faltaban quince minutos para las once, y mis padres aún no habían regresado. Todavía debían de estar soportando las preguntas desesperantes de la tía Helen. Pobres... Dejé el bolso en la mesa de noche y volví a la cocina, donde Frank estaba colocando las cosas en la despensa.

—¿Quieres cenar? —me preguntó al verme entrar.

—Estoy muy cansada para cocinar —bufé, sentándome en una silla.

—Puedo cocinar yo, pero igual tardo mucho en tener algo preparado...

—¿Sabes cocinar? —pregunté, asombrada. No podía competir con una persona que era ordenada y que, además, sabía cocinar.

—Si es así como llamas a la comida quemada... —dijo, y yo me reí por su aclaración.

—Pidamos algo entonces —propuse, porque no tenía muchas más alternativas.

—Ha sido un día largo, ¿no crees? —dijo, dando el último mordisco a la rebanada de pizza.

—Sí, lo bueno es que mi castigo ha terminado —comenté con alegría. Se quedó callado y aproveché la oportunidad para averiguar por qué me había traicionado—. ¿Por qué me mentiste diciendo que tenía el permiso de mis padres para ir a la fiesta?

No podía dejar de pensar en cuál había podido ser la razón; debía de haber una. Se me quedó mirando durante unos segundos. Abrió la boca, dispuesto a responder, pero fue interrumpido por el sonido de mi móvil, proveniente de mi habitación.

—Esto va a ser divertido —dijo Frank con una sonrisa sospechosa de haber causado problemas.

Fruncí el ceño, imaginando a qué se refería y salí de la cocina. En la habitación, saqué el móvil del bolso y recordé que no había respondido al mensaje de Fernando.

—Hola, Fer.

—Y bien, ¿piensas dejarme plantado? —dijo, un poco molesto.

—¿Cómo? —pregunté, confundida.

—Llevo media hora esperándote en el parque de atracciones.

Su respuesta me dejó perpleja.

—Pero no hemos quedado...

Hice un esfuerzo en concentrarme para recordar si había contestado su mensaje, pero estaba completamente segura de que no lo había hecho.

—Alexa, respondiste el mensaje diciendo que nos veríamos aquí a esta hora.

Fue entonces cuando recordé que la única persona que había tenido mi móvil, aparte de mí, había sido Frank, cuando le pedí que me guardara el bolso mientras entraba a comprar el libro. Seguramente leyó el mensaje de Fernando mientras yo estaba comprando. Tuvo diez valiosos minutos para planear una cita falsa entre Fer y yo.

Suspiré, sintiendo cómo el rencor se extendía por mis venas. Por un momento había creído que comenzábamos a llevarnos bien.

Furia controlada

Le conté a Fernando que sospechaba que Frank era el que le había mandado el mensaje sin que yo lo supiera, y me disculpé avergonzada.

—No te preocupes —dijo, podía asegurar que estaba haciendo una mueca—. ¿Está él contigo?

—Se quedó en la cocina.

—¿Y tus padres?

—No tardarán en llegar —comenté, mirando el reloj de reojo.

—¿Te han dejado sola con él? —preguntó, alarmado.

—Algo así. Tuve que quedarme en casa para limpiar y, bueno, él no quiso irse con ellos —le expliqué, rodando los ojos.

—¿Te importa si voy unos minutos a tu casa? —propuso.

No me importaba en absoluto, pero con Frank presente volveríamos al principio: volvería a amenazarme con explicarle a mi padre que Fernando había venido a casa, y no quería arriesgarme a que papá tomara cartas en el asunto si volvía a desobedecer. Con total confianza, le expliqué las consecuencias que tendría para mí que él viniera a casa.

—Es un idiota, lo sé —me quejé, soltando un suspiro de frustración.

—Entonces, ¿no hay manera de verte esta noche? —La desilusión en su voz era notoria.

Comencé a pensar en las posibles maneras de vernos. Solo había una, que

entrara por el jardín y que de allí subiera a mi habitación. Era arriesgado, pero tenía ganas de verlo y de hablar sobre lo nuestro. Sentía algo por él, pero no estaba muy convencida de si me gustaba tanto como para que volviéramos a intentarlo, y eso eran cosas que no podían hablarse por teléfono. Podía esperarme a otro día, pero pensé que había llegado el momento.

Había estado experimentando raras y confusas emociones desde que conocí a Frank. A pesar de que a veces se comportaba como un imbécil, tenía su lado simpático y, aunque tratara de negarlo, me sentía atraída por él. No estaba enamorada de Frank ni nada por el estilo. Tal vez solo era algo pasajero, pero, mientras tanto, tenía que dejar las cosas claras con Fernando. No quería ilusionarlo, diciéndole que lo seguía queriendo como antes.

—¿Estás segura? —me preguntó, algo temeroso, a la vez que emocionado, cuando le conté mi plan de que entrara a mi habitación.

—Sí, te esperaré a la una. Dejaré abiertas la puerta del jardín y la de mi habitación —dije, antes de que pudiera retractarme.

—¿Qué pasará con Frank? Es posible que se dé cuenta.

—No te preocupes, me las arreglaré para que no sospeche nada —comenté, sin tener idea de cómo haría eso.

Tras planearlo todo, colgué y fui a la cocina. Frank me miró sonriente mientras le daba un mordisco a la manzana que tenía en su mano. Me crucé de brazos y me apoyé en el marco de la puerta.

—¿Por qué estás tan enfadada?

—¿Por qué lo hiciste? —pregunté, tratando de mantener mi voz neutra.

—¿Hacer qué? —frunció el ceño, fingiendo no entender lo que le preguntaba.

—¡Sabes bien a qué me refiero! —levanté la voz, irritada.

—No me grites —me advirtió, arqueando las cejas. Se levantó de la silla y tiró la media manzana a la basura. Caminó hasta estar frente a mí y me observó un momento—. Hablaremos cuando estés más tranquila.

Antes de que saliera de la cocina, le agarré del brazo, que noté súper tonificado debajo de mi palma, y lo detuve.

—Quiero hablar ahora —le exigí, tratando de ocultar mi nerviosismo al sentir la calidez de su piel.

Su mirada pasó lentamente de mi mano, deteniéndose en su brazo, a mis ojos, y allí se demoró.

Su rostro estaba tan cerca del mío que pude apreciar su belleza con detenimiento. La estructura de su cara era perfecta. Sus cejas tupidas daban a sus ojos un aspecto más masculino. Su nariz perfilada tenía la medida correcta y sus voluminosos labios con forma de corazón dificultaban mi intención de apartar la vista. Reuniendo la voluntad suficiente, me alejé de él. Si seguía mirándolo así de cerca, perdería el control.

—¿Vas a decírmelo? —dije una vez que recuperé el aliento.

—Lo hice para molestarlo a él, no a ti —comentó, sin hacer contacto visual.

—¿Por qué? Fernando no te ha hecho nada —lo defendí.

Frank se volvió hacia mí, evidentemente molesto.

—Intentó besarte.

—¿Y?

—¿Es tu novio?

—Salimos durante unos meses —murmuré en voz baja.

—Esa respuesta no contesta a mi pregunta —dijo mientras se acercaba.

—No, no es mi novio —respondí, y retrocedí unos pasos.

—Entonces no tenía por qué haber intentado besarte —dijo ásperamente—. Es una falta de respeto.

Evité decir que él era el menos indicado para hablar de respeto.

—¿Por qué me mentiste cuando dijiste que mis padres me habían dado permiso para salir? —insistí, queriendo una respuesta razonable.

—Fue solo un arranque —se encogió de hombros.

—Pues gracias a tu estúpido «arranque» tuve que hacer la limpieza general en mi casa.

—Por cierto, tienes pendiente pasar por mi habitación. —Me guiñó el ojo, insinuando en broma que podía pasar para algo diferente que limpiar.

—Paso... —dije. No quería continuar con esa incómoda conversación.

Le di la espalda y me dirigí al refrigerador para tomar una barra de chocolate. Cuando me giré, con el propósito de volver a mi habitación, me topé con su cuerpo. Mi respiración se alteró y solté un pequeño grito, dejando caer el

chocolate.

Me tenía acorralada entre la nevera y su cuerpo. Sus manos sujetaron mi cintura y, cuando levanté la mirada, me encontré con sus ojos enfocados en mis labios. El calor que me proporcionaba su cercanía me aprisionaba y debilitaba. Su rostro se fue acercando al mío y tragué saliva al sentir sus dedos en mi barbilla.

—Estás faltándome al respeto —dije recordándole en tono de broma sus palabras.

—Si quieres que me detenga, dilo —susurró con voz grave.

No quería detenerlo. Cerré los ojos y sentí sus labios rozando los míos. Mi pulso se aceleró y me preparé para corresponderle cuando el sonido de una llave en la cerradura hizo que el momento desapareciera en cuestión de segundos.

Frank se separó de mí inmediatamente mientras escuchábamos voces familiares en la sala. Mis padres y Melina entraron y se detuvieron cuando notaron nuestra presencia. Mi padre nos observó por un momento y, sin decir nada, siguió su camino.

—¿Aún están despiertos? —escuché que dijo mi madre mientras se dirigía a la cocina.

Ninguno de los dos pudo articular una palabra en los siguientes segundos. Finalmente, me aclaré la garganta y rompí el silencio.

—Hace rato que llegamos de hacer las compras —respondí, dejando salir el aire que estaba conteniendo, y recogí la barra de chocolate.

Melina entró muy sonriente. Nos miró a ambos y luego frunció el ceño levemente. Mierda. Tal vez comenzaba a sospechar algo.

—Se me olvidaba... —dijo mamá, buscando en su enorme bolso—. Helen les mandó esto. —Me entregó un paquete de panqués, y lo tomé, aunque no tenía mucho apetito.

—Qué bien... —logré decir.

—Bueno, me voy a acostar. Estoy agotada. Buenas noches —se despidió, dejándonos a Frank, a Melina y a mí en un silencio casi absoluto. Melina se sentó sigilosamente frente a su ahijado, quien seguía evitando mirarme.

—¿Está todo bien? —preguntó, alternando la mirada entre los dos.

—Sí —dije, forzando una sonrisa.

Dejé la barra de chocolate en su sitio, el antojo había desaparecido. Coloqué los panqués en un plato ancho y lo puse en medio de la mesa, para luego sentarme. Segundos después de que yo tomara asiento, Frank se levantó y salió disparado de la cocina.

—¿Segura de que todo va bien? —insistió Melina, volviéndose hacia mí.

—Sí —repetí, nerviosa.

—Trata de comprenderlo ... —comenzó a decir.

La miré, frunciendo el ceño con confusión. ¿A qué se refería?

—Dale tiempo para que se dé cuenta de lo que realmente siente.

Asentí sin entender muy bien qué trataba de decirme y me despedí para irme a mi habitación.

Estaba en la cama, tratando de asimilar lo que habría pasado si mis padres no hubieran llegado. Frank había estado dispuesto a besarme y yo no se lo hubiera impedido, a pesar de las malas pasadas que me había hecho. Dejé de darle vueltas al asunto y comencé a leer, mientras esperaba la llegada de Fernando.

Faltaban un par de minutos para que apareciera. Me acerqué a la ventana, corrí las cortinas y segundos después vi una sombra introduciéndose en el jardín. Era la una de la madrugada, no era una hora adecuada. Cualquiera podría malinterpretar las cosas, pero ya no había manera de enmendar la situación. Esperé, jugueteando con los dedos y caminando de un lado a otro.

Cuando escuché unos ligeros golpes en mi puerta, suspiré tranquilamente y abrí. Los ojos verdes de Fernando se encontraron con los míos. Llevaba una camisa gris, tejanos y unas deportivas, y se había peinado hacia atrás.

—Hola —susurró, mostrando una pequeña sonrisa.

—Pasa —dije mientras lo invitaba a entrar. Cuando cruzó a mi lado, percibí un aroma a perfume y alcohol. Definitivamente, había estado en otro lugar antes.

—Gracias por venir —dije en voz baja, y cerré la puerta.

Al instante ya tenía sus brazos rodeando mi cintura mientras depositaba besos en mi cuello. «Oh, no, esto no formaba parte del plan», pensé.

—Fernando, para... —Lo alejé para recuperar mi espacio personal.

—¿Qué pasa?

—No quería verte para eso. —Seguía siendo virgen y no tenía planes de perder mi virginidad todavía.

Asintió y se sentó desganadamente en el borde de la cama.

—¿Entonces?

—Quería hablar sobre nosotros.

—Eso podemos arreglarlo. —Se levantó y se acercó a mí.

—No de esa forma —dije, levantando las manos para evitar que se acercara demasiado.

—No entiendo... ¿Qué te preocupa? —dijo, confundido.

—Fernando, no estoy segura de lo nuestro. Necesito tiempo para pensar si quiero volver contigo.

Entrecerró los ojos y luego negó con la cabeza mientras se giraba hacia la ventana, dándome la espalda.

—¿Es por Frank? —lo escuché decir, decepcionado.

No podía mentirle, tenía que ser honesta. Inventar excusas sería engañarlo a él y a mí misma.

—Sí —murmuré, mordiéndome el labio.

Se volvió a mí y pude notar que estaba molesto.

—¿Cómo te puede gustar alguien al que conoces solo desde hace unas semanas? —me preguntó con suavidad.

Sonaba absurdo, pero habían sucedido tantas cosas estas últimas dos semanas que no había tenido tiempo de ordenar mi mente.

—No estoy diciendo que me guste, es solo que me siento confundida —expliqué. La bola de emociones seguía acechándome.

—¿Confundida sobre qué? —Me encogí de hombros al no tener respuesta—. Alexa, ese chico está jugando contigo. Él es el responsable de que te sientas así, está intentando confundirte.

Tal vez tenía razón, tal vez me estaba tomando demasiado en serio lo que me inspiraba Frank. Podría hacer el esfuerzo de continuar mi vida y ver a Frank como un simple huésped. Estaba por decirle a Fernando que le daría una

oportunidad cuando la puerta de mi habitación se abrió de golpe. Ambos nos giramos al instante. Era Frank y la expresión de su rostro era de auténtica furia.

—Más vale que te largues ahora mismo si no quieres que te parta la cara —le advirtió a Fernando, mirándolo fríamente.

Lado desconocido

Tenerlos a los dos en mi habitación podría traerme muchos problemas. Estaba nerviosa, pero traté de controlarme; la tensión ya era suficiente, no hacía falta que yo añadiera más.

—Me gustaría que intentaras golpearme —dijo Fernando, manteniéndose firme y sin dar señales de temer a Frank.

—¿Quieres comprobarlo? —lo retó este, cerrando las manos en puños.

—Frank, es suficiente —intervine, colocando la mano en su pecho.

Una confrontación entre ellos complicaría las cosas.

—Dile que se vaya o lo sacaré yo a patadas con mucho gusto —advirtió intimidante. Sabía que era capaz de hacerlo, sin importarle mi presencia o la de mis padres.

Me giré hacia Fernando y lo miré, casi suplicando.

—¿Podemos hablar en otro momento? Voy a tener muchos problemas si no te vas...

Dudó por un momento, pero luego asintió.

—Lo haré por ti, no por él —dijo, mirándome de reojo.

—Fuera de aquí —le espetó Frank. Era evidente que estaba haciendo grandes esfuerzos para contenerse y no darle un puñetazo.

Lo hice a un lado y llevé a Fernando hasta la puerta principal, procurando no hacer mucho ruido.

—Lo siento... —Hice una mueca mientras abría la puerta. Debía recordar que Frank era un demente que no dejaba de acecharme.

—Está bien. Terminaremos la conversación en otro momento.

Asentí y le di un beso en la mejilla para despedirme de él. Cerré la puerta con cuidado y volví a mi habitación de manera sigilosa.

Frank me miró y sacudió la cabeza. Estaba molesto.

—¿Eres consciente de que ese idiota solo quiere acostarse contigo?

Estaba comenzando a hartarme de verdad. Primero intentó besarme, luego me ignoró, después entró en mi habitación y ahora juzgaba a Fernando sin tener argumentos para ello.

—Ni siquiera lo conoces —contesté, indignada.

—Ni ganas —dijo, cruzándose de brazos.

—Además, ¿a qué venías a mi habitación? No puedes entrar cada vez que se te dé la gana.

—¿Cómo que «a qué»? Escuché voces. Recuerda que mi habitación está al lado de la tuya, y no quería estar escuchando gemidos toda la noche.

—No estábamos haciendo nada malo —repliqué, desesperada—. Tenía que hablar con él.

No tenía por qué darle explicaciones, pero los malos entendidos ocurrían cuando no se explicaban las cosas.

—Bueno, esperemos que sea la última vez que te encuentras a solas con él en tu habitación —me dijo, y luego cerró la puerta detrás de él.

Apreté los labios, aguantándome las ganas de gritarle. Gruñí con frustración y me dejé caer en la cama.

A la mañana siguiente, aún sentía la bilis correr por mis venas. Me habían aparecido ojeras debajo de los ojos, porque me había pasado la noche en vela. Me duché para ahuyentar la pereza que comenzaba a apoderarse de mí.

Fui a la cocina y me sentí ofendida cuando vi que todos estaban desayunando tan tranquilamente y que nadie se había dignado a despertarme para que yo tomara el desayuno con ellos. Si hubiera estado desmayada en la habitación,

nadie se habría dado cuenta; una clara prueba de que mi familia me amaba.

—Buenos días —dije, sirviéndome el desayuno, y bufé al ver que el único asiento libre estaba al lado de Frank.

Mis padres y Melina me respondieron con un «buenos días» al unísono mientras me sentaba.

—¿Qué tal estás?

Me volví hacia Frank y fruncí el ceño. Su amabilidad me indignó, pero recordé que mis padres estaban presentes y que, por lo tanto, tenía que actuar de la misma manera.

—Bien, gracias. ¿Y tú? —respondí, conteniendo las ganas de darle una bofetada.

—Un poco desconcertado, pero bien.

Lo dijo en voz alta, con la intención de que todos en la mesa pudieran escucharlo.

—¿Desconcertado? —intervino mamá, curiosa.

—Anoche escuché ruidos —dijo, mirándome de reojo.

Idiota. Esperaba que no se le ocurriera contar lo que sucedió en mi habitación o me vería obligada a estamparle el desayuno en su cara, y no quería desperdiciar mi comida.

—¿Ruidos? Yo no oí nada —comentó Melina.

—Yo tampoco. Tal vez hay fantasmas —bromeé yo, golpeando la rodilla de Frank por debajo de la mesa.

—Claro, debe de ser eso —concluyó él, y me miró con una sonrisa de complicidad.

—Alexa, debo reconocer el esfuerzo que hiciste en el jardín. Estaba hecho un desastre —dijo mi padre, y agradecí el cambio repentino de tema.

Sonreí orgullosa y decidí darle crédito a la persona que estaba a mi lado.

—Frank me ayudó —comenté, e inmediatamente las miradas se posaron en él.

—No fue nada —dijo, alzando un hombro, y luego me guiñó el ojo cuando mis padres retomaron su conversación.

Al finalizar el desayuno, papá dijo que tenía un viaje de negocios y que tenía que coger el avión a la mañana siguiente. Cuando él y mi madre se fueron a trabajar, ayudé a recoger la mesa e insistí en lavar los platos, pero Melina dijo que lo haría ella. Así que acepté su oferta y subí a mi habitación.

Después de leer un par de capítulos, cerré el libro y lo dejé en la cómoda. Me dirigí a la ventana y corrí las cortinas para que entrara un poco más de luz. Por inercia, bajé la mirada al jardín y localicé a Frank, sentado en el balancín. Lo extraño era que estaba fumando un cigarrillo. Era la primera vez que lo veía fumar. Fruncí el ceño y salí de la habitación para ir al jardín.

—¿Qué haces? —pregunté, conforme me acercaba.

—Nada interesante —respondió con voz neutra.

Sinceramente, esperaba alguno de sus sarcasmos.

—No sabía que fumabas —dije con cautela mientras me sentaba a su lado.

—No suelo hacerlo —contestó, dejando salir el humo de su boca.

—¿Y por qué estás fumando ahora? —Sentía curiosidad por saber la razón. Pareció que mi pregunta le incomodase, porque frunció el ceño y luego volvió su mirada al frente, dando otra calada al cigarrillo—. ¿Puedo probarlo?

—¿Has fumado antes? —arrugó la frente, mirándome como si fuera una niña de ocho años.

En la preparatoria, unos compañeros me tentaron a fumar y, cuando lo probé, comencé a toser como una anciana a punto de morir por enfisema pulmonar. Desde ese día no había vuelto a fumar. Odiaba el olor a tabaco, pero no tenía nada mejor que hacer.

—Claro —dije con naturalidad.

Él entrecerró los ojos.

—Mentirosa.

Me lanzó el humo directamente a la cara y yo empecé a toser sacudiendo las manos en el aire.

—No me pasará nada por probarlo —dije cuando pude volver a respirar con normalidad.

—O puede que sí —me advirtió, mirando el árbol que estaba frente a nosotros.

—¿Entonces, por qué fumas tú? —insistí.

Estaba preparándome para escuchar algún comentario sobre nuestra diferencia de edad, pero él se limitó a decir sin mirarme:

—Ansiedad.

—¿Tienes problemas de ansiedad? —pregunté, irónicamente.

—No exactamente —dijo muy serio.

—De todas maneras, no entiendo cómo puedes estar fumando con tanta tranquilidad. ¿Melina te deja?

Mis padres me echarían una buena bronca si me vieran fumando.

—Tengo la edad suficiente para fumar, y, además, Melina no es mi madre —dijo, apartando la mirada.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté con preocupación. Lucía bastante decaído.

—Estoy pensando en mis padres.

Me quedé callada, recordando que mi madre me había contado que habían fallecido en un accidente de coche cuando Frank tenía trece años.

—Lo lamento mucho —murmuré en voz baja. Era pésima animando a las personas en estas situaciones. Sacudió la cabeza e intentó mostrar una sonrisa, pero no lo logró. Suspiró y se quedó pensativo. Noté cómo tragaba saliva.

—Es solo que... los echo de menos —susurró. Su voz estaba a punto de quebrarse.

Mi corazón se partió, sentí que se me destrozaba por dentro. Jamás pensé verlo así, tan conmocionado y triste. No llegué a pensar que detrás de ese chico arrogante, egocéntrico y divertido habitaba una persona dolida por la pérdida de sus padres. Resultaba difícil imaginar su dolor, pero debió de ser muy complicado para él asimilar algo así en una edad temprana. Pensar en la ausencia de mis padres causó un ardor en mis ojos.

Apagó el cigarrillo en un cenicero que había en una mesa próxima al balancín y permaneció con la mirada baja, tal vez avergonzado por mostrar debilidad ante mí. No podía seguir viéndolo así, y aunque quería saber un poco más, no iba a presionarle con el tema. Me acerqué a él, sin importarme cuál sería su reacción y lo abracé. Era lo único que podía hacer. Sentí su cuerpo tensarse por unos

segundos, pero después se volvió y me rodeó la cintura con sus brazos. Inclino la cabeza en mi hombro y cerré los ojos mientras lo abrazaba. El calor que emanaba su cuerpo acariciaba el mío... Estaba dispuesta a seguir abrazándolo hasta que se sintiera mejor.

—Frank —la voz de Melina me trajo a la realidad.

Lentamente se separó de mí, y noté el frío en el espacio que ahora había entre nosotros. Bajé los brazos y los dejé caer en mi regazo.

—¿Sí? —Se aclaró la garganta.

—Necesito que me lleves a dejar unos catálogos, por favor —le pidió amablemente.

—Claro. —Se puso de pie, se sorbió la nariz con discreción y se giró hacia mí —. ¿Quieres acompañarnos?

Negué con la cabeza. No podía responder. Sentía un nudo en la garganta; estaba segura de que mi voz hubiera sonado rasposa. Lo vi alejarse, y Melina me sonrió levemente antes de irse. Debí de imaginar por qué estábamos abrazados. El rostro de Frank lo explicaba todo.

Sentía una sensación extraña en mi pecho y decidí quedarme un rato más en el jardín, mientras procesaba el hecho de que Frank hubiera compartido conmigo algo tan personal.

¡Alexa, míralo a los ojos!

Volví a mi habitación e intenté seguir leyendo, pero comencé a bostezar. Mis ojos se cerraban; estaba cansada. Era irónico, porque aún no era tarde, pero supuse que el cansancio se debía a que la noche anterior prácticamente no había dormido. Dejé el libro a un lado y me recosté en la cama. Me quedé dormida escuchando el canto de los pájaros.

Al despertar de la siesta, miré el reloj de la cómoda. Eran las ocho de la noche, había recuperado las horas perdidas de sueño. Cuando tomé el móvil, me di cuenta de que tenía cinco llamadas perdidas y un mensaje. Tres llamadas eran de Fernando, dos de Karina, y el mensaje era de Frank.

Te traje comida china, pero estabas dormida cuando entré a tu habitación, así que la he guardado en la nevera.

Con una sonrisa en el rostro, me dirigí a la cocina. La cajita de comida china se encontraba intacta en la nevera. La calenté en el microondas y esperé impaciente. Cuando terminé de comer, o más bien de cenar, fui a la habitación de mis padres. Mamá y Melina estaban conversando sobre algún programa de televisión. Me percaté de la ausencia de mi padre, lo que me hizo recordar que a la mañana se iba de viaje.

—Por fin te has despertado, bella durmiente. —Mamá sonrió con desdén.

—¿Y papá?

—Se ha ido a jugar al billar con Hugo.

Mi padre y su amigo Hugo eran auténticos maestros del billar. Pero la verdad es que yo no sentía ningún interés por aprender.

—¿Has dormido bien? —me preguntó Melina.

—Sí, gracias. —Evité decir que la mejor parte fue cuando me desperté y leí el mensaje de Frank.

—Vamos a ir a comprar algunas cosas para tu padre —me dijo mamá mientras sacaba su bolso del armario.

Asentí y las acompañé a la puerta. Una vez que se fueron, conversé con Karina por teléfono y me dijo que había estado saliendo con Drake, el chico que conoció en la fiesta. Lo que me pareció sorprendente, ya que ella no solía salir con chicos. Evitaba los noviazgos a toda costa.

Al finalizar la llamada, pensé en hablar con Fernando, pero luego decidí que era mejor dejarlo para más adelante. No quería confundirme cuando él me dijera lo mucho que me echaba de menos. Mi mente estaba comenzando a despejarse, y no quería llenarla de dudas con halagos y comentarios sobre Frank. Hablando de Frank, tenía que agradecerle el detalle de haberme traído comida china. Un simple «gracias» no le haría daño a nadie.

Cuando estuve frente a su habitación, llamé a la puerta un par de veces. Al no obtener respuesta, giré el pomo y la puerta se abrió con un ligero chirrido. Era la segunda vez que entraba en ese cuarto tras la llegada de Frank, la primera había sido por obligación, y esta, bueno, era por voluntad propia. Asomé la cabeza, esperando verlo durmiendo o jugando a la Xbox, pero no había ni rastro de él. La cama estaba perfectamente hecha y la consola sobre la mesita.

Entré sigilosamente y cerré la puerta detrás de mí. Inspeccioné el lugar con detenimiento y mi mirada se detuvo en la cómoda, donde había una fotografía. Me acerqué para verla. Era de una pareja y de un niño de cabello castaño claro, en medio de ellos; los tres sonreían felices a la cámara. Las fotos immortalizan instantes que jamás volverán... Sentí un nudo en la garganta al imaginar el rostro pequeño de Frank cuando se enteró de que sus padres habían muerto.

—¿Qué estás haciendo?

Contuve la respiración y me giré sobresaltada.

—Lo siento —dije. Noté los labios secos.

Cuando lo vi saliendo del cuarto de baño, me quedé estática y tuve que tragar saliva. Por un momento olvidé a lo que había ido a la habitación. Frank solo llevaba puesta una toalla blanca en la cintura, que cubría su enorme... Bueno, no sabía si era enorme, no es que estuviera pensando en ello... ¡Dios! El caso es que estaba cubriendo su miembro.

¿Qué pasaría si la toalla se cayera? O, peor aún, ¿cómo reaccionaría si él se la quitaba a propósito? Sacudí la cabeza, despejando las posibles posibilidades de desmayo y me concentré en dar alguna explicación a mi presencia allí.

—Yo vine..., vine a... —tartamudeé.

¡Maldición! ¿Por qué me sentía tan nerviosa? ¡Era solo un cuerpo! Tal vez se debía a que era la primera vez que veía un cuerpo masculino a mi alcance.

—¿A qué? —preguntó frunciendo el ceño.

Me percaté de su pecho desnudo y no pude evitar observar los músculos contorneados de su abdomen, al igual que los de sus pectorales, brazos y hombros.

—A darte las gracias —logré decir, mirando su torso bronceado.

—¿Por qué?

—Por la comida —contesté nerviosa y me mordí el labio. «Y también por las magníficas vistas que me estás ofreciendo de tu cuerpo», pensé. «Gracias por todo el esfuerzo que le estás dedicando a tus abdominales y gracias por ser tan malditamente sexy.»

Asintió, buscando una loción y comenzó a aplicársela, empezando por el cuello y siguiendo luego por los brazos y el pecho.

—De nada.

Me quedé como una estúpida observando su espalda. Era la personificación de un dios griego, romano y egipcio. Estaba siendo descarada, pero no podía dejar de mirarlo.

Era como si mi mirada se hubiera clavado en su cuerpo. Además, no siempre tenía la oportunidad de ver los atributos de un chico tan de cerca, así que tenía que aprovechar. De repente, me encontré la mirada de Frank en el espejo, y se giró, mirándome extrañado.

—¿Tienes algo más que decirme?

Tenía muchas cosas que decirle, pero no le diría ninguna de ellas. No quería aumentar su ego diciéndole lo atractivo que se veía. Me hubiera catalogado de perversa.

—No, no... Mmm... Bueno, me voy para que puedas vestirme —balbuceé, señalando ese magnífico cuerpo que no podía tocar. Cerré los ojos un instante para poder guardar su imagen en mi memoria y caminé aturdida hacia la puerta.

—Espera.

Giré sobre mis talones y lo miré, sintiendo la necesidad de salir corriendo.

—¿Sí?

—¿Por qué estás tan nerviosa?

—Estoy bien... —respondí, alternando la mirada de su rostro a su abdomen. «¡Diablos, míralo a los ojos!», me grité.

—Alexa, estoy aquí, no ahí abajo —dijo, señalando sus abdominales.

Lo miré a la cara. Estaba arqueando las cejas con picardía.

Un calor infernal se apoderó de mis mejillas y deseé tener algún superpoder para desaparecer en ese instante.

—Lo siento —me disculpé, colocando la palma de la mano en los ojos.

«Claro, Alexa, como si eso impidiera que lo siguieras viendo», me dije.

—¿Quieres tocarlos?

Su propuesta me tomó tan desprevenida que me tambaleé. Traté de asimilar sus palabras. Abrí los ojos como dos grandes lunas llenas y mis labios se entreabrieron.

—¿Estás loco? —Mi voz salió aguda y fingí estar ofendida.

«Juez, lléveme presa. Merezco que me condenen a cadena perpetua. Quiero tocar sus bíceps y sus abdominales, lo admito», pensé, y en mi cabeza escuché la irrevocable sentencia: «Alexa “Desesperada” Owens se la considera culpable de tener esa mente tan calenturienta y carecer de fuerza de voluntad para contenerse. Se cierra la sesión. ¡Pum!».

Lo sé, me salí del contexto, pero era más fácil enfrentarme a situaciones embarazosas en mi mente que en la vida real.

—Sé que quieres hacerlo... —Me guiñó el ojo y fue acortando la distancia.

—Aléjate, Frank —intenté salir, pero él cerró la puerta y se interpuso en mi camino.

—No te quedes con la duda. —Sonrió de tal modo que logré ver unos ligeros hoyuelos. Bajé la mirada a su abdomen y observé la uve en su cadera. ¿Cómo podía contenerme ante semejante visión? Levanté el brazo, dispuesta a tocarle el abdomen. La mano me temblaba mientras me acercaba a su piel expuesta.

«Contrólate, Alexa. No hagas algo de lo que te puedas arrepentir después.»

«La curiosidad mató al depravado gato.»

«No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.»

«No mueras en el intento.»

«¡Hazlo!»

«Dignidad..., no te olvides de la dignidad, Alexa.»

¡Bingo! Esa palabra fue clave para mantener el autocontrol. Mis dedos estaban a punto de tocar su abdomen, pero dejé caer el brazo. Frank frunció el brazo, preguntándose, seguramente, por qué me había detenido. Lo empujé, abrí la puerta y salí directa a mi habitación con el rostro hirviendo.

¡Dios mío! Mi cerebro iba a explotar por la intensidad del momento. Tomé varias respiraciones, tratando de controlar los latidos de mi corazón, que palpitaba frenéticamente.

Me dejé caer de espaldas en la cama y suspiré. Estúpido, Frank. Pensó que accedería a su invitación, pero no contó con que yo tenía voluntad suficiente para negarme.

Y con la imagen de su cuerpo escultural en mi mente, me quedé dormida.

Casi..., pero no

Por la mañana, me levanté temprano y bajé a la sala. Mamá y yo acompañamos a papá al coche, y nos despedimos con abrazos, deseándole suerte en su reunión. Regresaría en una semana.

—Me llamas una vez que hayas aterrizado —dijo mamá, mostrando una breve sonrisa.

Mis padres se besaron tiernamente por unos segundos y me aclaré la garganta, para recordarles que estaba presente. Mamá soltó una risita nerviosa y entró en casa tras darle un último beso en la mejilla a mi padre.

—Alexa, no te metas en líos, ¿de acuerdo? —me advirtió en su habitual tono duro.

—Sí, papá, yo también te voy a echar de menos —dije sarcásticamente. Se rio y me abrazó con fuerza.

—Las echaré de menos a las dos, pero hablo en serio, no quiero una queja de ti cuando regrese, ¿queda claro?

—Clarísimo.

No pensaba buscarme problemas, y esperaba que Frank no los provocara. Se despidió dándome un beso en la frente y subió al coche.

Tras verlo irse, volví a casa. Subí las escaleras y, cuando llegué al pasillo, me encontré con Frank. Evité hacer contacto visual y lo esquivé, siguiendo mi camino.

—¿Sabías que te ves muy sexy dormida?

Me detuve justo antes de entrar a mi habitación y me giré hacia él.

—¿De qué hablas? —En ese instante recordé que había entrado a mi habitación ayer por la tarde, mientras dormía la siesta.

—Fue inevitable no observar tus piernas —continuó diciendo, mirándolas de reojo.

—¿Estuviste observándome? —pregunté, furiosa.

—Solo un momento, tenía que aprovechar que estabas dormida —admitió encogiéndose de hombros.

Noté cómo la ira corría por mis venas. Tal vez otras chicas se hubieran sentido halagadas con ese comentario, pero yo no. No me consideraba un objeto que podías «admirar». Me acerqué y, sin pensarlo dos veces, le di un sonoro bofetón, lo hice con tanta fuerza que giró el rostro hacia el lado contrario. Hice una mueca y sacudí la mano. Me ardía la palma.

—Buen golpe —sonrió, y me miró divertido mientras se masajeaba la mejilla.

¿Acaso era de hierro?! ¿Acababa de darle una brutal bofetada y lo único que hacía era sonreír como un idiota?

—Vaya, no entiendo por qué te enfureces tanto, yo no protesté anoche cuando tú estuviste mirándome.

—Era imposible no mirar tu abdomen —repliqué, sintiéndome de inmediato como una estúpida.

—Estás admitiendo que me deseas. —Arqueó las cejas y me sonrojé.

—He visto cuerpos mejores —dije, fingiendo indiferencia.

Frunció el ceño y se fue acercando mientras yo retrocedía hasta sentir la puerta de la habitación detrás de mí.

—¿Mejor que el de Fernando? —me retó, apoyando sus manos en la puerta, una a cada lado de mi cabeza. No sabía por qué metía a Fernando en esto.

—Sí —mentí. ¡Jamás había visto a Fernando con solo una toalla alrededor de la cintura!

El silencio se expandió y nos quedamos mirando esperando a que alguno hablara. Mi vista bajó hasta su boca, y, sin poder evitarlo, me humedecí los labios. De repente los notaba secos. Se inclinó lentamente sin dejar de mirarme y

sentí su respiración mezclándose con la mía. Tragué y entreabrí los labios, dispuesta a probar la textura de su boca. Rodeé el pomo de la puerta con una mano, intentando estar cómoda, pero, desgraciadamente, hice que girara y la puerta se abrió de golpe.

Lo demás sucedió en cuestión de segundos. Solté un grito ahogado y caí al suelo, con Frank encima de mí. Nuestras frentes chocaron y ambos nos quejamos en el momento del impacto. Pero luego nos miramos y comenzamos a reír, mientras nos levantábamos.

Qué suerte la mía.

—Prácticamente acaba de empezar el día y ya he recibido dos golpes —dijo, sobándose la frente.

Puse los ojos en blanco y lo empujé fuera de mi habitación. Tenerlo tan cerca era demasiado tentador.

—Ya te puedes ir, adiós.

Iba a cerrar la puerta, pero él me lo impidió, poniendo un pie.

—Ey, no hemos terminado nuestra conversación.

—Creí que había terminado cuando estampé mi mano en tu mejilla. —Empujé la puerta, pero él siguió impidiéndomelo con sus brazos.

—Una última cosa.

—¿Qué? —suspiré, fastidiada.

—Admite que te pongo nerviosa cuando no tengo la camiseta puesta.

—Muérete.

Cerré la puerta bruscamente y me apoyé en ella, pensando en lo idiota, divertido, estúpido, bromista que podía llegar a ser y en que, por alguna razón, me agradaban todas sus facetas.

Inesperado

Después de conseguir normalizar mi respiración, llamé a Karina y nos reunimos en una cafetería donde los batidos de chocolate y fresa eran buenísimos.

El tema central de la conversación fue Frank.

Le conté cómo me había traicionado, que luego me ayudó con el castigo, nuestro acercamiento en la cocina, la discusión por la nota de la chica del súper, cómo me suplantó haciendo creer a Fernando que yo le proponía una cita en el parque de atracciones, la pelea que los dos tuvieron en mi habitación, su descarada invitación a que le tocara el abdomen y lo que había sucedido esa mañana. Quería decirle lo que sabía de sus padres, pero no lo hice. Decidí mantenerlo como algo íntimo.

—Ese chico está loco por ti —dijo cuando terminé de hablar.

—Claro que no. Le gusta hacerme de rabiar.

—Y a ti te encanta que lo haga. —Dio un sorbo a su bebida y yo puse los ojos en blanco. Esperaba un poco de comprensión. ¿Era tan difícil de entender que se lo pasaba en grande haciéndome enfadar?—. Alexa, ¿te gusta Frank?

—No.

Negué con la cabeza y moví la paja del batido de fresa.

—No mientas —me advirtió, entrecerrando los ojos.

—Tal vez sí —murmuré, removiéndome en el asiento.

—¿Qué hay de Fernando?

—Hablé con él, pero no terminamos la conversación...

Me encogí de hombros.

—¿Y has hablado con Frank acerca de esto?

—No, con él no se puede mantener una conversación normal. Las veces que nos dirigimos la palabra es para insultarnos.

—Creo que tiene derecho a saberlo.

La miré sorprendida.

—Si le digo que me siento atraída por él, no dudará en reírse en mi cara y fastidiarme todos los días —respondí, y me imaginé soportando sus burlas por confesarle mis sentimientos.

—¿Y si él siente lo mismo por ti? —preguntó, esperanzada.

Me quedé en silencio.

La vida de Frank giraba alrededor de él. Solo estaba divirtiéndose conmigo. Me había sentido confundida por lo que habíamos hecho juntos y las situaciones vividas, pero no iba a permitir que me rompiera el corazón. Karina no insistió más en el tema y decidió contarme cómo le iba con Drake, que parecía tenerla en las estrellas. Sus ojos brillaban de emoción mientras me explicaba todo lo que habían hecho. La escuchaba, pero seguía preocupada porque no sabía definir mis sentimientos por Frank.

Por la noche, la ausencia de mi padre se me hizo más evidente. Había hablado con él por teléfono por la tarde, y había tenido que escuchar las mismas advertencias sobre que no me metiera en problemas. Pero también me dijo que le estaba yendo muy bien con su proyecto.

Estaba en mi habitación, mirando a través de la ventana cómo el cielo oscuro empezaba a relampaguear. Desde el incidente de la mañana, no había cruzado palabra con Frank. Una parte de mí quería contarle lo que sentía por él, pero el miedo a ser rechazada e incluso juzgada me impedía hacerlo.

Aparté la vista de la ventana cuando llamaron a la puerta. La abrí pensando, por un momento, que sería Frank, así que me sentí un poco decepcionada al ver que era mi madre.

—Alexa, vamos a ir a casa de Helen. Ha estado deprimida y nos ha pedido que vayamos a hacerle un rato de compañía.

Era comprensible que la tía Helen se sintiera sola. Nunca se había casado y tampoco había tenido hijos. Antes pensaba que viviría sola toda mi vida, que era lo mejor, pero desde que me enteré de que mi tía sufría severas depresiones, descarté la idea de seguir sus pasos.

—Qué mal... —dije frunciendo los labios.

—¿Quieres venir con nosotras?

Recordé la última vez que fui a «ayudarla» con sus problemas de soledad. No fue agradable. Regresé a casa contagiada con su depresión y me puse a llorar por todas las cosas que podía haber hecho y no hice, maldiciendo lo cruel que era la vida. No iba a arriesgarme a pasar por eso de nuevo.

—No, gracias —contesté rápidamente.

Asintió con suavidad.

—Necesito que cierres bien todas las puertas. Puede que no vengamos a dormir. Todo depende de cómo veamos a Helen.

—Está bien. Le mandas mis saludos.

Minutos después de que se fueran, me entretuve escuchando música. Las llamadas de Fernando entraban constantemente, pero las rechacé. Me lavé los dientes después de cenar y cerré la puerta principal, tal como mi madre me había dicho que hiciera antes de irme a dormir. Salí al jardín trasero y cerré la puerta de la parte de atrás.

Los relámpagos asomaban en el cielo oscuro y el viento comenzaba a soplar con más y más fuerza; tuve que apartarme el pelo de la cara mientras regresaba a casa. Al tratar de abrir la puerta corredera, vi que no cedía. Mantuve la calma y lo intenté de nuevo. Nada. Desesperada comencé a forcejear como una desquiciada. ¡La maldita puerta estaba cerrada por dentro! La golpeé ruidosamente y esperé a que Frank abriera. Estaba a punto de caer una tormenta y no quería que se me estropeará mi blusa favorita. Después del séptimo golpe, las cortinas de la ventana que se encontraba a un lado de la puerta se corrieron y vi a Frank.

—Ábreme la puerta, por favor.

Frunció el ceño y colocó la mano en la oreja, dándome a entender que no me podía oír. Estaba probando mi paciencia.

—¡Abre la puerta! —grité para hacerme oír por encima del ruido que provocaba el viento en las ramas de los árboles vecinos.

Levantó la vista para mirar el cielo y luego me miró con una sonrisa mientras movía el dedo índice de un lado a otro.

—¡Frank, abre la puerta! —volví a gritar al mismo tiempo que un trueno resonaba entre las nubes.

Y, como si todo estuviera en mi contra, una enorme gota de agua cayó en mi mejilla. Miré hacia arriba, y, de repente una fuerte lluvia comenzó a caer. Me quedé empapada en pocos segundos. Insistí dándole patadas a la puerta mientras la lluvia me comía viva.

—¡Abre la maldita puerta!

Tras unos minutos eternos, la tormenta bajó de intensidad y fue entonces cuando escuché el «clic» de la puerta. Era demasiado tarde, estaba completamente mojada.

«Tranquila, Alexa —me dije—. Entra, ignóralo y sube a tu habitación para cambiarte de ropa lo antes posible.»

Guiándome por mis pensamientos, entré y, sin mirarlo, me dirigí hacia las escaleras. Sentí sus pasos detrás de mí, pero seguí caminando. Al momento en que llegué a los escalones, me tomó del brazo y me giró hacia él.

—Alexa, espera...

—¡Suéltame! —Me zafé de su agarre, pero luego sentí uno de sus brazos rodeando mi cintura y me llevó contra la pared—. Quítate, necesito ir a cambiarme.

—Yo te puedo ayudar.

Intenté subir las escaleras, pero me bloqueó el paso.

—¿Qué quieres?

—Quiero muchas cosas en este momento; todo depende de ti —contestó mirándome con deseo.

¡Diablos! Odiaba sentirme tan indefensa cada vez que me miraba de esa manera.

—Eres un perverso, ¿lo sabías?

Se alejó un poco de mí y bajó la mirada a mi pecho, mordiéndose el labio.

—Cómo no voy a comportarme como un perverso cuando tienes ese aspecto tan sexy...

Incliné la cabeza hacia abajo para mirarme a mí misma. La blusa mojada estaba pegada a mi cuerpo como una segunda piel, pero lo peor de todo era que, por la parte del escote, se notaba el sujetador negro.

—Bonitas tetas.

—¿Por qué no te vas a fastidiar a otra chica? —pregunté cruzándome de brazos.

—Me gusta fastidiarte a ti.

—Te odio —dije entre dientes.

—No, no me odias. Apuesto a que sueñas conmigo todas las noches. —
Sonrió, mostrando su perfecta dentadura.

Sí, soñaba a veces con él, pero ¿y qué? Eso no era un delito.

—Eres tú el que sueña conmigo.

—No lo estoy negando.

—Eres un idiota —dije, fulminándolo con la mirada.

—Dilo de nuevo y atente a las consecuencias —me advirtió sin dejar de mirarme los labios.

—Eres un idiota, estúpido, creído, maleducado, egocén...

Sus labios callaron mis palabras y dejé de respirar por un momento.

¿Esto realmente estaba pasando?

Abrí los ojos con sorpresa y los cerré, correspondiendo al beso. Mi mente me decía a gritos que me detuviera, pero mi cuerpo no obedecía. Me estremecí al sentir sus labios moverse lentamente, pidiendo que permitiera el avance de su lengua. Lo dejé pasar, y nuestros labios se movieron sincronizadamente. La textura de sus labios era suave, y el sabor de su boca, exquisito.

Colocó una mano en mi cintura mientras que la otra la apoyó en mi mejilla. Le rodeé el cuello con los brazos y, sin dudar, pasé mis dedos por su tersa cabellera. Entonces él me abrazó con más fuerza, sin importarle que estuviera empapada de pies a cabeza. El beso se profundizó, y seguí el ritmo de su lengua.

Gruñó, ajustando su cuerpo con el mío, y yo solté un pequeño gemido al sentir su dureza.

Los únicos ruidos que nos acompañaban eran los sonidos que nuestros labios provocaban al unirse y las ligeras gotas de lluvia que se escuchaban fuera. Estaba quedándome sin aliento cuando nuestros labios se rozaron por última vez. Me separé de él y lo miré, respirando con dificultad.

—Frank...

Este era el momento adecuado para hablar sobre mis sentimientos.

—Lo siento, no debí besarte... —me interrumpió, con voz áspera. Dejó caer sus manos a los costados y comenzó a alejarse hacia las escaleras.

Me quedé apoyada en la pared con la boca entreabierta. ¿Estaba a punto de decirle lo que sentía por él, y me dejaba ahí, después de decir, literalmente, que sentía lo que había sucedido? Mis ojos se llenaron de lágrimas a la vez que sentía un nudo formándose en mi garganta. Una lágrima cayó por mi mejilla y me la limpié, dejando salir un suspiro. Respiré hondo, tratando de calmar la humillación. Subí las escaleras, y cuando llegué al segundo piso, vi a Frank sentado en el suelo, apoyado contra la puerta de su habitación.

—Alexa, yo...

Negué con la cabeza, apartando la vista de él y entré en mi cuarto. Cerré la puerta de golpe. Me duché de mala manera y me puse ropa seca. Luego me acosté en la cama y me cubrí con las sábanas. Tenía frío...

Cerré los ojos, pensando en la sensación de sus labios que seguían haciendo cosquillas en los míos.

Soy tu enfermero

FRANK

Tras insultarme a mí mismo por haberme comportado como un idiota con Alexa, me quedé dormido recordando la escena del beso una y otra vez. La conocía desde hacía muy poco tiempo, pero me tenía literalmente a sus pies. Desde el primer momento me empeñé en hacerle la vida imposible por la manera en que me hacía sentir. Hacía tiempo que no me preocupaba por tener ese tipo de sensaciones hacia alguien.

Todo afecto había desaparecido de mi vida cuando perdí a mis padres. Lo que no le conté a Alexa fue que yo estaba presente en ese accidente. Recuerdo que iba sentado en la parte trasera del auto jugando con mis juguetes mientras mis padres conversaban alegremente sobre los preparativos de su aniversario.

Todo eso se esfumó en cuestión de segundos.

Lo último que recordé fue un camión de mercancías dirigiéndose directamente hacia nosotros. Nunca supe qué sucedió después... Desperté en la cama de un hospital, con mi madrina a un lado.

Cuando me fui recuperando de las leves fracturas, Melina me explicó con delicadeza lo que les había ocurrido a mis padres. Al principio me lo tomé con calma, pero después comencé a culparme por haber sobrevivido al accidente. Si hubiera estado atento a la carretera, nada de eso habría sucedido.

Desde entonces, por alguna razón, comencé a rechazar cualquier muestra de cariño. Melina siempre se había esforzado mucho en asumir el rol de madre, pero yo no se lo había permitido; nadie llenaría el vacío que mis padres habían dejado en mi vida.

Cuando se vio obligada a vender su casa, yo me negué a venir aquí. Tenía pensado ir a mi apartamento, pero hubo una razón muy valiosa por la que no lo hice. Melina me había mostrado una foto de la familia Owens, e inmediatamente me interesé en la hija única que sonreía a la cámara.

El día de nuestra llegada, actué de la forma más desinteresada y fría posible. Alexa, desde el primer momento, se sintió molesta con mi actitud, y yo me di cuenta, también desde el primer momento, de que había algo en ella que me impulsaba a hacerle la vida imposible siempre que pudiera.

¿Por qué? No lo sabía.

Al principio, quizá fue para ponerle algo de diversión a la situación, pero poco a poco, sin darme cuenta, comencé a sentir cosas por ella cuando la tenía cerca, y creo que entonces seguí haciéndole la vida imposible porque quería ocultar esos sentimientos que empezaban a florecer dentro de mí.

Actuaba de forma impulsiva con frecuencia, pero mi descontrol fue total cuando encontré a Fernando en su habitación. Odiaba a ese idiota. Semanas atrás, mi grupo de amigos se peleó con el suyo porque no pararon de hacer comentarios estúpidos. Y cuando me enteré de que había salido con Alexa, me sentí aún más furioso. A kilómetros se notaba que se la quería llevar directamente a la cama, y por más absurdo que sonara, yo no lo iba a permitir. Primero tendría que enfrentarse a mí.

Me levanté, estirando los brazos y me dirigí al baño. Eran las diez de la mañana cuando salí de la ducha y no había señales de Alexa fuera de su habitación. Supuse que, después de lo que sucedió anoche, debía de estar furiosa, y no la culpaba, tenía todo el derecho a estarlo. La había besado... Recordarlo hacía que me excitara de nuevo.

Después de desayunar, salí de la cocina y escuché sonar el teléfono de la sala. Caminé hasta allí y contesté la llamada.

—¿Diga?

—¿Está Alexa? —Esa estúpida voz masculina pertenecía a la persona que más odiaba: Fernando.

—No.

—Supongo que eres Frank —lo escuché decir en tono molesto.

—Sí, soy Frank. ¿Algún problema? —pregunté, apretando la mandíbula.

—Necesito hablar con Alexa —cambió el tema.

—Llámalas a su móvil.

—No me contesta —se justificó.

—Ese no es mi problema.

Colgué, y subí las escaleras para dirigirme a la habitación de Alexa. Intenté entrar, pero la estúpida puerta estaba bloqueada. Llamé tres veces lo bastante fuerte, pero no obtuve respuesta.

—¿Alexa? —pregunté con preocupación.

—¿Qué quieres?

—¿Estás bien? —dije, frunciendo el ceño.

—Vete... —Definitivamente su voz se escuchaba cavernosa.

Fui a la cocina, cogí un cuchillo y volví a la habitación. No, no iba a asesinarla, no era tan psicópata. Introduje el filo del cuchillo dentro de la cerradura y la moví bruscamente... Después de unos segundos, la puerta se abrió.

Me deshice del cuchillo y entré en la habitación. Estaba acostada en la cama. Me acerqué a ella despacio y, cuando abrió los ojos con pesadez y me miró, vi que estaba demacrada. Tenía la nariz roja, los labios secos y unas enormes ojeras.

—Vete... —protestó débilmente.

Me coloqué a su lado y le toqué la frente. ¡Demonios!

—Estás ardiendo de fiebre.

Y el único responsable de ello era yo, que la había dejado en medio de la lluvia. Conseguí rápido un termómetro y le dije que abriera la boca.

—Déjame en paz —se quejó, y me apartó la mano, pero logré convencerla de revisar su temperatura.

Sí, tenía fiebre.

—¿Quieres que llame a tu madre? —pregunté, sentándome en la cama.

—No, llegará esta noche. —Hizo una mueca y suspiró.

—Cuando era pequeño y tenía fiebre, Melina solía darme un baño de agua templada para que me bajara...

No sabía mucho de este tipo de cosas, pero quizá con Alexa también podría funcionar. Gimió y retiró las sábanas que tenía encima. Me levanté, intentando ayudarla, pero me empujó. Esta chica era imposible.

—Maldita sea, Alexa.

—Puedo hacerlo sola —replicó mientras se ponía de pie con torpeza. En cuanto sus pies tocaron el suelo, se tambaleó, y me apresuré a sujetarla por la cintura para que no se cayera.

—Claro que puedes hacerlo sola —dije irónicamente—. Tendré que ayudarte en la ducha.

—Ni lo sueñes. No pienso dejar que me veas desnuda.

Imaginar a Alexa desnuda era tentador. Su cuerpo curvilíneo era digno de admirar, pero en ese momento lo que me importaba era conseguir que la fiebre bajara.

—Prometo mantener los ojos cerrados —propuse, sabiendo que no lo haría.

—De ninguna manera.

—Está bien, puedes quedarte con la ropa interior —dije, y lo consideró. Se masajeó las sienes, tratando de mitigar el dolor de cabeza, y finalmente asintió.

Sonreí y la llevé a la ducha.

—Deja de mirarme y dame la toalla —dijo molesta, con las mejillas sonrojadas.

Me retiré de la pared y le entregué la toalla. Seguía en ropa interior y, ¡guau!, dejaba poco lugar a la imaginación. Evité cualquier comentario perverso; no había podido callarme cuando comenzó a quitarse la ropa y terminó arrojándose agua y mojándose la camiseta y los tejanos. Así que decidí dejarla en paz.

Después de ponerme ropa seca, volví al cuarto de baño justo cuando Alexa terminaba de ponerse el pijama. Me incliné para ayudarla a salir de la ducha y regresamos a su habitación. Se acostó en la cama, cogí las sábanas y la tapé hasta la altura del pecho. A regañadientes, se colocó el termómetro entre los

labios y esperó. Pasaron unos instantes y revisé la temperatura. La fiebre había disminuido considerablemente, pero aún se quejaba del dolor de cabeza. Recordé entonces que aún no había comido nada desde por la mañana.

—Te prepararé algo de comer.

Me levanté de la cama y caminé hacia la puerta.

—No tengo hambre —la escuché decir, pero yo seguí mi camino hacia la cocina. Tenía que comer un poco.

Al cabo de un rato, volví a la habitación. Me miró y se incorporó, sentándose en la cama.

—¿Qué es?

—Caldo de pollo. Es lo único que sé hacer. —Sonreí y me senté a su lado.

—¿Melina te enseñó a prepararlo?

Me tensé y bajé el plato a mi regazo.

—No, fue mi madre... —Desvié la mirada, sintiendo una ligera punzada en el pecho.

—Lo siento.

No me gustaba hacerla sentir avergonzada. Forcé una sonrisa y tomé la cuchara, levantándola hacia ella.

—Bien, es hora de alimentarte —dije, cambiando el tema.

Frunció el ceño.

—No es necesario que me ayudes.

—Quiero hacerlo.

Llevé la cuchara a su labios y ella puso los ojos en blanco mientras abría la boca.

—Está delicioso —dijo con una sonrisa, saboreando el caldo.

—Lo sé. —Sonreí, aunque yo me refería a la textura de sus labios.

Pasé la tarde en la habitación de Alexa. Parecía sentirse cada vez mejor. Me habló de algunos de los libros que leía. Mi mente se llenó de historias sobre ángeles caídos, nefilims, runas, vampiros y alienígenas. Me sorprendió su capacidad para leer libros de más de cuatrocientas páginas. ¡Cómo no!, yo me

aburría leyendo un anuncio... Desde luego, se ganó mi admiración.

Rebeca y Melina llegaron a casa por la noche y yo me fui a mi habitación porque ellas se quedaron con Alexa. Me acosté en la cama, con los brazos detrás de la cabeza. La imagen de Alexa aparecía al cerrar los ojos. Me gustaba cómo sonreía, los gestos que hacía cuando se enojaba, e incluso me gustaba los insultos que me decía. Parecía como si se estuviera apoderando de mis sentidos. El sonido del teléfono me sacó de mi trance y estiré el brazo para cogerlo de la mesita de noche.

De: Alexa

Gracias por haber cuidado de mí, fue un detalle muy lindo.

Respondí el mensaje y me volví sobre mi costado con una sonrisa en mi rostro. Cuidaría de ella cada vez que me lo pidiera, de eso no tenía ninguna duda.

¿Error olvidado?

Una parte de mí no quería admitirlo, pero gracias a los cuidados de Frank me sentía mucho mejor. Ayer había sido uno de mis peores días, jamás me había sentido tan enferma en toda mi vida. No me consideraba una persona enfermiza, pero esta vez mis defensas me traicionaron. Seguía sorprendida, preguntándome de dónde había sacado las agallas para decir que necesitaba su ayuda a la hora de ducharme.

Supongo que la valentía apareció gracias a la fiebre. Fue un momento embarazoso, pero no tenía otra opción. Mi cabeza iba a explotar si la temperatura no bajaba. Pero me puse nerviosa cuando sus brazos me rodearon para ayudarme a mantener el equilibrio.

Antes de dormir, pensé en ir hasta su habitación para darle las gracias, pero dos cosas me lo impedían: una, estaba agotada y me costaba incluso levantarme, y dos, no quería tener la oportunidad de encontrarme con su abdomen desnudo de nuevo, así que opté por mandarle un mensaje.

No esperaba a que respondiera, sin embargo, cuando leí su mensaje, me sonrojé. Decía: «Soy tu enfermero».

Bien, pues no era tan malo ponerte enferma si tenías a un Frank que te atendiera.

A la mañana siguiente el sol decidió no salir, y el cielo apareció completamente

nublado. Aún sentía una pequeña punzada en mi cabeza por el dolor, pero no era nada comparado con la jaqueca de ayer. Bajé las escaleras y fui a la cocina para prepararme un sándwich.

Mamá ya se había ido a trabajar, pero antes había pasado por mi habitación para comprobar que estuviera bien. Estaba comiéndome el sándwich cuando Melina entró a la cocina.

—Hola. —Mostré una sonrisa de boca cerrada.

—Hola, ¿cómo te encuentras? —preguntó mientras abría y cerraba las puertas de los armarios.

—Mucho mejor. Gracias por preguntar —dije, y di un sorbo a la bebida.

—¿Así que Frank cuidó de ti?

Sonreí, recordando el caldo de pollo. ¿Quién iba a pensar que él sabía preparar algo más que un simple sándwich?

—Sí, fue muy atento. —Me encogí de hombros, aparentando indiferencia. Melina no necesitaba saber que me duché con Frank presente.

—¿Qué fue lo que te causó la fiebre? —preguntó de repente. Había logrado convencer a mamá de que era porque estaba baja de defensas. Omití decir que Frank me había dejado bajo la lluvia un montón de tiempo. Melina se giró hacia mí y arqueó las cejas—. ¿Frank tuvo algo que ver?

—No —mentí, negando con la cabeza—. Tal vez me sentó mal algo que comí. Dejé de preparar el desayuno y soltó un suspiro.

—¿Qué hizo? —insistió, ignorando mis falsas excusas.

Podía decírselo, de cualquier manera, ya lo sospechaba. Le conté lo que había pasado, saltándome la parte del beso y la humillación. No tenía por qué entrar en detalles. Se sentó frente a mí, con su desayuno, y me miró sin una pizca de asombro.

—¿No se ha disculpado?

Realmente no esperaba una disculpa formal de su parte. La posibilidad de escuchar un «lo siento» de su boca era casi nula. Frank se inclinaba a arreglar sus errores haciendo alguna cosa para enmendarse, y creo que eso era aceptable.

Negué con la cabeza, tomé una manzana del frutero y le di un pequeño mordisco.

—Me disculpo por él —dijo ella, avergonzada, mientras comía su desayuno.

—Oh, no, no es culpa tuya que él sea un estúpido idiota... —Me detuve en seco y la miré, haciendo una mueca—. Lo siento, no quise decir...

—Tranquila, esa es tu opinión sobre él. —No, esa no era mi opinión real sobre él, pero fue lo primero que se me había ocurrido decir—. Solo necesitas comprenderle.

Pues sí. Ese era el problema, que no le comprendía. A veces se comportaba como un insoportable arrogante y egocéntrico, y en un parpadeo pasaba a ser amable e incluso amigable.

—La verdad es que no le entiendo —susurré, mirando la manzana entre mis manos.

—Sé que ha estado haciéndote la vida imposible desde que llegamos, pero lo hace para ocultar lo que siente. No puedo hablar por él, pero estoy casi segura de que... —se detuvo, mirando sobre mi hombro.

Me volví. Frank acababa de entrar y nos miró alternativamente con el ceño fruncido.

—¿Estaban hablando de mí?

Se sentó a mi lado y me quitó la manzana. Protesté, pero él sonrió y le dio un mordisco. Puse los ojos en blanco.

—Le estaba hablando a Alexa sobre los productos que tengo que preparar. —Melina me lanzó una mirada de complicidad.

—Sí, de hecho, me he ofrecido a ayudarla —asentí, queriendo parecer más convincente—. No todo el mundo gira alrededor de ti, Frank.

—Vale, ¿cómo te encuentras? —me preguntó, y sentí un ligero rubor en las mejillas al recordar cómo había cuidado de mí.

—Bien, gracias —dije, mostrando una leve sonrisa.

—Hace un rato llamaron por teléfono —comentó Melina mientras se ponía de pie.

—¿Quién era? —la miré con curiosidad.

—Un tal Fernando. —Se encogió de hombros. Tras secar el plato que había lavado, salió de la cocina.

Miré a Frank de reojo y lo noté un poco tenso. Suspiré y me levanté para ir a

mi habitación.

—Alexa...

Me detuve antes de llegar a la puerta.

—¿Sí? —dije, aún dándole la espalda.

—¿Quieres ir al parque de atracciones hoy?

Me giré lentamente hasta encontrarme con su mirada.

¿Debía?

«Oh, vamos, Alexa. Es solo una salida. No vais a ir a un hotel para tener una noche de pasión. No, si tú no quieres, claro está.»

—Vale, pero esta vez seré yo quien le pida permiso a mi madre.

No iba a arriesgarme a que me la jugara de nuevo. Que hubiera sido amable ayer no significaba que tuviera que confiar en él.

—Hecho, a las siete nos vamos —dijo.

Asentí y salí de la cocina.

Una vez en la habitación, llamé a mi madre para decirle que quería ir al parque de atracciones por la tarde, y ella me dejó, pero antes tuve que escuchar sus advertencias de que debía llegar pronto a casa.

Las llamadas perdidas de Fernando seguían. Sinceramente, comenzaba a molestarme que no me diera un poco de espacio. Sabía que necesitaba una respuesta, pero no podía dársela si seguía presionándome de ese modo.

Faltaba poco para las siete. Después de ducharme, había tenido una pequeña crisis con el armario, pero al final opté por unos tejanos ajustados, una blusa negra, una chaqueta marrón y unos botines con plataforma. Luego inspeccioné mi rostro y el peinado para asegurarme de que todo combinaba. Guardé el móvil en uno de los bolsillos delanteros del pantalón y salí de la habitación.

Al llegar a la sala me encontré con Melina. Estaba sentada en el sofá mirando los catálogos y escribiendo en ellos. Cuando se percató de mi presencia, levantó la vista y sonrió.

—¿Vas a salir? —preguntó con interés.

—Sí, voy a un parque de atracciones —comenté de forma tranquila,

disimulando lo emocionada que estaba.

—¿Con Frank?

Se quitó las gafas y las colocó en su regazo. Asentí mordiéndome el labio. No estábamos saliendo ni nada de eso (solo nos habíamos besado, nada más), pero intentábamos llevarnos bien.

—Me lo imaginé. Él está esperándote afuera.

Cerré la puerta de la casa detrás de mí y localicé a Frank, apoyado en el coche con un cigarrillo entre los dedos.

Vestía de una manera que... ¡Dios! Era tan... Ni siquiera tenía las palabras para describirlo. «Sexy» y «atractivo» no alcanzaban para definir su aspecto. Me acerqué a él, ignorando su fachada de chico malo y lo observé discretamente.

—¿Problemas de ansiedad? —pregunté, refiriéndome al cigarrillo.

—Solo es que me apetecía uno. —Se encogió de hombros y expulsó el humo. Sin pedir su opinión, le quité el cigarrillo de la boca y lo tiré al suelo, apagándolo con el pie. Frunció el ceño y me miró, perplejo—. ¿Se puede saber por qué has hecho eso?

—Odio el olor —dije, arrugando la nariz.

—El otro día querías probarlo... —Arqueó las cejas y abrió la puerta del copiloto para que yo entrara.

—Realmente no pensaba hacerlo —dije, deslizándome dentro del vehículo.

—No dejas de sorprenderme —comentó con una sonrisa y cerró la puerta, para luego rodear el coche.

—¿Por qué lo dices? —pregunté cuando encendió el motor.

Me examinó de arriba abajo y luego me miró a los ojos.

—Estás preciosa. —Se volvió hacia al frente y comenzó a conducir.

Mis mejillas ardieron con intensidad y giré la cabeza hacia la ventanilla.

—Tú también estás... muy guapo —susurré, pensando que no me oiría, pero al instante escuché una ligera risa.

Todo bien, hasta que...

Durante el trayecto me dispuse a contar los árboles que veía a través de la ventana. Tener a Frank mirándome de reojo me ponía nerviosa y luchaba conmigo misma para no mirarlo.

—Esperemos que no llueva —dijo, rompiendo el silencio.

—Si llueve, será evidente que eres muy malo eligiendo días para invitarme a salir —dije, y me arrepentí al instante. Siempre tenía que estar a la defensiva.

—Si no quieres ir, podemos regresar a casa —comentó, deteniendo el coche en un semáforo en rojo. Miré su perfil, intentando descifrar su expresión, pero no pude; aunque imaginé que podía haberle molestado mi comentario.

—No, está bien —dije, acomodándome en el asiento.

—¿Estás segura? No quiero que te arrepientas después —contestó con voz neutra.

—Sí, estoy segura. Además, tengo ganas de pasar más tiempo contigo. —Las palabras salieron de mi boca, sin haberlas procesado con anticipación.

Sus ojos se encontraron con los míos y de inmediato noté un nudo en mi estómago. Su mirada descendió a mis labios y vi cómo tragaba saliva. Estaba a punto de inclinarse hacia mí, cuando la bocina del auto que estaba detrás comenzó a sonar de forma ruidosa y repetitiva. Se incorporó rápidamente y miró por el retrovisor con el ceño fruncido.

—¿Qué diablos le pasa? —preguntó furioso.

—Tienes que ponerte en marcha —respondí, señalando la luz verde.

Afortunadamente, no llovió mientras estábamos en el parque de atracciones. Hubo unos pequeños relámpagos, pero nada más. Había pasado más de una hora desde que llegamos y ya habíamos montado en las atracciones más extremas del parque, aquellas que te hacían experimentar una buena descarga de adrenalina. Había esperado que Frank demostrara algo de miedo en alguna de ellas, pero no, ni un grito aterrador salió de su boca. Lo único que escuchaba era su risa cada vez que yo gritaba como una loca.

Tras pasear por el parque, encontramos un local en donde podías ganar un peluche si conseguías encestar una pelota en una canasta. Como era de esperar, Frank me retó, diciendo que yo no era capaz de ganar. Para contradecirlo, jugué. Encesté las primeras dos pelotas y, luego, me concentré en el último tiro, ignorando a Frank, que no paraba de decir: «No lo lograrás». Lancé. La fuerza que apliqué fue la ideal, porque también enceste esa tercera pelota y gané. Lo miré con una sonrisa triunfadora, mientras recibía un adorable unicornio. Perfecto para mí.

No se quiso quedar atrás y decidió jugar.

—Aléjate un poco para no tener mala suerte —dijo, haciendo un gesto con la mano para que me alejara.

Puse los ojos en blanco y me moví un poco. Lanzó las dos primeras pelotas y ambas se colaron perfectamente dentro de la canasta. Tomó la tercera y última pelota; iba a ganar, de eso estaba segura. Cuando se volvió hacia mí y me miró, sabía que estaba planeando algo.

—Te apuesto un beso a que esta pelota también entrará en la red —dijo, sin darme opción a decir si estaba o no de acuerdo.

Se me ocurrió una idea para que no lograra su objetivo y asentí.

—Está bien.

Él entrecerró los ojos, supongo que preguntándose por qué había accedido tan fácilmente. Sonrió de lado y sujetó la pelota.

—No te podrás retractar —me recordó, y se volvió hacia delante, manteniendo la concentración.

Sus definidos brazos se estiraron hacia la canasta y el resto pareció suceder a

cámara lenta. Antes de que la pelota cayera en la red, puse la mano en medio de la trayectoria para evitar que encestara. La pelota cayó al suelo y el encargado del juego dijo que había perdido.

—Has hecho trampa —se quejó Frank.

—No había reglas.

Me reí y me alejé de él, que seguía explicándole al encargado que no había encestado por mi culpa, pero el hombre le vino a decir que eso no era su problema.

Dándose por vencido, Frank caminó hasta donde yo estaba.

—Eso no ha sido justo —protestó, escondiendo las manos en los bolsillos.

—Frank, es solo un juego. Supéralo —dije, mientras esquivábamos a otras personas.

—He estado a punto de recibir mi premio —continuó él.

Suspiré con fastidio. Era realmente exasperante. Solo había sido un juego, ¡por Dios! Estaba actuando como un niño pequeño que no deja de dar lata por no haber obtenido lo que quería.

—Toma, y deja de quejarte. —Le mostré el unicornio, dispuesta a dárselo. Alternó la mirada entre el peluche y yo y sacudió la cabeza.

—No me gustan los unicornios.

Puse los ojos en blanco.

—Entonces vamos a cambiar el peluche por otro que te guste —propuse, sintiéndome como un chico tratando de complacer a su novia.

—No estoy hablando del estúpido premio del juego, estoy hablando del beso —me recordó, y sonreí.

—Suerte para la próxima —me limité a decir, dando por terminada la discusión.

En la casa de terror, estuve pegada a Frank como un ancla. Me asustaba igualmente, a pesar de saber que se trataba de personas disfrazadas. A él no pareció incomodarle que yo no caminara por mi cuenta, ya que permaneció cerca de mí, rodeándome la cintura con su brazo.

Al final, decidimos subir a la montaña rusa. Frank se ofreció a ir a comprar los tíquets mientras yo le esperaba. Solo habían pasado unos minutos cuando un par

de chicos se me acercaron.

—Hola, ¿qué tal? —me dijo uno. Tenía el cabello oscuro y rizado.

—Hola —respondí amablemente.

—Me llamo Eric —dijo, y me ofreció la mano para que se la estrechara.

—Alexa —contesté, algo extrañada ante ese gesto tan formal.

—Él es mi amigo Paul. —Giró la cabeza, señalando al chico que lo acompañaba. Lo miré y me di cuenta de que me estaba sonriendo maliciosamente.

—Es un placer. —Se inclinó para tomar mi mano y forcé una sonrisa. No me daban buena espina.

—¿Estás sola? —preguntó Eric con curiosidad.

—No, estoy esperando a una persona. —Miré hacia atrás, sobre mi hombro, buscando a Frank.

—Puedes venir con nosotros, si quieres —dijo Paul.

Me volví hacia él y vi que me estaba mirando con lascivia. Iba a declinar su invitación cuando Frank intervino.

—¿Se les ha perdido algo? —preguntó.

—Solo estábamos hablando —respondió Eric, encogiéndose de hombros.

—Fin de la conversación —concluyó Frank, y me tomó suavemente del brazo. Nos dimos la vuelta y comenzamos a caminar.

—Bonito trasero. —Reconocí la voz de Paul.

Frank se detuvo frunciendo el ceño y apretando la mandíbula. Se giró hacia él y lo sujetó por la parte superior de la camiseta.

—¿Qué has dicho? —exigió, fulminándolo con la mirada.

Las personas que pasaban por nuestro lado nos miraban disimuladamente antes de continuar su camino.

—Vámonos, Paul —dijo Eric, palmeándole el hombro, pero su amigo lo ignoró.

—He dicho que tiene un bonito trasero —aclaró, desafiante.

En un simple parpadeo, el puño de Frank se estampó con fuerza contra el rostro de Paul, quien cayó rápidamente al suelo. Eric se inclinó hacia él para ayudarlo a levantarse. Vi que le sangraba la nariz.

—Frank, es suficiente —dije, poniéndome a su lado.

—Si te vuelvo a ver, te partiré la cara —le advirtió, y nos alejamos de ellos. La montaña rusa dejó de ser nuestra prioridad. Frank seguía respirando con pesadez, conteniendo la ira. Me miró y vi que sus ojos estaban llenos de furia.

—¿Estás bien? —pregunté.

Respiró pesadamente, intentando calmarse, mientras asentía. Cerró los ojos un instante y volvió a abrirlos; seguía furioso. Nos sentamos en un banco y me quedé en silencio. Tenía que calmarse. Se restregaba la cara y se pasaba las manos por el cabello con desesperación. Mientras se recomponía, estuve mirando a mi alrededor. No sabía qué hacer o qué decir. No había sido una situación agradable, desde luego, y viéndolo tan alterado ni siquiera me atrevía a darle las gracias por haberme defendido.

—¿Tienes hambre? —preguntó de repente con tranquilidad.

Lo miré. Parecía estar olvidando el incidente, porque sonrió. Asentí y nos levantamos. No iba a decir nada sobre el tema.

Caminamos hasta encontrar un local donde vendían perritos calientes. No estaba segura de que fuera suficiente para mi estómago, pero valdría por ahora. Mientras comíamos, me contó las muchas veces en las que se metía en problemas en la universidad, debido a las bromas que él y sus amigos planeaban.

En eso, mi móvil comenzó a vibrar. Me lo saqué del bolsillo disimuladamente mientras Frank parecía concentrado en su comida y lo revisé. Como era de esperar, tenía varias llamadas y mensajes. Todas eran de Fernando. Eliminé los mensajes sin leerlos, al igual que las llamadas, y lo guardé. Pagué la cena y luego fuimos a pasear por el parque de atracciones hasta que llegó la hora de irnos. Faltaba poco para las doce y, conociendo a mamá, si volvía a llegar tarde se encargaría de llamar a mi padre y esta vez tendría que hacer algo mucho peor que una limpieza general.

El coche se puso en movimiento y empezamos a alejarnos por la carretera de aquel lugar lleno de luces y personas.

—Gracias por la invitación, me lo he pasado muy bien —dije con sinceridad.

—¿En serio? ¿A pesar de lo sucedido con ese par de idiotas? —me preguntó al mismo tiempo que me miraba de reojo.

—Ya está olvidado —contesté, encogiéndome de hombros.

—Qué bien, pensé que estabas enfadada —respondió, mirándome aliviado.

¿Cómo iba a estarlo? Que alguien te proteja como él lo había hecho no estaba del todo mal, al contrario, te hacía sentir bien. No quiero decir que apruebe lo de liarse a puñetazos, sino que me había gustado sentirme protegida por él.

—Deberíamos salir más a menudo —lo escuché decir una vez que aparcó delante de casa.

—Deberíamos —dije, volviéndome hacia él.

Ambos sonreímos y, una vez más, me quedé hipnotizada mirando sus ojos, que me observaban con intensidad. Era preciosos.

El ruido de un motor nos sacó de nuestra ensoñación. Frank miró por encima de mí y me giré hacia la ventanilla. Un auto se detuvo al otro lado de la acera, pero no era cualquier auto, era un Mustang blanco. La puerta del conductor se abrió y me tensé por un momento. Era Fernando.

F versus F

«Oh, oh.»

—¿Qué hace aquí? —susurró Frank, saliendo del coche.

Antes de que yo bajara, él ya estaba al otro lado de la calle. Llegó hasta Fernando y mantuvo una postura intimidante. Todo a nuestro alrededor estaba en silencio, por lo que sus voces se podían escuchar perfectamente.

—¿Qué quieres? —insistió.

—Vengo a hablar con Alexa —respondió Fernando, cerrando la puerta detrás de él.

—No quiere hablar contigo —dijo, contundente.

—Me gustaría que me lo dijera ella.

Me quité el cinturón de seguridad, bajé del coche y caminé hacia ellos, poniéndome al lado de Frank.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, sorprendida.

—No contestabas las llamadas ni mis mensajes. No he tenido otra opción que venir personalmente —protestó.

Frank soltó una risita. Me volví hacia él y apretó los labios.

—¿Nos podrías dar unos minutos?

Había estado ignorando por completo a Fernando estos últimos días, y quería hablar con él para no tener que seguir soportando sus insistentes llamadas. Me quitaría un peso de encima.

—Claro. —Se cruzó de brazos y se quedó callado.

—A solas —aclaré. Frunció el ceño, mirando a Fernando por un momento, y luego asintió y se alejó de nosotros.

Pensé que entraría en casa, pero, en vez de eso, caminó hasta su coche y se apoyó en la parte delantera, observándonos. Suspiré y me giré hacia Fernando.

—Entremos en mi coche... —susurró lo más bajo posible.

—Si quieres hablar con ella, será ahí afuera —le interrumpió Frank desde donde estaba.

Lo miré rápidamente, y negó con la cabeza. De cualquier manera, no iba a aceptar subir al coche de Fernando, por más que me hubiera gustado desafiar a Frank. Mi madre podría salir en cualquier momento y, si me encontraba dentro de un auto con un chico, no se creería que estuviéramos «hablando», aunque fuera verdad.

—¿De qué quieres hablar? —pregunté.

—De nosotros.

—Fernando, ya lo hemos hablado —respondí, hastiada.

—¿Has solucionado tu confusión? —preguntó, refiriéndose a Frank, quien seguía mirándonos.

—Aún no —contesté, haciendo una mueca.

—¿Por qué no salimos el sábado? —me propuso, esperanzado.

—No creo que pueda —me excusé.

—Hoy has salido con Frank, no veo por qué no puedes salir conmigo —dijo un poco dolido, y me sentí algo culpable. Tenía razón, podía salir con él y aclarar las cosas con respecto a lo nuestro.

—Está bien —dije, mordiéndome el labio.

Sonrió satisfecho.

—Perfecto, pasaré a buscarte a las ocho.

Asentí, dando por terminada la conversación. Se inclinó para despedirse, pero Frank llegó e impidió que me besara.

—Si ya has terminado, puedes irte —advirtió, señalando su Mustang.

—No entiendo cómo lo soportas —comentó Fernando, sonriendo divertido.

—¿Tienes algún problema con eso? —dijo Frank, amenazador.

—Solo era un comentario... —se justificó Fernando, levantando las manos.

—Deja de decir estupideces y lárgate.

—Frank... —dije en tono de advertencia. Comenzaba a alterarse por cualquier cosa.

—Entra en casa, Alexa —me exigió, mirándome por un momento.

—Ya me iba de todas maneras —dijo Fernando.

Frank lo empujó bruscamente hacia el coche.

—Tenemos un asunto pendiente —le dijo.

Ahora estaba segura de algo: se conocían de antes.

—¡Estás loco! —le espetó Fernando, confundido.

—No te hagas el idiota, sabes muy bien de qué te estoy hablando —presionó Frank, tratando de imponerse.

—Frank, basta —dije, y le cogí el brazo para alejarlo un poco.

—No te preocupes, Alexa. Es comprensible que esté así. —Fernando se zafó de su agarre y se puso a mi lado, rodeándome la cadera con el brazo.

—No... la... toques —exigió Frank, apretando la mandíbula.

—Porque, si no, ¿qué?

—Fernando, es mejor que te vayas —dije, y me libré de su brazo.

Él asintió y sacó las llaves del bolsillo.

—Ten cuidado con este psicópata —me advirtió, burlonamente.

Ese había sido un golpe bajo. Frank encerró sus manos en puños y, gruñendo, fue acortando la distancia, dispuesto a golpearlo.

—¡Frank! —una voz femenina que no era la mía intervino.

Los tres nos giramos. Era Melina desde la puerta de casa.

—Es suficiente, ve a tu habitación —le ordenó, molesta.

Frank dudó unos segundos, mirando a Fernando con desprecio, pero luego caminó hasta llegar junto a Melina.

—Nos vemos el sábado —se despidió Fernando, subiéndose finalmente a su auto.

Melina le reprochó a Frank su comportamiento y luego entró en casa.

Él se quedó en la puerta y, cuando yo me acerqué, pude ver que estaba molesto.

—¿En serio vas a salir con él? —me preguntó con ironía.

—Puedo salir con quien quiera.

Actuaba como si tuviéramos una relación, cuando lo cierto era que ni siquiera manteníamos una amistad. No tenía derecho a reprocharme nada. Se quedó en silencio unos momentos y luego asintió.

—Cierto, puedes salir con quien te dé la gana —respondió, y entró en casa. Dejó salir un suspiro y yo también. Era frustrante que todo se hubiera estropeado después de habérselo pasado tan bien.

Subí a mi habitación y me puse el pijama. Estaba agotada tanto física como mentalmente. Me dispuse a dormir, cuando vibró el móvil. Lo tomé de la mesita pensando que sería Fernando. Abrí el mensaje y fruncí el ceño.

De: Frank

:)

No sabía cómo interpretarlo. Frank se había enfadado conmigo después de que Fernando se fuera, así que no entendía su grado de bipolaridad. Lo peor de todo era que esa estúpida carita feliz, comenzaba a ponerme nerviosa. Intuía que estaba tramando algo, pero ¿qué podría hacer?

Sabor amargo

«¡Buenos días! Son las nueve y siete minutos de la mañana. Seguimos con más música...»

Una canción desconocida comenzó a sonar. Me levanté de la silla y apagué el aparato, dejando el desayuno a medias. Era un viernes soleado, con una temperatura ambiente agradable. Un magnífico día para ir a la playa, salir a correr o hacer algo productivo, pero, bueno, no tenía ganas de hacer ninguna de esas cosas. La pereza se apoderaba de mí cada vez que trataba de espabilarme.

Melina y mamá habían salido hacía rato para ir a visitar a los hijos de Melina al campamento como cada viernes. Antes de que se fueran, le pedí permiso a mamá para poder salir al día siguiente, pero dijo que me daría la respuesta cuando regresara.

Mis fuerzas estaban por los suelos. Lo único que quería era tirarme en la cama y dormir durante todo el día, pero el cesto de la ropa estaba lleno, y si dejaba pasar un día más sin lavar, al final no tendría nada que ponerme. Salí de la cocina. Me encontré a Frank en la planta de las habitaciones, tras subir las escaleras. Llevaba unos tejanos desgastados, botas negras y una camiseta de Guns N'Roses. Nuestras miradas se encontraron un momento, luego él bajó y salió de casa. Recordé intranquila que me había dejado un último mensaje.

Después de unas horas, escuché movimiento en la planta baja. Bajé a la cocina y me encontré con mamá y Melina, que habían traído una bolsa con comida.

—Comida china —anunció mi madre alegremente.

Sonreí, me senté en el taburete y empezamos a comer. Frank aún no había llegado. Ya eran casi las dos de la tarde y, ridículamente, lo echaba de menos.

FRANK

Le había pedido a Joel que pasara a buscarme para ir a tomar algo. La conversación de la noche anterior con Alexa me había afectado... ¡Diablos! Había aceptado salir con Fernando y me sentía impotente.

¿Acaso no se daba cuenta de que ese tipo quería acostarse con ella y luego dejarla tirada?

Tenía que encontrar la manera de abrirle los ojos y que se diera cuenta de la clase de imbécil que era. Además, estaba furioso porque Fernando había estropeado la buena sintonía que habíamos conseguido Alexa y yo después de haber ido al parque de atracciones.

Pero ¿qué diablos me importaba a mí con quién se acostaba o si alguien le decía alguna obscenidad? No lo sabía, pero el impulso de protegerla siempre aparecía cuando Fernando le dirigía la palabra o cuando algún estúpido le faltaba al respeto. Imaginar a Alexa subiéndose al asqueroso Mustang de ese depravado me enfermaba. No podía hacer nada para evitar que saliera con él, pero sí podía intervenir de alguna otra manera. Eso ya lo tenía totalmente calculado.

Tras reírme con Joel de un montón de cosas absurdas y divertidas, le hablé de Alexa, pero sin ponerme cursi ni sentimental. En un momento dado de la conversación, me señaló y me dijo: «Acepta que te gusta esa chica».

Me reí por su comentario. No me gustaba. Nos llevábamos mal y la mayoría de veces me sacaba de quicio, era solo que...

¡A la mierda! No me gustaba, me encantaba.

Salimos del bar, subimos a su Camaro y me llevó de vuelta a casa. Durante el trayecto, hice una llamada al padre de Alexa. Le diría que yo podía salir con Alexa ese fin de semana para estar pendiente de ella y que no le ocurriera nada.

ALEXA

Cuando estábamos en medio de una conversación, logré escuchar el motor de un coche fuera. A los pocos segundos, oí la puerta principal y luego apareció Frank.

—Has llegado justo a tiempo —le dijo Melina, mostrándole la comida china.

—Qué bien, porque tengo mucha hambre.

Se sentó a mi lado y percibí su aroma a perfume combinado con tequila.

—¿Estás borracho? —susurré mientras mamá y Melina hablaban.

—No, ¿por qué? —Frunció el ceño.

—Apesta a alcohol —murmuré arrugando la nariz.

Negó con la cabeza, sonrió y de nuevo se centró en su plato.

Lo miré de reojo mientras comía. Su perfil era realmente cautivador. Tenía una mandíbula fuerte y estructurada. Podría haber estado admirándolo todo el día sin cansarme. Se giró al darse cuenta de que lo estaba mirando descaradamente. Mostró una sonrisa arrogante, y aparté la vista, con el rostro ardiendo.

En ese momento sonó el teléfono de la sala y mamá se levantó para atender la llamada. Una risita juguetona se dibujó en los labios de Frank, lo que me hizo fruncir el ceño. Este tipo de conductas me ponían nerviosa. Al cabo de unos momentos, mi madre regresó.

—Era tu padre, me ha dicho que puedes salir este fin de semana —dijo, dándome la respuesta que estaba esperando. Sonreí agradecida y seguí comiendo —. Pero Frank tendrá que ir contigo.

La miré, asimilando su comentario y mi sonrisa se desvaneció.

—Estás bromeando, ¿verdad?

Frank no tenía por qué venir conmigo a todas partes. Era lo suficientemente responsable y madura para ir sola adonde quisiera. Bueno, tal vez no era tan madura como suponía, pero la cuestión era que Frank iba a echarlo todo a perder.

—No, tu padre ha puesto esa condición —me aclaró, confundida por mi reacción.

—Mamá, voy a salir con un chico. ¿Qué pinta Frank...? —repliqué, y sentí cómo él me miraba.

—¿Qué quieres decir? —me interrumpió, frunciendo el ceño.

—Creo que está claro —respondí, fastidiada.

—Frank, me parece que no es necesario que acompañes a Alexa —sugirió mamá—. Mi marido es un padre sobreprotector.

—No se preocupe, señora Owens, puedo acompañarla sin problemas. De todas maneras, yo también voy a salir mañana —explicó con indiferencia.

Puse los ojos en blanco y me reí. Sabía perfectamente que no tenía planes, ¿por qué mentía?

—¿Qué resulta tan gracioso, Alexa?

—¿Con quién vas a salir? —le pregunté, queriendo humillarlo—. ¿Con tus amigos imaginarios?

—Alexa... —me advirtió mamá, avergonzada.

—Prefiero tener amigos imaginarios que soñar con personajes de libros —me atacó con una sonrisa.

Oh, eso había sido cruel.

—No te metas con ellos —protesté, girándome hacia él.

—Ellos no existen —respondió, haciendo énfasis en el «no».

Abrí la boca, asombrada. Ah, no, no iba a permitir que se metiera con Patch Cipriano, Jace Herondale, Travis Maddox o Christian Grey. Lo castraría vivo si lo hacía.

—Frank, ya basta —intervino Melina.

—Idiota —susurré, asegurándome de que me oyera.

—Alexa, compórtate —escuché decir a mamá.

Gruñí y me removí en la silla. Estaba insultando a lo máspreciado que tenía, y no lo iba a permitir.

—Y bien, no nos has dicho con quién vas a salir, Frank —comentó Melina, tras unos segundos de silencio.

—Con una chica —contestó, alzando un hombro.

—Oh, ¿en serio? —Reí irónicamente—. Pensé que ibas a salir con algún extraterrestre.

—Alexa... —volvió a advertirme mamá, y suspiré.

—¿Cómo se llama? —preguntó Melina.

Le miré con curiosidad, pensando qué se inventaría.

—Daniela.

Fue como si me hubieran echado lentamente un balde de agua congelada sobre la cabeza. Me quedé en una especie de shock.

—¿La chica del centro comercial? —pregunté cautelosamente.

—La misma —asintió, satisfecho de mi reacción.

Una sensación extraña se instaló en mi estómago y un ardor profundo recorrió mi cuerpo, haciendo que me enfureciera aún más.

«Tendría que haber destrozado la nota.»

«Debí haber ignorado a la chica.»

«Tenía que haberle dicho que era su novia o que estaba embarazada para hacer que desapareciera.»

Sacudí la cabeza. ¿Por qué estaba pensando como una celosa compulsiva? No estaba celosa. Querer que Daniela desapareciera del mapa para evitar que saliera con Frank no eran celos, ¿verdad?

—Mañana saldremos los cuatro —concluyó Frank, satisfecho.

—No tengo otra opción. —Me levanté y salí de la cocina para ir a mi habitación.

La salida de mañana sería un desastre, y no lo sería por culpa de Frank, sino por mi culpa. No creía poder soportar ver Daniela a su lado. Esperaba no meterme en problemas por su culpa cuando papá aún estaba de viaje, pero, más que nada, esperaba que esa chica no hiciera o dijera algo que me obligara a ponerla en su lugar.

Cita doble, mala idea

(Parte 1)

Eran las tres de la tarde del sábado y Karina estaba sentada sobre mi cama mientras leía una revista. La había llamado para que viniera a casa, ya que mamá y Melina se habían ido temprano a ver a mi tía Helen y Frank había salido hacía un rato.

Le conté que iba a salir con Fernando y no le pareció bien. Me dijo que debía haber seguido su consejo de hablar con Frank.

—No lo entiendo. ¿Por qué vas a salir con Fernando cuando tienes a Frank a tu disposición? —Cerró la revista y la dejó a un lado de la cama.

—No empieces, Karina —me quejé, sentándome en el pequeño sofá que estaba al lado de la ventana.

—Hablo en serio. No estoy diciendo que Frank sea el chico más dulce o romántico...

—Es un idiota —la interrumpí.

—Te ha demostrado de muchas formas que le gustas y tú no lo has captado —afirmó con vehemencia.

—Me castigaron y tuve fiebre por su culpa, ¿esas son sus señales?

—Supéralo, Alexa —dijo, levantándose de la cama y poniéndose frente al

armario. Luego me miró—. ¿Quieres comprobar que le gustas? —preguntó con las manos en las caderas.

—¿Qué tienes en mente? —dije entrecerrando los ojos.

—Tienes que ponerlo celoso —respondió, y a continuación abrió las puertas del armario.

Se concentró en buscar ropa. Miró algunas prendas con repugnancia y otras las ignoró, hasta que me mostró un short negro y una blusa holgada de color salmón.

—Te pondrás esto —sentenció, y lo dejó todo extendido sobre la cama.

Me levanté y examiné la ropa. El short negro me quedaba demasiado corto, por eso no lo usaba y la blusa era bonita, pero era demasiado escotada.

—¿Estás loca? Eso es demasiado atrevido para mí —comenté, cruzándome de brazos. Ella puso los ojos en blanco.

—Arriésgate por una vez en tu vida, no tiene nada de malo que muestres un poco de piel.

Fruncí el ceño mientras miraba de nuevo la ropa.

—¿Y si me pongo unos tejanos en vez del short?

No me avergonzaba de mis piernas, pero no me gustaba andar por ahí con ellas prácticamente desnudas.

—Alexa, no seas aburrida. Frank te ve todos los días con tejanos, muéstrale lo que se va a perder cuando esté con Daniela.

Bien visto.

—¿Qué hay de Fernando? Se le caerá la baba cuando me vea —comenté señalando el atuendo.

—Olvida a Fernando, queremos poner celoso a Frank, no estamos pensando en Fernando —dijo mientras cogía unos zapatos negros con tacón de aguja de mi zapatero.

—¿Que estás...?

—Este será tu calzado —contestó, y los dejó en el suelo.

—Ni loca me pondré eso. Son demasiado altos —protesté, sacudiendo la cabeza.

Recordé que me los había regalado la tía Martha cuando cumplí dieciocho

años. Los estrené en Navidad y parecía un elefante recién nacido tratando de caminar. Esa noche terminé con los pies hinchados y doloridos. Desde ese día, no los volví a usar.

—¿Esto hará que Frank se ponga celoso? —pregunté, cambiando de tema.

—Sin duda, sabes identificar a una persona cuando está celosa, ¿verdad?

—Eso creo —contesté, encogiéndome de hombros.

—Pues cuando veas celoso a Frank, sabrás que le gustas —concluyó, satisfecha.

La miré, dudando. Pero en el fondo tenía la secreta esperanza de que también le gustara.

Pasadas algunas horas, la acompañé hasta la puerta de casa y nos despedimos. Antes de cerrar, un Camaro amarillo llegó y Frank bajó del lado del copiloto. El chico que conducía tenía los brazos tapizados de tatuajes, era moreno, usaba gafas oscuras y llevaba un corte de pelo tipo militar. Si mi padre lo viera, no dudaría en llamarlo «criminal» o «vago».

El chico se percató de mi presencia, y me miró desde lejos. Frank rodeó el auto, se detuvo cuando su amigo lo llamó y se acercó a la ventanilla. Lo que le dijo hizo que Frank me mirara, mientras su amigo sonreía.

—Admítelo —gritó el moreno, antes de ponerse en marcha.

Me alejé de la puerta, dejándole paso para que entrara, y giré sobre mis talones. El teléfono de la sala comenzó a sonar y me detuve antes de poner un pie en el primer escalón.

—Es Fernando —dijo Frank, señalando el teléfono con la cabeza.

—Hola, Fer, ¿cómo estás? —dije cuando atendí la llamada.

—Deseando verte.

—Faltan unas horas.

—¿Adónde querrás ir? —preguntó. Detecté cierto tono pícaro en sus palabras.

—Escucha, se me olvidó decirte que Frank saldrá con nosotros —comenté cautelosamente.

—¿Hablas en serio? —dijo después de unos segundos de silencio.

—Mi padre puso esa condición.

—Pero me habías dicho que tu papá estaba de viaje —comentó, confundido.

—Lo está, pero la distancia no le ha impedido poner sus reglas.

—Podemos deshacernos de Frank para estar solos —aseguró.

—No te preocupes por eso, él saldrá con una chica —dije, ocultando mis celos.

—Entonces, ¿será algo así como una cita doble?

La palabra «cita» me revolvió el estómago y la palabra «doble» me lo revolvió aún más.

—Supongo —dije, torciendo los labios.

En media hora Fernando llegaría a la casa, había terminado de maquillarme de la forma que me había aconsejado Karina. No era muy llamativo, pero era suficiente para que mi rostro se viera diferente de los demás días.

Con el delineador dibujé una raya no muy gruesa en la parte superior de las pestañas, que estaban bañadas en rímel, y agregué unas sombras tenues en los párpados para levantar la mirada. En esta ocasión, utilicé un pintalabios rojo, aplicando una cantidad apropiada, sin exagerar.

Una vez vestida, vi que, tal como había imaginado, el short negro me quedaba muy ajustado y se me ceñía mucho al trasero. Pero lo que más me preocupaba era el largo del short; para mi gusto, demasiado corto.

La blusa era cómoda, aunque tenía el escote bastante amplio. No era una Miss Universo con mucho pecho, pero tampoco lo tenía del todo plano, así que la pequeña línea que se formó en el valle de mis pechos me confirmó que, efectivamente, quizá estaba mostrando más de lo normal.

Miré los tacones que se encontraban en el suelo. Iría muy incómoda con ellos. ¿Y si por mala suerte me tropezaba? Tendría un grave problema con mi escote... Y no pensaba arriesgarme a pasar por una situación tan embarazosa.

Guardé los tacones en el zapatero, donde siempre habían estado, y cogí unos zapatos negros. Eran bastante cómodos y me sentía segura al andar.

Salí de la habitación con mi pequeño bolso de mano y bajé las escaleras para

ir a la habitación de mamá, donde se encontraba en compañía de Melina.

—¿Ya han venido a buscarte? —preguntó Melina con una sonrisa.

—Aún no —contesté, apoyándome en el umbral de la puerta.

—Estás muy... guapa—comentó mamá, dudosa.

—¿En serio?

—Bueno, no sueles usar ese tipo de ropa, pero te queda bien.

—Karina me convenció —la culpé.

—Me lo he imaginado. Bien, hagas lo que hagas, cuídate...

Sabía a lo que se refería, pero no tenía de qué preocuparse.

—No haré cosas que no deba —dije tranquilizándola.

—¿Tienes la píldora del día siguiente?

Puse los ojos en blanco.

Iba a divertirme no a pasar una luna de miel con Christian Grey, aunque eso hubiera sido factible si hubiera estado en otra situación.

—Mamá... —suspiré, frustrada.

—O dile al chico que use protección.

Mis mejillas se tiñeron de rojo.

Melina estaba escuchando y eso me avergonzaba.

Tras despedirme de ambas, fui a la cocina y me bebí un vaso de agua, tratando de despejar mi mente por un momento. Dejé el vaso en el fregadero y levanté la vista hacia la ventana que se encontraba enfrente.

Casi me atraganto cuando miré a través de ella. Frank estaba con la espalda apoyada en la parte delantera del SUV, con una pierna flexionada hacia atrás, de forma que el pie descansaba en una llanta, con los brazos cruzados. Parecía aburrido.

Vestía unos tejanos oscuros, un par de zapatos y una camisa color vino con las mangas arremangadas hasta los codos. Estaba tan guapo que ya me sentía algo acalorada.

Frente a él, vi a Daniela, dándome la espalda. Llevaba un vestido informal con estampado *animal print* que terminaba un poco por debajo de su trasero, si es que tenía uno.

La mirada de Frank se deslizó hacia donde estaba yo y contuve la respiración.

Entrecerró los ojos y sonrió al darse cuenta de que lo estaba mirando. Me alejé de la ventana apresuradamente y me dirigí a la sala para sentarme en el sofá.

FRANK

Sonreí al ver desaparecer a Alexa de la ventana y volví mi vista hacia Daniela. Hablaba sobre algún tema que no me interesaba. Su voz retumbaba en mis oídos y yo iba asintiendo en los momentos requeridos.

Miré de reojo el reloj de mi muñeca. Faltaban veinticinco minutos para las ocho. Había ido a buscar a Daniela a su casa para traerla aquí, y llegar antes de que Fernando viniera a por Alexa.

De repente, Daniela se quedó en silencio, mirándome confundida. Parecía querer asegurarse de que le estaba prestando atención.

—Perdón, ¿qué has dicho? —pregunté educadamente.

—¿Que si te gusta mi vestido? —dijo, coqueta.

La miré. Su escote era provocador, al igual que sus piernas delgadas, y era bastante guapa, pero yo no encontraba en ella nada interesante. Su mirada no me atrapaba de la manera en que lo hacía la de Alexa; no reacción, no erección.

—Es bonito —dije, forzando una sonrisa.

—¿Tienes novia? —me preguntó, sonriendo.

—No.

—¿Por qué no?

Me hubiera gustado responderle con un «a ti qué te importa», pero en vez de eso me encogí de hombros. No podía decirle: «Porque la chica que me gusta no se ha dado cuenta de que me tiene comiendo de su mano».

—¿Me disculpas un momento? Necesito entrar a la casa para... —mi mente buscó alguna excusa— coger el móvil. Me lo olvidé.

—Claro —respondió amablemente.

Entré y vi que Alexa se encontraba sentada en el sofá, concentrada en su móvil. Mi mirada descendió hasta sus piernas. Las tenía cruzadas.

«Maldición, esas sí que son piernas.»

Noté que me empezaron a sudar las manos al pensar en tocarlas y sentir las mientras mis ojos ascendieron lentamente hasta llegar a su escote.

«Un momento. ¿Alexa enseñando sus pechos? Mierda, eso es demasiado, tanto para mí como para mi amiguito de ahí abajo.»

Mi erección comenzó a crecer y a punzar. ¡Maldita sea! ¿Por qué me hacía esto? Levantó la mirada y se encontró con la mía. Estaba más hermosa de lo usual. Sus ojos oscuros brillaban y sus labios me hacían querer morderlos.

—¿Qué quieres? —preguntó alzando las cejas.

—No ha llegado tu acompañante —me burlé, mirando su escote de reojo.

—No tardará en llegar —respondió, y se puso en pie.

—¿Ese pantalón no es demasiado corto? —dije amargamente, señalando su short.

—¿Y?

—Casi estás mostrando tu trasero.

—No eres mi asistente personal, así que evita hacer comentarios machistas.

—¿Y qué me dices de eso? —señalé su perfecto escote.

—No le veo nada de malo, la mayoría de las chicas llevan prendas escotadas —dijo, alzando un hombro.

—Solo las que quieren llamar la atención de los hombres —dije justo cuando Rebeca y Melina entraban en la sala.

—¿Todo bien? —preguntó mi madrina.

—Sí —contestó Alexa.

—No —dije.

—Frank, ¿dónde está la chica con la que vas a salir? —me preguntó Rebeca.

—Fuera —respondí con desgana.

—¿Y qué hace fuera? Invítala a pasar para conocerla —sugirió Rebeca.

Miré a Alexa, que frunció el ceño.

—Con gusto —dije sonriendo, mientras salía por la puerta.

ALEXA

Daniela entró tímidamente a la casa con Frank y, como era de esperar, su escote le llegaba casi al ombligo. El mío era discreto y misterioso, pero el de ella era de lo más descarado.

Frank hizo las presentaciones.

—Ella es Melina, mi madrina; ella es Rebeca, prima de mi madrina y... —dudó unos segundos antes de continuar—. Ella es Alexa, la hija de Rebeca.

—Hola, soy Daniela —se presentó la chica con una sonrisa más falsa que sus pestañas.

Tanto mi madre como Melina le dieron la bienvenida de forma amable, mientras yo me limitaba a sonreír forzosamente.

—Frank, vamos a salir. ¿Puedes llevarnos a casa de Helen? —comentó Melina, sosteniendo su bolso.

—Claro —contestó él, sacando las llaves de su bolsillo.

—Alexa, vamos a casa de una amiga de tu tía Helen —me explicó mamá—. Organizó una pequeña fiesta, así que seguramente regresaremos a casa por la mañana. Por favor, no quiero que llegues tarde, me daré cuenta si me desobedeces.

—¿Quieres acompañarnos? —le preguntó Frank a Daniela.

—Mejor te espero aquí —respondió ella con su voz chillona.

Cuando salieron por la puerta, un silencio incómodo se instaló entre nosotras. Ambas nos miramos y sonreímos, aparentando amabilidad, aun cuando los gestos y nuestras sonrisas eran forzados.

Esperaba que nos quedáramos sin articular palabra. Era mejor de esa manera. No estaba interesada en entablar una conversación, pero, para mi desgracia, ella comenzó a hablar y me preparé mentalmente para mostrarme amigable.

Cita doble, mala idea

(Parte 2)

—Pensé que eras hermana de Frank —comentó, cruzando las piernas.

La miré y fruncí el ceño, asimilando sus palabras. Quería explicarle dos cosas: una, si fuera la hermana de Frank, tendría un grave problema al sentirme atraída por él, y dos, era imposible que tuviera un hermano tan estúpido.

—Pensaste mal —respondí, mostrando una sonrisa «amigable».

—¿Eres hija única?

—Sí —me limité a contestar.

—Eso debe de ser triste —dijo, mirándome con compasión.

¿Triste? Agradecía ser hija única, porque no tenía las típicas discusiones entre hermanos. Además, desde pequeña me lo habían consentido todo, y no tenía que compartir los regalos de Navidad con nadie.

—¿Qué opinas de Frank? —cambió el tema de repente.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, confusa.

—Bueno, él vive aquí ahora... ¿No han dormido juntos?

Su interrogatorio me confirmó lo desesperada que estaba.

—No —murmuré, al tiempo que me preguntaba por qué estaba manteniendo esa conversación.

—¿No lo han hecho?! Vaya, y yo que quería preguntarte cómo lo hacía.
Abrí los labios y empecé a parpadear, sin salir de mi asombro.

—Uh...

Las palabras no me salían de la boca.

—Espero que tengamos relaciones esta noche —comentó mientras se enrollaba un mechón de pelo entre los dedos.

El punto de todo esto era: «¿A mí qué diablos me importan tus planes con Frank?». Sin embargo, imaginarlos a los dos juntos me estaba poniendo mala.

Mis pensamientos se dividieron al escuchar el ruido de un motor familiar fuera. Me acerqué a la ventana y corrí levemente la cortina. Fernando estaba saliendo del Mustang blanco con mucha seguridad, mientras Frank bajaba de su SUV.

FRANK

Mientras me aproximaba a la acera de casa, me percaté de que Fernando acababa de llegar. Aparqué detrás de él y tuve que contenerme las ganas de rayar su repugnante Mustang.

—¿Dónde está la chica con la que ibas a venir? —preguntó mientras caminaba hacia la puerta.

—¿A ti qué te importa? —dije, golpeando su hombro con el mío.

—Hola, Fernando —saludó Alexa con una dulce sonrisa al abrir.

—Estás pre-preciosa... —tartamudeó, mirándola con deseo.

—Deja ya de mirarla —le espeté, al tiempo que cerraba las manos en dos puños.

Daniela apareció y su mirada rápidamente se deslizó hacia Fernando, quien la miró a su vez con asombro.

—¿Daniela? —dijo, sorprendido.

—¿Se conocen? —preguntó Alexa, alternando la mirada entre ellos.

—Sí... —contestó él, mientras ella amagaba una sonrisa.

Estaba seguro de que eran algo más que simples conocidos.

—¿Nos vamos? —rompió el silencio.

—¿Adónde vamos a ir? —pregunté, mirando cómo el brazo de Fernando rodeaba la cintura de Alexa.

—Teníamos planeado ir a cenar tacos —dijo Alexa.

—Pero ustedes pueden ir a otro lugar —propuso el imbécil de Fernando.

—Iremos adonde ustedes vayan. —Lo dejé sin opciones, y vi que, furioso, apretaba la mandíbula.

—Bien, vámonos —bufó Alexa, y echó a andar hacia el Mustang.

No pude evitar gruñir cuando empecé a conducir con Daniela a mi lado. Me sentía impotente al tener que permitir que Alexa se fuera con ese idiota.

Cita doble, mala idea

(Parte 3)

Tras una cena aparentemente normal, decidimos ir a un local donde había todo tipo de juegos y entretenimientos. Eran cerca de las once de la noche y, por muy extraño que pareciera, Frank no había hecho comentarios imprudentes o estúpidos.

Eso era un gran récord.

El lugar era ruidoso, con la música alta y repleto de chicos y chicas de nuestra edad hablando todos a la vez.

Nos deslizamos en una mesa cuadrangular y pedimos algo para beber. Frank y Daniela estaban sentados al otro lado de la mesa, de forma que él quedó frente a mí. Fernando tomó asiento a mi lado, colocándose tan cerca que su hombro chocaba con el mío.

Daniela intentó entablar conversación conmigo acerca de las diferentes tiendas extravagantes a las que solía ir, pero no estuve muy interesada en su propuesta de acompañarla un día de estos.

No solía ser muy simpática con chicas como ella. De hecho, me había caído mal desde el día en que se me acercó en el súper. No me juzguen, así como existe el amor a primera vista, también existe el odio a primera vista.

—¿Quieres ir a jugar a algún videojuego? —propuso Fernando, después de tomarnos nuestras bebidas.

Asentí y me levanté. Era eso o tener que soportar ver a Daniela restregando su escote por la cara de Frank.

—Tranquilo, Frank —comentó Fernando cuando nos miró—. Vamos a alguna máquina de juegos.

Elegí esa en la que tienes que atrapar unas estúpidas ardillas pegándoles con un martillo de plástico que viene integrado. Lo hice fatal, fracasé tres veces seguidas.

—No es lo tuyo asesinar ardillas —se burló Fernando cuando el juego terminó.

—No nací para esto.

—Veamos sí eres buena en el golf —dijo, y me llevó más allá de las máquinas y la bolera.

Llegamos a la parte de atrás donde había un enorme jardín. Me sorprendió la cantidad de césped artificial que nos rodeaba.

—¿Has jugado alguna vez? —me preguntó Fernando, tomando un saco lleno de palos de acero.

—No —respondí, avergonzada.

—Déjame enseñarte.

«¿Enseñarme qué?», me pregunté. «¡Concéntrate, perversa! ¡Que solo quiere enseñarte a jugar golf!»

—Ven —dijo, y echó a andar hasta al césped con la bolsa de cuero, que finalmente dejó en el suelo.

—Me imagino que el objetivo es meter la bolita en el hoyo, ¿no? —dije, intentando que no malinterpretara las palabras.

—Lo importante es la fuerza que pongas para que logre entrar —respondió, mostrando una sonrisa maliciosa—. Vamos, acércate —me dijo, sujetando el palo de acero en sus manos.

Miré alrededor. Estábamos solos. Vaya, tanta gente que había en ese sitio, y a nadie, aparte de a nosotros, se le ocurría jugar al golf en este momento.

Lo incómodo vino a continuación, como temía. Fernando se colocó detrás de

mí y noté cómo apoyaba su torso en mi espalda mientras me rodeaba con los brazos y sujetaba el palo de acero que yo también sostenía.

—¿Ves dónde debe entrar la bola? —susurró, provocándome unas ligeras cosquillas en la oreja.

Concentrándome, alcé la vista al frente y, a unos metros de nosotros, vi un agujero en el césped.

—Sí.

El calor de su cuerpo invadió aún más mi espacio en el instante en que tensó los brazos.

—Bien, ahora tienes que inclinarte un poco.

—Uh...

No entendía su propuesta.

Se rio por lo bajo y dejó caer los brazos a los costados, de forma que por un momento me sentí más liberada. Pero enseguida posó sus manos en mis caderas y me guio hacia atrás, de forma que noté su bulto en la parte baja de mi espalda.

—Se acabó el tiempo —me giré.

Frank estaba observándonos furioso con los brazos cruzados.

—¿Qué quieres ahora? —le preguntó Fernando, alejándose de mí.

—Eso se lo preguntas a tus estúpidos amigos, que están buscándote —respondió secamente.

—En un momento regreso. —Me miró, mostrándome una sonrisa y luego entró en el local.

—¿Qué estaban haciendo? —me preguntó Frank al tiempo que se acercaba a mí.

—Jugando al golf —contesté, encogiéndome de hombros.

—Parecía que estaban practicando alguna posición del *Kamasutra*.

—Eso solamente lo piensan las personas que tienen la mente perturbada —me defendí.

—Su pene casi se le salía de los tejanos —comentó con rabia.

Me reí.

—Frank, no sabía que te gustaba ver las partes masculinas de otros tíos.

—Su erección era evidente. ¿No me digas qué no la has visto? O, mejor dicho,

que no la has notado...

—Cállate —contesté, irritada.

—No sabía que te gustaba hacer ese tipo de cosas al aire libre —dijo burlonamente.

Conteniendo mi rabia, me dirigí a la puerta, pero en cuestión de segundos Frank me obstruyó el paso, bloqueando la puerta con su magnífico cuerpo.

—Déjame pasar —dije, molesta.

—Elegiste a la peor persona para que te enseñara a jugar al golf.

—Ese es mi problema —contesté con las manos en las caderas.

—Es un depravado, y lo sabes.

—El único depravado aquí eres tú. Ahora muévete.

—¿Quieres que te enseñe? —preguntó, mostrando una sonrisa.

—No estoy interesada en que me enseñes a jugar al golf —repliqué, cruzándome de brazos.

—No me refería a eso.

—Y luego dices que el depravado es Fernando —dije, tratando de ocultar el rubor de mis mejillas.

—No te sonrojes.

Desvié la mirada, ignorando su comentario.

—Deberías estar con tu «cita» —contesté para cambiar el tema.

—No tienes por qué estar celosa.

—No lo estoy.

No lo estaba... Bueno, tal vez solo un poco.

En ese momento apareció Fernando sonriendo, dispuesto a retomar lo que había sido interrumpido.

—Oye, tú, necesitamos hablar —le dijo Frank, y luego se volvió hacia mí y añadió—: Espéranos dentro.

—Si van a liarse a puñetazos, echarán a perder la noche —dije, sintiendo el ambiente tenso.

—La noche estaba perdida desde el principio —comentó Frank.

—No te preocupes, Alexa, hablaremos como personas normales. —Sus palabras me tranquilizaron.

—Eso espero —dije, y tras mirarlos a ambos rápidamente, entré de nuevo en el local.

Esperaba ver a Daniela sentada en la mesa, pero no fue así. Agradecí haber dejado el bolso en el coche de Fernando, porque, si no, ahora estaría buscándolo como una loca.

Me senté y tomé un trago de mi bebida mientras observaba a mi alrededor. El sitio comenzaba a vaciarse.

Mi vista se detuvo al ver a Daniela cerca de la mesa con dos chicas. Eran las mismas con las que iba en el súper.

Bufé y continué bebiendo tranquilamente hasta que unas risitas femeninas alteraron mis tímpanos. No me fue difícil saber que pertenecían a Daniela y sus amigas. Las estaba ignorando, pero mi oído se afinó cuando logré escuchar que mencionaban mi nombre.

—No se ha acostado con él. ¿Pueden creerlo?

—Por favor, si viven en la misma casa. Es obvio que ya lo han debido de hacer.

—Alexa te mintió, Daniela. Apuesto que todas las noches lo hacen de diferentes maneras.

—Es cierto, aparenta que es una santa cuando en realidad se acuesta con Frank y se besuquea con Fernando.

—Es una puta aparentando ser una virgen.

Tomé una respiración profunda para calmar la rabia que circulaba por mi cuerpo. Estaba a punto de lograrlo cuando comenzaron a reírse. Me sentí presa de la ira. Odiaba que se burlaran de mí. Me levanté con la bebida en mano y caminé hasta ellas, quienes al verme se quedaron calladas.

—Hola, Alexa —dijo la hipócrita de Daniela con la misma sonrisa falsa de siempre.

Esperé unos segundos y luego le arrojé el contenido de mi vaso en la cara. La bebida le manchó el vestido. Sonreí con satisfacción mientras ella sacudía los brazos y sus amigas se quedaban pasmadas.

—Eso te pasa por hablar de mí a mis espaldas. —Me giré sobre mis talones y comencé a caminar hasta que sentí un fuerte dolor en la cabeza. Me había

agarrado del pelo.

Ignorando el dolor, flexioné mi brazo hacia atrás y le golpeé la cara con el codo. Se quejó mientras se llevaba la mano a la nariz, y sin darle tiempo, la agarré del pelo bajándola hasta el suelo mientras chillaba de dolor.

Una de sus amigas se colocó a su lado cuando la solté y la otra intentó arañarme con sus uñas postizas, pero fui más rápida que ella y le di un puñetazo en el ojo, haciendo que se tambaleara.

Daniela se levantó del suelo y me dio una bofetada. Sentí un fuerte ardor en la mejilla mientras que las pocas personas que estaban en el local comenzaron a gritar: unas diciendo que nos detuviéramos y otras apoyando el espectáculo.

Me abalancé sobre Daniela y caí encima de ella. La arañé como una fiera y le desgarré el vestido.

—¡Yo no soy una puta como tú! —grité, lanzándole puñetazos a la cara.

Pasados unos minutos, unos brazos me sujetaron por la cintura y me apartaron de Daniela. Pataleé en el aire tratando de zafarme, pero no lo logré.

—Ya es suficiente, Alexa —me dijo Frank, apretando su agarre.

—¡Suéltame! ¡Esa perra se merece más! —exclamé mientras él me alejaba de Daniela. Solo me soltó cuando estuvimos fuera del local.

—Cálmate —dijo, preocupado.

—Necesito volver —contesté, haciendo ademán de irme, pero me detuvo.

—No sé qué diablos ha pasado, pero no vas a volver a entrar —me advirtió.

Suspiré con frustración y me senté en el borde de la acera. Frank se sentó a mi lado. Pensé que iba a comenzar a burlarse de mí o algo parecido, pero permaneció en silencio.

—Quiero ir a casa —dije. Tenía unas inmensas ganas de llorar, no de tristeza, sino de frustración y desesperación.

—¿Estás bien? —preguntó mirándome.

—Sí —murmuré, sin dejar de mirarme las manos que reposaban en mi regazo.

Lo siguiente que sentí fueron los brazos de Frank rodeándome. Me acurruqué en su pecho y aspiré su perfume.

—Vamos a casa —susurró amablemente.

Descubriendo la decepción

FRANK

Había terminado de advertirle a Fernando que dejara de intentar manosear a Alexa, cuando escuché un escándalo que provenía de dentro del local.

Sintiendo los pasos de Fernando detrás de mí, entramos. Lo primero que hice fue mirar nuestra mesa, esperando ver a Alexa allí, pero no estaba. La gente había formado un círculo en la zona del bar mientras disfrutaban del espectáculo. Sin pensarlo, fui hasta allí.

Me sorprendí al ver a Alexa encima de Daniela arañándola como una bestia. Me hubiera quedado a ver cómo terminaba la pelea si ella no hubiera estado involucrada. Además, ahora su pequeño escote estaba a la vista de todo el que quisiera mirar y eso fue suficiente para ir a detenerla.

Aparté a unos cuantos idiotas de mi camino para llegar hasta ella y la agarré por la cintura. Daniela estaba hecha un desastre. Vaya, Alexa sabía defenderse. Era evidente que Daniela le había dicho algo fuerte para que ella reaccionara de esa manera.

Ignorando a los demás, me llevé afuera a Alexa, a pesar de que ella se resistía. Se empeñaba en volver a entrar, pero ni loco iba a dejar que lo hiciera.

Lo siguiente sucedió de forma rápida. Cuando menos pensaba, ya tenía su cuerpo acurrucado contra el mío. Una sensación de tranquilidad me invadió. Me

hubiera gustado congelar el tiempo para seguir así eternamente. Pero tenía que llevarla a casa, ya pasaban de las doce y no quería meterla en problemas por no llegar a una hora adecuada. Su madre y Melina no estarían en casa, pero aun así no quise arriesgarme.

La puerta de entrada del club se abrió. Giré la cabeza y vi que Fernando venía con Daniela. Se detuvieron a unos metros de nosotros. Los fulminé con la mirada. No era un buen momento.

Alexa se separó de mí limpiándose las lágrimas y los dos nos levantamos.

—Tenemos que irnos —dijo Fernando.

No se me borraba la imagen de él detrás de Alexa en el campo de golf.

—Yo la llevaré a casa —respondí decidido.

—No, lo haré yo —protestó.

—La voy a llevar yo, y punto —concluí, mirándolo con desprecio.

Consciente de mi furia, asintió con una mueca, y él y Daniela se subieron al Mustang.

Acompañé a Alexa hasta mi coche. Era evidente que estaba muy cansada. Me subí y comencé a conducir. Hicimos el trayecto en silencio. En un momento dado, la miré de reojo y vi que tenía los ojos cerrados.

Verla así, tan tranquila y recostada en el asiento, despertó unas cursis emociones que siempre he querido evitar. Cuando me detuve en un semáforo en rojo, la observé detenidamente. Mi vista viajó desde su frente hasta sus piernas. Suspiré y luché contra mí mismo para no intentar acariciarla.

Volví a centrar mi atención en el volante y seguí conduciendo.

ALEXA

Estaba comenzando a hundirme en un sueño profundo cuando dejé de sentir el movimiento del coche.

—Alexa, despierta. Hemos llegado a casa —me dijo una voz ronca.

Abrí los ojos lentamente mientras me acomodaba en el asiento. Frank salió del vehículo para abrirme la puerta.

—¿Quieres que te lleve en brazos hasta tu habitación? —me preguntó.

Una opción muy tentadora. Si aceptaba, tendría la dicha de sentir sus musculosos brazos rodeando mi cuerpo y, luego, no estaría lo suficientemente lúcida para lo que pudiera pasar una vez que estuviéramos en mi cuarto.

—Puedo caminar, Frank —contesté bajando del coche.

—Pareces cansada —comentó.

Realmente lo estaba. Había malgastado todas mis energías peleándome con la momia de Daniela.

—Estoy bien —respondí con una leve sonrisa. Caminamos juntos hasta la entrada de casa cuando me detuve bruscamente—. Mierda.

—¿Qué pasa? —preguntó Frank frunciendo el ceño.

—Olvidé mi bolso en el coche de Fernando. —Mi preocupación no era exactamente por el bolso, sino por el móvil. No tenía nada que esconder, el problema era que no podía vivir sin él. Era mi mundo de entretenimiento.

—¿A qué estamos esperando? Vamos a recuperarlo —propuso Frank sacando las llaves del coche del bolsillo.

Su propuesta me pareció propia de un superhéroe. En este caso, la víctima era el móvil. La verdad era que no iba a dormir tranquila si no tenía el aparato conmigo. Subimos de nuevo al SUV. Le di la dirección de la casa de Fernando y aceleró por la carretera.

Pasado un rato, llegamos al apartamento de Fernando. Se encontraba en medio de la ciudad. El lugar era silencioso. Había muy pocos edificios en esa zona y las calles permanecían vacías. Todo estaba muy tranquilo para ser un sábado por la noche.

Localizamos enseguida el Mustang blanco aparcado. Bajamos del SUV, cruzamos la estrecha calle y nos acercamos al vehículo. Miré por una de las ventanas. Efectivamente, mi bolso estaba en el asiento de atrás. Raro. Lo había dejado en el asiento del copiloto.

—Ahí está —murmuré.

Frank se puso a mi lado e intentó abrir la puerta del Mustang. Gruñó cuando

se percató de que estaba cerrada.

—No creo que pase nada si rompo el vidrio de un golpe —dijo preparándose para hacerlo.

—No seas imprudente —exclamé—. Iré a decirle que abra el coche y me lo dé.

—Voy contigo.

Acepté, y subimos en ascensor hasta el tercer piso. Estaba demasiado agotada para subir escaleras. Los pasillos del edificio estaban desiertos. Me molestó el ruido de la música proveniente de alguno de los pisos, pero el estruendo fue disminuyendo conforme avanzábamos hacia el apartamento de Fernando.

Nos detuvimos frente a su puerta y llamé suavemente. Frank se apoyó en la pared, a un lado. Volví a llamar y me crucé de brazos mientras esperaba.

Escuchamos unos pequeños ruidos dentro. Miré a Frank. Se encogió de hombros. La puerta se abrió. Fernando me miró con sorpresa. Iba con el torso desnudo, ya que solo llevaba puestos los tejanos, y llevaba el pelo completamente revuelto, pero no al estilo de Frank, que se peinaba despeinándose.

—Alexa, ¿qué haces aquí? —me preguntó respirando pesadamente.

—He venido a buscar mi bolso.

Salió al pasillo y cerró la puerta detrás de él.

—Puedo llevártelo mañana... —propuso nervioso.

—Lo quiere ahora —comentó Frank mirándolo con odio.

—Está bien. Voy a por las llaves —dijo, y entró rápidamente en el departamento.

Su actitud me pareció extraña. Se veía más nervioso que yo antes de hacer un examen.

—Está un poco raro —murmuré.

—Me imagino por qué —contestó Frank sin despegar la espalda de la pared.

—¿Qué quieres decir? —pregunté confundida.

—Eres demasiado inocente, Alexa —dijo, negando con la cabeza y desviando la mirada.

—¿De qué hablas? —insistí, irritada.

En ese momento apareció Fernando abotonándose la camisa y con las llaves entre sus dedos.

—Dile a Daniela que salga —exigió Frank, retirándose de la pared.

Fernando dejó de abrocharse y su rostro se congeló.

—¿Daniela? —dije frunciendo el ceño.

—Está aquí, ¿verdad? —comentó Frank mirando a Fernando con una sonrisa. Su silencio me hizo dudar.

—Fernando, responde —exigí.

—No está aquí... La... la llevé a su casa...

—No mientas —le interrumpió Frank.

Fernando comenzó a mover nerviosamente las llaves. Mi ceño se hizo más profundo al ver que no se defendía de la acusación de Frank. Si hubiera sido mentira, ya estaría gritándole e incluso nos invitaría a entrar para demostrar que decía la verdad. Pero, en vez de eso, se quedó callado mirando hacia otra parte, para evitarme.

Frank lo empujó a un lado y abrió la puerta. El desorden era absoluto en el apartamento, y más allá vi su cama totalmente deshecha. Una chica se sentó de golpe en ella al escuchar la puerta abrirse. Era Daniela. También estaba despeinada. Se cubrió el pecho desnudo con las sábanas. En el suelo estaban su vestido y sus zapatillas deportivas.

Se me formó un nudo en la garganta y noté cómo la ira me encendía la cara. Miré a Fernando esperando una explicación.

—No es lo que crees —dijo preocupado.

¡A la mierda mi bolso y mi móvil! Solo quería salir de ese lugar. Este tipo de humillación no me lo merecía. En definitiva: Fernando no valía la pena para una segunda oportunidad.

¿Cómo podía haber sido tan estúpida de preocuparme por darle explicaciones cuando él hacía esto a mis espaldas?

—No te quiero volver a ver jamás.

Me volví de nuevo y continué caminando hasta el ascensor. Frank me alcanzó y se puso a mi lado. Nos mantuvimos en silencio. No quería abrazos ni lágrimas ni comentarios sobre lo que acababa de pasar.

Una vez afuera, subí al SUV y cerré la puerta bruscamente. Frank se deslizó por el lado del conductor y me miró comprensivo.

—Él no te merece —dijo.

Respiraba profundamente tratando de evitar que mis lágrimas no se desbordaran. No tuve éxito. Empecé a llorar de nuevo. Frank se inclinó hacia mí y apoyé la cabeza sobre su hombro, escondiendo la cara en su pecho.

—Tus lágrimas son valiosas —susurró mientras me acariciaba la espalda—. No las desperdicies por tipos como él, que no valen la pena.

Lo abracé con fuerza. Tenía razón. No merecía sufrir por su culpa. Tener a Frank en estos momentos era un regalo. Sin él, me hubiera sentido sola y débil.

Intercambiando palabras

El reflejo que veía en el espejo era horrible. Realmente daba miedo. El rímel se me había corrido y el delineado se había convertido en una mancha negra. Había llorado dos veces en una noche. Demasiado para mi estado de ánimo.

Tanto Frank como yo permanecemos en silencio cuando llegamos a casa. Yo subí a mi habitación sin decir nada y, después de ponerme el pijama, me lavé la cara para mejorar un poco mi aspecto.

Con un suspiro me senté en el borde de la cama. Demasiadas emociones. Diferentes tipos de sensaciones. Me sentía decepcionada y enojada conmigo misma. Siempre solía confiar demasiado en las personas. Mi padre me había advertido mil veces de que Fernando no era lo que aparentaba, que no le daba buena espina. Y tenía razón. Es triste darte cuenta de que las personas en las que confías te apuñalan por la espalda.

Me sentía cansada. Me recosté en la cama para tratar de dormir, pero no lo conseguí. Lo que acababa de presenciar me había quitado por completo el sueño.

Decidí bajar al patio trasero para despejar mi mente. Me senté en una de las sillas de jardín y me quedé mirando al vacío, disfrutando de la brisa y el leve viento de la noche. El sonido de los grillos parecía relajar mis músculos y calmarme.

Cerré los ojos respirando el olor a hojas y hierba húmedas. Llevé los brazos y la cabeza hacia atrás para percibir mejor el aroma floral. Por un momento me

sentía en paz y satisfecha.

El encanto se rompió cuando unos cálidos dedos golpearon suavemente mi hombro. Abrí los ojos y me encontré con Frank de pie, vestido tan solo con un pantalón de franela y sin nada que cubriera la parte superior de su cuerpo.

«Abdominales y bíceps a la vista.»

—¿Qué haces aquí? —preguntó, sentándose en el césped frente a mí, con una rodilla sobre la que apoyaba el brazo

—Distrayendo mi mente.

«Y ahora mi vista, teniéndote a ti delante», pensé.

—No te encontré en tu habitación y temí que te hubieras ido a hacer alguna locura —comentó. Se le veía aliviado.

Pude haber hecho miles de cosas para vengarme, pero, como ya he dicho, no tenía las fuerzas suficientes.

—No tengo planeado nada por ahora —respondí, fijando mi vista en el suelo.

—¿Te sientes mejor? —preguntó con cautela.

Le lancé una mirada de «¿estás hablando en serio?».

—Entiendo... Ese tipo hace tiempo que me está tocando las narices. Un día de estos...

Había olvidado que había algo personal entre ellos. Y como ahora ya no tendría la oportunidad de preguntárselo a Fernando, no me quedaba otra que intentarlo con Frank.

Muy despacio, me levanté y me senté en la hierba, a su lado.

—¿Qué problemas hay entre ustedes? —pregunté intrigada.

Apoyó el codo en el césped, estiró sus largas piernas y se quedó mirándome.

«Oh, Dios, acostado de esa forma, con su torso tonificado y su abdomen al descubierto, ¿cómo quiere que me concentre?», pensé.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Por algo estoy preguntando.

—Realmente no es de mucha importancia —dijo mientras sus dedos jugueteaban con pequeñas ramas que había por el suelo.

—Entonces, si no es de importancia, ¿por qué no me lo cuentas?

—Eres muy terca, ¿lo sabías? —dijo arqueando las cejas.

—Sí —respondí con orgullo.

Soltó una risita embriagadora.

—¿Por qué quieres saberlo?

Frank intentaba evadir el tema y estaba comenzando a irritarme. No creía que mi paciencia estuviera preparada para soportar este tipo de espera.

—Curiosidad —contesté firme.

Me miró durante unos segundos mientras volvía a sentarse. Cuando se acomodó frente a mí, suspiró y comenzó a hablar.

—Hace unos meses, mi amigo y yo fuimos a tomar algo a un bar que está en el centro de la ciudad. Estábamos tan tranquilos en nuestra mesa cuando él y su grupito de amigos idiotas comenzaron a fastidiarnos. Decían cosas estúpidas, ya sabes, cosas sin sentido. Uno de ellos iba a la misma clase que yo y sabía lo que les había sucedido a mis padres...

Hizo una pausa y se pasó las manos por el cabello castaño haciendo que se alborotara más de lo que ya estaba.

—Comenzó a burlarse de mí. Dijo que yo era un huérfano sin escrúpulos. Que por mi culpa ellos habían muerto. Me puse como un loco. Fernando se unió entonces a esas burlas tan ruines, y él, al igual que los demás, empezaron a reírse sin parar.

Esa fue la gota que colmó el vaso. Me abalancé sobre ellos, y justo en ese momento llegaron unos amigos míos y nos liamos a golpes con el grupo de Fernando. Yo estaba tan cegado por la ira que dejé a uno de ellos inconsciente. Pero, aun así, Fernando seguía burlándose de mí como un idiota. Iba a darle una paliza cuando llegaron otros tipos y consiguieron detener la pelea. Desde entonces, a excepción de Fernando, no he vuelto a ver a ninguno de esos tíos.

Le escuché con atención. Ahora que lo pensaba, si Frank me hubiera explicado todo esto antes de haber descubierto lo imbécil que era Fernando, no le hubiera creído. Pero tras ver lo que había sido capaz de hacerme, no dudaba en absoluto de que se hubiera burlado de él de esa manera tan cruel.

Nos quedamos en silencio. No sabía qué decir. Lo que sí sabía era que la violencia no se solucionaba con violencia.

«Ja, Alexa, a ver si te atreves a decir eso después de liarte a golpes con

Daniela. Eso es violencia, ¿no?»

—No sé qué decirte —dije desviando la mirada.

—No tienes qué decir nada, tranquila. —Se puso de pie, sacudiendo las rodillas—. ¿Cómo vas a recuperar tu bolso?

—No tengo ni idea —dije mientras me levantaba.

—Si quieres mañana, te llevo a casa de Fernando.

—Lo último que quiero es verle la cara —respondí con amargura. Ir de nuevo a su apartamento era muy mala idea, me atacaría con excusas y disculpas, poniendo cara de cachorrito tierno, y no me apetecía presenciar algo así.

—Entonces iré yo —propuso decidido.

Era extraño que Frank se mostrara tan servicial. Tal vez era un error aceptar su propuesta, pero realmente necesitaba mi móvil.

—Está bien, pero trata de no meterte en problemas.

—Lo intentaré —dijo, pero su tono de voz no me convenció.

—Frank, hablo en serio, prométeme que no te pelearás con él —le advertí mientras caminábamos hacia la casa.

Nos detuvimos antes de entrar. Me giré esperando su respuesta. Me miró dudando durante unos segundos.

—Si no me provoca, ten por seguro que no haré nada —dijo encogiéndose de hombros—. Pero lo que te prometo es que tendrás tu bolso sano y salvo.

Me sentí aliviada al escuchar sus últimas palabras. Tendría mi móvil de nuevo. ¡Bien! Pensaba celebrarlo cuando lo tuviera entre mis manos.

Lo siguiente que hice no lo tenía previsto. Mi cuerpo reaccionó de manera involuntaria. Anulando la distancia que había entre nosotros, lo abracé. Y no era por hacerme el favor de ir a por mi móvil, sino por haber estado ahí esta noche. Odiaba admitirlo, pero su compañía y sus palabras me habían ayudado mucho.

Mis brazos rodearon su estrecha cintura. Cuando mis manos se encontraron una con la otra, mis dedos se entrelazaron para cerrar el abrazo. Su cuerpo se tensó por un momento. No se imaginó que iba a hacer algo así. Apoyé mi mejilla izquierda en su torso desnudo. Sentí los latidos de su corazón contra mi sien.

Apoyó la barbilla en mi cabeza y sus brazos me rodearon por los hombros, quedando escondida entre su pecho y su aroma varonil. Estar encarcelada entre

sus brazos de esta manera era embriagador y adictivo. El silencio sobrevino de una forma agradable. Respiraciones lentas y regulares movían rítmicamente su pecho.

—Gracias —susurré cerrando los ojos y perdiéndome en la calidez de su piel.

Mis dedos presionaron la parte baja de su espalda baja y noté la firmeza de sus músculos. Pasados unos minutos, se separó suavemente de mí para que nuestras miradas se encontraran.

—No entiendo por qué me das las gracias, pero aprecio tu agradecimiento —murmuró con humor.

Sonreí levemente mientras mis dedos se alejaban entre sí y dejaba caer los brazos a mis costados. Sin decir nada, entramos en casa y subimos las escaleras. Cuando llegamos al segundo piso, nos miramos para despedirnos.

Sintiendo raras descargas en mi estómago, entré a mi habitación soltando un largo suspiro.

«¿Qué diablos ha sido eso?», pensé.

Alejé esas emociones negando con la cabeza. Estaba a punto de llegar a mi cama cuando llamaron a la puerta.

Mis sentidos se detuvieron. Respirando de manera irregular, abrí la puerta. Frank, cabizbajo, levantó la vista para mirarme.

—¿Sí? —pregunté nerviosa.

—Debido a que esta noche no ha sido como esperabas... Bueno —dudó—, supongo que mereces disfrutar de una salida más agradable.

—¿A qué te refieres? —dije confundida.

—¿Podemos salir mañana? ¿Solos tú y yo? —preguntó mojándose los labios y mirándome fijamente.

Juguetón y misterioso

FRANK

Al mediodía me encontraba conduciendo hacia el apartamento del idiota de Fernando, con la mente aún perdida en el «Sí» de Alexa. Anoche no estaba seguro de si invitarla a salir. Caminé de un lado a otro de mi habitación hasta decidirme. Tras luchar con mi cobardía, fui hasta su puerta y, tratando de no parecer nervioso, le propuse que saliéramos.

Su rostro demostró un poco de sorpresa al principio. Por un momento, pensé que iba a rechazarme. Ya tenía planeado qué contestar si me decía que no, pero me sentí muy aliviado cuando aceptó mi propuesta. Me controlé para no sujetarla de la cintura y atraerla hacia mí con fuerza, y me limité a despedirme antes de volver a mi habitación y quedarme dormido pensando en ella.

Se merecía una salida agradable y sin problemas. La idea de invitarla se me ocurrió cuando Alexa sollozaba a mi lado después de haber descubierto que Fernando estaba con Daniela. Ahora que lo pensaba, mi plan de demostrarle a Alexa que Fernando era un imbécil no requirió de mucho esfuerzo. Él lo puso en bandeja. Después de todo, elegir a Daniela como mi «cita» había resultado útil.

Por otra parte, no había imaginado que esto afectaría tanto a Alexa. Cuando trataba de contener las lágrimas, me di cuenta de que realmente no se esperaba una traición así por parte de Fernando. Me sentí un poco culpable, pero a la vez

también me sentí tranquilo. Era mejor que se enterara de cómo era en realidad antes de que se acostaran y después él la dejara tirada. Su dolor hubiera sido mucho mayor.

Aparqué el SUV detrás de su asqueroso Mustang. Me quité las gafas de sol oscuras y bajé del auto para ir hacia el edificio. Tras subir en ascensor, llegué a la puerta y llamé, golpeando con fuerza.

Después de unos segundos de espera, abrió con aspecto soñoliento.

—¿Qué quieres? Daniela ya se fue —dijo frotándose los ojos.

¿Daniela? ¿Pensaba que venía a buscar a Daniela? Ja. No quería ser cruel, pero ni siquiera me acordaba de ella.

—Vengo a por el bolso de Alexa —contesté secamente.

—Yo iré a dárselo esta tarde —dijo con el ceño fruncido.

Suspiré tratando de mantener la calma. El tipo no estaba cooperando y eso comenzaba a frustrarme.

—¿No me has oído? —dije, mirándolo fijamente de forma amenazadora—. Estoy aquí para recoger su bolso y no me iré hasta tenerlo en mis manos.

—Y yo te estoy diciendo que se lo devolveré yo personalmente.

Dicho esto, cerró la puerta.

«Respira, Frank. Respira. Respira.»

Fue entonces cuando se me ocurrió una idea.

Una vez fuera del edificio, solté el aire que estaba conteniendo, me dirigí a mi SUV y saqué de la guantera un pedazo de tela que tenía para cualquier imprevisto.

Me la enrollé en una mano para proteger mis nudillos y caminé hasta el Mustang. Me coloqué enfrente de la puerta trasera y, reuniendo toda mi ira e impotencia, golpeé con fuerza la ventana. Mi puño se tensó al entrar en contacto con el vidrio. Se escuchó un leve ruido y los restos del cristal se esparcieron por el suelo y por el asiento.

La alarma comenzó a sonar de forma escandalosa. Sin perder más tiempo, estiré el brazo y cogí el bolso del asiento. Entré en mi coche y me puse en marcha a toda velocidad. La alarma sonaba cada vez más débil a medida que me iba alejando del lugar.

ALEXA

—No me puedo creer que golpearas a la chica con la que iba Frank — comentó Karina con sorpresa.

Dado que aún no tenía mi preciado móvil, había llamado a Karina con el teléfono de la sala para pedirle que viniera a casa. Cuando llegó, nos sentamos en el sofá y me dispuse a contarle todo lo que había ocurrido. No le sorprendió cuando le conté lo de Fernando. Solo dijo: «Tarde o temprano te tenías que dar cuenta de la clase de patán que es».

Pero sí quedó desconcertada cuando le conté que me enzarqué en una pelea con Daniela. Ella sabía más que nadie que yo no soy una persona agresiva. Hago comentarios hirientes cuando es necesario, pero nunca había pegado a nadie; no era lo mío. No hasta ahora.

—Bueno, es comprensible que Frank aborrezca a Fernando si se burló de la muerte de sus padres —dijo después de que le contara la conversación en el jardín.

Obviamente, no mencioné la parte del cálido abrazo. No quería escucharla gritar que nos gustábamos, que por qué no lo besé, o algo por el estilo, ya que en ese instante aún seguía abrumada por el hecho de que esa noche iba a salir a solas con él y no creí que pudiera soportar ese tipo de comentarios.

—Y, a todo esto, ¿dónde está Frank? —preguntó, impaciente.

—Ha ido al apartamento de Fernando a buscar mi bolso —respondí, algo nerviosa.

Hacía media hora que se había ido y ya comenzaba a sospechar lo peor. Esperaba que se hubiera tomado en serio mis advertencias.

—¿Lo ves? Otra pista de que le gustas —dijo señalándome.

—Solo está siendo amable.

—Sí, claro, ¿no me digas que invitarte a salir de nuevo es ser amable? —se burló alzando de forma dramática sus cejas.

Bien visto. Aunque tal vez lo hizo para dejar de sentirse culpable por haber aceptado salir con Fernando y conmigo en una cita doble... Pero, bueno, ¿a quién quería engañar? Si no fuera por Daniela y por mi bolso que se quedó olvidado en

el coche de Fernando, yo aún estaría considerando regresar con él como una estúpida. Así que básicamente gracias a la decisión de Frank, pude darme cuenta de cómo era Fernando en realidad antes de cometer un error.

—Lo que sé es que Fernando es un idiota —dije, cambiando el tema.

—¿Ahora te das cuenta? —bufó negando la cabeza—. La palabra «idiota» es poco para él.

Tras acabarle de contar todo lo sucedido anoche, se despidió y me deseó suerte para mi salida con Frank.

Para distraerme, tomé una barra de granola de la despensa y me senté en la silla. Solo habían pasado unos cuantos minutos cuando vi a través de la ventana de la cocina que Frank estaba aparcando su SUV rojo enfrente.

Me levanté, tiré el paquete de granola vacío a la basura y me acerqué de nuevo a la ventana para asegurarme de que Frank traía mi bolso. Las malditas persianas semiabiertas me impedían ver con claridad.

De repente, oí la puerta de la entrada abrirse. Me incorporé rápidamente y fingí estar entretenida con el frutero que estaba en medio de la mesa.

Frank, al percatarse de que me encontraba en la cocina, entró en ella con expresión seria y ambas manos detrás de la espalda.

—¿Lo traes? —pregunté emocionada.

—¿Tú qué crees? —dijo mostrando una ligera sonrisa.

—Frank, no tengo tiempo para juegos, ¿lo traes o no? —dije levantándome de la silla y poniéndome frente a él.

—Sí.

Sonrió maliciosamente.

—¿Y a qué esperas? Dámelo.

Estiré el brazo mientras dejaba salir un suspiro.

—¿Exactamente qué quieres que te dé? —preguntó, arrugando la frente. Como siempre, hablaba con doble sentido.

—No seas así, y devuélveme el bolso... —me quejé ignorando el rubor de mis mejillas.

—Con una condición —propuso, y yo puse los ojos en blanco.

—Frank, no empieces...

—Será fácil y rápido —comentó sonriendo.

—¿Qué? —pregunté, cruzándome de brazos.

Giró la cabeza a la derecha dejándome ver su perfecto perfil. Seguí su mirada y me di cuenta de que estaba mirando... ¿la estufa?

—No entiendo.

—Un beso en la mejilla —respondió.

Mis ojos hicieron un gesto de sorpresa. No era una condición tan difícil y aterradora, pero ¿un beso en la mejilla? ¿Y si volvía la cabeza hacia mí y el beso acababa siendo en los labios? Oh, no... Una parte de mí deseaba probar a darle ese beso, mientras que la otra me decía que no lo hiciera.

—¿Y bien? —dijo, sacándome de mis pensamientos.

—¿Y si no lo hago? —lo reté.

Me miró de nuevo con el ceño fruncido.

—No te devolveré el bolso, y sabes muy bien que no estoy bromeando.

—Eres un manipulador.

—Solo pido un beso en la mejilla —dijo con voz ronca.

Después de todo, no era un chico tan servicial como había pensado. Siempre tenía que encontrar la manera de cobrarme los favores. Pero cualquier cosa por tener de nuevo mi móvil en mi poder.

—Está bien —dije con nerviosismo.

Sonriendo, giró de nuevo la cara, dejándome a la vista parte de su contorneada mandíbula y su tersa mejilla. Su perfil era magnífico.

—Estoy esperando... —me avisó cuando notó que no me movía.

Pasando saliva y suspirando profundamente, me incliné hacia él y, de la forma más rápida que pude, le besé la mejilla. Realmente mis labios apenas rozaron su piel. No pasaron ni dos segundos cuando me alejé.

—Eso no ha sido un beso en la mejilla. Ni siquiera he notado tus labios —se quejó.

—Te he besado. Ha sido un beso rápido, como habías dicho —me defendí—. Ahora devuélveme el bolso.

—No, hasta que lo hagas bien. Deja pasar por lo menos cinco segundos —replicó molesto.

Cuando giró de nuevo la cabeza hacia la derecha, supe que tenía que terminar con esto de una vez. Tras dudar un poco y morderme el labio inferior, me incliné otra vez hacia él y presioné mis labios contra su mejilla.

Al principio, mi cuerpo se tensó al pensar que podría volverse hacia mí para que nuestros labios chocaran. Pero eso no sucedió. La textura de su mejilla en mis labios me hizo sentir un cosquilleo en el estómago.

Mientras contaba los segundos, miré a Frank con el rabillo del ojo y vi que tenía los ojos cerrados. Sus largas pestañas oscuras se movían ligeramente y la expresión de su rostro se suavizó como si estuviera relajado. Cuando me alejé, dejó escapar un suspiro a la vez que abría los párpados para dejar a la vista sus hermosos ojos brillantes color chocolate.

—¿Contento? —dije, recuperando el aliento.

—Satisfecho —respondió, y me miró con una cálida sonrisa.

Entonces sacó una mano de detrás de la espalda y me mostró mi diminuto bolso, que sostenía en la palma. En ese instante me sentí como si sonara la canción del *Aleluya*. Lo cogí y busqué desesperadamente mi móvil. Ahí estaba mi preciado y gran tesoro.

Lo sujeté con las dos manos y lo presioné contra mi pecho. Muy dramática, lo sé.

Mi vista bajó a la mano de Frank. Sus nudillos estaban de color rojizo y vi un poco de sangre en ellos.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté, asustada, señalándole la mano.

La cerró en un puño y la bajó a un lado.

—Nada interesante —contestó, encogiéndose de hombros.

Mi mente rápidamente imaginó su puño golpeando la mandíbula de Fernando. Eso era lo que no quería que pasara. Era evidente que Frank no era una persona paciente.

—¿Le pegaste? —dije, cruzándome de brazos con el móvil en la mano.

—¿A Fernando? Ganas no me faltaron, pero no. No lo golpeé —contestó mirándose los nudillos.

—Entonces, ¿qué te ha pasado? —insistí con preocupación.

Tras dudar un momento, me miró.

—Rompí el vidrio de una ventana de su coche —dijo sonriendo de una forma sexy.

Me contuve para no echarme a reír a carcajadas. ¿Qué clase de persona hacía una locura así? Ah, sí: Frank.

—¿Estás loco? Te dije que trataras de ser amable, no que destrozaras su Mustang —le espeté, un poco molesta.

—Fui amable. Fernando no quería darme tu bolso y me cerró la puerta en la cara —me explicó mientras fruncía el ceño.

Imaginarme la cara de Frank en ese momento hizo que se me escapara una risita.

—No es gracioso —dijo, alzando las cejas.

Apreté los labios para controlar la risa. Ahora ya sabía cómo hacerlo enojar: cerrándole la puerta en las narices.

—Te va a matar cuando se dé cuenta de lo que has hecho —lo asusté, negando con la cabeza.

Fernando adoraba su coche. Lo trataba como si fuera su bebé. Me atrevo a decir que no podía vivir sin su Mustang.

—Es probable que ya se haya dado cuenta, y para que te quedes tranquila, no me asusta —comentó muy seguro de sí mismo.

—Suerte, pues —dije, golpeándolo suavemente en el hombro. Luego lo esquivé y caminé hasta la puerta de la cocina. Allí me giré y dije levantando el móvil—: Mmm..., gracias.

—De nada... Oye...

Me detuve cuando estaba a punto de salir y me volví de nuevo hacia él.

—Nos vamos a las siete.

—¿Adónde iremos? —pregunté.

—Ya lo verás, pero si yo fuera tú, llevaría bikini debajo de lo que te vayas a poner —me avisó, sonriendo de lado.

Sintiendo mis mejillas ruborizarse, subí a mi habitación. ¿Bikini? Era evidente que iríamos a alguna playa.

Imaginarme en bikini y a Frank en bañador, mostrando su torso a todo el mundo, hacía que me pusiera nerviosa. ¿Cómo iba a poder controlarme? Solo

esperaba que mi mente no se distrajera mirando su abdomen, pues después podía ocurrir cualquier cosa.

¿Solos tú y yo?

Por la tarde, mi madre y Melina por fin aparecieron en casa. Mientras los cuatro comíamos, mamá me explicó que la tía Helen se estaba recuperando de su depresión y tratando de no recaer. La conversación se fue extendiendo hasta que me preguntó cómo me había ido en la salida de ayer. Me limité a decirle que todo fue bien.

Frank, que sabía toda la verdad, no me interrumpió diciendo tonterías ni contradiciéndome. De hecho, él también fue interrogado por Melina. Le dijo que no pensaba volver a salir con Daniela. Y, por alguna inexplicable razón, me alegró su comentario.

Antes de terminar nuestra merienda, le dije a mi madre que saldría dentro de unas horas con Frank. No protestó ni se quejó; al contrario, dijo que era buena idea que fuéramos a la playa. Su forma de actuar me pareció un poco extraña. Era como si se guardara algún secreto. Melina, a su vez, no comentó nada al respecto. Pero sí noté cómo le mandaba miradas de advertencia a Frank.

Tras darme una ducha y depilarme las zonas elementales, busqué un bikini adecuado.

Rara vez íbamos a la playa, así que no tenía muchas opciones, solo tenía dos, y uno me quedaba pequeño, así que tuve que ponerme el que quedaba, uno de color azul cielo muy sencillo. La parte de arriba se sujetaba detrás del cuello y la braga, para mi sorpresa, resultaba cómoda y no dejaba a la vista todo el trasero.

Mientras me vestía, no estaba segura de si ponerme el bikini o no. No es que tuviera miedo de mostrar mi abdomen, ya que realmente no estaba tan mal.

Dejé de autocriticarme, y terminé de ponerme un minishort de mezclilla y una blusa holgada del mismo color del bikini. Me maquillé solo un poco y me apliqué una única capa de rímel. Después me hice una sencilla trenza. En el bolso guardé el móvil, las llaves de casa y unas cuantas cosas innecesarias. Fui al baño para coger la toalla de la playa y terminé de arreglarme deslizando mis pies en unas sandalias blancas.

Justo antes de salir de mi habitación, me sonó el teléfono una vez. Era una llamada perdida de Frank. Poniendo los ojos en blanco, guardé el móvil de nuevo. ¿Qué necesidad de llamarme si estábamos en la misma casa?

Al abrir la puerta de mi habitación, solté un grito al ver a Frank a unos centímetros de mi cara esperándome.

—¿Tan mal estoy? —preguntó, arqueando las cejas.

—Me has asustado —respondí llevándome una mano al pecho.

De forma rápida lo observé disimuladamente de arriba abajo. Su pelo castaño alborotado le daba un aspecto rebelde y sexy. Una camiseta blanca con una leyenda desconocida en el centro. Un pantalón negro que le llegaba por debajo de las rodillas y unos zapatos negros.

«Esos brazos..., ¡santo Dios!, y esas piernas tupidas de vello que le dan un aspecto tan salvaje... ¡Grrr!»

Volví a subir mi vista hacia sus ojos. Estaba mirándome.

—¿Quieres que me dé la vuelta para que me puedas ver mejor? —se burló, sonriendo.

«Maldita sea, Alexa, ¡qué poco disimulada que eres!»

Ignorando el calor que se esparcía por mis mejillas, salí de la habitación, cerrando la puerta detrás de mí.

—¿Nos vamos? —pregunté, nerviosa.

Me observó una vez más entrecerrando los ojos.

—Bien, vámonos.

Se sacó las llaves del bolsillo y comenzamos a bajar las escaleras.

En la sala estaba Melina organizando unos papeles mientras que mi madre

hablaba por teléfono.

—Es tu padre —me dijo Melina cuando le pregunté con quién hablaba mamá.

La semana había pasado muy rápidamente. Mañana ya era lunes y mi padre estaría de vuelta. Tenía muchas ganas de volverlo a ver, pero también sabía que, estando él aquí, mis salidas se verían limitadas. Menos mal que no estaba el día en que Frank estuvo a punto de golpear a Fernando fuera de casa.

Me despedí de las dos con señas y salimos de casa.

La playa se encontraba algo lejos, pero con Frank conduciendo a toda velocidad, llegamos en menos de media hora.

Mirando a través de la ventana, divisé la gran playa. Había gente paseando por la arena y otros bañándose en el mar. Se veían familias, parejas, amigos y alguna que otra persona solitaria. Pero, de repente, dejé de ver la playa porque el SUV siguió a toda velocidad, sin detenerse.

—¿Adónde vas? La playa está ahí —dije señalando hacia atrás.

—Lo sé —contestó sin dejar de mirar hacia delante.

—Frank, ¿adónde me llevas? —pregunté un poco nerviosa.

Giró la cabeza hacia mí, estudiándome durante unos segundos y después se echó reír.

—Confía en mí. Te gustará —dijo en tono despreocupado.

Estaba a punto de volver a insistir cuando el vehículo se adentró por un camino sin asfaltar.

Al detenerse, bajé del coche sin protestar. Caminé unos metros abrazándome a mí misma. Mi mandíbula casi se cae al suelo al ver el paisaje. Estábamos en una playa... vacía. Totalmente desierta. Pero no fue eso lo que me impresionó, sino el hermoso atardecer que estaba formándose. El sonido de las gaviotas completaba el panorama. Una fresca y limpia brisa recorría mi cuerpo.

Giré sobre mis talones y vi a Frank apoyado en la parte delantera del vehículo, cruzado de brazos, observándome muy serio.

—Te dije que solo estaríamos tú y yo.

Mariposas en el estómago

Estábamos sentados en la arena observando el hermoso ocaso en aquel increíble paisaje. Parecía que estábamos dentro de una fotografía.

—¿Por qué te peleaste con Daniela? —preguntó de repente, sin dejar de mirar el mar.

—Estaba hablando de mí con sus amigas —dije con amargura.

Recordar lo que dijo hacía que se me revolviera el estómago.

—¿Qué decía? —Giró la cabeza para mirarme.

—Dijo que era una puta que aparentaba ser virgen —contesté.

—Esa chica está loca. La única puta es ella —gruñó.

—Lo sé. ¿Cómo se atrevió a hablar así de mí cuando ella terminó acostándose con Fernando? —Estaba furiosa—. Lo único cierto que dijo fue que aún soy virgen.

Estas últimas palabras las dije sin pensar. Me puse la mano en la boca tratando de no decir más cosas innecesarias. Frank alzó las cejas. Noté que me ardían las mejillas cuando las comisuras de sus labios se curvaron en una sonrisa. Nunca debió saber ese dato.

No es que sea un pecado ser virgen a los dieciocho, pero tampoco era algo de lo que sentirse orgullosa. La gente, al saberlo, pensaba que eras una chica solitaria. Era algo vergonzoso.

—Es bueno saberlo —comentó estudiándome de arriba abajo rápidamente.

Para acabar con esta situación embarazosa, me levanté y caminé hasta la orilla. Me quité las sandalias y coloqué los pies a la altura donde el agua llegaba y se iba. La brisa me acariciaba con suavidad, haciendo que algunos mechones se soltaran de mi trenza.

Sentí a Frank a mi lado. Yo tenía la mirada perdida en la bella vista que tenía frente a mí.

—No tiene nada de malo, ¿sabes? —dijo mientras escondía las manos en los bolsillos delanteros de su short.

—¿El qué? —pregunté con nerviosismo.

—Que seas virgen.

Lo miré. Estaba observándome con seriedad.

—Puedes burlarte, si quieres —dije, y devolví la vista al mar.

—No lo haré.

Se acercó hasta que noté el roce cuerpo.

Nos quedamos en silencio contemplando el atardecer. Frank se alejó un poco.

—¿Llevas bikini? —me preguntó, señalando mi atuendo.

—Sí, pero no creo que vaya a meterme al agua. Está empezando a anochecer —dije abrazándome.

No escuché su respuesta. Volví la cabeza y vi cómo tomaba la parte inferior de la camiseta y comenzaba a deslizarla hacia arriba hasta que se la sacó.

«¡Guauuu! Necesito agua fría ¡ahora!, antes de que mi cara arda en llamas —pensé—. ¡Qué abdomen, madre mía! ¡Era una apetitosa tableta de chocolate! Ese torso tan perfecto debería ser ilegal. Y, oh, Dios..., ¿qué me dices de esas ligeras líneas que forman un tentador camino hasta su entrepierna?»

Sin esperarme, se adentró en el mar. Me sentía como una estúpida allí, de pie, sin hacer nada. Mi mente estaba procesando lo que estaba viendo.

Pasados unos segundos, salió a la superficie. El agua le llegaba a la altura de los hombros, impidiéndome ver su pecho desnudo.

—¿Piensas quedarte ahí? —me preguntó mientras se pasaba la mano por el cabello mojado.

Tenía dos opciones. Una: quedarme ahí como una tonta, y dos: quitarme la ropa y lanzarme al agua.

Tratando de controlar mis nervios, me quité la blusa y me solté el pelo, que cayó libremente por mis hombros. A continuación, caminé hacia el agua azulada.

—Te falta algo —me avisó Frank, señalándome el short.

Genial. Por un momento pensé que no se iba a dar cuenta. De forma rápida deslicé el pantalón hacia abajo hasta que estuvo fuera de mis pies. Me sentía desnuda y cohibida ante la mirada de Frank.

Me metí al agua, y me estremecí un poco antes de hundir la cabeza para mojarme por completo. Cuando salí de nuevo a la superficie, me peiné hacia atrás con los dedos mientras Frank nadaba ágilmente hacia mi dirección.

Las próximas horas fueron relajantes. Frank me retó e hicimos varias carreras, nadando de un punto a otro. Obviamente, gané yo. O tal vez él me dejó ganar. Lo importante es que me divertí como nunca. Nadamos, buceamos, nos echamos agua el uno al otro sin parar..., anocheció sin que nos diéramos cuenta.

Me encontraba sentada en la parte delantera del SUV, cubierta con la toalla, Frank a mi lado, de pie, con su toalla sobre la espalda.

—¿Quieres ir a cenar?

—Si no es mucho pedir —dije sonriendo.

Rio y volvió a mirar el mar. Suspiré al ver el cielo oscuro adornado con estrellas brillantes. La única luz que nos acompañaba era la de la luna. En comparación con la salida de ayer, esta había sido genial.

Frank y yo habíamos olvidado nuestras diferencias durante unas horas y nos habíamos divertido sin necesidad de alcohol o de sustancias extrañas. Momentos como este son sagrados.

No me sentía triste o deprimida por haber perdido a Fernando: me sentía libre y cómoda al lado de Frank.

—Gracias —susurré—. Por todo.

Me miró recorriendo mi rostro.

—No te lo he dado todo —comentó divertido.

—Sabes a lo que me refiero —protesté mientras me envolvía aún más en mi toalla.

—¿Tienes frío?

Se puso delante de mí y me colocó las manos en los hombros.

—Solo un poco —contesté con una mueca.

Se quitó la toalla y me cubrió delicadamente con ella. Cuando levanté la vista para encontrarme con su mirada, sus ojos color café brillaban de una manera hermosa y única.

Por unos momentos nos quedamos mirando el uno al otro. Su mirada viajó hasta mis labios y entonces comenzó a acercarse. Olvidando todo a mi alrededor, cerré la distancia que separaba nuestros rostros y nuestras respiraciones se entremezclaron en el momento en que su nariz tocó la mía. Me sujetó la barbilla con una mano, y me besó.

Mis labios se abrieron lentamente para él. El beso fue dulce y tierno. El frío desapareció cuando sentí su cuerpo cerca del mío, desprendiendo un calor exquisito. Mis manos soltaron la toalla, y esta cayó a la arena.

Le rodeé el cuello con mis brazos y lo atraje hacia mí con fuerza. Una de sus manos viajó hasta la zona baja de mi espalda, y ello hizo que mis hormonas se despertaran sobresaltadas.

Mis piernas, de manera involuntaria, se cerraron en su cintura para evitar que se alejara. Infinidad de sensaciones me recorrieron la piel al sentir la textura de sus labios. Succionaba los míos con un toque de desesperación y deseo, y mi corazón se aceleraba cada vez que su mano recorría mi espalda de una manera suave.

Conforme avanzaba el momento, el beso se profundizó. Un gruñido ronco y sexy salía de su garganta cuando su lengua se adentraba en mi boca. Sus labios viajaron hasta mi cuello depositando besos suaves y húmedos. Solté un leve gemido cuando subieron hasta mi oreja y empezó a mordirme el lóbulo.

—Me gustas —me susurró al oído.

Juntos

Una corriente eléctrica traspasó mis sentidos y me llegó a los huesos. Sentí cómo mi respiración se detenía a la vez que mi mente absorbía sus palabras como una esponja.

¿Era esto real? ¿Había oído bien?

Frank me miró fijamente, examinando mi reacción. Aunque no podía verme a mí misma, estaba segura de que debía de parecer muy sorprendida.

—¿En qué piensas? —preguntó mientras me acariciaba la mejilla con los nudillos.

No lo sabía exactamente. Me gustaba Frank y me atraía de una manera inexplicable, pero no sabía cómo actuar en ese momento.

—¿Qué me has dicho? —dije nerviosa.

Tenía que asegurarme de que no lo había oído mal. Sonrió cálidamente mientras me levantaba la barbilla para que mis ojos estuvieran a su altura.

—Me gustas mucho, Alexa —volvió a decir.

Entonces, no eran imaginaciones mías. Realmente estaba admitiendo que le gustaba.

Una sensación de felicidad se expandió dentro de mí al ver su rostro relajado. Había sido sincero, y noté que se me aceleraba el corazón.

—Tú también me gustas, Frank —dije, ignorando cualquier tipo de nerviosismo.

La expresión de sus ojos fue de un alivio inmenso. Sonriendo satisfecho, me volvió a besar. Sentí de nuevo la calidez y ternura de sus labios. Creo que no hacía falta hablar demasiado; el beso era más que suficiente para hacernos saber lo que sentíamos el uno por el otro.

Cuando nuestras miradas se encontraron, todo lo demás dejó de importar. Solo éramos él y yo. Quizá debía de preocuparme por lo que podría ocurrir después, pero pensé que, siempre que estuviera con él, cualquier cosa, ya fuera buena o mala, valdría la pena.

Tras secarnos y vestirnos, nos quedamos un rato más observando el mar acompañado del cielo oscuro y escuchando el movimiento de las suaves olas.

Frank se encontraba detrás de mí, con sus brazos rodeando mi cintura y su barbilla apoyada en mi hombro izquierdo. Nuestras manos entrelazadas descansaban sobre mi estómago. No había cosa más maravillosa y bella que sentir su cuerpo contra mi espalda. Su calidez me relajaba. Me sentía segura y protegida.

—Es hermoso, ¿no crees? —comenté mientras las olas chocaban entre sí formando ondas perfectas.

—No más que tú —susurró, y me besó dulcemente debajo de la oreja, haciéndome inclinar la cabeza.

El movimiento de sus brazos hizo que me girara para quedar frente a él. Coloqué mis manos en su pecho mientras que él posaba las suyas en la parte baja de mi espalda. Nuestros cuerpos, desde la parte del ombligo hasta los pies estaban conectados. Sentía mi vientre tensarse.

—Siempre esperé este momento —dijo mientras sus pulgares dibujaban círculos en mi cintura.

Para ser honesta, yo también. Por más que traté de evitarlo y aparentar que no me importaba, siempre quise estar tan cerca de él como lo estaba en este momento.

—Imagino que ya lo tenías planeado —dije mientras mis dedos jugueteaban con su camiseta.

—No del todo, simplemente pensé que era necesario que supieras lo que sentía. —Sus ojos avellana atravesaron mis pupilas.

—¿Qué pasará con nosotros? —pregunté en voz baja.

Todo estaba bien estando ahí solos, pero en nuestras vidas había muchos factores en juego. Estaban mis padres, Melina, la universidad... De lejos, todo ello no parecía tener mucha importancia, pero lo cierto es que sí la tenía. Mi padre llegaría mañana, y cabía la posibilidad de que las cosas se complicaran si le contábamos lo «nuestro», o tal vez no... Todo era cuestión de arriesgarse.

—No soy bueno para esto —dijo, haciendo a un lado un mechón de mi cara—. Para ser sincero, no he tenido una relación seria desde hace tiempo.

Claro, lo que imaginaba. Intenté alejarme para prepararme para su rechazo, pero él me sujetó, trayéndome de vuelta hacia su cuerpo.

—Pero quiero intentarlo. —Su mirada corroboraba que hablaba con sinceridad.

—¿De verdad?

Me apetecía comenzar una relación con él.

—Quiero que me enseñes a ser mejor persona.

Dicho esto, me abrazó con una enorme ternura. Aspiré su aroma masculino mientras escondía mi cara en su cuello. Este era un Frank completamente sensible y dulce. Sabía que su actitud estúpida y burlona formaba parte de su personalidad, pero era lo que lo hacía perfecto para mí.

—Te ayudaré si dejas de ser un idiota y un perverso —dije cuando nos miramos de frente.

Sostuvo mi mirada unos segundos y luego dejó escapar un risa profunda y ronca.

—No pienso dejar de ser un idiota y un perverso —respondió alzando sus tupidas cejas.

Nos abrazamos de nuevo. Los siguientes minutos fueron de suaves besos, comentarios estúpidos, risas y mimos.

—Hemos de irnos —dije casi adivinando que era la hora de regresar a casa.

—¿Adónde quieres ir exactamente? —propuso con voz sexy.

—Frank... —dije, golpeándole en el hombro. Yo recibí a cambio un beso en la mejilla.

Tomados de la mano, me acompañó hasta la puerta del copiloto.

Como ya era tarde, decidimos saltarnos la cena e ir directamente a casa.

En cuestión de segundos, el SUV se deslizaba por la carretera. Una de sus manos se mantuvo entrelazada con la mía durante todo el camino. Nos mirábamos de reojo y nos reíamos. No era incómodo, más bien era extraño. Agradablemente extraño. Nos fuimos de casa como «casi amigos» y regresábamos como pareja.

A punto de llegar a casa, comprobé la hora en mi móvil. Las doce y media. ¡Vaya!, el tiempo pasaba volando cuando estabas a gusto.

Como siempre, Frank me abrió la puerta amablemente y caminamos juntos hasta casa. Durante el trayecto, decidimos no contar nada de momento. Era un gran riesgo, pero en la vida hay que arriesgarse de vez en cuando.

La casa estaba silenciosa. Mi madre y Melina debían de estar dormidas. Subimos las escaleras en silencio hasta el pasillo en donde estaban nuestras habitaciones.

Frank me siguió y nos detuvimos delante de mi puerta. Justo después de darle las gracias por la salida, me besó. No fue un beso apresurado ni lujurioso. Fue un beso tierno y suave, como el que me dio al principio. Tuve que colocar mi mano en su pecho para alejarlo levemente.

—Nos vemos mañana —dije, acariciando su mejilla.

—Descansa —contestó él, sonriendo. Luego me dio un beso rápido y se dirigió a su habitación.

Con mis mejillas acaloradas, entré a la mía. Cuando cerré la puerta, un largo suspiro salió de mi garganta. Ese momento fue mágico. Me gustaría vivirlo una y otra vez si pudiera. Al recordar sus besos y sus caricias sentía un delicioso cosquilleo en el estómago.

Una vez con el pijama puesto, me dejé caer sobre la cama con una sonrisa estúpida en los labios. Me acosté de lado y me puse a pensar en Frank. En ese momento, cuando estaba por cerrar los ojos, mi móvil comenzó a vibrar. Lo tomé de la mesita y abrí el mensaje. Era de Fernando.

«Necesitamos hablar», decía.

Sin pensarlo, eliminé su mensaje y su número. No se merecía segundas oportunidades. Me vinieron a la mente los recuerdos de nuestra corta relación,

pero negué con la cabeza, dispuesta a borrarlos todos.

Ahora formaba parte del pasado y no había que dar vuelta atrás.

Respiré profundamente y me acosté de nuevo, pero al cabo de poco tiempo el teléfono volvió a vibrar. Otro mensaje. Estuve a punto de eliminarlo, pero me detuve. No era de Fernando.

«Gracias por aceptar ser mi novia. Buenas noches.» Era de Frank.

Recordé que no me había pedido que fuéramos novios, pero su mensaje confirmó mis dudas. Era oficial. Frank era mi novio.

Reunión matutina

FRANK

Tal vez sea un cursi, pero el término «feliz» no lograba acercarse a describir mi estado de ánimo. Alexa era mi novia. Diablos, me resultaba extraño llamarla «novia». Era una palabra que nunca había usado hasta ahora.

La última relación aparentemente sería la que tuve en secundaria, cuando era un niño. Después, en la universidad, solo había mantenido relaciones para satisfacer mi apetito sexual; placer sin compromiso y sin sentimiento alguno.

Pero ahora Alexa me importaba, no era el sexo lo que dominaba la relación. Yo quería ser todo para ella, igual que ella lo era todo para mí.

Cada vez me sorprendía más su forma de pensar. Alexa conseguía sacar lo mejor de mí, a pesar que yo no dejaba de decir las estupideces de siempre.

Aún no comprendía cómo una chica tan guapa e inteligente como Alexa era virgen. Era difícil encontrar a alguien como ella en estos tiempos.

Me alegraba de ser su novio, de poder protegerla aún más que antes. Si ella le hubiera seguido el juego a Fernando, ahora mismo estaría lamentándose por haber perdido su inocencia con alguien que no valía la pena.

En todo eso estaba pensando mientras terminaba de ducharme. Por extraño que parezca, aún sentía la textura de sus labios en los míos. Como si la huella de su beso estuviera sellada en mi boca para jamás borrarse. Era estúpido y también

cursi, pero era así como me sentía...

¿Y cómo olvidar la imagen de Alexa con su bikini azul cielo? Al instante deseé recorrer cada centímetro de su cuerpo con mi boca y mis manos, pero cuando comenzamos a divertirnos en el agua, solo me centré en disfrutar de estar con ella. Hasta que la besé.

Entonces perdí el control. Cada vez que me adentraba en su boca quería decirle cuánto me gustaba y que estaba dispuesto a iniciar una relación formal con ella, si estaba de acuerdo. Así que, cuando me aceptó, no cabía en mí de alegría.

Aún era temprano, cerca de las nueve de la mañana, pero oía ruidos abajo. Me detuve mientras me ponía la camiseta. La dulce voz de Alexa resonaba en mis oídos haciendo que mi respiración se agitara sin control. Ya estaba despierta, preparando alguna cosa en la cocina.

Sonreí en el momento en el que escuché su risa. Luego seguí vistiéndome, tratando de calmar mis sentidos.

El señor Owens no tardaría en llegar de su viaje y, dado que no íbamos a decirle nada a nadie sobre nuestro pequeño romance, tenía que mantenerme tranquilo. Así que, mientras estuviéramos desayunando, trataría de evitar mirar demasiado a Alexa o hacer alguna tontería que pusiera al descubierto nuestro secreto.

ALEXA

Estaba en la cocina con mi madre y Melina terminando de preparar tortitas. Me sentía feliz por dos razones: porque mi padre volvía ese día y porque Frank era mi novio. Las mariposas no habían dejado de revolotear en mi estómago desde la noche anterior.

Pero me sentía tranquila y en paz.

Melina nos estaba contando lo que ocurrió una vez en la que confundió el nombre de una de sus clientas. La anécdota me pareció muy graciosa, y tanto yo como mi madre nos partimos de risa. De hecho, las tres acabamos riéndonos a

carcajadas, aunque fui yo la que reía más fuerte.

Estaba segura de que se me escuchaba por toda la casa. Los vecinos estarían pensando que estaba loca por reírme de esa manera tan temprano. Luego, cuando dejamos de reír, pude centrarme en terminar de preparar el desayuno. Mi madre me había dicho que papá estaría en casa antes de las diez de la mañana, por lo que decidimos darle la bienvenida con un rico desayuno.

Me había duchado y vestido para la ocasión: unos tejanos negros ajustados, Converse blancas y una blusa a juego. Dejé mi pelo húmedo suelto, pero cuando comenzó a secarse, noté que se me esponjaba mucho, así que al final opté hacerme una coleta alta con una trenza francesa.

Y aquí me tienen, colocando las últimas tortitas en el enorme plato que se encontraba en la mesa.

—Muy bien, iré a quitarme los rulos —dijo mi madre, y salió rápidamente de la cocina.

Sí, mi madre todavía se arreglaba el pelo como décadas atrás, a la antigua.

—Se nota que tu madre está feliz con el regreso de tu padre —comentó Melina mientras ponía los platos y los cubiertos en la mesa.

Asentí con una sonrisa.

Mis padres siempre habían estado muy unidos. Además, los dos trabajaban en la misma compañía, aunque tenían profesiones diferentes, así que estaban acostumbrados a verse todos los días tanto en casa como en la oficina. Era lógico que estuviera emocionada con su regreso.

Yo estaba feliz de volverlo a ver, pero no tanto como ella. Ya me había acostumbrado a los viajes de mi padre, así que su ausencia no era algo que me pesara tanto como a mi madre.

—¿Y cómo te fue con Frank anoche? —preguntó curiosa.

Recordé todo lo sucedido y una sonrisa se dibujó en mis labios al recordar que ahora somos más que amigos.

—¡¿Tan bien?! —dijo sorprendida al verme sonreír como estúpida.

—Me lo pasé genial —respondí mientras colocaba los vasos en la mesa.

—¿Ya te dijo lo que siente por ti?

La miré boquiabierta. ¿Cómo lo sabía? Oh, un momento... ¿Todo ese tiempo

ella había sabido que Frank quería decirme que le gustaba?

Ahora entendía que hubo varias veces en que Melina había tratado de hacérmelo saber.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté, tratando de controlar mi nerviosismo.

—Vamos, Alexa, sé que ya soy mayor, pero todavía me acuerdo de cómo actúan dos personas que se gustan. —Sonrió y me guiñó un ojo.

Bien, sospechaba lo que pasó. Esperaba que no se lo contara a mis padres. No quería tener que convencerlos de que lo nuestro había sucedido de manera imprevista.

—No diré nada —terminó diciendo cuando notó mi preocupación.

Respondí con una sonrisa nerviosa justo antes de que mi madre regresara con su cabello arreglado en ligeras ondas y maquillada de forma elegante.

—Me acaba de mandar un mensaje. Dice que está a punto de llegar —dijo moviéndose por la cocina, comprobando que todo estuviera en su lugar.

En menos de treinta minutos, mi padre ya estaba en casa. Mi madre, obviamente, fue la primera en recibirlo con un intenso abrazo y un beso tierno. La siguiente fui yo, que lo abracé como la vez que me despedí de él.

—Me alegro de que no te hayas metido en problemas —me dijo, apretando suavemente mi mejilla.

Melina se dispuso a recibirlo cordialmente dándole la mano.

Mientras veía a mis padres hablar, di un paso atrás y choqué contra alguien. Miré por encima mi hombro. Era Frank, que me dedicó una sonrisa dulce a la vez que colocaba sus manos sobre mis hombros.

—Cuidado, no te vayas a caer —me dijo, y se puso a mi lado.

Me sorprendió que ya estuviera vestido y que apareciera con su cabello castaño húmedo tan bien peinado. Llevaba una camiseta negra con la leyenda de the Beatles en el centro, unos tejanos desgastados, unas Converse negras y un enorme reloj a juego, hecho a medida, que adornaba su muñeca.

«¿Qué he hecho yo para merecer a alguien tan atractivo?», pensé.

Se acercó a mi padre para estrecharle la mano y darle un abrazo, y después de felicitarlo por lo bien que, según nos había contado, le había ido su viaje de negocios, entramos en la cocina y nos sentamos cada uno en su sitio para

comenzar a desayunar en familia las tortitas acompañadas con leche que las tres «chicas» habíamos preparado.

Mientras mi padre hablaba con Melina y mamá, Frank, que se encontraba frente a mí, empezó a enviarme miradas juguetonas.

Y, como siempre, el resultado fue que mis mejillas enrojecieron. Pero esta vez no me sentía incómoda o fuera de lugar, al contrario, me sentía halagada. Melina nos miraba de reojo de vez en cuando, pero no decía nada. Se limitaba a dedicarnos una media sonrisa y continuaba hablando con mis padres.

Mis padres salieron de casa después de desayunar. Mi padre estaba de vuelta, pero ello no significaba que no tuviera que trabajar. Uno de sus amigos del trabajo lo llamó para terminar un papeleo en la oficina. Y como mi madre también tenía que ir allí, se fueron juntos.

Melina se encontraba en alguna parte de la casa, probablemente en su habitación organizando los catálogos que tenía que entregar. Yo me había quedado en la cocina recogiendo las cosas del desayuno, algo triste por no haber podido hablar con Frank.

Me sequé las manos una vez que terminé de lavar los platos y luego limpié la mesa y empecé a guardar los vasos y platos limpios en su lugar. Mientras lo hacía, Frank entró en la cocina con las manos metidas en los bolsillos y mirándome con cautela.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó, caminando a paso lento.

—Vienes justo cuando ya he terminado —me quejé a la vez que me giraba para mirarlo.

Me sonrió de forma maliciosa mientras se asomaba por la ventana.

—Tus padres ya se han ido —comentó.

—Sí.

Se giró mirándome de una forma tierna y sexy, y sentí que mi cuerpo se derretía a cada paso que daba para quedar a unos centímetros de mí.

Nada cambiaba. Seguía experimentando la misma sensación de debilidad cuando estaba cerca de mí.

En cuestión de segundos, nuestros labios se encontraban conectados, chocando suavemente. Sus manos rodearon mi cintura mientras que las mías permanecieron en su pecho. El beso se fue haciendo cada vez más intenso e irresistible. Nos devorábamos con delicadeza. Ambos caminamos hacia atrás sin que nuestras bocas se separaran, hasta que mi trasero chocó con la encimera de la cocina y ya no pude seguir retrocediendo.

El sabor de su boca sabía a menta combinado con pasta de dientes. Mis dedos recorrieron los músculos de sus hombros y subieron por su cuello hasta su pelo, ahora alborotado.

Una de las manos de Frank ascendió por mi espalda hasta llegar a mi nuca y se quedó ahí, para evitar que nuestros labios se separaran, mientras que con la otra recorría mi cintura y mi cadera. Jadeé cuando me atrajo hacia él. Mi vientre se prendió al sentir su erección y su abdomen tensarse junto al mío.

—Frank, ¿podrías llevarme a...? Oh...

Los dos nos separamos bruscamente al ver a Melina en el umbral de la puerta mirándonos con sorpresa, con las cejas levantadas.

Nuestras respiraciones entrecortadas nos delataban, provocando que me sintiera avergonzada y tímida.

—¿Necesitas algo, Melina? —le preguntó Frank mirando al suelo mientras se pasaba su pulgar por el labio inferior.

—Necesito que me lleves a entregar estos catálogos, por favor. —Agitó las revistas que llevaba en la mano.

—Claro —respondió él, sacando las llaves de bolsillo.

Nos miró con una pequeña sonrisa y luego salió de la cocina.

Me estiré la blusa hacia abajo al notarla un poco levantada y luego fui a por los platos para colocarlos en el estante de madera mientras trataba de calmarme.

—Ahora vuelvo —lo escuché decir.

Asentí sin darme la vuelta hacia él. Me ponía muy nerviosa que me vieran besándome con alguien. No era para nada exhibicionista, como esas parejas que se besuquean en medio de la calle sin importarles que la gente los mire.

—Alexa...

Inhalando profundamente, me giré. Estaba en la puerta con el llavero entre los

dedos.

—Ha sido delicioso —comentó sonriente.

—Mmm... Melina y mi madre me ayudaron a preparar las tortitas —dije.

Sin la ayuda de ellas, el desayuno hubiera sido un desastre y puede que hubiéramos tenido que pedir algo por teléfono a algún restaurante.

Pero el ardor en mi rostro apareció al escuchar su respuesta.

—Me refería al beso.

Me guiñó un ojo sensualmente y salió de la cocina.

Consecuencias

Tras quedarme como una idiota en la cocina durante minutos, me dirigí a la habitación. Mi mente se encontraba estancada en el beso de hacía unos momentos.

Sonreí al recordar las raras y placenteras sensaciones cuando su boca exploraba la mía. Esto era diferente. Con tan solo escuchar su voz o sentir sus caricias, me estremecía. Con cada toque, me elevaba a una altura que ni yo misma podía descifrar.

Una vez en mi habitación, tomé el móvil de la cómoda y me senté en el borde de la cama para llamar a Karina. Los siguientes minutos parecieron eternos. Cuando acabé de contárselo todo, se puso a gritar de alegría y empezó a hablar tan rápido que creí que me iba a volver loca. No dejaba de felicitarme y de chillar como una fan obsesiva, diciéndome que ya era hora de que Frank admitiera que yo le gustaba.

Le dije que habíamos decidido no contar nada a mis padres de momento. Melina ya confirmó sus sospechas viéndonos en la cocina, pero, sinceramente, confiaba en su discreción. Ella sabía que estaba bien que esperáramos un poco antes de dar a conocer nuestro noviazgo.

Cuando terminé de hablar con Karina, aún algo aturdida por sus palabras de afecto, me dispuse a escuchar música. Salí de mi habitación con los audífonos puestos y comencé a caminar por el pasillo, en dirección a las escaleras, mientras

tarareaba y mis pies se movían al ritmo de la canción.

Cuando pasé por delante de la habitación de Frank, mis fosas nasales aspiraron el suave aroma de su perfume, y eso que no estaba en casa. Su aroma masculino había impregnado el ambiente. Era el mismo perfume embriagador que percibía cuando lo besaba.

La puerta estaba abierta, y como no tenía nada interesante que hacer, me adentré en su cuarto para disfrutar de su aroma. Todo permanecía en su lugar. Excepto unas cuantas portadas de videojuegos que se encontraban esparcidas por el suelo.

Mi vista recorrió la habitación hasta detenerse en la cama.

«¿En serio, Alexa? De todos los muebles y objetos que hay aquí, ¿la cama es el que te parece más interesante? Sucia pervertida.»

Me lo imaginé allí acostado mirándome con esa intensidad que hacía que mi sangre dejara de circularme por las venas. Me imaginé acurrucada contra su pecho hablando con él horas y horas.

Sacudí la cabeza. «Vamos, Alexa, deja de soñar y sal de la habitación... ¡ahora! ¡No tienes nada que hacer aquí!»

Con la música resonando en mis oídos, me obligué a dejar de actuar como una tonta enamorada.

Borré esos pensamientos románticos de mi mente y giré sobre mis talones para regresar al pasillo, pero me detuve a medio camino al ver un peluche junto a la cama. No era un objeto sexual ni nada por el estilo. Me acerqué con cautela para verlo mejor. Era el unicornio que había ganado en el parque de atracciones. Recordé lo mal que acabó esa salida al encontrarnos a Fernando fuera de casa, al llegar.

Había olvidado por completo ese peluche, mi premio. Pero él lo conservó. Me sentí un poco ofendida por que no me lo hubiera devuelto, pero sabía que en su momento no lo había hecho para vengarse de mí, ya que yo le había hecho fallar su último tiro y él no pudo recibir mi beso como premio.

Mis manos sujetaban el peluche mientras recordaba esa escena. Era un poco raro ver un unicornio en la habitación de un chico. Pero era evidente que lo había conservado como recuerdo de nuestra salida.

Además, ahora que lo pensaba, ese fue el día en el que Frank me invitó a salir por primera vez.

Salí de mi ensueño cuando escuché la puerta principal.

Con las manos temblorosas por los nervios, dejé el peluche en el suelo, donde se encontraba, y caminé a paso rápido hacia la puerta. Estaba segura de que lograría llegar a mi cuarto, fingiendo no haber salido de allí en todo ese rato. Pero mi plan se fue a pique cuando di un paso en falso, trastabillé y me caí. El móvil salió disparado, junto con los auriculares, y no me golpeé la cara contra el suelo gracias a que amortigué el golpe poniendo las palmas por delante.

«¡Mierda! ¡Que me caiga un rayo en este instante y desaparezca en un abrir y cerrar de ojos!»

Escuché los pasos por el pasillo y suspiré en señal de derrota.

—¿Qué haces ahí tirada? —escuché su voz.

Levanté lentamente la cabeza con mis mejillas ardiendo. Frank se encontraba en el umbral de la habitación cruzado de brazos, mirándome divertido.

—A veces me gusta tumbarme un rato en el suelo —me justificué sarcásticamente.

—¿Y por qué no lo haces en tu habitación? —preguntó, siguiéndome la corriente.

Temía que se molestara por encontrarme en su cuarto, pero al ver que mantenía una sonrisa arrogante, puse los ojos en blanco y me giré hasta quedar acostada boca arriba, mirando al techo.

—Tu suelo parece más cómodo —dije poniendo las manos sobre mi estómago.

Estaba actuando como una gran inmadura hablando del suelo, pero solo trataba de capear ese embarazoso momento, ¿no?

Frank se agachó para coger mi teléfono y se sentó a mi lado.

—¿Estabas esperándome?

Miré su hermoso rostro. Maldita sea, sí. Estaba esperando a que llegara. Habíamos sido interrumpidos en la cocina y eso me tenía muy inquieta.

—Sí —contesté, perdiéndome en sus ojos marrones.

Su respuesta fue una risa amigable y tentadora. Se puso de pie estirando su

brazo hacía a mí, con la palma de la mano abierta.

—Vamos, levántate —dijo sonriendo.

Mi mano se unió a la suya a la vez que me entregaba el móvil. Me levanté y quedé frente a él, con nuestros dedos conectados. Me miró intensamente mientras su mano libre acariciaba mi mejilla.

—Tenemos algo pendiente —dijo divertido.

—Ah, ¿sí? —pregunté, alzando las cejas.

Sonrió coquetamente y luego me besó. Mi mano dejó caer el teléfono de nuevo al suelo para poder rodearle el cuello y atraerlo hacia mí mientras él me agarraba por la cintura en el momento en que nuestras bocas se unían.

La temperatura comenzó a subir a nuestro alrededor mientras el beso se profundizaba. Caminamos hacia la cama lentamente sin dejar de besarnos, hasta que mis piernas se toparon con un lateral.

Frank comenzó a dejarme caer suavemente, poniéndose encima de mí. Nuestras caricias y besos se intensificaron más y más, pero de repente... empezó a sonar un móvil.

Estábamos dispuestos a ignorarlo y a seguir con lo nuestro, pero el teléfono no dejaba de sonar. Cansada de tener que soportar ese sonidito molesto, dejé de besar a Frank, que maldijo en voz baja mientras cogía su celular del bolsillo sin moverse de encima de mí.

—¿Qué pasa, Joel...? Estoy ocupado... ¿No puedes esperar? —Frunció el ceño —. Bien... ¿Estás seguro de que fue él? Vale, voy para allá.

Se guardó de nuevo el teléfono y se puso de pie.

—Tengo que salir —se disculpó, evidentemente molesto.

—Está bien —dije, decepcionada.

En cuanto me puse de pie, me dio un beso rápido. Quería preguntarle adónde iba, pero finalmente no dije nada para no parecer una entrometida. No obstante, no sé si fue la expresión de mi cara o el suspiro que dejé escapar lo que hizo que Frank me explicara dónde iba.

—He quedado con Joel, mi amigo. Por lo visto, tiene algo urgente que decirme —dijo.

Asentí con una media sonrisa, recogí el móvil del suelo y los dos salimos

juntos de la habitación. Él me acompañó hasta la mía.

—Te veo luego.

Depositó un beso en mi mejilla y bajó las escaleras.

Una vez que escuché la puerta de la entrada cerrarse, entré a mi habitación y me dispuse a seguir escuchando música.

Me encontraba en la sala con Melina viendo un debate sobre el aborto en la tele. Ella lo seguía con mucha atención, pero yo jugueteaba con el móvil, que tenía en mi regazo. Estaba tan preocupada como una madre mientras espera que su hijo llegue a casa de madrugada. Eran las nueve y media de la noche y Frank aún no había vuelto desde que se había ido por la tarde. Lo había llamado varias veces, pero siempre saltaba el buzón de voz, lo que me ponía más nerviosa.

Mis padres estaban en la cocina terminando de cenar. Melina y yo habíamos acabado antes y decidimos matar el tiempo viendo la tele.

Me preguntó por Frank y me limité a decir que había salido con Joel, lo que a ella no le pareció extraño. Me dijo que eran amigos desde la secundaria y que no tenía de qué preocuparme.

Sus palabras me calmaron durante un rato, pero cuantas más horas transcurrían, más preocupada estaba.

Por fin, cuando en el reloj faltaban cinco minutos para las diez, escuché el motor inconfundible del SUV de Frank y sentí un alivio inmenso.

Esperé pacientemente hasta que la puerta se abrió. En cuanto apareció en la sala, escuché un grito ahogado de Melina y giré la cabeza hacia la entrada.

Joel estaba al lado de Frank, ayudándolo a sostenerse en pie. Me llevé una mano a la boca al ver su rostro. Estaba hecho un desastre. Tenía un ojo morado, le sangraba una ceja, se veía una herida pronunciada en el labio inferior y un montón de rasguños en las mejillas. La sangre seca en su cuello le daba un aspecto irreconocible y espeluznante.

Frank se rodeaba el estómago con un brazo a la vez que hacía una mueca controlando el dolor.

—Hola, Alexa —dijo mostrando una sonrisa torcida.

Era bastante obvio que le habían dado una paliza brutal. Y, por su aspecto, me atrevía a afirmar que lo habían hecho entre varios.

Venganza

FRANK

Estaba dispuesto a mandar a la mierda a Joel cuando me llamó, ya que me interrumpió justo en el momento en que estaba disfrutando de un rato de intimidad con Alexa, pero al decirme que lo habían amenazado y que uno de los que le había amenazado era Fernando, mi enojo desapareció rápidamente.

Lo que menos me apetecía era dejar a Alexa en ese preciso instante, pero la intriga y la rabia me ganaron. De pronto, ya estaba circulando a toda velocidad por la carretera.

Entré en el bar y vi que mi amigo estaba en la misma mesa de siempre, bebiendo como de costumbre. Me acerqué y me senté frente a él.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, yendo directo al grano.

—No sé qué mierda ha pasado, pero me dijeron que yo iba a pagar por lo que tú habías hecho —contestó, y luego le dio un trago a su bebida.

—¿Quiénes te dieron eso?

—Los amigos del idiota de Fernando. No sé cómo averiguaron mi dirección, pero esta mañana aparecieron en mi casa para advertirme —me explicó molesto.

—¿Cómo sabes que eran los amigos de Fernando?

—Él mismo se presentó. Si quieres más detalles, puedo decirte que es rubio y tiene los ojos verdes.

El muy cabrón.

—¿Qué le has hecho? —me preguntó Joel al ver que yo no decía nada.

—Le rompí el vidrio de su coche.

—Frank, estás loco. —Se rio—. Imagino que Alexa tiene algo que ver...

—El muy miserable jugó con ella.

—Pobre chica, tener que haberse acostado con él para después darse cuenta de que...

—¿De qué diablos hablas? —repliqué furioso—. Alexa nunca se acostó con él.

Joel me miró entrecerrando los ojos y luego se encogió de hombros.

—Eso fue lo que él me dijo.

Mi mente comenzó a imaginar a Alexa con él y..., mierda, no. Eso no pasó. El muy idiota estaba mintiendo.

—Miente, nunca lo hicieron —dije.

—No quiero enfurecerte más, pero la forma en la que él habló de ella con sus amigos delante de mí fue asquerosa —gruñó negando con la cabeza.

Bien. Eso no me ayudaba mucho. Imaginar a ese cerdo hablando mal de Alexa me ponía enfermo. Noté la rabia corriendo por mis venas. Tenía que hacer algo. Y lo mejor que podía hacer era darle una paliza.

Me levanté descontrolado por la ira que sentía en mi interior y salí del bar. Joel me alcanzó enseguida.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó, preocupado.

—Voy a partirle la cara a ese hijo de puta —dije subiendo al coche.

Joel intentó detenerme, pero, sin escuchar lo que decía, encendí el motor y salí como un rayo hacia el apartamento de Fernando.

Llevaba más de dos horas esperando en el SUV, aparcado frente a su apartamento. Mi móvil no dejaba de sonar. Joel seguía llamándome como un loco para saber dónde estaba, así que, al final apagué el teléfono.

El asqueroso Mustang no se veía por ningún lado.

Ya hacía mucho que estaba allí y se me estaba acabando la paciencia, pero no

pensaba irme sin antes haberle dado su merecido. Y si tenía que quedarme toda la noche para verlo, lo haría.

Mi rabia no disminuía. Casi podía escuchar la voz de ese cerdo hablando de Alexa como si fuera un objeto sexual.

Recordé la vez que estuvo a punto de besarla en la discoteca. Cuando estuvo en su habitación. Cuando la invitó a salir. Cuando lo vi aprovechándose de ella mientras le daba «clases de golf». Todo eso provocó que mi ira fuera en aumento.

Las horas fueron pasando. Eran las ocho de la noche, y yo aún seguía dentro de mi coche esperando que regresara Fernando para decirle que se alejara de Alexa y de mi mejor amigo, y que si tenía algún problema, lo tratara conmigo.

Cambié la emisora de radio por milésima vez para calmar mi ansiedad. No daba resultado, pero por lo menos me distraía. Pasados unos minutos, divisé el Mustang blanco. Fernando lo estaba aparcando al otro lado de la calle. Sin pensarlo dos veces, bajé de mi coche y me fui hacia él con los puños listos para golpear la puerta del conductor. Esta se abrió.

No venía solo. Tres chicos más bajaron de su auto. Uno de ellos me miró y se inclinó para decirle a Fernando que se girara para verme. Lo fulminé con la mirada cuando nuestros ojos se encontraron.

—Imagino que vienes a pedir disculpas por haber destrozado el vidrio de mi coche —dijo, molesto.

Sonreí, encantado de ver la expresión de su estúpida cara. Era evidente que le había molestado lo que había hecho.

—Imaginas mal —contesté, colocándome frente a él.

—Entonces vienes a pagarme los daños.

Reí sin humor.

—No.

—Si no vienes a ninguna de esas cosas, entonces no tienes nada que hacer aquí. —Frunció el ceño y se cruzó de brazos.

Los otros tres idiotas estaban detrás de él como esclavos esperando órdenes.

—Solo he venido para decirte que dejes en paz a mi amigo y que dejes de hablar de Alexa con tus estúpidos buitres. —Señalé con la barbilla a los otros,

que me miraban con desprecio.

—¿Me estás amenazando?

—Puedes tomarlo como quieras.

—Podemos dejar en paz a tu amiguito, pero no te prometo nada con respecto a lo otro —contestó decidido.

Esperaba que no estuviera hablando en serio, porque, de lo contrario, me vería obligado a actuar.

—Yo puedo de hablar de Alexa las veces que quiera y como se me antoje —me retó.

Con la sangre hirviendo, lo sujeté con fuerza de la parte superior de la camisa.

—No lo harás —dije entre dientes.

Miró mis manos que lo sujetaban y luego me observó.

—Suéltame —me advirtió.

Tenerlo tan cerca me revolvía el estómago. Imaginarlo con Alexa en la misma cama me hacía perder los estribos.

—Ella no se acostó contigo.

Mi comentario pareció afectarle. Me apartó las manos para liberarse de mi agarre.

—Fernando dijo que grita como una fiera —comentó uno de sus amigos.

—Tal vez deberíamos comprobarlo —añadió otro de ellos, y todos se empezaron a reír.

—Cállense —escupí con rabia.

—Podemos hacer un trío con ella... —sugirió Fernando.

La ira me dominó. Gruñendo, lancé mi puño contra su mandíbula con tanta fuerza que lo hice trastabillar hacia atrás. Sin darle más tiempo a reaccionar, le di un segundo golpe, y luego un tercero, y entonces alguien me agarró y me alejó de él.

Uno de ellos me golpeó cerca del ojo haciéndome retroceder. Recuperé el aliento y flexioné mi rodilla hacia su abdomen. El tipo cayó al suelo. Otro se lanzó sobre mí, pero logré esquivarlo, y luego como volvió a venir hacia mí, contrataqué con puñetazos y patadas.

Ahora había dos en el suelo retorciéndose del dolor. El tercero se acercó a

ellos para ver cómo se encontraban y entonces, ignorando la punzada en mi ojo y la sangre que me salía por la nariz, me abalancé sobre Fernando.

Ambos nos golpeábamos con rabia y desesperación. Logré bloquear alguno de sus puñetazos, pero no todos. Aun así, no dejé de pegarle con rabia.

La violencia crecía dentro de mí sin control alguno. Estuvimos peleando varios minutos, hasta que sentí un dolor inmenso en mis costillas que hizo que me costara respirar.

Caí al suelo, tratando de recuperar el aliento. Un chico de cabello oscuro sujetaba un tubo de acero entre sus manos. Ahora entendía por qué el dolor en mi estómago era insoportable. El muy imbécil me había golpeado con esa cosa.

Estaba levantándome cuando recibí otro golpe en el mismo sitio y caí de nuevo al suelo. En cuestión de segundos, los cuatro me patearon las costillas. Escuchaba sus risas mientras me pegaban.

La frustración de no poder levantarme me repugnaba. Trataba de ignorar el dolor, pero me era imposible. Cada vez me sentía más débil. Pasados unos minutos, se detuvieron. Intenté moverme, pero un espasmo de dolor invadió mi cuerpo.

Fernando se agachó a mi lado mirándome con una sonrisa. Tenía moretones y heridas en su cara.

Le dediqué una sonrisa torcida al ver lo que mis puños le habían hecho. Cuando se percató de que me estaba burlando, me estampó los nudillos en la boca. Mi labio inferior comenzó a sangrar.

—No te vas a salir con la tuya, Frank —dijo mientras se ponía de pie—. Buscaré la forma de llegar a ella, aunque sea a la fuerza.

Si no hubiera sido por el dolor en mi abdomen, me hubiera levantado y lo hubiera golpeado sin piedad hasta noquearlo.

Mirándome con odio, le arrebató el tubo de acero a su amigo.

—Si no hubieras aparecido, Alexa ya sería mía.

Levantó los brazos, preparándose para golpearme.

El dolor iba a ser insoportable. Ese tubo me destrozaría la cara. El nivel de su cobardía era sorprendente. Pero justo entonces, cuando ya estaba esperando el golpe, llegó un coche. Mi visión no era del todo clara debido a la paliza que me

acababan de dar y a la oscuridad, pero logré ver a varios tipos salir del vehículo.

Se enfrentaron a los tres chicos que me rodeaban mientras uno de ellos atacó a Fernando, tirándolo al suelo y liándose a puñetazos con él.

Una sombra apareció frente a mí.

—Si hubieras sido un poco más inteligente, nos habrías llamado primero —dijo Joel, ayudándome a levantarme.

—Les di su merecido —contesté con una mueca.

—Han estado a punto de destrozarte —dijo mientras llegábamos al SUV.

Sin responder, me adentré en el asiento del copiloto. El dolor no desaparecía, pero traté de controlarlo.

—Te dejaron peor que a un boxeador noqueado —dijo Joel, y comenzó a conducir hacia casa de Alexa.

Seguro que se pondría como una loca cuando me viera en este estado. Y Melina querría saber qué me había pasado.

Pero no era eso lo que me preocupaba, lo que realmente temía era qué haría Fernando ahora. Tenía que decirle a Alexa que se mantuviera alerta. Él trataría de convencerla para que volvieran a estar juntos con alguna excusa. Sabía muy bien hacer de chico bueno cuando quería.

No me importaba recibir otra paliza como la que me acababan de dar, pero no permitiría que la engañara de nuevo solo para follar con ella. Eso jamás.

Dulces heridas

—¿Quién te ha hecho esto? —La voz preocupada de Melina se escuchaba por toda la casa. Yo aún estaba paralizada mirando a Frank lleno de golpes y heridas, tan débil. No entendía cómo había podido acabar de esa manera.

Mis padres se reunieron en la sala con la misma expresión de sorpresa. Frank decía que no era para tanto, pero las muecas de dolor lo delataban.

Y yo no sabía qué me pasaba, pero hasta haciendo gestos de dolor no dejaba de parecerme sexy. Por favor, no me juzguen. Lo sé, era demasiado cruel pensar cosas como esas cuando él lo estaba pasando tan mal; sin embargo, no podía evitarlo.

Regresando a la realidad, Melina se acercó a Frank para revisarle de cerca, pero el muy orgulloso se alejó de ella, diciendo que se encontraba bien. Mis padres insistían en ir al hospital para estar seguros de que no tuviera ninguna costilla rota. Sin embargo, Frank, tan terco como siempre, se negó, y nadie consiguió hacerle cambiar de idea, ni siquiera yo, que era su novia.

Quería saber todos los detalles de lo que había ocurrido. Tenía tantas cosas que preguntarle: ¿Por qué no había contestado mis llamadas? ¿Qué fue lo que le dijo Joel? ¿Quién lo había golpeado de esa manera y por qué? Aunque tenía mis sospechas.

De todas formas, decidí esperar a que se calmaran las cosas. Melina ya estaba lo bastante alterada; no ayudaría en nada que yo también me pusiera igual que

ella. Otra cosa que me impidió actuar como una novia histérica fue la presencia de mis padres. Si soltaba todas esas preguntas de golpe, comenzarían a sospechar sobre nosotros. Y lo que menos necesitábamos en ese momento era que las cosas se pusieran peor de lo que ya estaban.

Joel subió las escaleras con Frank a su lado. Al parecer, su amigo tatuado tenía la fuerza suficiente como para llevarlo a su habitación y la paciencia necesaria como para aguantarlo.

—Tranquila, lo importante es que ya está en casa —le estaba diciendo mi madre a Melina para calmarla.

—¿Quién tuvo la cobardía de golpearlo de esa forma tan brutal? —se seguía preguntando Melina mientras se sentaba en el sofá.

Mi padre, que estaba a mi lado, no dejaba de mirar hacia las escaleras. Estaba más que segura de que el aspecto de Joel no le inspiraba la más mínima confianza.

¿Y a quién le inspiraría confianza un chico alto, moreno, tatuado, musculoso y con cara de estar metiéndose en problemas?

Me sentía como un adorno en medio de la sala. Quería correr a la habitación de Frank para asegurarme de que realmente estuviera bien, pero, haciendo acopio de toda mi fuerza de voluntad, pude contenerme.

Minutos después, Joel apareció bajando las escaleras mientras se retiraba el móvil de su oreja.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté en voz baja.

—Es mejor que te lo cuente él.

Joel no había recibido ningún golpe. No tenía un solo rasguño ni tampoco seña alguna de que se hubiera peleado con alguien, por lo que deduje que no estaba con Frank en el momento de la pelea.

—Gracias por traerlo —susurré mientras lo acompañaba a la puerta de casa.

—No hay problema. —Sonrió y me dio las llaves del SUV.

—¿Cómo vas a volver a tu casa? —quise saber.

—Acabo de llamar a uno de mis amigos para que venga a buscarme —comentó despreocupado.

—Bien, gracias de nuevo.

—De nada. Nos vemos, Alexa.

Cerré la puerta y caminé hacia la sala.

Cuando mis padres se despidieron y se fueron a su habitación, me senté al lado de Melina para tratar de seguir tranquilizándola.

—¿Quién crees que le pegó? —preguntó con los ojos llenos de rabia y preocupación.

El primero en mi lista era Fernando. Tenía una razón para hacerlo. Frank le había roto un vidrio de su adorado Mustang. Pero tenía demasiados golpes en la cara; era imposible que se los hubiera hecho una sola persona. Lo que me hacía sospechar que los amigos de Fernando también estaban involucrados.

No iba a comentarle nada a Melina sobre mis sospechas. Sería demasiado para ella enterarse del motivo de la pelea. Así que, para que no se preocupara más de lo ya estaba, dejaría que pensara que todo había pasado por alguna tontería.

Ella iba a ir a curarle las heridas con su botiquín de emergencias, pero dejó que fuera yo quien me encargara de hacerlo. Por supuesto, no me negué. Al contrario, le dije que yo me ocuparía de todo y que se fuera a descansar.

Y ahora aquí estaba yo, frente a la puerta de Frank con el botiquín de primeros auxilios en mis manos. Giré el pomo de la puerta y, sin pedir permiso, entré a la habitación. No lo vi, pero escuché ruidos en el baño, y me dispuse a esperar que saliera, sentándome en la cama, con el pequeño maletín blanco en mi regazo.

Segundos después, Frank salió del cuarto de baño con el mismo rostro lleno de golpes, heridas y moretones que antes hicieron que el corazón se me partiera en añicos. Verlo así me hacía sentir culpable, sobre todo porque sospechaba que Fernando había tenido algo que ver en ello.

Aún llevaba puestos los tejanos, pero se había sacado las Converse e iba descalzo, se había cambiado la camiseta y ahora llevaba una blanca de tirantes.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó mientras se limpiaba la sangre de su ceja con la toalla.

¿En serio? Creo que era la pregunta más absurda que había escuchado. ¿Qué pensaba? ¿Que me iría a dormir tranquilamente sabiendo que se encontraba así? Pues estaba muy equivocado.

—He venido a curarte. —Agité el botiquín. Trató de sonreír, pero rápidamente

hizo una mueca al intentarlo—. Ven siéntate —le ordené, golpeando con la palma de mi mano el espacio libre de la cama que estaba a mi lado.

Sin protestar se sentó y se giró hacia mí. De cerca, las heridas se veían abiertas y sangrantes. Su ojo derecho comenzaba a hincharse y el labio inferior le sangraba levemente.

Y yo que pensaba que ese tipo de golpes solo se veían en las películas de *Rocky Balboa*.

Hice una mueca de disgusto mientras le miraba el rostro. Me sentía como si yo hubiera recibido todos esos golpes. No me imaginaba la intensidad del dolor que debía de estar sintiendo Frank en esos momentos, a pesar de que trataba de hacerse el fuerte.

—Iré a por una bolsa de hielo para tu ojo.

Me levanté de la cama y me fui hacia la puerta.

—Alexa...

—¿Sí? —Me giré para mirarlo.

—¿Puedes traerme también helado de vainilla? —preguntó con una ligera sonrisa.

Poniendo los ojos en blanco, salí de la habitación y me fui a la cocina. Sin entretenerme, tomé la bolsa de hielo y el bote de helado de la nevera y volví rápidamente a su cuarto.

Frank no dejó de quejarse mientras le limpiaba las heridas de la cara con alcohol y le ponía pequeñas tiritas blancas.

Luego descansamos cinco minutos, mientras nos tomábamos el helado de vainilla. Cada vez que me metía una cucharada en la boca, Frank miraba fijamente mis labios como si quisiera comerse el helado de mi boca, pero con su labio partido, no se animó a probar.

Una vez que vaciamos el bote, me concentré en curarle la herida de la ceja y la del labio inferior dando ligeros toques con el algodón.

—Frank, deja de moverte —me quejé.

—Ay..., me escuece —protestó mientras el algodón llegaba a la herida.

—Obviamente, el escozor forma parte de la curación —dije agregando más alcohol al algodón.

—Deberían crear métodos para que el alcohol no escociera tanto.

—En vez de estar quejándote como un niño, ponte la bolsa de hielo en el ojo antes de que solo puedas ver con uno —contesté, y le di la bolsa.

—Ayyy, está helada... —dijo cuando se la colocó en el párpado.

Estaba acabando con mi paciencia.

—¡Eres una quejica! —le reñí, e imitando su voz grave, añadí—: «Ay, el alcohol escuece... Aaay, el hielo está frío».

—¿Así sueno cuando hablo? —preguntó divertido.

—Oh, eres insufrible...

—No me provoques, Alexa —dijo, y luego continuó hablando imitándome—: «¡Cómo te quejas! Pareces un niño, bla-bla-bla... ¡Oh, sí, bésame y hazme tuya, Frank...!».

—Oye, eso último yo no lo he dicho nunca —lo interrumpí.

—Aún no. —Presioné el algodón en su labio herido—. ¡Ay!

—Deja de hablar entonces —le ordené, intentando ocultar una sonrisa.

Cuando por fin terminé de curarle la cara, coloqué las cosas en el botiquín.

—¿Cómo estás? —pregunté, sentándome más cerca de él.

—Ya no me duele como al principio —dijo con una media sonrisa.

—Eso es bueno.

Cuando nuestros ojos se encontraron, no pude apartar mi vista de su mirada. Su mano apareció en mi mejilla y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

Mi pulso comenzó a acelerarse al sentir su tacto y el calor de su mano en mi piel. Me pasé la lengua por los labios en un acto reflejo y los ojos de Frank bajaron hasta mi boca, mirándola con deseo y hambre, provocando que miles de chispas se encendieran en mi estómago como fuegos artificiales.

Acerqué mi rostro hacia el de él y entonces la mano de Frank que se encontraba descansando en mi mejilla se deslizó hasta mi barbilla y me fue acercando hasta que nuestros labios, lentamente, se fueron uniendo.

Sus labios se abrieron despacio, dejando que los míos entraran en acción. Con

suaves y ligeros movimientos, nuestras bocas encajaron deliciosamente. Los sonidos de nuestros labios provocaban que un calor radiante me invadiera.

Él hacía una mueca de dolor cada vez que mi boca rozaba su labio inferior herido, pero aun así no se detenía, al contrario, seguía profundizando sin importarle el dolor que le causaba.

Sus fuertes manos sujetaron los lados de mi cara para tener más control de nuestros besos. Mis manos viajaron hasta su cuello y se quedaron allí, para luego deslizarse hacia su tenso pecho. Después, mis dedos fueron bajando hasta su definido abdomen a través de la camiseta.

Mis manos recorrieron su torso con delicadeza, disfrutando de sus músculos, que se tensaban y se estremecían. Cuando mis dedos se movieron a un lado de su estómago, Frank rompió el beso con una mueca de dolor.

—¿Estás bien? —pregunté con preocupación.

—Sí, lo siento. Es solo que me duele —se quejó con la respiración agitada.

Recuperando el aliento, logró ponerse de pie.

—Déjame ver —dije, poniendo los brazos en jarras.

—No es para tanto, Alexa. El dolor se irá con los días.

—Frank... —dije en tono de advertencia.

Poniendo sus hermosos ojos color avellana en blanco, se acostó boca arriba sobre la cama con los brazos detrás de su cabeza y mirándome de forma tentadora.

Ignorando sus provocaciones, le levanté la camiseta hasta la altura del pecho. La luz de la lámpara de su habitación no era de mucha ayuda, pero aun así logré ver un gran círculo morado, casi negro, a un lado de su abdomen. No quería ser dramática, pero era un espeluznante moretón.

—Es enorme —murmuré.

—Y eso que no lo has visto —dijo, arrugando la frente.

—Estúpido —respondí negando con la cabeza—. Frank, ¿con qué te pegaron?

—Ahí —señaló el círculo morado—, con un tubo de acero.

Mi mandíbula casi se desencajó. Ahora, más que enfadada, estaba preocupada. Un golpe en la cabeza con un tubo de acero podría haber sido muy grave.

—Tal vez tienes alguna costilla rota. Iré a buscar a mi padre para que nos lleve

al hospital...

—Alexa, no es necesario —me interrumpió—. Si tuviera rota alguna costilla, no podría ni moverme.

—Pero te duele —protesté con amargura.

—Es solo por el golpe, con alguna pomada se me quitará.

Buena idea. Una pomada le ayudaría a contrarrestar las molestias. Sin dudarlo, abrí de nuevo el botiquín y tomé la pomada ideal para ese tipo de golpes.

Mis manos se llenaron del producto espeso y lentamente fui masajeando la zona afectada. Veía como Frank cerraba los ojos y suspiraba con fuerza. Sabía que le dolía, pero la crema haría que desapareciera el horrible color de su herida.

Cuando mis dedos tocaron su piel, una oleada de calor se apoderó de mis mejillas. Su abdomen contorneado no dejaba de ponerme nerviosa. La calidez de su piel atravesando mis dedos hacía que pensara cosas poco adecuadas en ese momento.

Una vez que terminé de aplicarle la crema, con la ayuda de Frank, le cubrí la zona abdominal con una venda blanca.

—¿Dónde aprendiste primeros auxilios? —preguntó a la vez que se ponía de pie.

—En la televisión. El canal Home & Health es muy útil —dije orgullosa.

En cuanto guardé las cosas y me giré para mirarlo, él me envolvió entre sus brazos. Los míos rodearon su cintura y con cuidado coloqué mi mejilla en su pecho aspirando su aroma. Sentí sus labios besar la parte alta de mi cabeza mientras me acurrucaba contra él.

—Gracias —susurró.

Sin previo aviso

En cuanto la luz del día se asomó por la ventana, decidí levantarme y tomar una ducha rápida.

Luego me puse unos tejanos, unas Converse blancas y una blusa holgada color azul, y me peiné, dejando caer mi melena hacia un lado sobre mi hombro. Un poco de maquillaje, rímel, gloss y listo.

Salí de la habitación tras hacer la cama y bajé a la cocina. Mis padres y Melina estaban desayunando tranquilamente. Les di los buenos días y fui a la despensa para tomar la caja de cereales. Con mi desayuno listo, me senté al lado de la madrina de Frank.

Mi padre comenzó a hablar de cosas de la oficina. Dijo que dentro de tres días, el sábado, celebrarían una fiesta de trabajo. Al parecer, sus compañeros decidieron celebrar el éxito que mi padre había tenido en su último viaje prestando su proyecto en otras empresas.

Y, obviamente, nosotros, su familia, asistiríamos. Mi madre se alegró muchísimo. Se sentía orgullosa de mi padre.

Al principio, Melina rehusó ir. Dijo que no era necesario que ella y Frank asistieran. Pero mis padres insistieron y, al final, lograron convencerla. Después, terminamos de desayunar mientras seguimos hablando.

Frank no se presentó, y lo eché de menos, pero imaginé que estaría descansando. Mis padres se despidieron, dándome un beso y luego se fueron a la

oficina.

Melina se levantó y comenzó a lavar los platos mientras yo limpiaba la mesa.

—¿Cuándo piensas decirles que sales con Frank? —preguntó con voz suave.

Dudé un instante. La verdad era que no tenía una respuesta definitiva en ese momento.

—¿Crees que debería decírselo antes del sábado? —le pregunté.

Se giró y me miró con una sonrisa maternal.

—No quiero entrometerme, pero creo que deben decidir si realmente quieren o no seguir ocultando su relación.

Yo temía que, al saberlo, mi padre tratara de alejar a Frank de mí. No era lo mismo tenerlo en casa como huésped que como novio de su hija.

Y, si llegaba a aceptar nuestra relación (cosa que esperaba), no dudaría en aplicar normas estrictas. Como, por ejemplo, que yo no permaneciera mucho tiempo a solas con él o prohibirme que entrara en su habitación. Y no creía poder soportar ese tipo de reglas.

—No quiero meterlo en problemas —dije, recordando lo de anoche.

—Lo sé. No quiero presionarte, me gustas como novia de Frank. —Sonrió—. Pero los días pasan rápido, y nosotros pronto tendremos que irnos de aquí y tú tendrás que volver a la universidad. ¿Has pensado en eso? Frank no va a la misma universidad que tú. ¿Qué pasará entonces? ¿Estarán dispuestos a mantener su relación viéndose solo los fines de semana?

La escuché atentamente mientras procesaba sus palabras. Todo lo que decía era cierto. Cuando empezaran las clases en la universidad, no podríamos vernos tanto como ahora.

Sabía perfectamente que el tiempo libre que tendría sería para estudiar y dedicarme a terminar la carrera. ¿Y luego qué? Faltaban menos de dos semanas para que empezaran las clases... Melina tenía razón. Tenía que hablar con Frank de forma seria sobre esto.

Cuando la madrina de Frank salió de la cocina, apoyé la espalda en la pared y me quedé inmersa en mis pensamientos. No me iba a casar con él ni nada por el estilo, pero era importante que tomáramos una decisión. Frank fue sincero conmigo al decirme que no estaba acostumbrado a tener relaciones serias y

duraderas. Tal vez yo podría ser la primera en hacerlo cambiar de opinión.

Debía intentar hablar con él. Si lo hacía, podían ocurrir dos cosas: una, lograr mantener nuestro noviazgo sin problemas o, dos, terminar con el corazón roto y ser solo una más.

De repente, una sombra apareció en la cocina. Frank estaba en el umbral de la puerta, sin camiseta, dejando a la vista su torso desnudo, solo cubierto por la venda que le había puesto por la noche. Al ver su pelo alborotado y sus ojos adormilados, me di cuenta de que estaba recién levantado. Me sonrió y caminó hacia mí.

«¿Cómo no arriesgarlo todo por alguien que te sonríe de esa manera irresistible y única?», pensé. Y de repente, sin querer, mis pensamientos se trasladaron al futuro. ¿Y si lo nuestro no funcionaba? ¿Y si acabábamos aburriéndonos el uno del otro? Sabía que, entonces, nos quedarían los recuerdos de lo vivido, pero en esos momentos no estaba segura de si podría acostumbrarme a su ausencia, si es que alguna vez tomábamos caminos diferentes.

Imaginar la posibilidad de que se convirtiera en un «chico que conocí» me entristeció y me asustó a la vez. No quería pensar que lo nuestro pudiera llegar a ser pasajero o solo una diversión. Estando con él, con sus caricias o sus besos, el estrés y la presión desaparecían, así que era mejor no preocuparme por el futuro. Él estaba aquí, conmigo, y lo que debía hacer era disfrutar cada minuto que estuviéramos juntos... ¿Quién me aseguraba que, dentro de unos meses, no volveríamos a convertirnos en extraños?

No sabía por qué me sentía así, tan estúpida y sentimental.

—¿Estás bien, Alexa?

La voz me devolvió al presente.

Cuando levanté la vista, lo encontré frente a mí, mirándome con preocupación.

—Estoy bien —asentí con una media sonrisa.

—¿Por qué lloras? —susurró, limpiándome con el pulgar las lágrimas que me caían por la mejilla.

—No es nada —le aseguré, y luego dejé salir un suspiro para calmar mi

ansiedad.

—¿Segura? —insistió sin apartar la mirada.

—Estoy bien, Frank —repliqué con una cálida sonrisa.

Me sonrió también y me besó con suavidad. Antes de alejarse, me mordió el labio inferior y luego me miró divertido. Me ruboricé al sentir su mirada clavada en la mía, como si mis ojos fueran lo único que existía a su alrededor.

—¿Qué tal estás tú? —le pregunté, rodeando su cuello con mis brazos. Al instante me sujetó de la cintura.

—Mucho mejor —respondió con una sonrisa, mostrando su hermosa dentadura.

Examiné su rostro de manera rápida. No tenía el ojo tan inflamado, ahora solo se veía un ligero círculo morado rodeándole el párpado, y la herida de la ceja parecía estar curándose bien. Estaba algo pálido, eso sí, pero igualmente guapo. En la esquina de su labio inferior, seguía el corte rojizo, pero por lo menos, su cara tenía mejor aspecto que anoche.

—¿Y qué tal tu estómago? —pregunté, alejándome para mirarlo.

—Al parecer bien. De hecho, te estaba buscando para que me ayudaras a cambiarme la venda —dijo con cierta picardía en la voz.

Sin darme tiempo a responder, comenzó a quitarse la gasa que rodeaba su abdomen. Me miró alzando las cejas hasta que la retiró por completo.

Por un momento, me sentí en una despedida de soltera con Frank como estríper. Solo faltaba la música tentadora y chicas gritando. Sonreí al imaginar esa escena. Él se percató y se aprovechó de ello, atrayéndome hacia él para besarme tiernamente en el cuello, lo que provocó que me pusiera nerviosa y, de repente, sintiera muchísimo calor.

Cuando se alejó, bajé la mirada a su abdomen definido. El moretón seguía con la misma coloración, pero había disminuido un poco de tamaño.

—¿Te duele? —pregunté haciendo una mueca.

—Solo un poco.

De forma instintiva, deslicé lentamente la mano desde la parte superior de su pecho hasta su abdomen, resiguiendo con los dedos el contorno de sus músculos duros y firmes.

Al llegar al ombligo, seguí bajando hasta tocar el pantalón de franela. Por algún motivo, no pude continuar...

Levanté la vista y vi que Frank miraba mi mano. Luego los dos nos miramos a los ojos, y vi en los de él un brillo intenso lleno de deseo. A continuación, posó su vista en mis labios.

No entendía qué estaba sucediendo, pero tampoco quería entenderlo. Solo sentía cómo, mientras se acercaba lentamente a mi boca, me iba costando más respirar y notaba que mis perezosas hormonas se despertaban bailando con sensualidad.

«Quiero, deseo y exijo besarlo apasionadamente», pensé. Mis ganas de Frank no disminuían, a pesar de que eran las nueve de la mañana.

Nuestras respiraciones se entremezclaron cuando sus labios rozaron los míos. Estaba a un segundo de permitirle explorar mi boca cuando el timbre me sobresaltó.

Frank se alejó maldiciendo por lo bajo y, recuperando el control, caminó hacia la ventana de la cocina. No me sorprendía que a esas horas alguien o algo nos interrumpiera, pero al mirar fuera no vi a nadie. Pero no fue necesario adivinar. Sin embargo, en cuanto distinguí el Mustang blanco aparcado enfrente, tuve muy claro de quién se trataba.

¿Cómo se atrevía Fernando a presentarse en casa después de lo que había hecho?

Imprevisto

—¿Qué haces aquí? —le pregunté cuando abrí la puerta y me lo encontré con las manos escondidas en la espalda, mirándome con inocencia.

Había convencido a Frank para que me dejara manejar esto. No le pareció muy bien, porque cuando supo que había sido Fernando el que nos había interrumpido, inmediatamente quiso salir a partirle la cara, sin importarle las condiciones en las que se encontraba. Sin embargo, le imploré que se calmara y que me dejara hablar a mí, para que no se me metiera en más problemas. Dudó una eternidad, pero al final terminó aceptando; eso sí, sin dejar de maldecir.

Me dijo que, de todas formas, se quedaría en la sala para escuchar la conversación. Bueno, la verdad, era que yo no estaba de humor como para mantener una charla amigable con Fernando.

Así que ahí estaba yo, enfrentándome a Fernando sin que Frank se interpusiera. Cuando observé los golpes en su cara, confirmé mis sospechas. Era obvio que había estado involucrado en la pelea.

—Necesitamos hablar —dijo mirándome con tristeza.

—No tengo nada que hablar contigo —respondí decidida.

Era la verdad. No tenía nada que hablar con alguien que me había traicionado. Sería demasiado estúpida si le perdonara.

—Vamos, Alexa, dame una segunda oportunidad —me suplicó.

—Las personas como tú no merecen segundas ni terceras oportunidades, lo

que hiciste no tiene justificación —dije muy enfadada.

—Déjame explicarte...

—No tienes que darme explicaciones —lo interrumpí—. Ya me las diste el día que te encontré con Daniela.

Se pasó los dedos por el pelo con frustración y soltó un suspiro.

—Fue un estúpido error. Estaba borracho... No sabía lo que hacía —se justificó.

Tenía unas ganas inmensas de estamparle la puerta en la cara, pero no quería recurrir a la violencia... todavía. Así que me contuve, manteniendo una postura firme.

—¿Borracho? ¿Estabas tan borracho que lograste llegar a tu casa, bajar del coche, subir al ascensor, entrar a tu apartamento y sacarle el vestido a Daniela? ¡Qué patético eres! —solté.

Juro que trataba de contenerme, pero recordar esa escena me enfurecía. El hecho de que me hubiera engañado de esa manera tan cobarde seguía doliéndome. Sabía que el tiempo curaba las heridas y que lo superaría, pero no era algo que pudiera olvidar de un día para otro. Nunca volvería a creer en sus palabras, y desde luego nunca volvería a su lado.

Lo que sentía por Frank era algo más fuerte, y unas cuantas palabras de arrepentimiento de Fernando no iban a confundirme. Quería a Frank y punto.

—No lo entiendes, ella se me insinuó... —replicó, desesperado.

Iba a responderle cuando Frank apareció a mi lado, fulminando a Fernando con la mirada.

—No vengas aquí con mierdas como esas. Lárgate y déjala en paz —dijo furioso mientras su brazo rodeó mi cintura atrayéndome hacia él.

Fernando lo observó de arriba abajo. Recordé que Frank solo llevaba puesto un pantalón de franela, lo que hizo que la mandíbula de Fernando se tensara al verlo.

«Muérete de envidia —pensé—. ¡Su cuerpo es más sexy que el tuyo! ¡Ja!»

—¿No me digas que ya duermen juntos? —me preguntó levantando una ceja.

—Si dormimos juntos o no, eso no es asunto tuyo —contestó Frank bruscamente.

Las ganas de dormir con él no me faltaban, pero no tenía que darle ninguna explicación a Fernando. Y, repito, dormir con él; no otra cosa.

En cualquier caso, no podía permitir que Fernando siguiera haciéndome ese tipo de preguntas, porque corría el riesgo de que Frank volviera a liarse a puñetazos con él, algo en lo que yo con gusto le ayudaría, si no fuera porque se estaba recuperando de las heridas de la de ayer, y una nueva pelea no le ayudaría a ponerse bien. Fernando no valía la pena.

—Fernando, es mejor que te vayas y no vuelvas... Ah, y ahórrate las llamadas y los mensajes, porque no pienso contestarte.

No esperé a que protestara. Cerré la puerta sin importarme que pensara que era una maleducada. No quería seguir viendo su irritante cara. Cuando lo hice, escuché una risa burlona de Frank. Lo miré con expresión seria. No sé qué tenía eso de divertido.

—Vaya, lo que acabas de hacer fue valiente y... sexy —dijo sonriendo.

Sonreí y lo besé. Después de unos segundos nuestros labios se separaron y, en eso, llamaron a la puerta. ¡Arrrgggh!

—Ahora sí que lo voy a matar —murmuró Frank entre dientes.

Aparté su mano del pomo de la puerta, y él me miró con el ceño fruncido. Lo empujé suavemente a un lado y volví a abrir la puerta. Fernando estaba en la misma posición, pero esta vez sus manos se encontraban a la vista sujetando un ramo de rosas.

Más que sorprendida, estaba enfadada. ¿Pensaba que con unas flores iba a arreglar su error? Dios, me pareció tan ridículo y estúpido.

—No me has dejado entregártelo. —Estiró el brazo para darme su «obsequio».

De ninguna manera iba a aceptarlo. Estaba a punto de decírselo cuando Frank le arrebató el ramo y se lo lanzó a la cara... Algunas rosas se le quedaron enganchadas en el pelo y en la camisa y otras cayeron al suelo.

—Si te atreves a traerle otro ramo, te las tendrás que ver conmigo, ¿me has entendido?

Aparté a Frank, empujándole por el abdomen desnudo, para evitar que se acercara a Fernando.

—Ya es suficiente —dije, intentando calmarlo.

La discusión estaba subiendo de tono, y eso me estaba poniendo nerviosa y de mal humor.

—¿Qué derecho tienes tú de prohibirme regalarle un ramo de flores? —preguntó Fernando, sacándose las rosas de la cabeza.

—Yo no quiero que me traigas regalos —intervine.

Esta vez fue Frank quien se rio al ver el rostro perplejo y confundido de Fernando. Iba a decir algo cuando la voz de Melina lo interrumpió.

—¿Qué pasa? ¿Va todo bien?

Se asomó a la puerta y miró a Fernando con el ceño fruncido.

—Sí, madrina. Fernando ya se iba —dijo Frank.

Los ojos de Melina se abrieron como platos. Sabía lo que pasaba por su mente; al ver a Fernando magullado como Frank, dedujo que era el chico con quien se había peleado.

—Adiós —le dije antes de cerrar la puerta en su cara, de nuevo.

No quería seguir perdiendo el tiempo con gente que no se lo merecía. Me senté en el sofá y traté de tranquilizarme masajeándome las sienes. Estaba segura de que, si volvía a llamar a la puerta, me dejaría dominar por mis impulsos más salvajes.

Pero no fue necesario. Oí el motor del Mustang y, a través de la ventana, vi como arrancaba y se iba a toda velocidad, como si estuviera en un circuito de carreras.

Frank se sentó a mi lado, dándome un ligero apretón en la rodilla. Lo miré y me sonrió con complicidad.

—Ese era el chico que te pegó, ¿verdad? —dijo Melina, cruzándose de brazos.

—Él y sus amigos —se limitó a contestar.

—¿Por qué fue? Tiene que haber una explicación para que te golpearan de esa manera.

Me sorprendió lo enfadada que estaba Melina. Estaba acostumbrada a verla siempre tan tranquila y equilibrada... Pero todos podíamos perder la calma en un momento dado; yo lo sabía bien, no hacía mucho la había perdido al pelearme con Daniela.

Por otro lado, sentía curiosidad por saber qué respondía Frank. Estaba segura de que Fernando y sus amigos le habían pegado por lo que él le había hecho al Mustang, pero, aun así, no creía que esa fuera la única razón de una paliza tan violenta.

—No hay ninguna explicación —contestó Frank, encogiéndose de hombros.

Melina lo estudió unos segundos y luego dejó escapar un suspiro de derrota.

—No quiero que se vuelva a repetir —le advirtió antes de irse de la sala.

—Odio que me trate como a un niño —dijo él, molesto.

—Se preocupa por ti, que es diferente —comenté mientras le acariciaba el pelo.

Asintió y apoyó mi barbilla en su hombro.

—Necesitas desayunar.

Se giró y los rasgos de su rostro se suavizaron.

—¿Qué me vas a preparar? —preguntó sonriendo. Un ligero hoyuelo apareció en su mejilla.

—¿Cereales? —propuse divertida.

Puse los ojos en blanco y negó con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Pero antes quisiera probar el postre —dijo, mirándome con un brillo intenso.

—¿El postre? —pregunté, confundida.

Asintió mientras su mirada bajó a mis labios. Se acercó cerrando la distancia de nuestras bocas y me besó con una profundidad deliciosa.

Desde ese día, ese iba a ser mi postre favorito.

Canguros

Ese mismo día, después de que Frank acabara de desayunar, decidimos no hablar más de Fernando y estuvimos jugando a videojuegos en su habitación. En un momento dado, discutimos porque él hizo trampas al llegar a la meta, pero eso pasó a un segundo plano cuando se disculpó dándome un beso y dejó de importarle que su jugador perdiera.

Por desgracia, Melina entró en la habitación en ese instante para decirme que en la puerta había alguien que preguntaba por mí. Ambos nos levantamos rápidamente del suelo pensando en un primer momento que sería Fernando, pero de inmediato descartamos esa opción, porque, de haber sido él, Melina ya se lo hubiera sacado de encima.

En la puerta se encontraba nuestra vecina. No se había mostrado muy amigable con nosotros al principio de instalarnos aquí. A decir verdad, no era amable con nadie. Era ese tipo de persona amargada a la que le molesta incluso que la mires. Por eso me sorprendía su presencia.

—Hola, Alexa. ¿Estás ocupada? —preguntó con una sonrisa forzada.

Si estar besándome con Frank cada vez que hacía trampa era estar ocupada, bueno, pues sí, lo estaba.

—Un poco, ¿por qué? —dije sin rodeos.

Dudó un instante.

—Es que me han convocado a una reunión en el último minuto, los niños

están de vacaciones y no tengo con quién dejarlos... —Hizo una pausa. Le incomodaba pedir favores. Era evidente que no le gustaba pedir ayuda a los demás—. Me preguntaba si podrías hacerme el favor de cuidarlos solo hasta las siete.

No era buena haciendo de canguro, pero no perdía nada probando. Además, me dijo que me pagaría. Cuando acepté, se alegró muchísimo; nunca antes la había visto tan contenta. Y la verdad es que yo me sentí halagada por que hubiera recurrido a mí en vez de a las otras chicas que vivían en nuestra misma calle. «Soy la mejor», pensé.

Cuando la señora. Rusell se fue diciendo que en media hora traería a sus hijos, Frank apareció con una mirada interrogante.

—¿Quién era? —Se acercó a la ventana para mirar.

—¿No has estado espiando? —pregunté divertida.

—Lo hubiera hecho, pero tuve que quedarme arriba para escuchar la bronca de Melina.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Me ha dicho que tuviera más respeto y que no hiciera ciertas cosas en una casa que no es la mía... —Se encogió de hombros.

—Ha sido porque nos ha encontrado besándonos, ¿no? —dije. Era una afirmación más que una pregunta.

—Por eso y por las veces en que nos ha visto juntos. —Señaló la cocina con la cabeza.

Noté cómo el calor se extendía por mis mejillas. Había olvidado aquel día en el que nos encontró devorándonos en la cocina como si no hubiera un mañana. Asentí avergonzada mientras me sentaba en el sofá. Si fuera otra persona, no me hubiera importado, pero se trataba de Melina, la madrina de Frank, la mujer que le hacía de madre... Me resultaba incómodo que nos hubiera encontrado en varias ocasiones enrollándonos.

Frank se acuclilló frente a mí, colocando las manos en mis rodillas.

—Pero cuando vayamos a mi apartamento, podremos hacer lo que queramos.
—Me guiñó el ojo y sonrió.

Le di una falsa bofetada en la mejilla. Olvidaba que Frank era un pervertido.

Cuando nuestras miradas se encontraron, se quedaron conectadas unos segundos. Se inclinó hacia mí para besarme. Nuestros labios se rozaron y luego chocaron con movimientos suaves y lentos.

Rompimos el beso cuando Melina apareció aclarándose la garganta. Nos alejamos de inmediato y nos giramos hacia ella.

—Voy a visitar a Helen —nos dijo, y se quedó esperando a que Frank le diera las llaves del coche.

Él se levantó buscando en sus bolsillos y se las entregó.

—Vendré lo antes posible. Pero si deciden hacer algo interesante mientras yo no estoy, ya saben cómo tienen que protegerse —nos advirtió a los dos, pero sin dejar de mirar a Frank.

Cuando salió por la puerta, me cubrí la cara con las manos. Había sido demasiado embarazoso. Había sido como tener una conversación con mi madre sobre los embarazos no deseados.

—Genial, tenemos permiso —se burló Frank.

—Cállate —dije, levantándome.

—¿Qué tal si empezamos ya? —Sonrió con picardía y se fue acercando a mí.

Rodeé la mesa de centro al ver sus intenciones.

—Esto no es divertido —dije, sin dejar de moverme alrededor de la mesa.

—Sí lo es —respondió, y saltó por encima de la mesa dejándome sin opciones.

Me hice a un lado y corrí hacia las escaleras, pero él me sujetó por la cintura y acabó cargándome sobre su hombro como si fuera un saco de patatas.

—Frank, bájame o te juro que te golpearé hasta que no puedas caminar —dije mientras pataleaba y le daba puñetazos en la espalda.

—La que no podrá caminar serás tú cuando salgas de mi habitación —dijo, palmeándome el trasero con la mano libre.

¿Me acababa de golpear el culo? Bien, eso no ayudaba a mis hormonas.

Estábamos ya por el tercer escalón cuando sonó el timbre.

—Tengo que abrir. Bájame —le exigí cuando volvimos a oír de nuevo el ding-dong.

—Te salvó la campana.

Dicho esto, aflojó su agarre y logré bajar de su hombro. Le lancé una mirada burlona antes de abrir la puerta.

Era la señora Rusell, con un niño y una niña. Debían de tener unos ocho años. Me sonrieron como si estuvieran obligados a hacerlo.

—Han comido hace poco, así que no es necesario que les prepares nada —dijo, y luego se despidió de ellos y añadió mirándome—: Vendré a buscarlos antes de la siete.

Cuando se fue, los niños entraron con su bolsa de juguetes. Cerré la puerta y me presenté mostrando mi lado amable. Frank bajó los escalones y se acercó con el ceño fruncido. Señaló a los dos niños y me miró pidiéndome una explicación.

—Me he comprometido a cuidarlos. —Sonreí acariciando el cabello rubio de la niña que se encontraba a mi lado.

Asintió y se inclinó hacia el pequeño de pelo rizado.

—¿Cómo te llamas?

—Kevin, ¿y tú? —preguntó él con desparpajo.

—Frank. Encantado conocerte, Kevin —respondió estrechándole la mano.

—¿Te llamas Frankenstein? —dijo Kevin, sorprendido.

Me reí a carcajadas. Frank me miró ofendido, y luego se volvió hacia el niño.

—Si vuelves a llamarme así, te romperé todos los juguetes —dijo molesto.

—Frank, es solo un niño, déjalo en paz —le amonesté con fastidio, calmando mi risa.

—Estás advertido, mocoso. —Frank alzó sus cejas y se puso de pie.

Kevin le sacó la lengua cuando se dio la vuelta.

Negando con la cabeza me agaché para ponerme a la altura de la niña.

—¿Y tú cómo te llamas? —le pregunté con una sonrisa.

—Angélica —contestó con voz aguda, abrazando a su muñeca contra su pecho.

—Qué nombre tan bonito.

—Pues el tuyo es muy feo —comentó, haciendo una mueca.

Me levanté e ignoré su comentario. No iba a ponerme discutir por eso. Era solo una niña. Le propuse jugar a muñecas para cambiar de tema. Ella asintió alegremente y Frank acordó con Kevin ponerse a jugar con sus coches.

No habíamos comenzado tan mal como parecía. Pensé que podría soportarlos el resto de la tarde.

—¡Deja eso en su sitio! ¡Angélica, eso no se come! ¡Frank, quítale el florero a Kevin!

Hacía un rato que gritaba desesperada.

Esto era un caos, un desastre, el apocalipsis.

Habían estado tranquilos las primeras dos horas. Los entretuve haciendo que dibujaran, jugando con ellos, dejándoles ver la televisión e incluso estuve contándoles cuentos. Pero mis tácticas de supervivencia infantil fueron desapareciendo hasta quedarme sin opciones, y ahora estaban corriendo por toda la casa y cogiendo todo lo que encontraban.

Angélica, que por cierto ¡no tenía nada de angelical!, había logrado entrar a mi habitación y pintado con sus rotuladores algunas hojas de mi libro favorito.

Ya se imaginarán cómo reaccioné, pero logré controlarme. No quería terminar en prisión por haber atacado a una niña.

Por otro lado, Kevin no había dejado de burlarse del nombre de Frank, que acabó perdiendo la paciencia y ahora lo estaba persiguiendo para atraparlo. Eran unos demonios en miniatura. Tenían una energía impresionante. No dejaron de correr en ni un minuto.

Al final, logramos tranquilizarlos de nuevo con las palomitas que Frank preparó y los niños se sentaron en el sofá para ver la tele, cada uno con su plato de palomitas.

Frank y yo intercambiamos miradas de «¡por fin se están quietos!», y para calmar nuestras ganas de estrangularlos, nos unimos a ellos.

Ver *Bob Esponja* no estuvo tan mal después de todo.

Casi gritamos de alegría cuando a las siete llegó la señora Rusell a buscar a sus «angelitos». Me dio las gracias y me pagó.

Cuando cerré la puerta, me tiré sobre el sofá y Frank hizo lo mismo. Nos quedamos en silencio un momento, disfrutando de la armonía que había recuperado la casa.

Conté el dinero y le di la mitad a Frank. Si él no me hubiera ayudado, mi

cabeza habría explotado en mil pedacitos. Además, él tuvo que soportar a Kevin más que yo.

—No lo aceptaría, pero me lo merezco —dijo guardándose el dinero en su billetera.

Estaba agotada, cansada. Prefería correr todo el día que cuidar a niños de esa edad tan irritante.

—La próxima vez que alguien me ofrezca hacer de canguro, recuérdame todo por lo que hemos pasado hoy —dije, dejando caer la cabeza hacia atrás.

—Puedes estar segura de que lo haré —me dijo al tiempo que estiraba las piernas.

Escuchamos el ruido de dos coches. Me giré hacia la ventana. Melina y mis padres llegaban al mismo tiempo.

Cuando entraron, mi madre fue la primera en vernos, y se quedó mirándonos con preocupación.

—¿Qué les pasa? ¿A qué viene esa cara?

—Hemos estado cuidando a los niños de la vecina —respondí haciendo una mueca.

—Me imagino que fue todo un reto, ¿eh? —comentó papá.

—El más difícil —dijo Frank.

Ambos se compadecieron de nosotros y luego se fueron a su habitación. Melina entró pocos segundos después con una bolsa de súper.

—¿Se han divertido? —preguntó.

—No —contestamos al unísono.

Asintió y se metió en la cocina.

Después de cenar, mientras nos dirigíamos a las escaleras, Melina preguntó:

—¿Quién se acabó las tres bolsas de palomitas?

Frank y yo nos reímos. No tenía ni idea de que los dos niños que habíamos estado cuidando resultaron ser unos crueles diablillos hambrientos.

Tentación interrumpida

Era sábado por la tarde. Llevaba todo el día, desde la mañana, buscando un vestido apropiado. Me había levantado temprano con la esperanza de encontrar uno en mi vestidor. Pero solo tenía dos, y ambos parecían atuendos para ir de funeral.

Tras superar una minidepresión por no tener qué ponerme, llamé a Karina. En menos de una hora ya estaba en mi puerta. Le pedí que me acompañara a ir de compras. No era experta en moda y para elegir un vestido necesitaba la opinión de mi mejor amiga.

Mucho antes de irme, había ido a la habitación de Frank para ver cómo seguían sus heridas. Pero, para mi sorpresa, estaba dormido. Al verlo acostado en la cama con las sábanas enredadas en los pies y el pecho desnudo, me entraron ganas de olvidarme de las compras y de quedarme sentada como una idiota mirándolo mientras dormía.

Pero luego pensé que si Frank despertaba y me encontraba ahí observándolo, pensaría que era una psicópata, así que me limité a darle un pequeño beso en la mejilla y me fui.

Cuando llegamos a la tienda de ropa, me estresé. Karina comenzó a buscar varias opciones, pero la mayoría no eran de mi gusto. Me mostró diferentes vestidos, de diferentes colores y medidas, y utilicé el probador tantas veces que ya comenzaba a odiarlo.

Ningún vestido acababa de gustarme. Buscaba algo sencillo, pero a la vez elegante y que no fuera demasiado corto ni escotado. Pero, al parecer, en esa tienda solo tenían vestidos idénticos al que Daniela usó aquella vez, y que, por cierto, no le duró mucho, ya que tuve la dicha de destrozárselo con las manos.

Y lo que menos quería era parecerme a ella en algo, y menos en su forma de vestir.

—Alexa, ya te has probado la mitad de los vestidos de la tienda y no te decides —se quejó, Karina, agitando histérica los brazos.

—Este es feísimo —dije, refiriéndome al horrible vestido azul chillón que llevaba puesto.

—Se te ve bien.

—¡Qué dices! Voy prácticamente desnuda.

Karina soltó un suspiro y se llevó las manos a la cara para calmarse. Después se levantó del pequeño sofá de piel y se dirigió a la última sección de vestidos que nos faltaba por ver.

Me sentía estresada, enojada y patética.

«¡Es solo un vestido, Alexa! No actúes como si estuvieras tratando de evitar el fin del mundo», pensé.

Esa estúpida vocecita me puso de mal humor. Pero tenía razón. Yo no era presumida como otras chicas; en cualquier otra situación, habría elegido un vestido cualquiera, sin pensármelo demasiado, pero esta vez, aunque me costara admitirlo, quería impresionar a Frank. Por eso me sentía tan frustrada por no encontrar algo adecuado para la ocasión.

Ahora entendía el nerviosismo de las chicas que están a punto de casarse y no encuentran su vestido de novia ideal... Ufff, ¿por qué me sentía como una novia a punto de casarse?

Gruñendo de desesperación, entré de nuevo en el estúpido probador.

«¡Solo a ti se te ocurre dejar la compra del vestido para el mismo día de la fiesta!», me reñí.

Me quité el asqueroso vestido (si es que se le podía llamar así a una prenda que solo cubría un veinte por ciento de mi cuerpo) y lo dejé en la silla que se encontraba en el rincón.

—Estos tres son los últimos. Si no te gusta ninguno, tendremos que ir a otra tienda —me dijo Karina, y luego me lanzó los vestidos por encima de la puerta.

Los tomé y fui examinándolos uno por uno. El primero era gris con lentejuelas, descartado. El segundo era de un amarillo matapupilas, descartado. El tercero era turquesa... Lo sujeté bien y lo puse frente a mí para observarlo con detenimiento.

Me gustaba el color. La parte del escote tenía forma de corazón. Y el largo del vestido era perfecto: seis dedos por encima de las rodillas. ¡Bien! Con la esperanza de haber encontrado lo que estaba buscando, me lo probé rápidamente. Me miré al espejo y... era ideal. Me sentía cómoda, elegante y, a la vez, sexy.

Me giré para ver la parte de atrás, y no pude sentirme más feliz. La espalda estaba al descubierto de una manera sencilla y provocativa. No me quedaba duda de que el último era el mejor.

Cuando le dije a Karina que ya me había decidido por uno, gritó entusiasmada «¡Por fin!», elevando los brazos al techo.

Luego estuvimos charlando un rato y, finalmente, me llevó de vuelta a casa. Como siempre, antes de despedirse, me pidió que la llamara para explicárselo todo cuando terminara la fiesta.

Ahora me encontraba en mi habitación guardando el vestido en el armario con el mismo cuidado que si estuviera hecho de cristal.

Mi estómago comenzó a rugir. Lo único que había tomado en todo el día era un batido de frutas con Karina antes de que me trajera a casa.

Me quité los tejanos ajustados que comenzaban a matarme y me puse un pantalón corto. Salí de la habitación descalza y comencé a caminar por el pasillo para bajar las escaleras.

En eso, Frank apareció abriendo la puerta de su cuarto. Estaba recién duchado e iba vestido con un short largo de mezclilla y una camiseta con un logo extraño en el centro.

—Ey, ¿dónde has estado toda la mañana? —me preguntó con cierta preocupación, la puerta detrás de él.

—Salí con Karina.

Si le decía que había ido a comprarme un vestido para la fiesta de esa noche, hubiera ido directo a mi habitación para mirarlo solo para hacerme rabiar. Asintiendo, caminó hacia mí y bajamos juntos a la cocina. Se sentó en la silla y comenzó a teclear en el móvil.

Me dirigí a la nevera y saqué el pastel de chocolate que Melina había comprado ayer.

«Más vale que no comas demasiado. Muchas calorías no te ayudarán a la hora de ponerte el vestido», pensé, pero ignorando mi propia advertencia, corté un buen pedazo y me senté frente a Frank.

—¿Has sabido algo de Fernando? —preguntó dejando a un lado el teléfono.

—No —contesté llevándome un trozo del exquisito pastel a la boca.

«Al diablo las calorías, tengo hambre y esto está delicioso», me dije.

Frank levantó la mirada y se me quedó mirando mientras yo continuaba comiendo. Comencé a ponerme nerviosa.

—¿Tengo monos en la cara? —dije, algo molesta.

Él me sonrió, lo que encendió de inmediato mi deseo, y sus ojos se llenaron de un brillo irresistible.

Sin decir nada, se levantó y rodeó la mesa para ponerse a mi lado.

Giré la cabeza y lo miré confundida. Sin borrar esa maldita y sensual sonrisa de su cara, se inclinó hacia mí y con el pulgar me limpió restos de chocolate de mi labio inferior. En silencio y sin dejar de mirarme a los ojos, se llevó el dedo a la boca y lamió el chocolate que hacía unos segundos estaba en mis labios. Pasé saliva con dificultad tratando de calmarme.

«¡Eso ha sido lo más sexy que he visto en toda mi vida!», pensé.

—Así está mejor —dijo una vez que se sacó el pulgar de la boca.

Un calor insaciable me recorrió el rostro y se arremolinó en mis mejillas.

—Deja de hacer eso —susurré, volviendo mi vista al plato.

Tenía hambre, pero no exactamente de pastel.

—¿De hacer qué? —me preguntó divertido.

—Mis padres o Melina pueden llegar en cualquier momento —le advertí en voz baja.

—Mi madrina no se sorprendería.

—Pero mis padres sí —dije levantándome de la silla.

—¿A qué hora es la fiesta de tu padre?

—A las nueve. ¿Ya sabes qué te pondrás? —le pregunté, fingiendo desinterés.

La verdad era que me moría de ganas de verlo con traje.

—No exactamente. Joel me habló de un sitio donde alquilan esmóquines. Más tarde iré a buscar uno —contestó a la vez que tomaba mi mano y la entrelazaba con la suya.

—Espero que encuentres uno que te guste.

—¿Y tú? ¿Ya sabes qué vas ponerte? —me preguntó, intrigado.

—Sí —sonreí satisfecha al recordar el vestido.

—Realmente no me importa lo que te pongas. Yo te veo preciosa de todas las maneras, ¿lo sabes verdad? —Su mano libre llegó a mi rostro y con el pulgar me acarició la mejilla con suavidad.

Sonreí ante su cumplido. Me devolvió la sonrisa y me acercó a él. En cuanto nuestros labios se rozaron, se pusieron en acción. Entre movimientos y choques de nuestras bocas, su lengua se fue adentrando hasta encontrar la mía. Una sensación de descarga me fue invadiendo, haciendo que el beso se fuera profundizando con rapidez.

Sin duda, esta cocina tenía algo especial. Siempre terminábamos besándonos cuando estábamos aquí. Sus manos bajaron a mi cintura, manteniéndome contra su cuerpo, y las mías rodearon su cuello, de forma que podía jugar con el cabello de su nuca.

Comenzaba a sentir calor cuando de repente escuché que alguien se aclaraba la garganta. Pensé que sería Melina y, con la respiración acelerada, alejé mis labios de los de Frank. Pero entonces noté que su cuerpo se tensaba y giré la cabeza para mirar por encima de mi hombro.

Mi madre estaba en el umbral de la puerta de la cocina, mirándonos perpleja.

Mierda.

Complicidad maternal

No sabía si sonreír inocentemente o desaparecer. Deseé tener el poder de Daemon Black para congelar el momento y salir huyendo. De todas las maneras en las que había pensado decirle a mi madre que salía con Frank, esta era la menos indicada.

Intenté descifrar su expresión, pero era completamente neutra. Como si se hubiera quedado sin emociones.

Hubo un silencio prolongado. Frank estaba tan sorprendido como yo, y se había quedado como congelado. Tenía pensado hablar antes que ella, hasta que escuché su voz.

—Frank, ¿puedes dejarme a solas con Alexa, por favor? —dijo.

Él apretó mi mano en señal de apoyo.

—Señora Owens, yo quisiera decirle que...

—Necesito hablar con ella, por favor, déjanos un momento —lo interrumpió con autoridad.

Soltó mi mano y me rodeó para salir de la cocina. Cuando pasó junto a mi madre, ella ni lo miró. Sus ojos estaban enfocados en mí, lo que me estaba poniendo muy nerviosa.

Miré por encima de su hombro y Frank se encontraba a unos pasos detrás de ella lanzándome una mirada de «lo siento». Asentí con discreción y se fue un poco molesto. El ambiente era tenso.

Mi madre entró en la cocina, apoyó la espalda en la encimera y se cruzó de brazos.

Estábamos cara a cara, pero con la mesa entre nosotras. Así que tendría tiempo de correr si se convertía en Hulk o algo parecido.

—¿Y bien? ¿Tienes algo que decirme? —rompió el silencio.

La neutralidad de su voz me confundió. Ella no era tan estricta como mi padre, pero tenía un carácter de miedo.

Secando mis manos sudorosas en el short, tomé una respiración profunda.

—Desde hace unos días estoy saliendo con Frank —contesté sin balbucear.

Este era el momento de decírselo. No podía justificarme con una mentira. Solo complicaría las cosas. Era mejor que supiera la verdad. Frunció el ceño y me miró furiosa. Era el fin. Ahora se pondría a gritar y me daría un bofetón.

Se acercó al otro extremo de la mesa y se apoyó en ella haciendo esfuerzos evidentes para calmar su enojo.

—¿Desde cuándo exactamente? —me preguntó después de dejar salir un suspiro.

Comencé a contar mentalmente. El domingo fue cuando nos declaramos el uno al otro. Y contando hasta el día de hoy, llevábamos seis días de noviazgo. Pero me había sentido atraída por él desde que había llegado a casa, a pesar de que al principio le detestaba.

—Hace casi una semana —murmuré, temerosa.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

Sus preguntas eran cada vez más capciosas. Me sentía como si estuviera en una comisaría siendo interrogada por un detective tras cometer un delito grave.

No sabía si mi caso podía considerarse exactamente un delito grave. Pero desde el punto de vista de mi madre, lo era.

—No quería que te enteraras de esta forma —dije, tratando de defenderme.

Desviando la mirada, cerró los ojos y se apretó el puente de la nariz.

—¿Es la primera vez que hacen esto? —preguntó refiriéndose a la escena que acababa de ver.

Mierda. ¿Ahora qué? Mi madre no era estúpida. Si le decía que no, la haría enfurecer más. Por la manera en la que nos descubrió besándonos, con tanta

confianza, era evidente que no era la primera vez.

—No —susurré, bajando la mirada para que no notara mis mejillas sonrojadas de vergüenza.

—Si hubiera sido tu padre el que hubiera entrado en la cocina, ¿sabes lo que hubiera pasado? —me regañó.

Levanté la vista y la miré. Sabía que, si hubiera sido él, ahora mismo estaría preparando las maletas para irme a vivir debajo de un puente o, algo peor, con mi tía Helen.

—Lo siento —logré decir.

Asintió y rodeó la mesa. Cuando llegó a mi lado, cerré los ojos esperando el bofetón.

—Alexa, abre los ojos. No voy a pegarte —la escuché decir.

La miré. Tenía ganas de abrazarla y de darle las gracias por ser tan comprensiva, pero vi que el enojo seguía en su rostro.

—Escucha, yo no puedo ocultarle a tu padre lo que acabo de ver.

No, no. Todo se iría abajo si se lo decía. Echaría a Frank y a Melina de casa. Bueno, no sabía si era capaz de hacer eso, pero sabiendo cómo se enojaba, era posible.

Comencé a preocuparme; esa sensación era peor que cuando un profesor está a punto de decirte la nota de un examen que sabes que te ha ido muy mal.

—Mamá... —supliqué con temor.

—No se lo diré —me interrumpió—. No quiero estropearle la noche de hoy.

Suspiré con alivio, sintiendo que mis hombros se relajaban.

—Pero... —comenzó («Oh, no...»)— cuando la fiesta termine, serás tú quien le cuente que sales con Frank, ¿de acuerdo?

Su propuesta no me gustaba demasiado, pero por lo menos podría pasármelo bien esa noche. Además, mi madre tenía razón, mi padre se merecía disfrutar de la fiesta, ya que era para celebrar el éxito que había tenido en su viaje de trabajo.

—De acuerdo —asentí.

—Ahora quiero hablar con Frank.

—No es necesario —dije nerviosa. No iba a permitir que lo invadiera con preguntas raras y vergonzosas.

—Está bien... De todas formas, vas a estar castigada por haber mentido. —
Alzó las cejas y abrió uno de los armarios de la cocina.

—Pero no he mentido, solo oculté la verdad —me justifiqué.

Me miró en modo de advertencia mientras se preparaba un té.

—Aun así, te mereces un castigo —replicó.

Puso azúcar en la taza y lo removió con una cuchara.

—¿Limpiaré la casa durante todo un año? —pregunté haciendo una mueca.

—Sí, y también cuidarás a los hijos de la señora Rusell cuando lo necesite —
dijo, sentándose en una silla.

Bufé a la vez que me masajeara las sienes. Podría hacer la limpieza, pero no creía poder soportar hacer de canguro de esos niños otra vez. Kevin y Angélica necesitaban ser cuidados por expertos militares o por algún psicólogo.

Aunque, sinceramente, había pensado que mi madre sería más dura conmigo, así que fingí que el castigo que me había puesto era el peor del mundo. Tal vez estaba empezando a entender que ya tenía la edad «adecuada» para responsabilizarme de mis acciones.

—¿Qué piensas sobre mi noviazgo con Frank? —quise saber cuando nos quedamos calladas.

Levantó la vista y me miró frunciendo el ceño. No era buena señal. Dudó unos segundos y luego su rostro se suavizó.

—Frank es un buen chico, pero tal vez necesitan convivir un poco más y conocerse antes de empezar a salir.

Melina me había dicho algo parecido. ¿Por qué pensaban que era necesario esperar? Sabía que un mes era muy poco tiempo para conocer a alguien, pero estaba convencida de que eso realmente no importaba; nunca terminas de conocer a las personas, aunque lleves años conviviendo.

Hacía más de un año que conocía a Fernando, y al final resultó ser un completo imbécil. Tal vez Frank era diferente a él, pero no lo sabría si no me arriesgaba a comprobarlo.

—Lo quiero, mamá —dije, orgullosa de mi sentimiento.

Enarcó las cejas sorprendida al escucharme. Luego suspiró y me mostró una media sonrisa.

—Respeto tus sentimientos, pero es solo que no quiero que sufras. De todas formas, si lo que quieres es estar con él, lo entiendo —dijo sin disimular su preocupación.

Acercándome a ella, le rodeé los hombros con mi brazo.

—Gracias —dije, y me incliné para completar el abrazo.

Una de sus manos me palmeó un brazo con suavidad.

—¿Están tomando precauciones? —preguntó, preocupada.

Oh, no, ahora iba a comenzar con eso.

—Mamá... —murmuré a la vez que me alejaba.

—No estoy preparada para ser abuela —dijo con seriedad.

Y yo no estaba preparada para ser madre. Para eso faltaban muchos años. Apenas podía cuidar a los hijos de mi vecina durante unas horas, así que no me imaginaba teniendo que cuidar a mi propio hijo todo el día. Aún no tenía esa paciencia.

Negando con la cabeza, guardé en la nevera el pedazo de pastel que se había quedado olvidado en la mesa.

—Alexa, no has contestado a mi pregunta —insistió tras darle un sorbo a su bebida.

Me giré ofendida. No era necesario hablar sobre eso ahora. No habíamos ido más allá de los besos y caricias... todavía.

—Porque si no estáis usando preservativos, tendré que hablar muy seriamente con Frank.

—Mamá... —gruñí pasándome las manos por la cara, tratando de ocultar mi frustración.

La conversación me estaba resultando muy incómoda.

—Deben tomar las precauciones necesarias. Alexa, él ya está en la edad en la que debe saber cómo ponerse un cond...

—¡Soy virgen! ¿Contenta? —la interrumpí. Lo dije tan fuerte que imaginé que Frank también me habría oído.

Se tranquilizó y me miró aliviada.

—Gracias a Dios —murmuró, levantando las manos al aire.

Me reí. Tal vez se imaginaba que era una de esas chicas que se acostaban con

el primero que conocían. No era tan fácil como mi madre creía.

—Pero no lo seré por mucho tiempo —comenté, divertida.

—Debes esperar hasta el matrimonio —me advirtió—. Yo me entregué a tu padre el día que...

—No necesito detalles —dije mientras me dirigía a la puerta de la cocina.

Justo cuando iba a salir, apareció Melina.

—¿Ya se lo has dicho? —me preguntó al ver a mi madre sentada con su té en la mano.

—No pudiste decírmelo a mí, pero sí se lo contaste a Melina —dijo mi madre algo celosa.

—No lo hizo. Me enteré cuando los encontré un día muy cariñosos aquí en la cocina.

Mierda. Esto era demasiado embarazoso. Mi cara estaba ardiendo; explotaría si seguían compartiendo detalles innecesarios.

—¡Qué coincidencia! Yo me he enterado de la misma forma hace un momento —comentó mi madre con una alegría fingida.

Melina se acercó a la mesa y se sentó a su lado, pero yo me despedí de ellas. No iba a seguir escuchándolas hablar de nosotros.

Subí las escaleras y fui a la habitación de Frank, que abrió tras mi primer golpe en la puerta.

—¿Cómo ha ido? —preguntó preocupado.

Estaba más despeinado de lo usual. Seguramente había estado todo ese rato pasándose los dedos por el pelo mientras imaginaba, preocupado, todas las posibles maneras en las que mi madre había podido reaccionar después de que él se fuera de la cocina.

Le conté lo importante. Mi madre no había reaccionado tan mal como yo había imaginado, lo que había estado bien. Decidí omitir la conversación en la que tuve que hacerle saber que mi virginidad seguía intacta. Frank ya lo sabía, pero no quería volver a repetirlo.

—Esperemos que tu padre sea igual de comprensivo; eso facilitaría las cosas.

—Eso lo sabremos cuando se lo diga.

—Tal vez si yo hablo con él... —sugirió mientras se apoyaba en el umbral de

la puerta.

Definitivamente, no. No se tomaría muy bien la noticia de que su única hija le había ocultado durante una semana que nuestro «huésped» era su novio, sobre todo, cuando mi madre le dijera que nos había encontrado besándonos en la cocina. En ese momento, lo último que querrá ver será la cara de Frank. Así que la opción de que él hablara con mi padre quedaba descartada.

—Me corresponde a mí hablar primero con él —contesté.

Suspiró.

—Pero me gustaría apoyarte de algún modo. Podría estar contigo cuando hables con él...

—Mi padre es una persona sobreprotectora que tiene cambios de humor repentinos. Prefiero ir yo sola. No insistas, déjame a mí —dije decidida.

Se pasó los dedos por el cabello y asintió. Luego de un momento, se acercó a mí y me rodeó la cintura con los brazos mostrándome una sonrisa coqueta que habría hipnotizado a cualquiera.

—Así que... ¿crees que no serás virgen por mucho tiempo? —preguntó arqueando las cejas y mirándome con picardía.

Mierda... Eso me confirmó que había escuchado esa parte de la conversación con mi madre.

¿Ahora qué?

No contesté la pregunta de Frank. Lo había dicho solo para molestar a mi madre. Pero él se lo había tomado muy en serio. Lo único que hice fue negar con la cabeza, y no pudo insistir más sobre el tema porque en ese momento su móvil comenzó a sonar. Cuando colgó, se despidió de mí con un rápido e intenso beso.

Joel estaba fuera. Había venido a buscarlo para acompañarlo a escoger un esmoquin adecuado, ya que, según Frank, no estaba acostumbrado a usar ropa elegante. Si por él fuera, iría a la fiesta con los tejanos desgastados, una camiseta con alguna leyenda de su grupo favorito y unas botas.

Estaba sexy de cualquier manera. Pero al final cedió en alquilar un traje.

Cuando se fue, entré en mi habitación. Esa noche tenía que salir bien. Trataría de pasármelo lo mejor posible antes de hablar con mi padre sobre mi relación con Frank. No sería para nada fácil. Solo esperaba no tartamudear o quedarme sin palabras. Pero, bueno, todavía no tenía por qué preocuparme de eso.

Las siguientes horas transcurrieron con rapidez, pronto llegó la noche. Por la tarde, mi madre y yo ayudamos a Melina a elegir un vestido para la fiesta entre todos los que tenía. Al final, se decidió por uno largo de color negro, muy bonito, y muy del estilo de una mujer madura como ella.

Le dije que igual conocía a alguien en la fiesta. Pero ella frunció el ceño y negó con la cabeza, como si darse la oportunidad de rehacer su vida no fuera justo. Pero mi madre me apoyó, así que a Melina no le quedó otra que

sonrojarse.

Cuando volví a mi habitación, me duché y me puse el vestido. Aún no estaba maquillada ni peinada, y ya me sentía con una confianza brutal. Me encantaba ese vestido.

Alrededor de las ocho y media terminé de maquillarme. Nada exagerado, pero se me veía diferente, porque, gracias al delineado y el rímel de las pestañas, mis ojos parecían más expresivos y con más brillo. Y eso avivaba la expresión de mi cara.

O, tal vez, no era el maquillaje lo que me hacía verme distinta, sino cómo me sentía: feliz y nerviosa.

Aunque cuentes con la ayuda de un maquillador profesional que te haga parecer una princesa, si tu estado de ánimo está por los suelos, de poco servirá el maquillaje. Es tu actitud la que define tu belleza.

Cuando terminé de ondularme el pelo, me peiné los rizos con los dedos para que no se notaran tan definidos y para darles un aspecto natural y suave. Me puse los tacones a juego y me miré en el espejo de cuerpo entero. Suspiré. Estaba lista.

En eso, unos golpes en mi puerta me hicieron apartar la vista de mi reflejo. ¿Y si era Frank? No estaba preparada para que él me viera.

—¿Sí? —pregunté con nerviosismo.

—¿Estás lista?

Era mi madre.

Abrí la puerta. Estaba guapísima. Llevaba un vestido largo dorado y se había recogido el pelo. Tenía un aspecto superelegante. Al percatarse de mi cambio radical, me miró con gesto de sorpresa.

—Estás preciosa —dijo con una gran sonrisa.

—Gracias, tú también. Papá se volverá loco cuando te vea.

Hizo un ademán con la mano como si su vestimenta no fuera gran cosa.

—Es hora de irnos. ¿Y Frank? —preguntó.

Me encogí de hombros. Hacía dos horas que se había ido y no había dado señales hasta ese momento.

—¿Eres su novia y no sabes dónde está? —Negó con la cabeza haciéndome

sentir fatal.

—Ustedes adelántense, yo iré con él —propuse.

—De ninguna manera. Tu padre y Melina nos están esperando abajo. Si te dejo ir con Frank, tu padre comenzará a sospechar.

Tenía razón. No quería que se enterara de lo nuestro hasta que no se acabara la fiesta. Asentí.

—Solo déjame hacer una llamada —dije mientras buscaba mi móvil en el bolso.

—Tienes tres minutos —bufó, y se fue.

Cogí el teléfono y llamé a Frank. Ya me estaba preocupando. Tras esperar unos segundos, respondió.

—¿Dónde estás? —pregunté un poco desesperada.

—Tranquila, estoy en el bar con Joel —respondió con una risita.

—¿En el bar? Frank, solo ibas a alquilar un esmoquin.

—Hace rato que lo he alquilado, pero decidimos ir a tomar algo para aliviar un poco la tensión —dijo, tratando de justificarse.

Nada más me faltaba que Frank se presentara borracho en la fiesta del trabajo de mi padre y empezara a ocasionar problemas.

—Nosotros ya nos vamos —le avisé con amargura.

—No te enfades. No voy a pasarme con la bebida, si es eso lo que te preocupa. —Me quedé callada unos segundos y lo escuché suspirar—. Alexa, lo prometo. No pienso meterme en problemas de nuevo. Dame la dirección de la fiesta. Te veré allí.

Se la di bastante enfadada. Se despidió diciendo que ya venía en camino y que no me preocupara.

¿Cómo no me iba a preocupar sabiendo que estaba en un bar donde podía encontrarse con Fernando y pelearse con él de nuevo?

Solté un suspiro frustrado, salí de la habitación y, después de escuchar los cumplidos de mis padres y de Melina, me fui con ellos a la fiesta.

Solo hacía media tarde que no escuchaba la voz de Frank, y ya lo echaba de menos como si no lo hubiera visto desde hacía días.

FRANK

Alexa estaba enfadada. Se suponía que yo estaría en casa para irnos juntos a la fiesta, pero Joel insistió en que fuéramos a tomar algo y, como íbamos en su coche, no pude negarme.

Pero cuando escuché la voz enojada de Alexa, le pedí a Joel que me llevara a casa, y él no se quejó.

Al llegar, el coche de su padre ya no estaba. ¡Qué mal! Por un momento pensé que quizá llegaríamos a tiempo y la vería antes de que se marcharan. Sentía intriga por verla vestida para la fiesta. La imaginé de diversas maneras posibles, y en todas la veía perfecta. Pero necesitaba comprobarlo.

Me di una ducha rápida de diez minutos y me puse el esmoquin negro que había dejado encima de la cama.

Retiré bruscamente la bolsa transparente que cubría el traje y me lo coloqué. No estaba mal, aunque me sentía raro. Al mirarme en el espejo me sentí como uno de esos estúpidos niños ricos.

Solo lo usaría hoy. Por un día podría soportarlo.

Me peiné con los dedos como siempre, me puse perfume y cogí las llaves. Guardé la billetera en uno de los bolsillos traseros y el teléfono en uno delantero.

Ya estaba bajando las escaleras cuando sonó el timbre de la puerta.

Frunciendo el ceño, extrañado, fui a abrir. Era Daniela. Pero ¿qué hacía aquí? Pensaba que me había librado de ella.

—¿Qué ocurre? —pregunté fríamente.

Me escaneó de arriba abajo y luego me miró lamiéndose los labios.

¡Qué asco!

—¿Adónde vas tan guapo? ¿No me invitas a ir contigo? —dijo coqueta.

Puse los ojos en blanco y la miré con fastidio.

—¿Qué quieres?

—Oye, no me trates así —se quejó, llevándose una mano al pecho haciéndose la ofendida.

Ignorando su patético comentario, salí y cerré la puerta con llave. La esquivé y caminé hasta el SUV. Quité los seguros y abrí la puerta del conductor

cerrándola de un portazo.

No sé cómo diablos lo hizo, pero cuando estaba a punto de encender el motor, Daniela se deslizó en el asiento del copiloto.

¿Qué diablos...?

Me giré hacia ella mirándola enojado.

—¡Fuera de mi coche! —le grité, tratando de dominar mi furia.

¿Quién se creía que era esta chica?

—Me gustaría ir contigo adonde quiera que vayas —me dijo cínicamente.

¿Estaba loca o le faltaba oxígeno en el cerebro? Estaba seguro de que eran las dos cosas.

—Por supuesto que no. Fuera —insistí, cada vez más furioso.

—¿Por qué no intentas bajarme? —propuso divertida.

No fue necesario que me lo dijera dos veces. Bajé del coche, lo rodeé, abrí la puerta del copiloto y estiré el brazo indicándole que saliera.

—Fuera. Ahora mismo —dije sin hacer contacto visual.

No contestó y no se movió. Así que, muy a mi pesar, tuve que mirarla.

Oh, Dios...

Llevaba una blusa tan ceñida que sus pechos sobresalían por el escote. Pero no fue eso lo que me sorprendió. Lo que me sorprendió fue que se había quitado el sujetador sin sacarse la blusa y ahora lo sostenía en las manos.

Desvié la mirada al instante. A esta chica le faltaban un par de tornillos.

—Estoy siendo paciente, Daniela, no te lo repetiré. Sal de mi coche —dije entre dientes, tratando de disimular mi rabia.

—Oh, vamos, Frank, hagámoslo rápido.

Sin mirarla, la tomé del brazo bruscamente y la hice salir de mi coche. Se quejó cuando sus pies tocaron el suelo.

De repente, mi móvil comenzó a sonar. Era Alexa. Me sentía aterrado. Más valía que Daniela no gritara ni dijera nada imprudente porque si no...

Me alejé de ella para que no se diera cuenta de que era Alexa quien me había llamado, pues estaba seguro de que, si se enteraba de que era ella, intentaría llamar su atención diciendo mentiras.

—Estoy de camino —dije rápidamente antes de escucharla hablar.

—Dime que no sigues en el bar...

—No, ya estoy listo. En cinco minutos estaré allí. Te quiero —colgué, y me giré hacia donde estaba Daniela.

Afortunadamente, no había vuelto a entrar en mi coche. Me mandó un beso con la mano, se fue a su auto, que estaba aparcado enfrente.

Menos mal que entró en razón. Cerré la puerta del copiloto y volví a sentarme frente al volante para poner en marcha el motor.

Si una chica hubiera hecho lo mismo que acababa de hacer Daniela años atrás, yo no hubiera dudado en aceptar su propuesta. Pero ahora todo había cambiado para mí.

La única mujer que me importaba era Alexa. La necesitaba a ella, a nadie más.

Noche casi perfecta

El lugar donde estábamos era muy bonito y elegante. Estaba rodeada de empresarios sofisticados y camareros. Cuando llegamos, mi padre fue recibido como si fuera el rey del mundo. Tampoco era para tanto.

Conocí a varios de sus amigos. No es que tuviera muchas otras opciones. Él nos presentaba a cada persona que se acercaba. Lo que me gustaba de esa fiesta era que se celebraba al aire libre, pero la exquisitez de las mesas, el bufet, la música y los camareros me hicieron sentir fuera de lugar. No estaba acostumbrada a ese tipo de eventos.

Nos proporcionaron una de las mejores mesas. Melina y yo tomamos asiento, pero mis padres continuaron saludando al resto de los invitados. Habían pasado más o menos veinte minutos desde que Frank me dijo que ya estaba en camino.

Estaba nerviosa. Comencé a mordermelas uñas y a mirar el móvil a cada minuto. Melina se dio cuenta de mi frustración y me calmó diciendo que no tardaría en llegar. Asentí, pero no podía evitar preocuparme. Me levanté y caminé por la fiesta para distraerme un poco.

Había gente bailando en la pista, otros estrechándose las manos, abrazándose o manteniendo una conversación. Divisé a mis padres con otra pareja mayor. Los dos sonreían alegremente. Mi padre miraba a mi madre con orgullo. Estaba muy guapa y se sentía feliz de tenerla como esposa. Lo mismo pasaba con mi madre. Admiro su relación. A pesar de la edad, en sus miradas puedes notar que se

siguen amando como si fueran unos adolescentes. Sonreí al verlos tan unidos.

Continué caminando. Hubo algunos chicos que me miraron y me sonrieron. Pero yo desvié rápidamente la mirada para que no me vieran interesada.

Cada paso que daba me sorprendía más. La decoración de la fiesta era impresionante. Un poco más allá logré ver una enorme fuente. Me acerqué hasta quedar frente a ella. Era de más o menos cuatro metros de altura. En el fondo tenía luces de colores que le daban un aspecto hermoso cada vez que el agua caía hacia los lados.

Estaba contemplándola cuando sentí vibrar mi móvil dentro del bolso. Lo encontré de forma desesperada y abrí el mensaje.

De: Frank

¿Dónde estás?

Sentí un extraño hormigueo en mi cuerpo. Estaba aquí, respirando el mismo aire que yo. No estaba preparada para verlo. No sabía cómo iba a reaccionar.

Para: Frank

Al otro lado del bufet. En la fuente de colores. ¿Y tú?

Esperé unos segundos y recibí su respuesta.

De: Frank

Encontré a Melina. Me dijo que te habías ido sin decir nada. Espérame ahí, voy para allá.

«Qué mala suerte —pensé—. Justo cuando me fui, llegó Frank. Genial... Si me hubiera quedado con Melina unos minutos más, hubiera logrado verlo antes de que él me viera a mí, y no estaría tan nerviosa como lo estoy ahora.»

No sabía por qué me sentía así. Era Frank. Mi novio. No era ninguna cita a ciegas. Pero es que las sensaciones que experimentaba cuando estaba con él siempre eran nuevas, como recién estrenadas.

Guardé el móvil en el bolso y esperé pacientemente. Lo importante era que ya estaba aquí. Me volví para mirar la fuente. Ver cómo el agua caía serenamente me relajaba. Me giré de nuevo para mirar ahora a la gente paseando y bailando alegremente.

Mis ojos se congelaron al verlo más allá de la pista de baile. Su mirada recorrió el lugar hasta localizarme y entonces la expresión de su rostro fue inexplicable. Levantó las cejas y abrió los ojos sorprendido.

No sabía si debía de tomar su sorpresa como un cumplido o no.

Cruzó la pista de baile sin dejar de mirarme con intensidad con sus ojos color avellana, lo que provocaba que mi corazón latiera con fuerza.

Dios... Verlo caminando con ese esmoquin negro tan elegante y sexy que se ajustaba a las líneas duras de su cuerpo era todo un espectáculo para cualquier mujer. Pero su rostro era aún más espectacular; era el hombre más guapo que había visto en mi vida. ¡¿Y su pelo?! Iba, como siempre, con ese peinado a lo salvaje que hacía que mis hormonas se despertasen.

Las centelleantes luces lo iluminaron y pude tener una mejor perspectiva de todo su cuerpo. La manera en que los músculos de sus brazos y hombros se contraían mientras caminaba me enloquecía de una forma excitante.

Era la primera vez que un chico me cortaba la respiración de esa forma. Nunca me había sentido así estando con Fernando. Esto era diferente. Estar con Frank me hacía sentir increíblemente bien.

No dejaba de mirarme mientras esquivaba a las personas que se interponían en su camino. Como si todo lo que estaba a su alrededor no pareciera importarle.

Cuando por fin se encontró a unos pasos de mí, nuestros ojos se conectaron. Sus labios se abrieron lentamente mientras su mirada me recorría. Comenzaba a sentir mis piernas débiles y su mirada me hacía estremecer de una forma que me gustaba.

Guardó mi imagen en su memoria y parpadeó, como regresando a la realidad, como si estuviera convencido finalmente de que la chica que tenía delante era realmente yo, Alexa Owens. Lo entendía. Hasta ahora siempre me había visto con tejanos, camisetas holgadas y peinados sencillos.

Si estuviera en su lugar, yo también me sorprendería al verme con un vestido ajustado y elegante. Por un momento, me sentí como si me hubiera transformado.

Se acercó un poco más, tanto que hasta logré sentir su respiración. Tomó mi mano y la levantó a la altura de sus labios. Sin apartar la vista de la mía, me besó

los nudillos suavemente.

—Estás preciosa, Alexa —susurró con voz ronca.

Una descarga eléctrica me recorrió todo el cuerpo y me ruboricé.

—Y tú estás guapísimo —murmuré con una sonrisa.

Negó con la cabeza.

—Ese vestido te queda genial.

Iba a entrelazar su mano con la mía, pero se detuvo. Suspiré frustrada. Recordé que mi padre estaba presente en la fiesta y, por lo tanto, no podíamos actuar como pareja.

Gruñó por lo bajo y caminamos juntos hasta llegar a nuestra mesa, donde se encontraban mis padres y Melina.

—Por fin llegas, Frank. Alexa estaba un poco inquieta —dijo mi madre, lanzándome una mirada cómplice.

—Tuve un percance. Lo siento —respondió él a la vez que me invitaba a sentarme.

El resto de la noche fue relajante y tranquila. Un par de personas se aproximaron a nuestra mesa para felicitar a mi padre por el éxito de su proyecto, y todo continuó con normalidad hasta que mi padre se fue de la mesa para hablar con sus compañeros de trabajo y Melina y mi madre hablaban entre ellas mientras que Frank y yo nos mirábamos de reojo. Él no dejaba de inspeccionar mi atuendo aun estando yo sentada.

En eso comenzó a sonar una canción lenta y romántica y Frank se puso de pie y se inclinó hacia mí, haciendo una reverencia como en las películas antiguas, y extendió el brazo.

—¿Quieres bailar conmigo? —me preguntó con un brillo en los ojos.

¿Cómo podía negarme?

Melina y mi madre nos observaban. Esperaba que mamá me lo impidiera cuando la miré, pero asintió y me dijo que ella se encargaría de mi padre. Le respondí con una sonrisa y enlacé mi mano con la de Frank antes de levantarme. Luego nos dirigimos a la pista de baile.

Una vez allí, me llevó hasta al centro para perdernos entre las demás parejas que se encontraban bailando. Sus manos llegaron a la parte baja de mi espalda y

atrajo mi cuerpo hacia el suyo mientras yo rodeaba su cuello con mis brazos. Comenzamos a deslizarnos de un lado a otro con lentitud al ritmo de la música.

Frank se acercó a un lado de mi mejilla y me susurró al oído de una manera provocadora.

—No quiero ser grosero, pero tengo unas inmensas ganas de quitarte ese vestido.

El timbre de su voz me estremeció de un modo excitante y delicioso. Estaba segura de que mis mejillas se habían teñido de rojo.

—No estás siendo grosero, estás siendo un perverso —afirmé, ignorando el hormigueo en mi vientre.

Mi comentario pareció no afectarle, ya que fijó su mirada en mí de una manera lujuriosa. Podía sentir la forma en la que me deseaba a través de su mirada.

En lugar de contestarme, me apretó contra él y continuamos bailando. Me sentía feliz y cómoda entre sus brazos, aspirando su aroma varonil. Esta vez yo no pude resistirme y me incliné hacia él para morderle discretamente el lóbulo de la oreja. Lo sentí tensarse a la vez que respiraba profundamente intentando calmar sus ganas de besarme delante de todos.

Cuando la canción terminó, me fui separando de él, que miró a su alrededor ansioso y luego me colocó una mano en la cintura para llevarme fuera de la pista. Sin darme cuenta, ya nos encontrábamos apartados de la fiesta y de todos los demás. Estábamos al otro lado de la fuente, donde varios árboles nos rodeaban.

—No puedo controlarme. Dime que puedo besarte —me dijo mientras se pasaba los dedos por el pelo.

—Bésame —contesté segura y sin balbucear.

Ni siquiera me dio tiempo a respirar, de inmediato sus labios se instalaron en los míos. Apoyando la espalda en el tronco del árbol más cercano, me concentré en la sensación de su lengua rozando la mía. Dejé una mano sobre su pecho y la otra en su nuca mientras que él tiraba de mi cadera hacia delante, haciendo que sintiera su erección a través de la tela de mi vestido.

Jadeé en sus labios. Gruñó con fiereza cuando me escuchó y continuó

besándome hambriento. Después de unos minutos rompimos el beso. Ambos respirábamos con dificultad. Me sorprendía que aún no hubiéramos perdido la cordura a juzgar por la intensidad del deseo que nos dominaba a los dos.

Descansó su frente en la mía, sujetándome el rostro con sus firmes manos.

—En serio necesito quitarte ese vestido. Pero no lo haré por dos razones... — Hizo una pausa para tomar aire—: La primera, porque no pienso desnudarte en este lugar, y la segunda, que es la más importante, porque estás increíblemente sexy con él.

Me dio un beso rápido y nos quedamos así, en la misma posición, hasta que nuestros ritmos cardíacos se normalizaron.

Volvimos a la mesa. Ni mi madre ni Melina sospecharon nada de nuestra pequeña escapada. Estaban tan concentradas en su conversación que ni se dieron cuenta de que volvimos a sentarnos. Al poco tiempo, mi padre regresó y los camareros se acercaron a la mesa con apetitosos platos.

Al terminar de cenar, las parejas que se unieron a nosotros comenzaron a hablar animadamente. Y yo estuve sonriendo todo el rato, pero no era por los comentarios que hacían, sino porque la mano de Frank se encontraba entrelazada con la mía por debajo de la mesa sin que nadie se diera cuenta.

Lo primero que hice cuando llegué a casa fue quitarme los tacones. Me estaban matando. Un minuto más con ellos puestos, y mis pies explotarían.

Una vez que mi padre agradeció a todos su asistencia a la fiesta, regresamos a casa. Estuve a punto de irme con Frank en su coche, pero mi madre me lanzó una mirada de «es una mala idea», y acabé yéndome con mis padres y Melina.

La mirada de mi mamá cuando estábamos en la sala me estaba poniendo nerviosa. Era hora de decírselo a mi padre. Así que, después de que Frank le felicitará, me decidí a hablar.

—Papá, hay algo que debes saber...

Noté que Frank me miraba cauteloso, al igual que mi madre y Melina.

Mi padre soltó un bostezo y me sonrió cálidamente.

—Mañana me lo cuentas, Alexa. Estoy agotado. Me voy a dormir. Buenas

noches —dijo, y depositó un beso en mi frente para a continuación desaparecer de la sala.

Suspiré aliviada. Mi madre me observaba, algo molesta. Me encogí de hombros y me senté en el sofá junto a Frank. Yo había tenido la intención de contárselo todo, pero mi padre había dicho que se lo contara mañana.

—En el desayuno se lo dirás, sin excusas —dijo mi madre mientras se levantaba del sofá.

Asentí y miré a Frank. Me sonreía tranquilo sin soltarme la mano. En el momento en que nos pusimos de pie para dirigirnos a nuestras respectivas habitaciones, sonó el timbre de casa.

Melina se adelantó y abrió la puerta. Desde las escaleras, la vi.

Era más de la una de la mañana. ¿Qué hacía Daniela en mi casa?

Sobre todas las cosas

Toda la alegría y la paz de la noche desaparecieron de repente y fueron sustituidas por enojo y desconfianza. ¿Qué estaba haciendo Daniela en mi casa a esas horas? Más valía que tuviera una buena razón.

Bajé de nuevo los escalones y me acerqué a Melina para a continuación abrir la puerta completamente.

—No tienes nada que hacer en mi casa —le dije, molesta.

Daniela sonrió como si le hiciera gracia lo que acaba de decir.

—Necesito hablar con Frank —contestó, echándose hacia atrás su asqueroso pelo.

—Nosotras nos vamos —escuché decir a mi madre.

Asintiendo, Melina se alejó de la puerta y caminó hacia su habitación. Logré sentir la mano de mi madre en mi brazo.

—Vamos, Alexa. —Tiró suavemente de mí.

¿En serio? Estaba muy equivocada si pensaba que me iba a ir a mi habitación y a dejar a Frank solo con Daniela.

Me solté bruscamente de su agarre y la encaré.

—Me quedaré aquí.

—Quiere hablar con Frank, no contigo —me dijo, y alzó las cejas tratando de mantener la compostura.

—Alexa puede quedarse, señora Owens —intervino Frank mientras caminaba

hacia nosotras.

Mi madre lo observó por un momento y luego se volvió hacia mí.

—No quiero follones, ¿de acuerdo?

Dicho esto, desapareció de la sala, no sin antes lanzarme una última mirada de advertencia.

Frank se colocó a mi lado y miró a Daniela con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres?

—Sabes perfectamente por qué estoy aquí —dijo ella, mirándose las uñas postizas.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Frank, confundido.

Daniela apartó la vista de su manicura y me miró.

—¿Quieres que lo diga delante de Alexa?

Estaba perdiendo la paciencia.

—Dilo de una vez —le espeté, molesta—. Ahórrate el suspense.

Se rio y se cruzó de brazos.

Intentaba guardar la compostura. Pero ver a Daniela mirándome con compasión me hacía querer vomitar en su cara.

—Olvidé mi sujetador —dijo tan tranquila.

Me reí.

—¿Qué te hace pensar que está aquí? Tal vez se quedó en el apartamento de Fernando o en alguna otra casa —contesté.

—Dejé mi sujetador en tu coche —dijo, dirigiéndose a Frank.

En ese momento, sentí ganas de ahogarla. Pero después en mi mente se fueron uniendo algunas cosas y recordé lo mucho que Frank había tardado en llegar a la fiesta...

Me giré lentamente hacia él. Su rostro permanecía inexpresivo, pero, poco a poco, mientras procesaba el comentario de Daniela, su ceño se fue profundizando.

Sentí lo mismo que el día en el que la encontré con Fernando.

—No sé de qué estás hablando —dijo Frank entre dientes.

—¿No me digas que ya no recuerdas cuando estuve dentro de tu coche hace unas horas?

La voz de Daniela resonaba en mis oídos, pero no podía mirarla. Mi atención estaba enfocada en Frank.

—¿Hace unas horas? —logré decir. Entonces me di cuenta—. Frank, habla.

Negando con la cabeza, cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, miró a Daniela con desprecio.

—¿Por qué haces esto? —le espetó con furia mientras que su mandíbula se contraía con fuerza.

—Solo vengo a recuperar mi sujetador, eso es todo. —Se encogió de hombros. No tenía dignidad.

—¿Frank? —dije, esperando su explicación.

Respiró profundamente y me miró. En sus ojos podía ver desesperación e impotencia. Una parte de mí estaba convencida de que Daniela mentía, hasta que Frank habló...

—Cuando estaba a punto de irme a la fiesta, ella llegó —señaló a Daniela con la barbilla—. La ignoré, pero no sé cómo ella logró meterse dentro de mi coche.

No estaba preparada para escuchar cómo había acabado todo eso, pero aun así dije:

—¿Y le quitaste el sujetador? —Era más una afirmación que una pregunta.

Frank negó con la cabeza repetidamente mientras dejaba escapar un gruñido de ira.

—Ni siquiera la toqué —me expresó con los puños cerrados.

La risita burlona de Daniela me recordó que aún seguía ahí. Quería convencerme de que esto no era real. De que ella estaba mintiendo. Me giré hacia la mesita de la sala, donde estaban las llaves del SUV, las tomé y salí de la casa esquivando a Frank y empujando a Daniela.

—Acabemos con esto —murmuré mientras caminaba.

Frente a la puerta del copiloto, respiré hondo para prepararme para lo que fuera. Abrí la puerta y examiné el interior con detenimiento.

Justo cuando Frank llegó a mi lado, mi mirada encontró el sujetador de Daniela. Estaba debajo del asiento del pasajero. Todo se me nubló en ese momento. Las náuseas revolotearon en mi estómago como volcanes en erupción. Parpadeé como una estúpida, tratando de hacer creer a mi mente que solo eran

imaginaciones mías. Pero el asqueroso sujetador blanco seguía ahí.

—Alexa, tienes que confiar en mí —me suplicó Frank, pasándose los dedos por el pelo.

Daniela se acercó con una mirada triunfadora y una sonrisa satisfecha. No sabía qué pensar. Confiaba en Frank, pero no en Daniela. Sabía que él no me haría algo así.

—Alexa, mírame.

Frank me sujetó la cara con suavidad, obligándome a levantar la vista.

Mis ojos ardían. Intentaba retener las lágrimas, pero la imagen de él acariciando a Daniela me impedía pensar con claridad.

—No pasó nada entre ella y yo. Por favor, dime que me crees.

La voz suplicante de Frank me derretía el alma.

Quería decirle que confiaba plenamente en él, pero la presencia de ese sujetador en su coche hacía que las palabras se quedaran atrapadas en mi garganta.

Como me quedé en silencio, me soltó y se pasó las manos por la cara, tratando de calmar su frustración. Pero eso no le ayudó. Golpeó con el puño el coche mientras gruñía con enojo y desesperación y luego se inclinó dentro y salió con el sujetador de Daniela entre dos dedos, como si fuera algo tóxico y repugnante.

Eso me ayudó a convencerme de que él no se lo había quitado, pero esa pequeña duda de que algo había sucedido seguía ahí. Lo siguiente que ocurrió me tomó por sorpresa. Sin amabilidad alguna, Frank le lanzó la prenda a Daniela, cogiéndola desprevenida. Molesta, se agachó para recoger el sujetador del suelo.

—Me imagino que debes de estar contenta. Has logrado que Alexa creyera tus mentiras —le dijo Frank con voz áspera y furiosa.

—No son mentiras, tú y yo tuvimos sexo en tu co...

—¡Lárgate! —le gritó él. Vi cómo su pecho subía y bajaba aceleradamente bajo su esmoquin.

Daniela no siguió contradiciéndolo, subió a su auto y se fue sin decir nada más. Tampoco era necesario que lo hiciera. Había conseguido que mi noche se convirtiera en un nudo de emociones.

FRANK

Tenía que golpear a alguien. Tenía que descargar mi ira de alguna manera antes de que me consumiera. No podía creer que alguien fuera capaz de decir tantas mentiras. Maldito el día en que la había llamado para salir con ella. Me arrepentía muchísimo.

No escuchar a Alexa decir que confiaba en mí me había matado. Aunque, poniéndome en su lugar, sabía que era difícil creer que no ocurrió nada. Pero era la verdad. Jamás tocaría a Daniela ni a ninguna otra chica ahora que estoy con ella.

Tal vez no le había dado demasiadas razones para que creyera en mí, pero, maldita sea, yo la quería. Era sincero.

¿Cómo pude ser tan estúpido y no darme cuenta de que Daniela había dejado su estúpido sujetador en mi coche?

Pero ahora no era el momento de lamentarse. Las cosas sucedieron y no pude hacer nada para evitarlo. Al mirar la cara de decepción de Alexa, me sentí la peor persona del mundo. Lo que menos quería en esta vida era lastimarla. Y, aunque ella trataba de ocultar las lágrimas, sabía que estaba dolida y confundida.

Una vez que Daniela se fue, Alexa me miró un momento y luego entró en casa.

Gruñendo de rabia, cerré la puerta del SUV y yo también entré en casa. Cuando llegué al segundo piso, oí la puerta de Alexa cerrarse con fuerza. Quería ir y explicarle el malentendido. Pero era mejor que le diera algo de espacio.

No quería presionarla. Dejaría que se calmara para que decidiera si realmente creía en las palabras de Daniela o en las mías.

Tras quitarme el esmoquin y lavarme los dientes, me acosté en la cama. Intenté dormir, pero no podía conciliar el sueño sabiendo que probablemente Alexa estaba llorando en ese momento. Y lo peor de todo, que estaba llorando por mi culpa.

Estuve más de media hora moviéndome de un lado a otro en la cama, hasta que, harto, me levanté y me dirigí a la habitación de Alexa. Cuando estuve frente a su puerta, coloqué la mano en el pomo y, tras dudar unos segundos, lo giré,

rogando que no hubiera puesto el seguro. Una pequeña sonrisa se formó en mi rostro al percatarme de que no lo había hecho. Y, sin importarme estar vestido solo con unos bóxeres negros, entré en la habitación sigilosamente.

Se encontraba en la cama, dándome la espalda. Cerré la puerta detrás de mí y me acerqué a ella con pasos sigilosos. Se había quitado el vestido y ahora llevaba un pantalón corto que le llegaba a la altura de los muslos y una camiseta de tirantes. Me moría por acariciarle las piernas, pero logré contenerme.

¿Qué fue lo que hizo para que me enamorara de ella de esta manera? Hacía mucho tiempo que no sentía algo tan fuerte por nadie.

Con cuidado, me senté en el borde de la cama y, al ver que no hacía ningún movimiento, me acosté junto a ella. Notando su espalda en mi pecho, levanté mi brazo con lentitud y le rodeé la cintura. Al cabo de unos segundos, sentí que su cuerpo se tensaba.

Se giró lentamente hasta que se quedó de cara a mí. Abrió los ojos y me miró. No sabía si hablar o quedarme callado. No quería estropear ese momento.

Cuando abrió los labios, yo me estaba preparando mentalmente para escuchar su rechazo.

—Confío en ti, Frank —susurró mientras su mano subía hasta mi mejilla.

Cerré los ojos disfrutando de su tacto y de sus palabras. Solté un suspiro de alivio. Me sentía feliz y completo. Nada importaba ahora más que ella y sus palabras.

Cuando abrí los ojos, la encontré mirándome con una sonrisa. Yo también sonreí y me incliné hacia ella para besarla con suavidad. Quería darle a entender con ese beso que ella era la única mujer que me interesaba.

El beso se fue profundizando y las caricias fueron subiendo de tono. Su piel caliente me excitaba; no quería parar. Pero estábamos en su casa, con sus padres durmiendo en la planta de abajo, así que, por más que quería hacerla mía, tenía que detenerme. Por el bien de los dos.

—Alexa, tengo que regresar a mi habitación —murmuré entre sus labios antes de separarme.

Estaba comenzando a levantarme cuando su mano me detuvo. Miré por encima de mi hombro y la observé. Sus labios se encontraban hinchados y sus

mejillas sonrojadas.

—Quédate —sugirió con ternura en su voz.

No tuvo que pedírmelo dos veces. Volví a la cama y dejé caer mi brazo de nuevo en su cintura. Me acerqué, y ella acurrucó su rostro en mi pecho con su brazo rodeando mi cadera.

Cuando se percató de que solo llevaba unos bóxeres, se ruborizó. Sonriendo, deposité un beso en la parte superior de su cabeza y, aspirando el rico aroma a frambuesa de su cabello, dije:

—Buenas noches, Alexa.

—Buenas noches, Frank.

Tenerla entre mis brazos era la mejor manera de quedarme dormido.

Hermoso despertar

Cuando desperté al día siguiente, sentí un agradable calor detrás de mí, y entonces recordé el episodio de anoche.

Tras reconsiderar las palabras de Frank, estuve segura de que lo que había sucedido realmente fue obra de Daniela, y me atrevía a decir que Fernando estaba involucrado.

Me sentía un poco culpable por no haber creído en Frank de inmediato. Pero en esos momentos me resultó difícil pensar con lucidez. Afortunadamente, después la claridad fue apareciendo en mi mente. Confiaba en Frank, a pesar de todo.

Lo mejor de la noche fue cuando lo sentí acurrucándose junto a mí. Y aquel beso había sido suficiente para saber que nadie podría separarnos. La noche concluyó de la manera más perfecta: durmiendo entre sus brazos. No llegamos más allá de las caricias, pero eso no importa cuando estás con la persona que quieres. Algún día me entregaré a él completamente, y sé que ese momento será magnífico.

Volviendo al ahora, parpadeé lentamente, adaptando mi vista a la luz, y luego miré por encima del hombro. Ahí estaba el chico que me hacía enfadar muchas veces con sus comentarios estúpidos, pero que también me enamoraba con sus palabras llenas de sentimientos y con todo lo que hacía por mí.

El brazo de Frank seguía sobre mi cintura. Me rodeaba de una manera

posesiva y cálida. A pesar de que se encontraba en un profundo sueño, su agarre era fuerte y preciso. Como asegurándose de que no me iba a alejar de él. Sus largas y peludas piernas estaban conectadas con las mías. Logré percibir su respiración estable resoplando en mi oído.

Me giré despacio hacia él. Se veía tan sereno y tranquilo. Le peiné ligeramente el cabello con los dedos, y acabé alborotándoselo más de lo que ya estaba. Le acaricié la cara con lentitud, regalándole a mi vista la dicha de disfrutar de su belleza masculina, y con el pulgar recorrí el contorno de sus labios, que se encontraban entreabiertos.

Era tan perfecto. Era tan hermoso... por dentro y por fuera.

Mis dedos viajaron por su barbilla, sintiendo el ligero picor de la barba incipiente. Luego de contornear su mandíbula continué descendiendo hasta llegar a su cuello.

Entonces me di cuenta de que las sábanas se habían desplazado a la parte inferior de su abdomen. Fue entonces cuando recordé que solo llevaba unos bóxeres negros. Recorriendo el costado desnudo de su cuerpo, llegué hasta el elástico del calzoncillo y sonreí.

Quería continuar mi viaje, pero no podía tenerlo en mi habitación durante mucho más tiempo. En cualquier momento, mi madre, Melina o, lo que era peor, mi padre podrían entrar y no quería que hubiera otro malentendido.

Miré el reloj que colgaba de la pared. Eran las diez y veintiséis de la mañana. A estas horas mi madre ya debía de estar levantada. A ella no le importaba si era domingo o si se había acostado tarde la noche anterior.

Comencé a moverme hacia atrás para intentar zafarme del agarre de Frank. Tenía que levantarme para poner el seguro de la puerta. Eso minimizaría las posibilidades de que nos descubrieran y me mandaran a un convento.

Estaba a punto de lograr mi objetivo, cuando su brazo se tensó alrededor de mi cintura. Lo intenté de nuevo, esta vez más sigilosamente. Fue peor. Escuché un gruñido de Frank y, a continuación, me atrajo con más fuerza hacia él. Estaba comenzando a sofocarme, y la sensación de su erección en mi vientre no ayudaba mucho.

—Frank... Frank, despierta —susurré lo más bajo posible.

—¿Mmm...? —murmuró.

—Frank..., tienes que despertarte... ¡Frank! —Le sacudí el hombro con suavidad.

Volvió a gruñir, aflojando algo el agarre de su brazo sobre mi cintura. Sus gruesas pestañas revolotearon un momento y luego abrió un ojo. Sonrió de lado y parpadeó antes de abrir los dos ojos por completo.

Después de que su mirada estudiara con atención mi rostro, volvió a sonreír. Lo sé, debía de parecer horrible recién levantada. Pero ¿qué le vamos a hacer?, era imposible despertar maquillada y peinada.

—Buenos días —dije mientras frotaba mis ojos alejando cualquier residuo del sueño.

—Muy buenos días —susurró con voz extremadamente grave.

Sentí que mi corazón dejaba de latir durante un par de segundos. Su voz matutina sobrepasaba los límites de la sensualidad. Podría vivir escuchando su voz ronca y profunda toda una eternidad. Sería un placer exquisito.

Sin dejar de mirarme, se inclinó hacia mí y depositó un tierno beso en mi cuello. Cuando volvió a acostarse boca arriba, cerró los ojos y dejó salir un suspiro mientras las comisuras de sus labios mostraban una deliciosa sonrisa, acompañada de los tenues hoyuelos en sus mejillas.

Saliendo de mi ensoñación, me levanté de la cama y fui hasta la puerta para poner el seguro. Cuando me volví, pude admirar a placer el cuerpo de Frank en mi cama.

Desde este ángulo, era evidente que la cama le quedaba pequeña. Sus pies sobresalían por el borde del colchón. Lo examiné con detenimiento y mi vista se congeló en el bulto que se notaba a través de las sábanas. Solté una risita y lo miré a los ojos. Frank me observaba fijamente con los brazos flexionados detrás de la cabeza.

Volví a bajar la vista y de nuevo me encontré con Mr. Bulto burlándose de mí. Apreté los labios para evitar reírme. No sé por qué, pero lo encontraba gracioso.

—¿Qué pasa? —murmuró Frank, levantando sus cejas.

Negué con la cabeza y me dirigí al cuarto de baño de mi habitación. Tras hacer mis necesidades, lavarme los dientes y también las manos y la cara, salí

del baño. Frank seguía en la misma postura... y la montaña también.

—Ya sé por qué te reías de mí —dijo divertido.

Cogí el cepillo del tocador y luego me giré hacia él mientras me desenredaba el cabello.

—¿Por qué me reía, según tú? —pregunté, a pesar de que ya sabía la respuesta.

No me contestó con palabras. Su mirada se posó en su erección, que estaba cubierta con mis sábanas.

—Lo has adivinado —dije, sonriendo.

Caminé hacia la cama y volví a acostarme a su lado. Mr. Bulto comenzaba a perder altura.

Un silencio delicioso se apoderó de la habitación. Durante los siguientes minutos permanecí envuelta en sus brazos como si fueran un escudo de protección. Y, hasta cierto punto, lo eran. Hablamos de muchas cosas, una de ellas fue sobre nuestro futuro una vez que comenzaran las clases. Me prometió ir a visitarme a la universidad cada vez que se lo pidiera, y también a casa.

Pensar que en algún momento su habitación quedaría vacía me entristecía. Esperaba poder acostumbrarme a su ausencia una vez que se fuera con Melina a su casa nueva.

Tras hablar luego de temas más alegres, acabamos teniendo una guerra de pulgares, pero su enorme pulgar siempre derrotaba al mío. Fue entretenido, hasta que comenzó a besarme tan intensamente que tuve que alejarlo de mí para que se detuviera.

Habían pasado quince minutos desde que Frank se había escabullido de mi habitación y se había ido sigilosamente a la suya. Gracias a Dios, nadie, excepto yo, se percató de dónde había pasado la noche.

Yo ya me había duchado y vestido con mi ropa habitual: tejanos ajustados, camiseta holgada, Converse blancas y una trenza francesa.

Cuando salí de la habitación para ir a desayunar, Frank me alcanzó en las escaleras, vestido con unos tejanos desgastados, una camiseta blanca de cuello

en uve, y con su cabello castaño húmedo peinado al estilo salvaje.

Anoche estaba guapísimo con el esmoquin, pero prefería mil veces verlo así. Reflejaba su personalidad divertida y sexy. Cuando ambos llegamos a la cocina, mis padres y Melina ya estaban desayunando. Mi madre fue la primera en lanzarme una mirada de recordatorio.

Miré a Frank y asintió mientras sonreía un poco nervioso. Era la hora y el momento indicado para contarle a mi padre que éramos novios.

Respiré profundamente y tomé la mano de Frank. Él se tensó un poco, pero luego accedió. Y con nuestras manos entrelazadas, nos acercamos a la mesa.

Eso podía salir bien o convertirse en un gran problema.

Al descubierto

Podía sentir el nerviosismo y el miedo correr por mis venas cada vez que daba un paso hacia la mesa. Me sentía en medio de una zona de guerra en donde te podías encontrar una bomba en medio del camino. No sabías si podrías evitarla o si simplemente explotaría.

En este caso, mi padre era la bomba.

Melina y mi madre miraron nuestras manos unidas por un momento. Estaba segura de que ellas también notaban que el ambiente de la cocina se estaba volviendo pesado y tenso.

Mi padre me daba la espalda. Podría haber aprovechado para soltar la mano de Frank y actuar como si no tuviera nada que decirle. Pero no lo hice. Seguir ocultándole nuestro noviazgo podía complicar las cosas. Mi padre no entendería que dejara pasar mucho tiempo más sin decirle nada.

Así que, pasara lo que pasara, se lo diría.

Cuando mi padre se percató de que Melina y mi madre miraban algo detrás de él, se giró hacia nosotros. Tuve que pasar saliva repetidamente para que mi garganta no estuviera seca al hablar.

Nos sonrió a ambos. Luego bajó la mirada a nuestras manos conectadas y su sonrisa fue desvaneciéndose hasta que su rostro palideció. Adoptó la misma expresión interrogante que mi madre cuando nos encontró besándonos en la cocina.

Pero no por eso tenía que sentirme tranquila. El carácter de mi padre es muy diferente al de mi madre. Frunciendo el ceño, levantó la vista. Su mirada pasó de mí a Frank con confusión.

—¿Qué me estoy perdiendo? —preguntó en tono molesto.

Mierda.

Le dio un sorbo a su café y se puso de pie, quedando frente a nosotros. Frank iba a comenzar a hablar, pero lo interrumpí. Habíamos quedado en que sería yo quien se lo contaría a mi padre.

—Estoy saliendo con Frank —dije lentamente mientras observaba su reacción.

Su ceño se profundizó y volvió a mirar nuestras manos. Su mirada hizo que me empezara a sudar la palma de la mano. Intenté soltarme de Frank, pero él me sujetó con fuerza.

Mi padre respiró hondo y se volvió hacia mi madre.

—¿Ya lo sabías? —le preguntó al ver que ella no decía nada.

Asintió.

—Me enteré ayer por la tarde. —Hizo una pausa—. Melina lo sabe desde hace unos días.

Mi padre se volvió hacia mí. Estaba furioso. Se cruzó de brazos y me miró enfadado. Saber que salíamos desde hacía días le enfureció.

—¿Desde cuándo lo estás ocultando? —me preguntó.

Pasé saliva una vez más, lista para contestar, pero Frank se anticipó.

—Señor Owens, su hija y yo comenzamos a salir...

—Tú no hables —lo interrumpió haciendo una señal con la mano.

En ese momento, noté cómo la mano de Frank se tensaba bajo la mía. Discretamente, dibujé círculos en su palma con el pulgar para tranquilizarlo.

—¿Desde cuándo, Alexa? —insistió mi padre, con una expresión de decepción e ira en su cara.

—Hace una semana —contesté, desviando la vista.

Asintió no muy convencido. Obviamente, pensó que habíamos empezado a salir durante su ausencia. Y lo peor es que era verdad.

Cuando mi padre estuvo de viaje, Frank y yo estuvimos más tiempo juntos:

fuimos al parque de atracciones, después estuvo el día de la cita doble y el día en que fuimos los dos solos a la playa... Pero tampoco pude decirle que éramos novios el mismo día en que volvió de viaje. Era demasiado pronto.

Ahora que tenía más claros mis sentimientos hacia Frank, podía estar segura de comenzar un noviazgo en serio con él.

Se quedó en silencio unos minutos. Estaba a unos centímetros de nosotros.

—Necesito hablar contigo —dijo con voz autoritaria mientras nos esquivaba para posicionarse en la puerta de la cocina.

Asentí y me solté de Frank para acercarme a él, pero entonces aclaró:

—Con Frank. —Y salió de la cocina.

Me volví hacia Frank. No se veía muy afectado, pero sabía que estaba nervioso. Cuando toqué su brazo, me miró. Sonrió intentando tranquilizarme, y luego me dio un beso en la mejilla antes de seguir a mi padre.

Me moría por escuchar su conversación. Comprendía que tuviera que hablar con Frank, pero esperaba que no lo intimidara con sus preguntas o con sus comentarios directos.

—No se lo ha tomado muy bien —dijo mi madre.

Apartando la vista del umbral, me giré hacia ella.

—Estoy nerviosa —dije, y comencé a caminar de un lado a otro.

—Tranquila, Alexa, todo saldrá bien —comentó Melina con una suave sonrisa.

Sus palabras me tranquilizaron durante unos segundos, pero luego, al pensar en las diferentes maneras en las que mi padre podría estar atacando verbalmente a Frank, volví a sentirme presa de la ansiedad.

—Esperemos que no tome decisiones drásticas —añadió mi madre.

Cuando Melina salió de la cocina, mamá la acompañó tras decirme que lavara los platos. Lo que me recordó que estaba castigada. Cuando acabé la tarea de enjabonar, enjuagar y secar platos, salí de la cocina con el mismo nerviosismo de antes.

En mi habitación, hice lo posible por mantenerme ocupada, pero ni mi libro favorito ni la música lograban calmarme. Me acerqué a la ventana y corrí las cortinas para relajarme mirando las nubes, pero mi vista se enfocó

inmediatamente hacia abajo.

Frank estaba sentado en una silla del jardín, escuchando con atención las palabras de mi padre. No sabía qué le decía, pero estaba segura de que no era nada bueno. Frank, a cada minuto, fruncía el ceño y negaba con la cabeza, como si no estuviera de acuerdo con mi padre.

Me pasé los siguientes minutos observando sus gestos y tratando de imaginar lo que mi padre le estaría diciendo.

Hubo una expresión en particular de Frank que me puso alerta. Mi padre se quedó callado y Frank seguía dudando si responder. Alcancé a notar que sus ojos estaban un poco vidriosos, pero luego asintió, como si lo estuvieran obligando. Se levantó y comenzó a caminar hasta desaparecer de mi campo de visión.

Me quedé observando a mi padre por un momento, pero dejé de hacerlo cuando vi que mi madre se acercaba adonde estaba. Él dijo algo que pareció molestarla. Las cosas no iban bien. Estaban discutiendo.

¿Qué decisión drástica habría tomado mi padre?

Escuché los pasos de Frank subiendo los escalones. Sin pensarlo, salí de la habitación. Cuando llegó al segundo piso, se detuvo y levantó la vista. Su mandíbula estaba contraída y sus manos permanecían cerradas en puños.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha dicho?

Me acerqué a él a paso lento.

Sus brazos me rodearon y me abrazó con fuerza. Cuando me miró, coloqué la palma de la mano en su mejilla.

¿Qué sucedía?

Cerrando los ojos, besó mi mano con ternura. Luego abrió sus parpados y vi su mirada triste.

—Me voy —susurró.

En ese instante, un dolor inexplicable explotó en mi pecho. Todo a mi alrededor se desplomó.

No había salido como esperaba.

Enfrentando el dolor

No sabía cómo describir el dolor que me atravesó. Tuve que ignorar todo a mi alrededor para poder procesar sus palabras y su significado. ¿Se iba? ¿Para siempre o solo temporalmente?

Sorprendida y confundida, di un paso atrás. Me faltaba el aire.

—No puedes irte —susurré, abrazándome a mí misma, intentando hacer desaparecer el vacío que me rodeaba.

Frank suspiró. Lo miré. Su rostro reflejaba frustración y tristeza. Se acercó a mí para abrazarme con sus fuertes brazos. Apoyé mi mejilla en su pecho, y las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos. Parpadeé y me cayeron por la cara.

No podía irse. Nos costó tanto darnos cuenta de lo que sentíamos el uno por el otro, y ahora sucedía esto. Era injusto.

La mano de Frank subía y bajaba por mi espalda tratando de tranquilizar mis sollozos, pero sus palabras aún seguían clavadas en mi mente como espinas. Tenía que hablar con mi padre, hacerle entender que estaba enamorada de Frank y que no permitiría que lo alejara de mi lado; no, después de todo por lo que habíamos pasado.

Habíamos tenido que superar los problemas que Daniela y Fernando nos causaron para separarnos y ahora era mi padre quien quería romper nuestra relación.

Cerré los ojos y me concentré en el calor que me proporcionaba su cuerpo. La

calidez y la dulzura que me regalaba. Estar a su lado era lo único que necesitaba.

—No puedo... —La voz de Frank despertó mis sentidos.

Retiré mi mejilla de su pecho y lo miré alarmada. La seguridad de sus palabras llegó al fondo de mi alma. No podía darse por vencido. ¿Se alejaría y me dejaría con este dolor, sin intentar luchar por lo nuestro?

Se percató de mi preocupación y rápidamente sujetó mi cara con suavidad, mirándome como si yo lo fuera todo para él.

—Le dije a tu padre que me iría. —Hizo una pausa para dejar salir un suspiro—. Pero no puedo, no puedo separarme de ti.

Un inmenso alivio me embargó. No me había equivocado. Frank me quería más o igual que yo a él. No era como los demás chicos que había conocido.

Juntos, podíamos enfrentarnos a cualquier persona que intentara separarnos. Sin importar que esa persona fuera de mi familia.

—Y si tengo que secuestrarte para estar juntos, lo haré —añadió, muy seguro de sí mismo.

Sonreí levemente. No me importaría que me raptara e irme lejos, siempre y cuando estuviéramos juntos. Lo abracé con fuerza demostrándole que nada ni nadie nos podría separar. Él apoyó su barbilla en mi cabeza mientras me apretaba contra él.

En esto, mi madre apareció con una suave sonrisa, subiendo las escaleras.

—No tienes por qué irte, Frank. Benjamín está muy molesto, pero yo creo que solo hay que darle tiempo para que asimile la situación.

Sus comprensivas palabras me ayudaron a sentirme esperanzada. Pensé que ella se pondría del lado de mi padre, pero, afortunadamente, entendió que yo ya tenía la edad suficiente para tomar mis propias decisiones.

—Si papá insiste en que Frank se vaya, yo me iré con él —dije sin alejarme de sus brazos.

Mi madre frunció el ceño y se quedó pensativa.

Yo no quería llegar a esos extremos, pero me vería obligada a ello si mi padre no aceptaba mi relación.

Mamá soltó un suspiro y asintió.

—Heredaste mi carácter, Alexa —dijo sonriendo, y luego se fue.

Frank depositó un beso en mi coronilla y después lentamente me apartó.

—Vamos a la cocina, no has desayunado —dijo, limpiando con su pulgar los restos de lágrimas y posiblemente de rímel debajo de mis ojos.

Asentí. Me rodeó el hombro con su brazo, y así bajamos las escaleras. Cuando me senté, Frank comenzó a desplazarse por la cocina abriendo y cerrando las puertas de los armarios. Me sentía un poco más animada porque mi madre estaba de acuerdo con nuestro noviazgo y eso aminoraba mi tensión. Por lo menos, tendría su ayuda a la hora de enfrentarme a papá.

Cuando quisiera hablar conmigo, le diría todo lo que tenía que decir. Debía entender que él no podía elegir por mí, sobre todo si se trataba del chico con quien quería estar. Ser mi padre no le daba el derecho a decidir en ese aspecto. Sabía que quería lo mejor para mí, pero tenía que darse cuenta de que ya no era una niña.

Estaba tan sumida en mis pensamientos que me sobresalté un poco cuando Frank puso un plato sobre la mesa.

—El desayuno está servido —sonrió, y se volvió para acabar de preparar los tés.

Encontraba divertido y tierno verlo cocinando. Era muy atento cuando se lo proponía.

—Té para la dama —lo escuché decir mientras colocaba el vaso a un lado del plato.

—Gracias —dije con una sonrisa.

—No hay de qué —contestó, y se sentó frente a mí.

Estas pequeñas e insignificantes cosas valían más que millones de rosas o regalos caros. Sonaba cursi, pero era la verdad. Pensar en la posibilidad de que ese podía ser mi último desayuno con Frank hizo que las lágrimas quisieran volver a salir.

¿Desde cuándo Frank se había vuelto tan indispensable en mi vida? Una vez más, imaginar que podría no verlo en los próximos días hacía que se me formara un nudo en la garganta. No lo soportaría.

—Alexa —levanté la vista al escuchar su voz—, no me iré de tu lado.

Sus palabras me tranquilizaron, pero era consciente de las consecuencias que

podría haber si mi padre no aceptaba mi relación. Pero el riesgo valía la pena.

Le sonreí y su rostro se suavizó. Me mostró una de sus hermosas sonrisas y comenzamos a desayunar. El silencio se instaló entre nosotros, acompañado de un entrañable intercambio de miradas.

Supe que mi padre acababa de aparecer en la cocina al ver cómo la mandíbula de Frank se tensaba cuando miró más allá de mi hombro.

—¿Cuándo piensas irte? —le preguntó a Frank.

Al instante, dejé de saborear mis huevos revueltos y me giré.

—Frank no se va —le aclaré. Lo dije mostrándome muy segura.

—Tiene que irse —dijo, firme. Era evidente que no estaba dispuesto a cambiar de idea.

—¡No! Se queda —repetí, levantándome.

La ira y la impotencia hicieron la tristeza a un lado. Frank inmediatamente se puso de pie y se colocó junto a mí para tranquilizarme, pero en ese momento no quería calmarme.

Mi padre frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—Soy el dueño de esta casa y, por lo tanto, yo decido quién se va y quién se queda. Y él tiene que marcharse —dijo señalando a Frank con la barbilla.

—Me iré con él —susurré entre dientes.

Sus ojos se abrieron tanto que pensé que se le iban a salir de las órbitas. Dejó escapar un suspiro frustrado y negó con la cabeza.

—No permitiré que te vayas con un desconocido.

—¡Para mí no es ningún desconocido! —exploté con furia y desesperación.

Frank se puso delante de mí, enfrentándose a mi padre.

—Señor Owens, amo a su hija. Jamás le haría daño.

Me amaba, y eso era lo único que importaba. Quería abrazarlo y besarle hasta el cansancio, pero me contuve. Primero teníamos que arreglar esto de una vez.

En el rostro de mi padre se formó una mueca de disgusto.

—No puedes haber empezado a amarla en tan solo dos meses —argumentó, muy seguro de lo que decía.

Yo antes pensaba lo mismo. Me parecía imposible que en poco tiempo pudieras enamorarte de una persona de una forma tan intensa. Pero ocurrió;

ninguno de los dos lo vio venir.

—Para el amor no existe el tiempo —replicó Frank—. Simplemente, llega cuando menos te lo esperas. Y esperé mucho tiempo, y por fin lo he encontrado. —Giró la cabeza para mirarme por encima de su hombro y me mostró una sonrisa de agradecimiento.

Me estaba derritiendo. Si continuaba diciendo esas cosas, no tardaría en desmayarme. Sabía que la perfección no existía, pero para mí él era perfecto en todos los sentidos.

Mi padre estaba a punto de decir algo cuando mamá entró en la cocina con su cara de preocupación. Melina debía de estar en la sala o en alguna otra parte de la casa, para evitar estar presente en este conflicto familiar.

—¿Qué sucede? —preguntó, a pesar de que sabía muy bien lo que estaba pasando.

—Tiene que irse —contestó mi padre sin apartar la vista de nosotros.

Mamá nos miró y luego se volvió hacia él.

—Benjamín, tienes que calmarte. Alexa ya tiene edad suficiente para comenzar una relación.

Finalmente, alguien que me entendía. Él la miró frunciendo el ceño, sorprendido por su comentario.

—Nos mintió, Rebeca, ¿no te das cuenta? No quiero ni imaginarme las cosas que hacían cada vez que se encontraban a solas.

Esperaba que no comenzara con las preguntas embarazosas. No sería capaz de mentir. Si me preguntaba si yo había estado en su habitación o él en la mía, no encontraría la manera de negarlo, y eso no ayudaría en nada a arreglar la situación.

Mi madre era la única persona que podía hacerlo entrar en razón. Solo ella podía disminuir la tensión que en esos momentos se respiraba.

—Sé que nos ocultó que estaba saliendo con Frank, y sigo enfadada por ello, pero aún es una adolescente y tiene todo el derecho a cometer errores. Además, confío en ella. Sé que ambos no han sabido controlarse demasiado a la hora de demostrarse su afecto...

Me miró levantando las cejas, e inmediatamente me ruboricé. Por el rabillo

del ojo, miré a Frank. Estaba apretando los labios mientras bajaba la cabeza avergonzado. Mi madre se volvió hacia papá, quien no le quitaba el ojo a Frank, y siguió hablando.

—Pero es normal que actúen de esa manera. Son dos jóvenes enamorados con las hormonas un poco alborotadas. Tú y yo sabemos perfectamente qué es eso; pasamos por ello —concluyó mamá mirándolo con la misma ternura de siempre.

Las comisuras de los labios de mi padre se levantaron discretamente, dejando asomar una ligera sonrisa. Como si acabara de recordar alguna experiencia de su noviazgo en la adolescencia. No decidieron formar una familia hasta que ambos se licenciaron. Comenzaron con lo básico, me tuvieron a mí, y los primeros años se centraron especialmente en mi bienestar.

Cuando los dos empezaron a trabajar, decidieron no tener más hijos. Me criaron con amor y siempre estuvieron pendientes de mí, a pesar de que estaban ocupados la mayor parte del tiempo.

No sabía si tomar esa sonrisa de mi padre como un gesto esperanzador... Quizá podría cambiar de opinión. Pero, por ahora, no quería presionarlo. Mi madre lo estaba haciendo muy bien; era mejor no interrumpirla.

Frank aspiró aire para empezar a hablar, pero le di un suave apretón en su brazo para que no lo hiciera. Captó mi mensaje y asintió no muy convencido.

El silencio se prolongó unos segundos. Mi padre miraba al suelo pensativo. Sabía que se estaba debatiendo consigo mismo. A mí no me parecía tan difícil. Solo tenía que intentar comprenderme.

Los padres podían ser más dramáticos que los adolescentes.

Al fin, alzó su vista y nos miró a Frank y a mí. Su mirada no me decía nada negativo, pero tampoco nada positivo.

—Lo pensaré —murmuró con un tono más tranquilo mientras salía de la cocina.

Me puse al lado de Frank y suspiré mientras apoyaba la cabeza sobre su hombro.

—Lo tengo bajo control —dijo mamá, como si se tratara de un reto—. Lo convenceré.

—Puedo ir a hablar con él de nuevo —propuso Frank, metiendo sus dedos en

los bolsillos preparándose para salir.

—No, se está calmando. Si hablas con él, comenzará a imaginarse esas «cosas» que hacían a sus espaldas. Será mejor que los dos esperen a que asimile todo esto. —Un comentario materno muy sabio.

—Gracias —contestamos ambos al mismo tiempo.

Sonriendo, asintió y salió por la puerta siguiendo a papá.

Frank se volvió hacia mí y me rodeó con los brazos.

—No he tenido que secuestrarte —dijo divertido.

—No cantemos victoria, aún no ha dado una respuesta —respondí, colocando mis manos en su pecho.

Me atrajo más hacia él y se inclinó hasta mi oído.

—Entonces tienes que preparar una maleta por si tenemos que recurrir a mi idea —susurró.

Si por mí fuera, me hubiera ido con él en ese mismo instante, pero no debíamos precipitarnos.

Recordando las palabras de mi madre sobre que habíamos sido poco cuidadosos demostrando nuestro afecto en casa, decidimos acabar de desayunar y luego recogimos la mesa.

Lavé los platos con la ayuda de Frank. Y, como siempre, él sacó provecho de la situación, y comenzó una pequeña guerra de agua, mojándose los dedos y salpicándome.

Estábamos en ello cuando apareció mamá.

Había pasado media hora desde que se había marchado. La expresión de su rostro era neutra y, por lo tanto, no pude descifrar con exactitud qué había decidido mi padre.

—Tengo una buena noticia y una mala —dijo, tratando de mantenernos en suspense.

Miré a Frank. Él frunció el ceño.

Esperaba que la buena noticia fuera la respuesta que estábamos esperando. Y, si era así, rogaba que la mala no fuera demasiado mala.

Olvidando las reglas

Me encontraba en la sala enviando whatsapps a Karina.

Cuando le conté lo que había sucedido esa mañana, reaccionó con demasiados signos de admiración y letras en mayúsculas, y se ofreció a venir a hablar con mi padre para hacerlo entrar en razón, pero la calmé diciéndole que no era necesario.

Después de que mi madre nos dijera lo que mi padre había decidido, no pude más que aceptar. La buena noticia era que Frank se podía quedar hasta que comenzaran las clases la próxima semana, y la mala, que teníamos que evitar las demostraciones de cariño; es decir, disminuir el número de caricias, abrazos, comentarios dulces y besos en la cocina o en cualquier otro lugar de la casa.

Estaba claro que eso no se tomaría en cuenta si estábamos solos.

Mi padre también quería que Frank durmiera en el sofá para mantenerme lejos de él, ya que su habitación estaba al lado de la mía. (Casi me dio un infarto cuando mi madre nos lo dijo. Era muy cruel.) Pero al final mi madre logró convencerlo para que eso no sucediera. Aun así, papá dijo que vigilaría con frecuencia nuestras habitaciones para asegurarse de que no estuviéramos juntos en uno de los cuartos durante mucho tiempo.

A eso podía llegar mi padre. No le importaba convertirse en un vigilante con tal de «protegerme».

Según él, solo quería evitar que me quedara embarazada. No sabía que yo no

tenía ninguna intención de que eso sucediera... Me hubiera gustado decirle que hoy en día existen diferentes maneras de protegerse, pero no creía que eso lo ayudara a tranquilizarse.

A simple vista, sus condiciones no parecían demasiado severas, pero la verdad era que no resultaba fácil cumplirlas.

—¿En qué piensas? —la voz de Frank me sacó de mis pensamientos.

Levanté la vista y lo miré. Estaba al otro lado del sofá mirando la tele. Me sentía aliviada y feliz. A pesar de las reglas de mi padre, estaba satisfecha. Lo importante era que Frank no se iría de casa. Tenía toda una semana para disfrutar de él.

—En ti —susurré, dejando el móvil a un lado.

Sonriendo, se levantó y caminó hacia mí.

—Espero que sean cosas buenas.

Me guiñó un ojo y se sentó a mi lado.

—Lo son —contesté con una sonrisa.

Nuestras miradas se conectaron y en ese momento quise que todo lo que nos rodeaba desapareciera para estar solos los dos. Quería besarlo y sabía que él también. Respiró profundamente cuando bajó la vista a mi boca. Me humedecí los labios e inmediatamente él hizo lo mismo mientras se acercaba. Sus labios comenzaron a rozar los míos y me preparé para permitirle entrada.

—Ustedes no entienden, ¿verdad? —Melina rompió la magia del casi beso.

Frank se separó de mí maldiciendo en voz baja mientras se inclinaba hacia atrás. Definitivamente, iba a ser difícil dejar de ser afectuosos el uno con el otro. Hice una mueca y tomé mi celular para aparentar estar ocupada. Vi como Melina negaba con la cabeza con una sonrisa a la vez que entraba a la cocina.

Frank se volvió hacia mí mirándome divertido.

—Intentaré controlarme o acabaré durmiendo en el jardín.

Me reí, y le mandé un beso imaginario. Él gruñó contrariado por no poder recibirlo de verdad.

Ahora, más que nunca, tenía la necesidad de besarlo.

La cena fue realmente incómoda. El único ruido que se escuchaba era el de los cubiertos.

Melina estaba sentada a mi lado y Frank junto a ella. Enfrente de mí se encontraban mis padres; sus miradas, en especial la de mi padre, me ponía nerviosa y de mal humor. Era evidente que a él le molestaba la presencia de Frank, porque seguía sin aceptar nuestra relación.

Melina intentó aligerar la tensión hablando sobre los catálogos que tenía pendientes. Mi madre se unió a la conversación, pero papá no hizo ningún comentario. De hecho, permaneció en silencio la mayor parte del tiempo.

Pasados unos minutos, Frank terminó de comer y se despidió educadamente antes de desaparecer de la cocina. En ese pequeño lapso, mi padre se aclaró la garganta y dijo:

—¿Cuándo comienzan las clases?

Era una pregunta muy tonta por su parte. Él, más que nadie, sabía la fecha exacta. Podía asegurar que hasta lo tenía escrito en su agenda. No lo decía solo para recordarme que pronto estaría en la universidad soportando el estrés académico, sino también para aclararme que faltaban muy pocos días para que Melina y Frank se fueran.

Así que, para no mostrarme débil, lo miré directamente a los ojos y contesté:

—El próximo lunes.

Asintió y luego se volvió hacia Melina.

—¿Y Frank cuándo comienza? Bueno, si es que está estudiando —dijo, mostrándose indiferente.

Fruncí el ceño. Obviamente que estaba estudiando. ¿Qué pensaba? ¿Qué era un vago irresponsable?

—También el lunes —respondió ella amablemente.

—¿Qué carrera ha elegido? —se interesó mi padre, colocando los codos sobre la mesa a la vez que entrelazaba sus dedos.

—Administración de empresas. De hecho, se licencia el año que viene —comentó tranquilamente.

Bajé el tenedor que estaba por llegar a mi boca, y me giré hacia ella. ¿Se licenciaba el próximo año? Pero... Diablos, ahora que pensaba en ello, nunca le

había preguntado a Frank su edad. Pensaba que tenía la misma que yo.

—¿Cuántos años tiene? —susurré para que solo me oyera Melina, pero no tuve éxito.

Ella me miró y sonrió. Tal vez encontraba divertido que no supiera la edad de mi novio.

—Veintiuno.

Tres años de diferencia no son muchos, ¿verdad? Me sentí tonta por creer que Frank tendría dieciocho. Pero no aparentaba la edad que tenía, a pesar de su cuerpo maduro y su rostro definido.

—Demasiado mayor para ti, ¿no crees? —me dijo papá, uniendo sus cejas.

Puse los ojos en blanco y seguí comiendo.

—Ben, tú eres cinco años mayor, así que no te quejes —le recordó mamá.

Sonreí en mi interior. Mi madre siempre encontraba la manera de defenderme. La adoraba.

En vez de contradecirla, optó por no seguir con la conversación. Mientras recogía los platos, mis padres y Melina empezaron a hablar sobre otras cosas. Salí de la cocina no sin antes escuchar a mi padre decir que cerrara con llave la puerta de mi habitación.

Al llegar a la segunda planta, escuché un sonido que provenía del cuarto de Frank y, cuando me acerqué a su puerta, me percaté de que era una canción de los Guns N' Roses. Su banda favorita. Escuchar música le relajaba.

Una vez en mi habitación, puse el seguro, percibiendo el típico «clic», y fui al baño para lavarme los dientes. Salí y me dirigí al vestidor para ponerme el pijama. Me quité la camiseta, quedándome en sujetador, y estaba a punto de sacarme los tejanos cuando una voz grave me detuvo.

—No te detengas. —Me giré. Frank estaba sentado en mi cama y solo llevaba puesto el pantalón del pijama.

¿Qué diablos...?

Inmediatamente, me cubrí el pecho con los brazos. Sabía que tenía el sujetador, pero aun así me sentía desnuda.

—Cuando entré no estabas ahí, ¿acaso eres un fantasma o algo así? —murmuré un poco nerviosa.

Se rio y negó con la cabeza.

—Estaba escondido en ese rincón y, cuando comenzaste a desvestirte, no pude quedarme quieto y me senté para estar más cómodo —explicó, divertido.

—Lamento decirte que la función ha terminado.

Volví a ponerme la camiseta.

—Debí haber esperado a que terminaras —hizo un puchero y se recostó en la cama.

Caminé hacia la pared y apagué la luz para quitarme los tejanos y ponerme el short de manera rápida.

—No sabía que tenías veintiún años —comenté, volviendo a encender la luz.

Se sentó, y vi cómo los músculos de su abdomen se contraían en el acto.

—Nunca me lo preguntaste —se justificó, mostrando su sonrisa.

No consideré en ningún momento que debía someterlo a un interrogatorio, aunque quizá debería de haberlo hecho.

—Debes irte —dije, recordando de repente las condiciones que teníamos que cumplir. Estaba tan embobada con él que olvidé por completo los requisitos de mi padre.

Se puso de pie y se acercó a mí muy lentamente.

—No. —Alzó las cejas y sonrió con picardía.

Su actitud no estaba ayudando. La puerta estaba cerrada, pero aun así no debíamos bajar la guardia. Lo esquivé y me crucé de brazos.

—Nos meteremos en problemas —dije, apoyándome en la pared.

—Cerré mi habitación y puse música para evitar sospechas. No pensarán que estoy aquí.

Se acercó un poco más.

Muy astuto, pero nos habían prohibido estar en el mismo lugar durante mucho tiempo... De todas formas, los encantos de Frank eran difíciles de ignorar, y debilitaban mi voluntad.

—Debes de sentirte afortunado por ser tan inteligente —dije, divertida.

Se puso frente a mí y se inclinó hasta que sus labios tocaron la parte sensible de mi oreja.

—Soy afortunado de tenerte —susurró, y me dio un pequeño mordisco en el

lóbulo de la oreja.

Me estremecí al sentir sus cálidos labios viajando por mi cuello y ascendiendo hasta mi mandíbula. Lentamente, fue subiendo hasta llegar a mis labios y me besó. Cerré los ojos, disfrutando de la textura dulce y suave que su boca me regalaba y le rodeé el cuello con los brazos mientras que él me acariciaba la mejilla. En ese momento, me perdí y me olvidé de lo demás. No pensaba y no quería nada más que sus labios en los míos.

Sus manos se apoderaron de mi cintura y, con un movimiento rápido, me levantó para que le rodeara las caderas con las piernas. El beso se profundizó y todo mi mundo se redujo a las sensaciones que despertaba en mí con su lengua. Pasé mis dedos por su pelo mientras que él gruñía hambriento de más. Rompimos el beso cuando un golpe detrás de la puerta nos interrumpió.

Abrí los ojos de golpe y Frank me soltó suavemente hasta que mis pies tocaron el suelo. Con la respiración agitada, lo empujé al cuarto de baño. Sin protestar, se escondió mientras yo me esforzaba en tranquilizarme.

Abrí la puerta y me encontré con mamá.

—Se me olvidó decirte que la tía Helen nos visitará mañana y quiero que estés con ella mientras tu padre y yo llegamos de trabajar, ¿de acuerdo?

Abrumada y nerviosa por la interrupción, me limité a asentir. Se despidió y dejé salir un suspiro cuando cerré la puerta. Segundos después, Frank apareció con una sonrisa triunfadora en el rostro.

—Tienes que irte —dije, sentándome en la cama.

Negando con la cabeza, remojó sus labios y tomó asiento a mi lado.

—¿Puedo quedarme un rato más? —preguntó, mirándome con inocencia.

¿Cómo negarme?

Recuerdos, aclaraciones y felicidad

A eso de la una de la madrugada, obligué a Frank a que se fuera de mi habitación. Él insistió en pasar la noche conmigo, pero me negué. Todavía se oía la música en su cuarto, y a esas horas no era muy conveniente. A alguien podía llamarle la atención que estuviera escuchando Guns N' Roses por la noche, y entonces ahí podrían descubrirnos.

Al día siguiente, me desperté pasadas las diez de la mañana. Tuve que recuperar las horas que había pasado hablando con Frank en mi habitación. Pero no me arrepentía de haberme acostado tarde. Había valido la pena, ya que recibí muchos besos y caricias tiernas.

—Es muy tarde para estar desayunando.

Levanté la vista. Melina acababa de entrar en la cocina con una sonrisa divertida.

—Nunca es tarde para alimentarse —le sonreí y seguí comiendo.

Se preparó un café, tomó asiento frente a mí y dejó caer encima de la mesa uno de sus catálogos.

—¿Estuviste leyendo hasta tarde? —preguntó mientras hojeaba la revista.

La miré y sentí cómo me congelaba momentáneamente en mi sitio. No me inquietaron sus palabras, sino la manera sarcástica en la que formuló la pregunta.

—Más o menos —logré decir con nerviosismo.

—Imagino que Frank tuvo algo que ver... —añadió, dándole un pequeño sorbo

al café caliente.

Me removí incómoda, intentando buscar alguna justificación. Melina no era estúpida. Detrás de esa persona amable y dócil, había una mujer inteligente y astuta.

Percatándose de mi silencio, apartó el catálogo y me sonrió dulcemente.

—No te preocupes, Alexa, sabes que no diré nada. —Me miró con complicidad y siguió leyendo.

Estaba segura de que no me mentía. Ella fue la primera que descubrió que Frank y yo estábamos saliendo, y no dijo nada a mis padres. Así que, sinceramente, confiaba en ella. Pero siempre me sorprendía, a veces me preguntaba si tenía alguna especie de superpoder con el que podía leer la mente o algo por estilo.

—¿Cómo lo has sabido? —susurré, sintiendo que me ardían las mejillas.

Si no recordaba mal, Melina aún estaba en la cocina cuando yo me fui a mi habitación.

Cerró la revista y me miró a los ojos, aún con esa sonrisa de tranquilidad.

—Conozco a Frank. De pequeño, cuando le prohibía salir a jugar por no haber terminado los deberes, se encerraba en su habitación, subía el volumen de la televisión y se escapaba por la ventana para ir con sus amigos. —Se quedó pensativa, recordando el pasado—. Al principio no me di cuenta, hasta que un día lo vi entrar por la ventana como un pequeño ladrón.

Se rio a la vez que negaba con la cabeza. Imaginar a Frank de pequeño actuando con rebeldía hizo que sintiera más simpatía aún por Melina. Por lo que veía, su actitud rebelde le venía de lejos. Dejamos de reír cuando Frank entró en la cocina. Él frunció el ceño, extrañado, mientras se apoyaba en la pared.

El ambiente risueño desapareció en cuanto mi mirada se enfocó en su pecho desnudo. Los músculos de su abdomen se veían cada vez más firmes y notorios. Estaba segura de que hacía abdominales en su habitación para mantenerlos en forma. Me mordí el labio involuntariamente. Sin duda, tenía el cuerpo maduro de un chico de veintiún años.

—Frank, debes acostumbrarte a usar una camiseta cuando te despiertas. Helen no tardará en llegar —lo regañó Melina mientras se ponía de pie.

Oh, oh. ¡Es verdad, la tía Helen nos visitaba hoy! No retuve en mi memoria esa información cuando mi madre me la dio, ya que lo hizo justo al interrumpirnos a Frank y a mí...

Haciendo una mueca, Frank flexionó los brazos detrás de la cabeza para luego estirarse. Y, Dios santo, sus bíceps y sus músculos abdominales se tensaron al momento. No pude apartar la vista cuando el pantalón de franela se le bajó un poco dejándome ver parte de la uve que quedaba cubierta por el elástico del pijama. Los moretones habían desaparecido por completo y ahora su piel se veía tersa y suave.

No me había dado cuenta, pero Melina ya se había ido de la cocina. Tal vez lo había hecho a propósito para dejarnos solos. Ella sabía ser oportuna. Frank dejó salir un suspiro profundo y se incorporó. Sentí su mirada, pero yo aún seguía hipnotizada, apreciando su esfuerzo y la atención que dedicaba a su cuerpo.

—¿Te gusta lo que ves?

Mi vista fue ascendiendo hasta llegar a sus ojos almendrados que me observaban con intensidad, mientras me sonreía arrogante.

—No mucho —mentí descaradamente. No quería subirle el ego más de lo que ya lo tenía.

Sus cejas oscuras se levantaron con asombro.

—Ah, ¿no?

Me levanté de la silla y cogí el plato.

—No.

Lavé el plato sucio y lo dejé en su lugar.

Me giré y me topé con el cuerpo de Frank. Me observó por unos segundos y luego volvió a sonreír.

—¿Te acuerdas de que un día entraste a mi habitación y yo acababa de salir de la ducha?

¿Cómo olvidar ese día? Mi cara ardía en llamas y fue un milagro que no explotara.

—Sí, solo llevabas una toalla blanca rodeando tu cintura.

—¿Y te acuerdas de que te pusiste nerviosa cuando te dije que podías tocarme los abdominales? —Su voz ronca fue despertando esas hormonas que siempre

me delataban.

—No estaba nerviosa —repliqué, mirando por encima de su hombro desnudo para evitar seguir mirándole a los ojos.

Sus dedos me cogieron la barbilla y me obligó a mirarle.

—Sí lo estabas, y también lo estás en este momento —susurró mientras tomaba mi mano.

No dije nada. Él sujetó mi muñeca y llevó mi mano hasta su cuello, para, a continuación, ir descendiendo hasta que me encontré con sus contorneados abdominales. Pasé saliva lentamente. Eran firmes y duros como me había imaginado. Seguí mi camino y me detuve cuando llegué al elástico del pantalón de pijama.

Su pecho se elevó y lo escuché exhalar. Lo miré y vi que sus ojos se habían oscurecido. Conocía esa mirada, de lujuria y deseo.

—Quiero que seas mía. —Su voz áspera y sus palabras hicieron que una sensación placentera se instalara en mi estómago.

—Soy tuya —murmuré, manteniendo la unión de nuestras miradas.

Sonrió con ternura y me acarició la mejilla con suavidad.

—Lo eres, pero quiero pertenecerte físicamente.

Fue entonces cuando me di cuenta de que yo quería lo mismo. Me pertenecía emocionalmente, y el siguiente paso era tenerlo físicamente. Pero todo a su tiempo. Las mejores cosas sucedían cuando no estaban planeadas. Era mejor esperar hasta que se presentara el momento adecuado.

—No quiero presionarte, solo quería que lo supieras —dijo cuando me quedé en silencio.

Asentí con una sonrisa. Sabía que ansiaba que llegara ese momento, y yo también. Se acercó a mí y sus labios chocaron con los míos con suavidad. El beso no fue hambriento ni feroz, el ritmo de nuestros labios era lento y con pausas. Estábamos disfrutando y saboreando con delicadeza la textura de nuestras bocas. Es increíble cómo una persona puede hacerte sentir única y especial con tan solo un beso.

Justo lo que estábamos haciendo era lo que quería evitar mi padre, pero él y mamá estaban trabajando, así que no había problema. Además, Melina se

encargaría de decirles que habíamos cumplido las condiciones acordadas en todo momento.

Lo abracé y él me envolvió con sus brazos con tanta fuerza que pude sentir cómo los latidos de su corazón palpitaban con rapidez en mi mejilla.

En eso, sonó el timbre y me alejé de él de inmediato.

Mi tía Helen había llegado.

—Ve a ponerte algo decente —dije al recordar que estaba semidesnudo.

Se rio y caminó hacia la puerta.

—Lo haré, no quiero que se desmaye al ver mis bíceps —comentó orgulloso.

—Presumido —respondí, negando con la cabeza.

—Recuerda, todo esto es tuyo. —Se señaló a sí mismo y se fue, dejándome con una sonrisa en la cara.

La tía Helen estaba mejor que nunca. Su rostro no estaba demacrado ni triste.

La recibimos con los brazos abiertos. Frank, tras ducharse y vestirse, bajó y se presentó como mi novio, lo que fue suficiente para que mi tía me atacara con preguntas y consejos incómodos.

Melina le contó cómo había reaccionado mi padre cuando se enteró de nuestra relación. Obviamente, como buena jueza, Helen se puso de mi lado.

Mi madre y Melina habían logrado que su depresión desapareciera, tal vez no por completo, pero estaba segura de que, poco a poco, se iría recuperando y me sentía muy feliz por ella.

Nos quedamos en la sala los tres. Ella nos contó cómo estaba consiguiendo combatir la depresión y, la verdad, es que se nos pasó la mañana hablando sobre ello y aprendí bastante. Hay que mantener a la mente ocupada para evitar esas vocecitas malignas que hacen que lo veas todo negro...

A mi lado se encontraba Frank, y su mano descansaba en mi rodilla mientras escuchaba con atención los consejos de la tía Helen. Después de todo, su visita no estaba siendo tan abrumadora como esperaba.

Cuando mis padres llegaron, estuvieron hablando un rato con la tía mientras Frank y yo nos instalábamos en el sofá para ver la tele. Mi padre se asomaba de

vez en cuando para asegurarse de que no estábamos siendo «afectuosos», y yo no podía evitar poner los ojos en blanco cada vez que aparecía. Estaba excesivamente sobreprotector. Pero yo sabía que algún día aceptaría los sentimientos que teníamos el uno por el otro.

Al cabo de un rato, nos despedimos de la tía Helen, animándola para que siguiera superándose y luego seguimos viendo la tele.

Sonó el timbre. Frank se dispuso a levantarse para abrir, pero me adelanté y fui yo.

Me encontré con un chico muy atractivo en la puerta.

Frank era mucho más guapo, pero no podía negar que este desconocido era muy atractivo.

—¿Puedo ayudarte? —pregunté al notar su silencio.

Parpadeó y sonrió.

—¿Vive aquí el señor Benjamín Owens?

—Sí, es mi padre —contesté.

En esto, Frank se puso a mi lado. Lo miré, y vi que observaba con desconfianza al chico de cabello rizado y ojos de color miel.

—¿Quién eres? —le dijo, frunciendo el ceño.

Aquel joven se sintió intimidado por la mirada asesina de Frank y se volvió hacia mí mostrándome una carta.

—Mi padre es amigo del tuyo y me pidió que le entregara esto.

Tomé el sobre blanco y asentí.

—Existen los correos electrónicos, lo sabes, ¿no? —dijo Frank en tono de burla.

—Lo sé, pero mi padre se ha quedado un poco anticuado —se defendió el chico con tranquilidad.

—Deberías enseñarle a usar un ordenador para que no tengas que hacerle este tipo de recados...

—Frank... —le advertí para que no siguiera.

Me miró con el ceño fruncido y soltó un suspiro frustrado.

—Gracias, yo le entregaré el sobre —le dije. Luego el chico se despidió de nosotros con una amable sonrisa.

Cuando cerré la puerta, me volví hacia Frank.

—Qué cruel eres, lo has asustado.

—¿Asustarlo? Solo le dije la verdad.

—Y deja de actuar así cada vez que me encuentro con algún chico.

—Está bien. —Se encogió de hombros y se sentó en el sofá.

Negué con la cabeza y fui a entregarle el sobre a mi padre.

Al llegar a la habitación de mis padres, me di cuenta de que estaban discutiendo. No tenía intención de entrometerme, pero escuché mi nombre e imaginé que estaban hablando de mi noviazgo con Frank.

—Ben, Alexa ya no es una niña —decía mamá—. Sabe diferenciar muy bien lo que está bien y lo que está mal.

—Lo sé, pero es que no quiero que le hagan daño —la voz de mi padre era tranquila y serena.

En ese momento, respiré hondo y abrí la puerta. Ambos se giraron hacia mí.

—Han traído este sobre para ti —dije. Le entregué la carta a mi padre y miré a mamá.

Ella me sonrió y se sentó en la cama.

—¿Qué es? —preguntó, volviendo su atención a mi padre.

—Hugo ha organizado una cena mañana... ¿Quién ha traído el sobre? —me miró.

—Un chico. Dijo que era su hijo.

—Oh, era Nathan —nos explicó, y dejó la carta en la mesita.

Asentí y me giré para salir de la habitación. Pero escuché que mi madre carraspeaba y me detuve.

—Ben... —dijo en tono de advertencia.

—¿Alexa?

Me volví y lo miré.

—¿Sí?

Se quedó mirando al suelo mientras dudaba. Luego levantó la vista y, por la expresión de su rostro, supe que sería algo bueno.

—Tienes mi permiso para salir con Frank.

Abrí los ojos con sorpresa.

¿Había oído bien? Miré a mamá. Ella mantenía una sonrisa de oreja a oreja. No sabía cómo lo había hecho, pero había logrado convencerlo. La sensación de felicidad me inundó, y dando saltitos de alegría, me acerqué a mi padre y lo abracé.

Me correspondió después de unos segundos.

—Gracias, gracias, gracias —dije, sin despegar mi mejilla de su hombro.

Me dio unas suaves palmaditas en la espalda y se fue alejando lentamente.

—Solo procuren controlarse un poco...

Sonreí y miré a mi madre. Luego la besé y le di las gracias.

No quería ni imaginarme la reacción de Frank.

Caja de sorpresas

La cena que había organizado el amigo de mi padre fue muy tranquila. Pude conocer un poco más a Nathan, un chico simpático y extrovertido. Frank, sin embargo, permaneció enfurruñado a mi lado la mayor parte del tiempo. Afortunadamente, al cabo de un rato, acabó viendo que Nathan solo trataba de ser amigable, y los tres terminamos compartiendo risas y conversación. Más tarde, con el tiempo, acabaríamos siendo buenos amigos.

La semana fue transcurriendo con lentitud. Y agradecía que fuera a ese ritmo. Durante esos días, Frank y yo pudimos salir como cualquier pareja y me llevó a un lugar diferente cada día. De hecho, llamé a Karina y también compartimos una cena muy agradable con ella y su novio.

Disfruté muchísimo de esa semana.

Mi padre seguía sin hacer comentarios negativos cuando Frank me besaba, me abrazaba o me cogía de la mano. Afortunadamente, mamá siempre estaba ahí para recordarle que todo nuestro afecto era parte de una relación amorosa. Y, poco a poco, papá logró llevarse bien con Frank.

Su cambio de actitud no dejaba de sorprenderme conforme pasaban los días. Me sentí encantada la primera vez que los encontré en el sofá viendo juntos un partido de fútbol, mientras charlaban y comentaban las jugadas. La tensión entre ellos iba disminuyendo y eso me hacía feliz. De todas formas, no abandonó del todo su rol de padre sobreprotector ya que teníamos que dejar la puerta de mi

habitación abierta cuando Frank estaba dentro.

Era sábado, y los hijos de Melina habían vuelto del campamento esa mañana. Los gemelos eran peor que los hijos de la señora Rusell, ya que estaban la mayor parte del tiempo peleándose.

Por la tarde, yo estaba en la habitación de Melina, con Noah y Billy, que estaban contándonos todo lo que habían hecho en el campamento. Ambos eran niños muy energéticos; no habían parado de hablar desde que llegaron. La verdad es que comenzaba a marearme de tanto escuchar sus voces chillonas, cuando Frank llegó y me sacó de allí.

Sin pensarlo, tomé su mano y salí de la habitación dejando a Melina con sus irritables hijos. Ahora entendía por qué los había dejado en un campamento durante dos meses. Menos mal, no los habría soportado todo ese tiempo en casa.

Al llegar a la sala, Frank me rodeó la cintura con los brazos y hundió su cabeza en mi cuello.

—Te echaba de menos —dijo, y depositó varios besos cortos y suaves en la piel sensible de mi garganta.

Me reí. Solo había estado dos horas fuera con Joel y Nathan, tomando algo en un bar. Joel lo había llamado antes, interrumpiéndonos mientras estábamos besándonos. Frank había descolgado, pero había continuado besándome, y hubiera ignorado por completo la propuesta de Joel si no hubiera sido porque yo le convencí de que saliera y se distrajera un poco.

—Después de comer, te llevaré a un sitio —me dijo antes de darme un beso rápido.

—¿Adónde?

Una sonrisa misteriosa apareció su rostro. Sabía que estaba planeando algo y no saber qué era me ponía nerviosa.

—Te lo diré cuando estemos allá. —Me guiñó un ojo y me llevó a la cocina.

Mis padres estaban comiendo pizza. Nos sentamos frente a ellos y Frank, como todo un caballero sexy, me sirvió un trozo y un té de durazno.

Le sonreí y se sentó a mi lado para comenzar a comer. Mi padre dijo que el lunes se iría de viaje. Para ese entonces, yo ya estaría en la universidad echando de menos a Frank.

Me entristecí al recordar que ese era el último fin de semana en el que Frank y Melina estarían con nosotros. No quería que se fueran, pero tampoco podían quedarse. Frank también tenía que volver a clases y terminar el semestre. Lo peor de todo era que su universidad quedaba a kilómetros de la mía. Esperaba que pudiéramos vernos lo suficiente para que nuestra relación perdurara.

—¿Qué planes tienen hoy? —preguntó mamá mirándonos a ambos.

—Nada en especial —respondí, antes de morder mi porción de pizza.

—Bueno, no es cierto. Tenemos muchos planes para esta noche. —Frank me miró y arqueó una ceja.

—¿Para esta noche? —saltó mi padre.

Miré a Frank algo confusa.

—Mi mejor amigo ha organizado una fiesta y me gustaría que Alexa me acompañara. —Me sonrió de lado y se volvió hacia mi padre, quien lo miraba con el ceño fruncido.

—Claro que sí. ¿A qué hora estarían de vuelta? —quiso saber mamá.

Abrí la boca, pero la cerré al darme cuenta de que no tenía una respuesta, y me quedé estática en mi asiento con la mirada enfocada en Frank.

—Las fiestas de Joel terminan al amanecer —soltó lentamente para que mis padres entendieran la indirecta.

Alcé las cejas y me giré hacia ellos. Mi madre lo captó enseguida, pero mi padre seguía pensativo.

—Oh, entiendo, quieres decir que no vendrán a dormir... —Mamá se volvió hacia mi padre esperando que dijera algo al respecto.

Suspiró y nos miró a ambos.

—Está bien, pero los quiero aquí mañana temprano, ¿de acuerdo? —advirtió con dureza.

No tuve más que asentir. Aún seguía asimilando dos cosas: una, que Frank no me había hablado de esa fiesta hasta ese momento, y dos, que mi padre me dejara estar fuera toda la noche.

Cuando terminamos de comer, le pedí a Frank que me explicara qué tramaba, pero se limitó a decir que me arreglara, porque en un rato me llevaría a ese lugar desconocido.

Negué con la cabeza y me fui a mi habitación a ducharme y a cambiarme. Me puse unos shorts de mezclilla, una blusa holgada de color lavanda y las Converse blancas. Me recogí el pelo en un moño y me maquillé un poco.

Cogí el móvil y me disponía a salir cuando escuché un golpe en mi puerta. Frank estaba esperándome con esa sonrisa irresistible, vestido de una manera sexy y salvaje. Camisa negra, vaqueros desgastados y botas negras.

—Es hora de irnos —dijo, sacudiendo las llaves de su coche.

Entrecerrando los ojos, cerré la puerta de la habitación detrás de mí. Cuando ya estaba sentada en el asiento del copiloto, volví a preguntarle adónde íbamos mientras él se colocaba el cinturón, pero se limitó a guiñarme el ojo y a poner en marcha el coche.

Empezó a conducir en silencio y eso me puso nerviosa. Estaba muy equivocado si pensaba que iba a quedarme hasta el amanecer en la fiesta de Joel. No quería parecer una zombi al día siguiente, sobre todo cuando estaba a punto de empezar las clases de la universidad. De todas formas, no dije nada y me puse a mirar por la ventana.

Unos minutos más tarde, apagó el motor y se quedó mirando al frente sin hacer ningún movimiento.

—Hemos llegado —murmuró sin mirarme.

Fruncí el ceño y bajé del SUV.

Estábamos en una zona de edificios nuevos. Frank bajó y se colocó delante de mí con una expresión divertida al percatarse de que no entendía nada. Me crucé de brazos y esperé. Se rindió soltando una risita ronca y profunda.

—Ahí es donde tengo mi apartamento —dijo señalando uno de los edificios que se encontraba detrás de él.

En ese instante, comencé a sospechar cuáles eran sus intenciones.

Y... no me desagradaban en absoluto.

Momento inolvidable

Aún seguía asombrada cuando crucé la puerta y entré en el apartamento de Frank. Era algo frío y desolado, pero espacioso y cómodo.

Lo primero que vi fue una estrecha sala de estar, con un par de sillones de piel color marfil y una mesita de centro, una cocina, pequeña, pero muy bonita y acogedora.

Tras cerrar la puerta de la entrada, Frank se giró hacia mí y me miró con curiosidad, esperando que yo dijera algo, ya que, desde que me dijo que veníamos a su piso, yo estaba casi en estado de shock.

No me sorprendía que tuviera una casa, lo que ocurría era que me di cuenta de que lo de la fiesta de Joel era una total y gran mentira. Pero que fue una mentira muy convincente, porque mi padre aceptó dejarme ir y llegar a casa por la mañana.

Oh, por Dios, creía que iba a hiperventilar. Esto era nuevo y sumamente sorprendente para mí. ¿Saben lo que significaba? ¡Exacto! Pasaría la noche aquí, y para sumarle más adrenalina al asunto, pasaría la noche aquí, con Frank.

No sabía si estaba lista para este capítulo de mi vida.

«Respira, Alexa, no es necesario que te agobies todavía.» Aún eran las seis de la tarde. No creía que Frank quisiera hacerlo a esas horas. Bueno, pensándolo bien, quizá sí quería. Para él, cualquier momento era bueno si se trataba de sexo. Lo decía por todas las veces que nos habíamos enrollado a plena luz del día.

La tensión que me abrumaba se disipó cuando nos sentamos en el sofá y comenzamos a hablar de nosotros y de qué haríamos al día siguiente, en nuestro último día juntos, ya que el lunes tendríamos que separarnos para ir a la universidad. Se nos fue la hora sin darnos cuenta, hasta que anocheció.

Aproveché un momento de silencio para preguntarle algo que me rondaba en la cabeza desde hacía días.

—Frank, si ya tenías un apartamento, ¿por qué te mudaste con nosotros?

Quería saber por qué había venido a mi casa teniendo su propio espacio, donde habría disfrutado de total libertad. Aunque agradecía que lo hubiera hecho, ya que así yo había tenido la suerte de conocerle.

Dudó unos instantes y luego suspiró.

—Al principio, mi madrina me dijo de ir con ella y yo le dije que prefería quedarme aquí y organizar fiestas todos los días durante las vacaciones. De hecho, Joel y yo ya habíamos planeado hacer un montón de cosas... —explicó.

—Entonces, ¿por qué no te quedaste?

Me miró con determinación y sonrió.

—Porque te vi.

Reí ligeramente.

—¿En dónde? Por entonces no me conocías —dije, frunciendo el ceño.

Si hubiera visto a Frank en alguna parte, no me hubiera olvidado de él. Además, no recordaba haberme emborrachado o algo parecido para que me hubiera visto sin que yo me diera cuenta.

—Melina me mostró una foto de tu familia, y allí estabas tú —dijo mientras me miraba.

Mi pulso comenzó a latir más rápido de lo normal. Necesitaba ver esa foto. Debía de estar horrible, sobre todo si era una foto familiar. La última que me hice con mis padres había sido hacía varios meses, en Año Nuevo. Debía de tratarse de esa; recordaba que mi padre me tuvo que obligar a salir en ella. ¿Qué llevaba puesto? «Piensa, Alexa...» Ah, un vestido rojo con los tacones negros que solo me puse esa vez. Por lo menos, en esa foto estaba arreglada. Si Melina le hubiera mostrado otra, Frank se habría quedado en su apartamento y jamás nos hubiéramos conocido. O tal vez sí, pero en situaciones diferentes.

—¿Qué fue lo que viste en mí que te hizo cambiar de opinión? —le pregunté, coqueta.

Dio un trago a su bebida y se encogió de hombros.

—No lo sé, pero cuando Melina me habló un poco de ti, pensé que era una tontería quedarme aquí viendo las caras de mis amigos de toda la vida, cuando tenía la oportunidad de conocerte.

Sus palabras eran azúcar para mi sangre. Si seguía diciendo cosas tan adorables, terminaría muriendo de una sobredosis de ternura.

—Eres muy cursi —arrugué la nariz, y él puso los ojos en blanco.

¡Qué curiosa es la vida! Esa foto que no quería hacerme con mis padres fue la que hizo que Frank llegara a mi vida.

—Si mi padre te hubiera echado de casa, habrías venido aquí —dije, recordando lo preocupada que estuve pensando que no tendría dónde ir.

—A este apartamento te iba a traer si me veía obligado a secuestrarte.

—Prácticamente me tienes secuestrada en este momento, nadie sabe que estoy aquí contigo.

Se quedó pensando, llevándose los dedos a la barbilla, y asintió.

—Cierto, vas a necesitar algo más que un rescate para poder salir de aquí —dijo, sonriendo con picardía.

—Haré lo que sea necesario —respondí muy seria.

Un brillo intenso apareció en sus pupilas. Esos hermosos ojos eran lo único que necesitaba para sentirme conectada a él. Sin dejar de mirarme, dejó el vaso sobre la mesita y acercó su rostro al mío, hasta que la punta de su nariz chocó con la mía. Seguíamos mirándonos y no había nada mejor, y eso que solo era el inicio de una larga noche.

Nuestras respiraciones comenzaron a acelerarse sin tan siquiera acariciarnos. Aunque lo necesitaba.

Su mano se instaló a un lado de mi rostro y rápidamente comencé a estremecerme mientras con el pulgar recorría mi mejilla, descendiendo hasta llegar a mi boca. Cuando entreabrí, tiró del labio inferior y respiró hondo. Se alejó unos centímetros y me miró, antes de centrarse en mis labios y besarme. No lo dudé ni dos segundos. Le correspondí, y rápidamente su lengua buscó la

mía. Su toque era cálido y excitante. En ese momento, no había nada más en este mundo. Todos mis sentidos seguían el ritmo desenfrenado de nuestros labios que chocaban entre ellos una y otra vez.

Me rodeó la cintura con un brazo y, en menos de un segundo, me colocó en su regazo sin separar nuestras bocas. Me agarré a su cuello, sujetando la base de su pelo, mientras sus manos viajaban hasta mis caderas y me presionaban hacia abajo. Solté un gemido al sentir su erección a través de sus vaqueros y la tela de mi short.

Un gruñido se quedó atrapado en su garganta y sus cálidas manos ascendieron por mi espalda, por debajo de mi blusa. Noté diferentes sensaciones cuando sus dedos tocaron mi piel.

No podía pensar en nada más que en ese momento. En ese maravilloso momento. Pensé que me quitaría la blusa, pero, en vez de eso, me sujetó colocando sus manos abiertas en mis nalgas y se levantó. Le rodeé la cintura con las piernas para evitar caerme. (Lo que menos necesitaba en ese instante era alguna embarazosa caída. Y más valía que no se le ocurriera a nadie interrumpirnos, porque me encargaría de que no viviera para contarlo.)

Pero, gracias a todos los santos, eso no sucedió.

Frank me llevó a su habitación. Ya había anochecido. Nada mejor que la oscuridad para incrementar la intensidad del momento que estábamos viviendo. El aroma de su perfume invadía la habitación. Cerró la puerta de golpe con un pie y se dirigió a la cama.

¿Estaba sucediendo? Sí. ¿Estaba nerviosa? Sí. ¿Estaba excitada? Definitivamente, sí. ¿Me entregaría a Frank en este momento? Sin dudar, y sin ningún arrepentimiento posterior. Aunque esta fuera mi primera vez, me entregaría por completo. Me perdería en él hasta quedar exhausta.

Me dejó caer con suavidad hasta que mi espalda descansó sobre la cama. Rompió el beso para quitarse la camisa y se puso encima de mí. Al momento en que volvimos a unir nuestros labios, mis dedos exploraron su torso con detenimiento. Sus manos llegaron al borde de mi blusa y fue subiéndola con cautela, como si estuviera pidiéndome permiso. No protesté. Levanté los brazos y me la quitó, dejándola caer en donde se encontraba su camisa.

En la habitación, solo se oían nuestras respiraciones agitadas y nuestros suspiros. Sus labios se desplazaron hacia mi cuello y comenzó a besarme desde la mandíbula hasta el hombro. Me mordí el labio con fuerza mientras me sujetaba a su cabello.

—Te deseo, Alexa —susurró con voz áspera y ronca—. Quiero estar dentro de ti.

Gemí. Empezaba a sentir cómo los músculos de mi vientre se tensaban al oírlo hablar así. Continuamos besándonos y tocándonos con lentitud, disfrutando de la calidez que nuestros cuerpos emanaban. Fue entonces cuando nos quitamos el resto de la ropa.

Cuando estuve desnuda, no me sentí avergonzada o temerosa. Él no apresuró el momento, al contrario, permaneció paciente y sin prisas.

La frustración apareció cuando sentí su enorme miembro en mi entrada. Dejó un beso suave en mis labios y levantó la cabeza, mirándome interrogante.

—Hazlo, Frank —dije, preparándome para sentirlo dentro de mí.

Hizo un movimiento rápido y tomó un preservativo del bolsillo de sus tejanos. «Sí que viene preparado», pensé.

Cuando volvió a ponerse sobre mí, su mirada se oscureció y me observó unos segundos.

Cerré los ojos. Sentí un dolor pasajero, pero en segundos desapareció, y entonces lo escuché gemir y yo empecé a hacer lo mismo mientras me agarraba a sus hombros y luego, a la siguiente embestida, le clavé mis uñas en la piel.

No sabía cómo describir aquella sensación exquisita. Simplemente, superó mis expectativas. Me sentía completa y llena. Cuando noté que apoyaba su frente en la mía, abrí los ojos. Me miraba con una intensidad impresionante. Apenas estábamos empezando y ya me sentía en el paraíso. Me sonrió con ternura y comenzó a moverse a una velocidad óptima. Moví mis caderas y lo escuché gruñir. Exploró y besó cada centímetro de mi piel mientras entraba y salía, y mis dedos recorrían su cuerpo, sintiendo el calor de su piel.

Experimenté una sensación indescriptible cuando aceleró el ritmo de sus embestidas. Cada vez que se deslizaba dentro de mí, unas descargas fantásticas recorrían mi cuerpo y perdía la noción del tiempo. Lancé un grito ahogado y

seguí su ritmo. La oleada de placer parecía no tener fin. Mi vista se volvió borrosa por un instante, y juro que vi estrellas, unicornios y fuegos artificiales. Mis músculos se cerraron alrededor de su miembro y no pude evitar soltar un grito agudo cuando sentí la explosión que se aproximaba. Cuando llegamos al éxtasis del placer, lo escuché gemir mi nombre y luego se desplomó.

Era lo más delicioso que había experimentado en mi vida.

—Te amo —murmuró, respirando con pesadez.

—Te amo —dije, mordiendo su labio.

Se quedó encima de mí con su frente pegada a la mía mientras nuestras respiraciones se normalizaban. Luego se acostó a mi lado y me arrastró contra él. Utilicé su pecho como almohada y lo abracé, entrelazando nuestras piernas. Una de sus manos me acariciaba la espalda desnuda y con la otra dibujaba círculos en mi cintura con el pulgar.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó, colocando su mejilla en mi cabeza.

No encontraba una palabra que describiera cómo me sentía.

Siempre había pensado que mi primera vez sería dolorosa, e incluso que me sentiría incómoda y muerta de vergüenza. Pero no fue así. Fue perfecta, inolvidable. Me sentía relajada, en paz y tranquila.

—Satisfecha —dije. Era la mejor palabra.

Riendo, besó mi coronilla y luego dejó salir un largo suspiro.

—Ha sido mi mejor regalo de cumpleaños —dijo.

Inmediatamente, levanté mi vista hacia él, esperando que me dijera que estaba de broma, pero, en vez de eso, me dedicó una sonrisa juguetona.

Si me lo hubiera dicho antes, en ese momento no me hubiera pillado por sorpresa. Me acababa de enterar que tenía veintiún años, y ahora tenía que asimilar que acababa de cumplir veintidós.

Bueno, qué más daba. Lo importante era que por fin habíamos podido tener sexo. Y estaba segura de que no me arrepentiría de ello.

Melancolía

El calor que rodeaba mi cuerpo era exquisito y adictivo. Sería una dicha quedarme así toda la eternidad. No había otra manera de despertar mejor que con los brazos de Frank alrededor de mi cintura y sintiendo su respiración en la piel de mi cuello.

Había dejado de ser virgen y no me arrepentía de ello, ni me sentía rara ni transformada... Bueno, quizá sí me sentía rara en el buen sentido.

Frotando mis ojos, me senté. Estaba desnuda al igual que Frank. Sonreí. Era un momento mágico y especial. Pensé que sería difícil superar las sensaciones placenteras que había experimentado, pero esperaba volver a sentir las pronto.

Estiré los brazos y dejé escapar un bostezo. Uno de esos que te indican que has descansado bien. Miré la hora. Eran las ocho y cuarto de la mañana. Vaya... Era domingo, no eran horas de levantarse, pensé. Me volví a la cama y me quedé observando cómo el pecho de Frank subía y bajaba de una manera relajada y tranquila. Suspiré.

Estaba para hacerle una foto con las sábanas cubriéndole solo de la cintura para abajo. Era tan guapo y tan condenadamente sexy.

Traté de borrar esos pensamientos y me levanté de la cama.

Cogí la ropa interior del suelo y una camisa del armario de Frank y me dirigí al baño, que se encontraba a un lado de la habitación. Minutos después, volví a entrar al cuarto mientras me secaba el pelo con una toalla, pensando que Frank

ya se habría despertado, pero no, aún seguía durmiendo como un bebé.

No encontraba las palabras para describir la felicidad que sentía. Haberme entregado a él había sido una de las mejores decisiones de mi vida. Sería el recuerdo más íntimo que guardaría en mi memoria.

Y ayer había sido su cumpleaños, y el muy idiota no me dijo nada. ¿Cómo no me di cuenta de que era su cumpleaños? Melina no me dijo nada tampoco, ni a mí ni a nadie.

Tal vez lo felicitó en algún momento en el que yo no estaba.

Si lo hubiera sabido, le habría comprado un pastel o algún regalo. ¿Qué podría regalarle? Bien, sin duda le regalaría algo. Buscaría un momento para ir a comprárselo, pero de momento le prepararía el desayuno. No era muy buena en la cocina, pero podía intentarlo. Tenía que aprender a cocinar. Le pediría a mamá su libro de recetas.

Al llegar a la diminuta cocina, busqué en el refrigerador y en los armarios ingredientes para elaborar algo rápido que no fuera muy laborioso. Pero no estaba muy surtido que digamos, y las pocas cosas que había ya habían caducado. Punto menos para Frank. Entendía que el apartamento había estado deshabitado durante dos largos meses, pero podría haberse pasado por aquí un momento para comprar alguna cosa. No tenía otra opción que ir al centro comercial.

Me puse los shorts y tomé mi móvil de la mesita que estaba al lado de la cama. Tenía tres mensajes de Karina preguntando qué tal me iba. «Se lo contaré todo después. Ahora quiero centrarme en preparar el desayuno», pensé.

Cuando comencé a buscar las llaves del SUV, vi que Frank comenzaba a moverse. Mierda, se estaba despertando, y yo quería darle una pequeña sorpresa. Movié el brazo sobre el espacio vacío que yo había dejado e inmediatamente abrió los ojos. Soltó un gruñido y levantó la cabeza, mirando alrededor. Cuando me encontró cerca de la puerta, sonrió.

—¿Qué haces despierta? Ven a la cama. —Esa voz rasposa y ronca que salía de su garganta me estremecía.

—¿Dónde están las llaves de tu coche? Necesito ir a comprar algo para hacer el desayuno —dije, tomando sus tejanos y buscando en los bolsillos. Nada.

—En la mesita que está en la sala. Me doy una ducha rápida y te acompaño — dijo, ahogando un bostezo.

—No, tú espérame aquí.

Frunció el ceño y se sentó.

—¿Por qué no quieres que vaya?

Puse los ojos en blanco.

—Frank, yo ya estoy vestida. Aún sigues medio dormido y tienes la almohada marcada en la cara. —Me reí, señalando su mejilla.

Sonrió y se masajeó la mejilla, como si eso fuera a hacerla desaparecer.

—¿Sabes conducir? —preguntó, alzando las cejas.

Claro que sabía conducir. No me consideraba una experta aún, pero podía manejar un auto sin problemas. Había conducido sola varias veces estando en la universidad, y también yendo con Karina, quien siempre solía enfadarse conmigo porque me saltaba las señales de stop. ¿Pero por qué detenerme cuando la calle estaba desierta?

No creía que hubiera perdido la práctica, además el coche de Frank era automático, así que básicamente solo tenía que acelerar y frenar. No podía ser tan complicado.

Dudó unos segundos, y al final cedió, pero me dijo que, si no regresaba en veinte minutos, llamaría a la policía, a los bomberos y a la ambulancia para asegurarse de que no me hubiera pasado nada.

Estaba exagerando. Claro que podía llegar a tener un accidente —como cualquiera—, pero no era tan estúpida como para conducir por la carretera como si estuviera en un circuito de carreras. Iría con cuidado, como cualquier conductor prudente.

Una vez en el centro comercial, compré cosas que hacían falta y todos los ingredientes necesarios para preparar gofres. No tardé mucho en tenerlo todo, así que fui a pagar a la caja con el dinero que Frank me había dado, ya que yo no había cogido mi monedero cuando salimos de casa. Siempre lo llevaba encima, pero como salimos forma tan repentina e inesperada, me olvidé de él...

Antes de salir del centro comercial, vi el videojuego de la saga que le faltaba a Frank en uno de los locales. Maldije mentalmente por no poder comprárselo,

pero me dije a mí misma que vendría a por él otro día.

Regresé al apartamento muy orgullosa de mí misma, tras adelantar a varios autos acelerando a una velocidad moderada. Dejé las bolsas sobre la encimera y me dirigí a la habitación, en donde Frank ya se encontraba vestido y recién duchado. Levantó la vista de su teléfono y me derritió con esa sonrisa encantadora.

—Estaba a punto de llamar a las fuerzas armadas para que fueran en tu búsqueda.

Se levantó de la cama y caminó hacia mí.

—Eres el rey del drama —dije, dejando las llaves a un lado de la cómoda.

Riendo, me atrajo hacia él y me sujetó por las caderas. Comenzó depositando besos en mi cuello y luego terminó con un mordisco en el lóbulo de la oreja.

—Anoche fue el segundo mejor día de mi vida —susurró.

—¿Y cuál fue el primero? —pregunté a la defensiva.

Me miró y me besó apasionadamente.

—Cuando te conocí.

Sin poder evitar ruborizarme, lo abracé.

Después de preparar el desayuno, Frank me felicitó y nos preparamos para regresar a casa.

Llegamos cerca de las diez de la mañana. No era una hora adecuada desde el punto de vista de mi padre, ya que había dicho que llegáramos temprano, pero tenía que comprender que teníamos que desayunar primero y mimarnos un poco después.

Melina estaba en la sala con Noah y Billy. Seguían hablando de lo que habían hecho en el campamento. Hice una mueca y me compadecí de Melina, quien nos sonrió.

Frank se acercó para darle un beso en la mejilla y saludar a los chicos. Fue mala idea. Fue mala idea. Billy le obligó a sentarse y comenzó a hablar. Melina aprovechó el momento y se levantó del sofá para irse a la cocina. Yo tampoco me iba a quedar. No tenía ganas de sufrir un dolor de cabeza, así que la seguí.

Miré por encima de mi hombro antes de entrar en la cocina y vi que Frank me fulminaba con la mirada por dejarlo solo en esa situación.

—Tu padre llamó hace media hora preguntando si ya habían llegado —me dijo Melina mientras se servía un vaso de agua.

Bufé. Pensé que se tranquilizaría un poco. Aunque si supiera que lo de la fiesta había sido una excusa de Frank para llevarme a su apartamento, se volvería loco. Peor aún, si llegaba a enterarse de lo que sucedió anoche le daría un paro cardíaco.

Cuando terminé de hablar con Melina sobre sus planes acerca de su nueva casa, subí a mi habitación. Llamé a Karina para decirle que me acompañara a comprar el regalo de Frank y cogí dinero de mi escondite.

—Bien, suficiente. Ya he oído bastante —estaba diciendo Frank cuando entré en la sala. Luego se levantó del sofá.

Noah y Billy se quejaron haciendo pucheros. Me miraron y sonrieron. Ni hablar. No pensaba ser su siguiente víctima.

—Ni se les ocurra... —les advertí, cuando comenzaban a acecharme.

Uno de ellos suspiró decepcionado. Lo sentía por ellos, pero prefería estar encerrada en mi habitación el resto del día antes que escuchar sus eternas historias.

—Solo te contaremos lo que pasó cuando fuimos a surfear —dijo Noah, mirándome con un brillo en los ojos.

—Había muchas chicas con bikini. ¿Tú usas bikini? —me preguntó Billy.

—Mmm..., sí —respondí, recordando el día que fui a la playa con Frank. Parecía como si hubiera sido ayer. Fue el día en que me dijo que le gustaba. Sonreí al recordar el momento.

—Estoy seguro de que te debe de quedar muy bien —comentó Noah, escaneándome de arriba abajo.

Dios... ¡Apenas tenían diez años y ya estaban coqueteando!

—¿Gracias? —murmuré indecisa.

—¿Por qué no te lo pones para que podamos verte con él? —preguntó Billy, observando mi cuerpo.

Bien. Estos niños estaban comenzando a intimidarme y a asustarme.

—Eh, aún son unos niños y ya tienen las hormonas revolucionadas. Fuera de aquí. Dejen en paz a Alexa —intervino Frank, empujándolos fuera de la sala.

Cuando Noah y Billy salieron quejándose, miré mi móvil. Karina estaba a punto de llegar.

—¿Esperas alguna llamada? —me preguntó Frank, mirando mi teléfono con recelo.

—Karina va a venir a buscarme. Necesita mi ayuda para comprar algo —dije, ocultando el nerviosismo de ser descubierta.

Frunció el ceño.

—Pensé que pasaríamos el día juntos —comentó decepcionado.

—No tardaré. —Le dediqué una sonrisa y asintió no muy convencido.

En ese instante, la pantalla del móvil se iluminó. No hubo necesidad de atender la llamada. El coche de Karina ya estaba aparcado frente a mi casa. Me despedí de Frank dándole un beso rápido y salí.

—Tienes mucho que contarme —dijo mi amiga cuando subí al coche.

Una sonrisa se me dibujó en los labios y puse los ojos en blanco. Intentaría hacerle un resumen de lo que había sucedido.

Una hora después, ya estábamos de regreso a casa. No me tomó mucho tiempo comprar el videojuego. Era el último que les quedaba, así que me sentí afortunada cuando por fin lo tuve en mis manos. Una chica intentó quitármelo, pero me aferré a él y fui directamente a la caja. Luego, fuimos a un local donde envolvían superbién los regalos. Yo opinaba que no era necesario envolverlo, pero Karina me convenció diciendo que se vería más presentable y tierno.

Cuando quedó envuelto en papel dorado y con un lazo azul brillante, fuimos a comer un helado y le conté la maravillosa noche que había pasado con Frank. Ella no dejó de suspirar y de decir: «¡Qué romántico!». Realmente había sido todo muy romántico.

Después estuvimos hablando de otras cosas, entre ellas, de la universidad.

Quedaban pocas horas para el lunes. Iba a echar mucho de menos a Frank. Demasiado. Si al menos estuviéramos en la misma universidad... Tendría que conformarme con verlo por las tardes y los días en los que estuviera libre de proyectos.

Me despedí de Karina y bajé de su auto.

Me encontré con un profundo silencio al entrar en casa. No se oían las voces chillonas de Noah o Billy. Subí las escaleras y, sin poder contenerme, llamé a la puerta de la habitación de Frank con el videojuego escondido detrás de mi espalda.

Abrió la puerta y sonrió.

—¿Cómo te ha ido?

No respondí. En silencio, le mostré el regalo. Miró mis manos y se volvió hacia mí frunciendo el ceño.

—Nunca es tarde para desearte feliz cumpleaños —sonreí inocentemente.

Lo cogió con mucho cuidado y lo desenvolvió. Me mantuve atenta a su reacción. Sus ojos se abrieron con sorpresa y levantó la vista.

—Has comprado el original —susurró, como si no pudiera creerlo.

—Sí —dije con orgullo.

Pasó la yema de los dedos por el plástico del videojuego y las comisuras de sus labios se estiraron, pero esa sonrisa desapareció.

—Ha debido de costarte una fortuna. —Volvió a fruncir el ceño y negó con la cabeza—. No puedo aceptarlo.

—Frank, no pasa nada...

—No debiste regalarme nada. Déjame pagarlo.

Se giró y se adentró en su habitación. Tomó su cartera y sacó unos billetes.

Oh, no...

—Toma —dijo, mostrándome el dinero.

Me crucé de brazos y negué con la cabeza.

—Estás siendo orgulloso.

Dudó durante lo que me pareció una eternidad.

—Bien, tú ganas. —Dejó a un lado el regalo y los billetes, y me abrazó—. Gracias.

—De nada —sonreí.

Se alejó unos centímetros y me besó. Seguí el movimiento de sus labios e inmediatamente me llevó contra la pared. Mis brazos rodearon su cuello y lo atraje hacia mí. El beso se profundizó y me perdí en la textura de sus labios.

—Te echaré de menos —murmuró sin despegar su boca de la mía.

Sabía a lo que se refería. Mañana se iba. No quería que eso sucediera. Rompí el beso y lo miré con tristeza, queriendo guardar en mi memoria cada detalle de su rostro.

Echaría de menos tenerlo en casa, verlo caminar sin camiseta, escuchar la música de su banda favorita en su habitación y sus miradas cuando estábamos comiendo...

Recordaría todo lo vivido, pero me sentía impotente por no poderlo revivir una vez más.

Frank se percató de mi silencio y levantó mi barbilla.

—Quiero que vivas conmigo —susurró, mirándome directamente a los ojos.

El final de un nuevo comienzo

Mi vida dio un cambio radical desde el momento en que Frank me propuso que viviera en su apartamento. Al principio, dudé. Era una decisión precipitada si te ponías a pensar con seriedad, pero aun así terminé aceptando.

Quería compartir cada uno de mis días con él y disfrutar cada segundo de su compañía. Quería despertar a su lado, sentir el calor de su cuerpo junto al mío y complacer el amor que nos teníamos el uno por el otro.

En el instante en que hizo su propuesta, mi cerebro se congeló y mis ojos se abrieron tipo búho. Su idea me había cogido por sorpresa. Estábamos pasando a otra etapa muy importante.

Generalmente, las personas deciden vivir juntas después de varios años de noviazgo. Yo no llevaba ni un mes saliendo con Frank, pero aun así sabía que lo nuestro era lo bastante fuerte como para que pudiéramos dar el siguiente paso.

No hubo necesidad de convivir más de lo que ya lo habíamos hecho. Además, no creía que fuera obligatorio tener que pasar años y años con una persona para empezar a convivir con ella. Mientras la conexión permaneciera al rojo vivo, no le veía ningún problema.

Otra cosa que me sorprendió, tras haber aceptado, fue su reacción. Sus ojos color avellana brillaron de felicidad y su sonrisa se llenó de satisfacción. Me levantó en sus brazos y comenzó a dar vueltas con rapidez. Enseguida me contagió su alegría y empecé a reír mientras estaba en el aire. Podría calificar el

momento en la categoría cliché de «escena romántica», solo faltaba que pétalos de rosas rojas cayeran encima de nosotros mientras dábamos vueltas en cámara lenta. Me hubiera parecido asquerosamente romántico si lo hubiera visto desde otra perspectiva, pero, siendo yo la protagonista de nuestra pequeña burbuja, me pareció un momento superespecial y tierno.

La tensión me dominó cuando pensé en mis padres. Principalmente, en una persona llamada Benjamín Owens, mi padre. Últimamente había sido razonable y comprensivo, pero no estaba muy segura de que estuviera de acuerdo con la noticia.

A eso de la seis de la tarde, llegaron los dos, y Frank fue el que los reunió en la sala. Fue el primero en iniciar la conversación. Les anunció sin rodeos que yo me iría a vivir con él. No estaba pidiéndoles permiso, estaba informándoles. Contuve la respiración, preparándome para escuchar la negativa de papá. De hecho, esperaba que se enfadara muchísimo conmigo, pero eso no sucedió. Se limitó a intercambiar miradas que no podía descifrar con mi madre.

El silencio se volvió incómodo y preocupante, y me sentí vulnerable. Si me quedaba en casa, sufriría la ausencia de Frank y nuestra relación se convertiría en una carga, y no quería que eso pasara.

El nudo que comenzaba a formarse en mi pecho desapareció cuando mi madre rompió el silencio con un «¿Están seguros?». No dudé ni un segundo en responder positivamente a su pregunta, explicando brevemente lo que sentía por Frank.

Mi padre puso mala cara y negó con la cabeza, pero no dijo nada en ese instante. Cuando se levantó del sofá, yo hice lo mismo. Si se le ocurría comentar algo desfavorable, me enfrentaría a él, pero, en vez de discutir, se acercó a mí y me abrazó. Mis brazos se quedaron en los costados por unos segundos antes de reaccionar.

—Eres mi única hija, Alexa. Te sostuve entre mis brazos cuando eras pequeña y te vi crecer... —murmuró en voz baja.

—Entonces, ¿estás de acuerdo? —pregunté, escondida en su pecho.

Lentamente, se fue alejando para mirarme.

—Algún día tenía que dejarte ir, y si esta es la manera en la que tienes que ser

independiente, entonces no te detendré. —Sonrió.

Soltando un suspiro, lo abracé de nuevo, observando a mamá, que estaba haciendo esfuerzos para no llorar. La situación empezaba a ponerse nostálgica y triste, y era algo que no me gustaba nada. Estaban exagerando, pero en cierto modo los comprendía.

Echaría de menos mi habitación y, principalmente, a mis padres. Echaría de menos esa casa. Todo lo que había vivido en ella durante esas vacaciones se quedaría grabado en mi memoria, pero continuaría creando nuevos recuerdos a partir de mañana, y lo mejor de todo era que Frank estaría en todos ellos.

Los abrazos se volvieron primordiales durante las siguientes horas. Melina, Noah y Billy ya estaban listos para marcharse. Frank había terminado de hacer su maleta y ahora estaba en mi habitación, ayudándome con las pequeñas maletas que había llenado. Decidí llevarme lo básico: ropa y algunas pertenencias personales.

Bajamos las escaleras y llegamos a la sala. Frank fue a dejar mis maletas y las de Noah y Billy en el SUV. Cuando mis padres se despidieron de Melina y los niños, se volvieron hacia mí. Mi madre comenzó a sollozar y me acerqué a ella para animarla con un abrazo.

—Te echaremos de menos —dijo, sorbiéndose la nariz.

—Mamá, no es para tanto. Vendré a visitarlos y ustedes podrán ir a verme cada vez que quieran. —Me quedé pensando en esto último un instante—. Bueno, tienen que avisarme primero.

No me gustaría que llegaran al apartamento y nos encontraran a Frank y a mí en la cama, sería demasiado incómodo y vergonzoso.

Mis sugerencias parecieron tranquilizarla, ya que se alejó, asintiendo, con una ligera sonrisa.

—No quiero que tus notas se vean afectadas, ¿entendido? —dijo mi padre medio bromeando.

Puse los ojos en blanco y le di un beso en la mejilla.

En eso, Frank apareció en la puerta. Era hora de irnos.

—¿Lista? Melina, Noah y Billy ya están en el coche. —Me ofreció su mano y la tomé, enlazando mis dedos con los suyos.

Estábamos a punto de salir cuando mi padre llamó a Frank, pidiendo hablar con él un momento. Asentí y besó mi frente, luego me fui al coche.

Ya había anochecido. De repente, sentí una enorme pereza ante la perspectiva de mañana. Tendría que levantarme temprano para ir la universidad. Volvería a la rutina, pero esta vez no estaría sola. Frank me hizo saber que había pedido el cambio a mi universidad. De hecho, ya tenía una cita concertada con el director. Genial.

Tras sentarme en la parte de atrás, Melina se giró hacia mí desde el asiento del copiloto.

—Gracias —dijo, sonriendo cálidamente.

—¿Por qué?

—Por conquistar el corazón de Frank. —Me guiñó un ojo y volvió a girarse.

Sonreí y suspiré. Él fue el que conquistó el mío, y sucedió sin que me diera cuenta. Cuando menos lo pensé, ya sentía algo por él. Al principio creí que era pura atracción física, pero acabé aceptando que estaba enamorada de él, y que él sentía lo mismo por mí.

—¿Vivirás con Frank? —la voz de Noah me devolvió a la realidad.

—¡Qué tonto eres! ¿No ves que sus maletas están en el coche? —intervino Billy, que se encontraba sentado en la orilla del asiento.

—Yo pensé que te irías con nosotros —dijo Noah, haciendo un puchero.

—Iré a verlos, ¿vale?

Asintieron con una enorme sonrisa. Giré mi cabeza y miré a través de la ventana, esperando impaciente. Al cabo de unos segundos, Frank salió de casa y mis padres se quedaron en el umbral de la puerta. Llegó hasta el lado del conductor y encendió el motor. Observando a mis padres, me di cuenta de que los echaría mucho de menos.

Cuando ambos hicieron un gesto de despedida con la mano, sentí que unas inesperadas lágrimas comenzaban a aparecer en mis ojos. Les devolví el gesto mientras el coche se ponía en movimiento, y seguí diciéndoles adiós con la mano hasta que los perdí de vista. Limpiándome las lágrimas de mis mejillas, me volví hacia al frente. Por el retrovisor, Frank me miraba de reojo. Sonrió suavemente cuando nuestros ojos se encontraron.

Durante el trayecto, Noah y Billy permanecieron en silencio gracias al iPad que Frank les había prestado. Pasados unos minutos, llegamos a la casa nueva de Melina. Los niños bajaron rápidamente y comenzaron a pelearse por quién sería el primero en utilizar no sé qué juguete.

Me despedí de Melina y luego Frank la ayudó con las maletas, acompañándola hasta la puerta.

Bajé del coche y me senté en el asiento del copiloto. No pude evitar reírme cuando Melina abrazó a Frank y él hizo una mueca. Se despidió de Billy y Noah, despeinándolos cariñosamente, y volvió a sentarse frente al volante.

—¿Qué te dijo mi padre? —pregunté una vez que ya estábamos en la carretera.

—Las cosas que ya sé —contestó con su vista enfocada al frente.

Como no dije nada, me miró de reojo y sonrió de lado al notar que lo observaba escéptica.

—Dijo que te protegiera, que te cuidara y que no te rompiera el corazón.

—¿Piensas hacerle caso? —bromeé, alzando las cejas.

—Pienso hacer todo eso y durante mucho tiempo. También dijo que durmiéramos en camas separadas, pero sabes que eso será imposible. —Me miró fijamente un momento, y luego devolvió la vista a la carretera.

Ruborizada, me giré hacia la ventanilla. Claro que sería imposible dormir separados, más aún cuando pasamos nuestra primera noche juntos ayer.

Comencé a pensar en lo que pasaría una vez que estuviéramos viviendo en el apartamento, solos, sin la presencia de mis padres o de Melina. Ahora nadie podría interrumpirnos y podríamos demostrarnos lo que sentíamos en cualquier sitio de la casa.

«Alexa, estás empezando a mostrar tu lado más perverso —pensé—. Por favor, guarda la compostura.»

El coche se detuvo frente al apartamento. Frank inmediatamente salió y vino a abrirme la puerta. Sonriendo, bajé y sentí la fresca brisa nocturna. Sujeté una de mis maletas y Frank me ayudó con la otra a la vez que llevaba las suyas.

Mientras caminaba detrás de él iba mirando a mi alrededor. Tendría que acostumbrarme a todo esto. Era lo que iba a ver todos los días a partir de ahora.

«Al ir y venir de la universidad, me encontraré con estos edificios y con el césped que los rodea», pensé.

Frank giró la llave de la cerradura para abrir la puerta de su apartamento y le cogí una de las maletas antes de entrar.

Los recuerdos de la noche vagaron en mi mente y los latidos de mi corazón comenzaron a acelerarse. Mis ojos viajaron por la acogedora sala, la pequeña cocina, la puerta del baño y la habitación de Frank o, más bien, nuestra habitación.

Suspirando, me giré hacia él. Encendió la luz y dejó caer las maletas al suelo. En su rostro apareció una sonrisa sincera y llena de orgullo. Tras cerrar la puerta, se acercó a mí, escondió un mechón de cabello detrás de mi oreja y fijó su mirada en la mía de una manera intensa.

—Bienvenida a tu nuevo hogar —susurró antes de besarme apasionadamente.

Capítulos extra

Franlexa

1

—Frank, ¿por qué no me has despertado? —me quejé, ahogando un bostezo.

Él se encontraba en la cocina terminando su desayuno con una sonrisa.

Nada más despertarme, me di cuenta de que era muy tarde. Faltaban más o menos veinte minutos para ir a la universidad y yo seguía soñolienta y con legañas en los ojos.

Salté literalmente de la cama y me duché como un torbellino. En cuestión de segundos estaba buscando qué ponerme en las maletas, ya que aún no las había deshecho.

Por la noche no nos resistimos al juego de miradas y aprovechamos la privacidad. Entre besos, caricias y susurros, llegamos a la habitación y lo siguiente que recuerdo es que estaba en la cama disfrutando con Frank. Fue la mejor manera de pasar la primera noche en nuestro nuevo hogar.

Así que me olvidé de sacar todas mis cosas de la maleta; después de nuestra intensa sesión de sexo, me acurruqué contra su pecho desnudo y me quedé profundamente dormida en cuanto mis ojos se cerraron.

Ahora, tras guardar los cuadernos en la mochila, me apresuré a terminar los huevos revueltos que Frank me había preparado.

Él, por cierto, se veía tranquilo y relajado, como si estuviera de vacaciones en

la playa observando el océano, mientras que yo estaba atragantándome con el jugo de naranja.

—Te odio —dije limpiándome la boca con una servilleta.

Él ya se había vestido y arreglado hacía rato. Llevaba puestos unos tejanos desgastados, una camiseta negra con una leyenda desconocida en el centro, que, por cierto, se ajustaba en la parte de la espalda y el torso. Su cabello brillaba y estaba despeinado como siempre, con ese toque sexy y feroz que lo hacía irresistible.

Una vez que terminé, miré el reloj del móvil. Solo faltaban cinco minutos para las ocho de la mañana. Mierda. No íbamos a llegar. Corrí al baño y me lavé los dientes. Cogí la mochila, salí del apartamento y subí al coche, donde me arreglé el cabello haciéndome una coleta. No quería llegar a la universidad como si me hubiera explotado una bomba en la cara.

Frank cerró la puerta detrás de él, se colgó la mochila en un hombro y caminó tranquilamente hasta el coche. Lo miré con el ceño fruncido. Lo estaba haciendo a propósito. Estúpido. Mi hermoso y adorable estúpido.

Cuando por fin encendió el motor, suspiré frustrada y me sequé las palmas de las manos en mis tejanos. No me gustaba ser impuntual. Además, los profesores no aceptaban excusas cuando llegabas tarde a sus aburridas clases.

Cuando aceleró, solté un grito agudo y me ajusté el cinturón.

Cuando llegamos, escuché el timbre que señalaba el inicio de clases. A paso rápido, entramos en el edificio. No me sorprendió ver los pasillos repletos de estudiantes. Frank tomó mi mano para evitar que me perdiera entre los demás y llegamos a mi aula.

Me giré hacia él para despedirme y se adelantó uniéndome los labios con los míos. Me había cogido por sorpresa, pero le correspondí sin pensarlo. Cuando mis sentidos se dieron cuenta de que tenía que entrar en la clase, me alejé lentamente.

—Vas a llegar tarde a tu clase —dije cuando rodeó mi cintura con sus brazos.

—Primero tengo que ir a la oficina del director para arreglar los documentos del cambio de universidad, así que tengo tiempo.

Besó mi cuello y me reí.

Me habría quedado un rato más con él, pero por encima de su hombro vi que mi profesor se aproximaba hacia nosotros. Empujé con suavidad a Frank para que se alejara, pero él me abrazó con más fuerza. Le susurré entre dientes que me soltara, pero, cuando lo hizo, ya era demasiado tarde. El anciano profesor ya estaba a nuestro lado mirándonos con expresión de aburrimiento y fastidio.

—En cinco segundos cerraré la puerta —dijo, y entró en el aula.

Escuché un gruñido de Frank y lo besé en la mejilla. Luego entré en clase y cerré la puerta.

Al instante recordé lo poco que me gustaban tanto ese profesor como la asignatura que daba. Me senté detrás, donde Karina me estaba esperando con una sonrisa de oreja a oreja.

—Primer día de clase y llegas por los pelos. Puedo imaginarme quién ha sido el causante de tu retraso —dijo mirándome con complicidad.

—Imaginas bien —respondí, dejándome caer en el asiento. Luego saqué mi cuaderno de la mochila.

—Tuviste una desenfrenada noche de pasión, ¿verdad? —Arqueó las cejas y me golpeó en el hombro.

—Cállate —dije ruborizada al ver que algunos compañeros nos miraban de reojo.

Cuando el profesor comenzó a explicar qué temas estudiaríamos ese semestre, sentí que me daban un toque en el hombro. Me giré y una chica de la que no recordaba el nombre me entregó discretamente un papelito. Me volví en mi asiento y lo desdoblé en mi regazo: «Estás muy guapa hoy».

Arrugué el papel y lo mantuve en mi puño cerrado. Sabía perfectamente quién me lo enviaba. Una vez que el profesor empezó a escribir en la pizarra, miré hacia atrás para confirmar mis sospechas. Allí estaba Fernando, en el fondo de la clase. Me sonrió y puse los ojos en blanco antes de volver a mirar hacia delante.

Pensaba que me había librado de él. No podía ser más cínico. ¿Cómo se atrevía a escribirme ese mensaje como si no hubiera pasado nada? Tendría que soportar su presencia el resto del semestre, pero le ignoraría; sería lo mejor. No pensaba caer en sus redes de mentiras y mucho menos retomar nuestra amistad.

Cuando las primeras horas de clase terminaron, salí del aula suspirando de

felicidad con Karina a mi lado.

Por los pasillos me encontré a Nathan con su amiga Dalia y a Drake, el novio de Karina. Al cruzar por la esquina de los pasillos, vi a Frank, que bajaba por las escaleras del segundo piso. Era donde daban clase a los estudiantes a los que les faltaba un año para licenciarse en sus respectivas carreras. En su caso, en administración de empresas.

Me besó en los labios de manera rápida y pasó su brazo sobre mis hombros mientras nos dirigíamos a la cafetería. Mientras caminábamos, noté las miradas interrogantes. Lógico, nadie conocía a Frank, e imaginé que sentirían curiosidad al verlo conmigo.

Tras comprar patatas fritas y unos sándwiches, tomamos asiento en una de las pocas mesas que se encontraban libres. Nathan sacó algún tema y todos estuvimos hablando mientras comíamos, pero de pronto a Karina se le ocurrió sacar el tema de Fernando.

—¿Qué decía la nota que te envió Fernando? —me preguntó.

Todas las miradas se enfocaron en mí.

—¿Qué nota? —dijo Frank, totalmente interesado en el tema.

Mierda.

—Una que Fernando le mandó —insistió Karina, tomando una patata frita.

La fulminé con la mirada para que captara el mensaje de no seguir hablando de la nota, pero ella simplemente se encogió de hombros como si no entendiera que hubiera algo malo en ello.

Frank, que estaba a mi lado, se volvió hacia mí con el ceño fruncido.

—¿Qué decía esa nota? —El tono de su voz no era para nada amable.

«Gracias, Karina. Muchas gracias», pensé.

—Nada de qué preocuparse —respondí, y volví mi atención al sándwich de pavo que, hasta ese momento, me estaba resultando delicioso.

—¿Te ha escrito algo que te incomodara? Porque, si lo ha hecho, se las verá conmigo —dijo buscando a Fernando por toda la cafetería, pero había muchos estudiantes, así que dudaba que lo encontrara.

Conociendo a Frank, sabía que si le decía lo que me había escrito en la nota, iría a advertirle una vez más de malas maneras que me dejara en paz. Pero era el

primer día de clases y meterse en problemas tan rápido no ayudaría en su expediente.

Cuando notó mi silencio, me miró interrogante. Me excusé, señalando mi boca llena de sándwich. El silencio duró unos segundos más hasta que Nathan continuó con la conversación que había sido interrumpida por mi imprudente amiga.

—Hemos pensado ir al gimnasio después de clases. ¿Te apuntas, Frank?

Se limitó a negar con la cabeza mientras le daba un trago a su bebida. ¿Estaba enfadado? Bueno, sería demasiado infantil si lo estaba.

Cuando terminó la hora del descanso, Nathan, Dalia, Drake y Karina se adelantaron por los pasillos que comenzaban a llenarse. Frank seguía en silencio desde que yo había evadido contestar sus preguntas sobre la nota. Pero no tenía por qué enfadarse conmigo, tenía que entender que era mejor ignorar a Fernando. Ya había salido de mi vida, y no quería que fuera un problema entre nosotros.

Justo cuando se iba a despedir para subir por las escaleras para dirigirse a su clase, lo detuve sujetándolo del brazo.

—¿Qué te pasa? —le pregunté, a pesar de que sabía muy bien el motivo de su actitud.

Dejando salir un suspiro, me rodeó por la cintura y depositó un beso en mi frente.

—Quiero saber qué decía esa nota. —El tono de su voz era áspero.

Fue mi turno de suspirar. Sabía que estaba inquieto por esa razón, pero decirle lo que Fernando me había escrito solo aumentaría la ira que comenzaba a crecer dentro de él.

—Olvídalo y quédate tranquilo. —Coloqué mis brazos alrededor de su cuello y le di un beso rápido.

—¿Cómo puedo estar tranquilo sabiendo que ese idiota está en todas tus clases? ¿Y si intenta...?

—No va a intentar nada, Frank. Vamos, no permitas que nos amargue el día —dije sonriendo—. Ya nos ha fastidiado bastante, ¿no crees?

Sonrió de esa manera con la que me hacía derretir y acercó su rostro a unos

centímetros del mío.

—Lo intentaré —susurró, rozando sus labios con los míos hasta que me besó.

Fue un beso lento y suave, pero intenso y posesivo a la vez. Por un momento dejé de escuchar los ruidos y los murmullos de los que pasaban por nuestro lado. Mi lengua chocó con la suya e inmediatamente me sentí acalorada. Por desgracia, nuestro momento fue interrumpido por la voz aguda de Karina.

—Es hora de ir a clase, Alexa.

Le di un último beso y me fui.

—Te veo en la salida —dijo él.

Asentí y me uní a Karina, quien se había despedido de Drake y ahora se encontraba con Dalia; una chica a la que no conocía demasiado, aunque, siendo amiga de Nathan, imaginé que sería simpática como él.

Nathan alcanzó a Frank y subieron juntos al segundo piso. Suspirando como una tonta enamorada, me giré dispuesta a empezar la clase de Ciencias.

Las siguientes clases fueron tan aburridas que comenzaba a tener dolor de cabeza, pero se me quitó al instante en que escuché el timbre de salida. ¡Por fin! Guardé las cosas en la mochila, me la colgué del hombro y salí del aula. Dalia y Karina me esperaban en el pasillo.

Afortunadamente, Fernando pareció calmarse y dejó de intentar hablar conmigo; algo que le agradecía.

Estaba agotada y cansada. Lo que quería era llegar a casa... Bueno, no exactamente a mi casa, ahora vivía con Frank... El caso era que quería llegar a casa y descansar un rato. Tenía demasiados datos, números y temas en mi cabeza; necesitaba darle un poco de descanso.

Primer día de universidad y ya sentía que me moría. No quería ni imaginarme cómo iba a estar cuando los profesores empezaran con los proyectos y deberes. Acabaría con el cerebro frito.

Tras despedirme de Karina y Dalia, me encontré con Frank en la salida, tal como habíamos acordado, y nos dirigimos hacia el SUV. Por su cara, noté que estaba tan cansado como yo.

Nathan nos alcanzó e intentó convencer a Frank para que los acompañara al gimnasio, pero él se volvió a negar, diciendo que tal vez otro día.

Al llegar al apartamento, lo primero que hice fue tirar la mochila al suelo y dejarme caer en el sofá. Necesitaba cafeína lo antes posible para recuperar las energías.

—Día duro, ¿eh? —dijo Frank mientras iba hacia la cocina.

—Odio la universidad —bufé, abrazando uno de los cojines acolchonados contra mi pecho.

Lo escuché reírse y luego regresó y se sentó a mi lado.

Encendió la televisión y se puso cómodo, dispuesto a ver un programa de fútbol. Mi móvil sonó y, gimiendo por tener que levantarme, fui a buscarlo a la mochila. Me alegré cuando vi el número de mi madre.

Volví a sentarme en el sofá mientras le contaba cómo me había ido el día. Me hizo saber que me visitarían el viernes o el fin de semana, ya que al día siguiente salían los dos de viaje de negocios.

Al parecer, solicitaron la ayuda de mi padre para un nuevo proyecto de la compañía y, como mamá también estaba implicada en él, viajarían los dos.

Tras colgar, me acomodé, dejando caer mi cabeza sobre el hombro de Frank y subí mis piernas en el sofá mientras texteaba con Karina.

—Tengo que ir a comprar al súper —dijo Frank, bajando el volumen de la televisión cuando aparecieron anuncios publicitarios.

Cierto. Lo único que nos quedaba en la cocina eran los restos de los ingredientes que utilicé para preparar los gofres. Cómo olvidar ese día. Fue cuando desperté renovada.

Volviendo al tema, necesitábamos comida para poder sobrevivir las próximas semanas.

—¿Quieres ir ahora? —le pregunté, algo contrariada. Estaba cansada y no me apetecía recorrer los pasillos del centro comercial.

—Sí, me estoy muriendo de hambre.

Se levantó del sofá y sacó las llaves del bolsillo.

—¿Quieres que te acompañe? —Suspiré y me recosté en el sofá, aferrándome a la comodidad.

—Veo que será mejor que vaya yo solo —sonrió y pellizcó mi nariz—. Regreso en un rato.

Asentí y salí por la puerta. Terminé de textear con Karina cuando me escribió que se iba con Drake a «pasear» y cogí el mando de la tele. Estuve zapeando, pero como no encontré nada interesante, apagué la tele. Tras dejar el mando sobre la mesita de centro, me levanté y me fui a darme una ducha.

Me encontraba sentada en la cama, leyendo el capítulo del libro de Literatura que se suponía que tenía que resumir, pero no lograba concentrarme y, además, no tenía ganas de escribir. Lo haría luego. Eran las cinco de la tarde, así que podría hacerlo por la noche o mañana por la mañana, ya que la clase comenzaba al mediodía.

Justo cuando cerré el libro y lo dejé sobre la cómoda, oí la puerta de entrada. Recogiéndome el cabello, que aún seguía húmedo, en una coleta, salí de la habitación. Frank estaba dejando las bolsas de la compra sobre la mesa. Le sonreí, pero mi sonrisa fue desapareciendo cuando vi lo que sujetaba en la mano.

—¿Qué es eso? —dije frunciendo el ceño.

Sonrió maliciosamente.

—Di «hola» al nuevo integrante de la familia —respondió feliz mientras dejaba un gato peludo de ojos azules en el suelo.

«Oh, no.»

2

Con movimientos sigilosos y lentos, el gato se desplazó husmeando alrededor de la cocina. Hubiera jurado que cuando se giraba hacia mí, me miraba con odio. Sus patas peludas comenzaron a caminar despacio, directamente hacia donde me encontraba.

—Frank, aléjalo de mí —dije retrocediendo.

Se rio y negó con la cabeza.

—¿Le tienes miedo a Doki? —preguntó, enarcando las cejas y con esa sonrisa

burlona que me hacía querer golpearlo, con amor, eso sí.

—Oh, si hasta ya le has puesto nombre. Y no, no le tengo miedo. Es solo que no me gustan los gatos —repliqué sin dejar de mirar a esa bola de pelos que se paseaba por todos lados.

—Alexa, es solo un gato —dijo, sacando las provisiones de las bolsas—. No te asesinará por la noche.

Eso que acababa de decir no había sido nada acertado.

La última vez que tuve un gato había sido a los once años. Mis padres me lo habían regalado por mi cumpleaños, se llamaba Kitty. Cuando era pequeña, me encantaba Hello Kitty, por eso le había puesto ese nombre. Me sentía feliz de tener a Kitty como mascota, me gustaba acariciar su pelaje blanco y jugar con ella con un hilo de estambre.

Cuando llegaba de la escuela, lo primero que hacía era ir a verla. Lo era todo para mí en esa época. Pero de un día para otro se volvió agresiva, y cuando intentaba acariciarla, me arañaba y me mordía. Mi padre me decía que era porque yo la mimaba demasiado, así que entonces dejé de tratarla con cariño.

Una noche, mientras dormía, Kitty empezó a arañarme la cabeza y a tirarme del pelo. Recuerdo que grité como una loca, porque no me la podía quitar de encima. Si no hubiera sido por mis padres, que llegaron a tiempo de librarme de ella, hubiera acabado con toda la cara llena de rasguños.

Ese mismo día, mi madre se la regaló a una de mis tías. Cada vez que iba a visitarlas, en cuanto Kitty se percataba de mi presencia, brincaba hacia mí con sus garras listas para atacar.

Fue un trauma temporal, pero, aun así, cuando me encontraba gatos vagando por las calles, los evitaba a toda costa. Me recordaban a Kitty; todos se parecían a ella. Y Doki no era la excepción. Aunque parecía tierno e inofensivo, no quería volver a pasar por lo mismo que había pasado con Kitty.

—¿Dónde has comprado a «Doki»? —le pregunté, dibujando las comillas en el aire para dramatizar.

—No lo he comprado, lo he adoptado, que es diferente. Me encontré a Joel en el aparcamiento del centro comercial con un pitbull. Me dijo que lo había adoptado. Me pudo la curiosidad y le pedí que me contara dónde estaba el local

en el que lo había adoptado y fui. Allí conocí a Doki, y el resto ya es historia — me explicó, y se sentó, dispuesto a abrir el paquete de comida china.

—¿Y tuviste que traer un gato? ¿Por qué no un perrito o un pez? —dije, tomando asiento frente a él.

Los perros eran más bonitos y divertidos. Podían defenderte de algún delincuente. Había visto en la tele miles de casos en los que el perro había ayudado a su dueño en situaciones peligrosas.

Nunca había escuchado que un gato hubiera salvado la vida de una persona, solo sabía que eran expertos en arañar y destrozar los muebles. Los cachorros de perro, en cambio, podían ser adiestrados y no causarte problemas, como afirmaba César Millán, el encantador de perros. Admiraba a ese hombre.

—El último perro que quedaba lo adoptó una anciana, así que no pude hacer nada. Era el gato o una serpiente. Y pensé que no te gustaría tener una en nuestro apartamento. Por eso traje el gato. ¿Quieres que lo devuelva y traiga la serpiente, que por cierto era una cascabel?

Obviamente, prefería el gato. Asumiendo mi derrota, tomé la cajita de arroz y los palillos y comencé a comer. No estaba de acuerdo con la idea de tener una mascota.

Me parecía tierno que Frank hubiera tratado de darme una sorpresa con el gato, pero no teníamos tiempo para cuidarlo. Por la mañana estábamos en la universidad y por las tardes teníamos que hacer deberes.

—Oye, supongo que me ayudarás a recoger las cacas de Doki —dije, mirando al gato que rondaba por mis pies.

—Le compraré la arena y lo demás. No te preocupes por eso —contestó tranquilamente, y luego le dio un trago a su bebida.

—Frank, tenemos que comprobar que tenga puestas todas las vacunas y también tenemos que llevarlo cada mes al veterinario... ¿De dónde vas a sacar el dinero? Los veterinarios cobran más que los dentistas.

Dios, ese gato nos iba a dar más preocupaciones que un bebé.

Fruncí el ceño cuando Frank volvió a reírse. Me encantaba su risa, era ronca y profunda, pero ese no era el momento adecuado para burlarse de mí.

—Deja de estresarte, si no te saldrán canas en tu precioso pelo castaño.

Escucha, a partir de mañana comenzaré a trabajar en un taller de coches con Joel. Me pagarán bien. ¿Algo más que quieras saber?

«Vamos, Alexa. Piensa algo, no dejes que se quede con la última palabra.»

—Vale, yo también comenzaré a buscar un trabajo —comenté, indiferente. Karina me había contado que estudiar y trabajar al mismo tiempo era pesado, pero tampoco podía quedarme a vivir aquí gratis. Tenía que aportar ingresos para que esto funcionara.

—No —lo escuché decir con seriedad.

Aparté la vista de mi comida y lo miré.

—¿Por qué no? Tengo que ayudar en algo, Frank. No dejaré que pagues los gastos del apartamento tu solo.

—Alexa, tu padre me dijo que no quería que tus notas bajaran. Si trabajas por las tardes, no tendrás tiempo para estudiar.

Tenía razón.

—¿Qué hay de ti? Tampoco tendrás tiempo para estudiar.

—Conozco al dueño del taller. Puede darme fiesta los días en los que tenga exámenes.

—Puedo conseguir un trabajo de unas pocas horas —insistí, encogiéndome de hombros.

Suspiró.

—Si es lo quieres, está bien. Pero ¿sabes por qué no quiero que trabajes? —dijo levantándose y caminando hacia mí.

—¿Por qué te preocupas por mí? —pregunté inocentemente mientras se acercaba.

Se inclinó hasta que logré sentir su aliento en un lado de mi cuello. Me estremecí y dejé de comer. Contuve la respiración cuando sus labios chocaron con la piel sensible de mi oreja.

—Porque necesito que cuides de Doki —susurró.

Puse los ojos en blanco y lo empujé. El gato podía cuidarse solo. No necesitaba una canguro.

—Por lo que veo, ya me estás reemplazando por una mascota —dije, fingiendo estar enfadada.

Negó con una sonrisa y me abrazó.

—Eso nunca —respondió, besando mi sien.

Después de terminar de comer, recoger la mesa y dejar el tema del gato en aras de la paz, comencé a escribir el resumen para la clase de Literatura. Pensaba terminarlo al día siguiente, antes de entrar a clase.

Estaba en la habitación, sentada en la cama con el portátil en mi regazo, mientras Frank estaba en la sala viendo televisión.

Doki estuvo paseando por la casa y no nos había molestado desde su llegada, pero de repente saltó a la cama y empezó a jugar con las páginas del libro. Le tuve que decir a Frank que lo sacara de mi vista. Esa era una de las muchas razones por las que no me gustaban los gatos. Lo mordían todo.

Cerca de las ocho y media de la noche, dejé de teclear y guardé el documento. Luego estuve chateando un rato con Nathan antes de apagar el portátil y dejarlo sobre la cómoda.

Levanté la vista cuando Frank apareció recién duchado en el umbral de la puerta, con solo una toalla rodeando su cintura.

«Dios santo.»

Pasé saliva mientras mi vista se recreaba recorriendo cada centímetro de su torso desnudo. Los músculos de su abdomen estaban relucientes y contorneados. Podía compararlos con alguna escultura. Eran firmes y definidos. Te quedabas hipnotizada mirándolos.

—Me estás provocando con esa mirada. —La voz de Frank me sacó de mi aturdimiento.

Ruborizada, me levanté y me dirigí al armario para buscar la maleta donde tenía guardadas parte de mis cosas. La abrí, saqué unos cuantos libros y los dejé sobre la cama.

Fue lo primero que había metido en la maleta la noche en que Frank me pidió que me fuera a vivir con él. No podía vivir sin ellos. Eran una parte importante de mi vida y, por lo tanto, debía llevarlos conmigo.

Cogí la pijama y la ropa interior. Era mi turno de ducharme. Me crucé de brazos con la ropa en las manos, esperando a que Frank me dejara pasar.

—¿Por qué no te has duchado conmigo? Hubiéramos ahorrado mucha agua —

comentó, y apoyó su brazo en el marco de la puerta.

—No me avisaste, así que tú tienes la culpa —repliqué, divertida.

—Puedo ducharme de nuevo —dijo, aflojando la toalla de su cintura.

—Quítate.

Sonreí y lo hice a un lado para poder salir de la habitación.

—Un día de estos nos ducharemos juntos —lo escuché decir mientras cerraba la puerta del baño detrás de mí.

Veinte minutos después, volví a la habitación con el pijama puesto, y vi a Frank junto a la cama, mirando interrogante uno de mis libros.

—¿Qué haces? —pregunté, curiosa.

Su perfume fue lo primero que percibí al entrar. Levantó la vista y me miró. Mis hormonas se revolucionaron al ver que solo llevaba un pantalón corto negro, lo que me permitía deleitarme con la visión de su pecho desnudo.

—¿Por qué las portadas de estos tres libros son tan raras? —dijo, frunciendo el ceño.

Bajé la vista a los libros y sentí mis mejillas arder. De todos los libros que estaban esparcidos por la cama, tenía que fijarse justamente en esos.

—¿Qué quieres decir? —dije, conteniendo la risa.

—Este tiene una corbata, este un antifaz y este otro unas esposas. ¿Qué tiene eso que ver con la literatura? —me preguntó, confundido.

«Si él supiera...»

—Me llevaría horas contártelo.

Me acerqué y tomé los dos últimos libros para guardarlos en la cómoda.

Cuando quise arrebatárselo el que sujetaba en la mano, inmediatamente levantó el brazo para impedírmelo.

—Frank... —le advertí, intentando recuperar el libro, pero siguió haciéndome rabiar.

—Déjame ver de qué va.

Me dio la espalda y se puso a leer la reseña de la contraportada.

No me gustaba que cogieran mis cosas y, mucho menos, mis libros. Pero que Frank estuviera interesado en uno de ellos me hizo sentirme especial. Aunque hubiera preferido que se hubiese fijado en otros. Ahora no dejaría de meterse

conmigo por leer ese tipo de literatura.

Pasados unos segundos, se giró hacia mí y no me sorprendió su forma de mirarme. Su expresión era una combinación de malicia y asombro.

—Es una novela erótica —dijo con una sonrisa.

—¿Me la devuelves, por favor? —exigí, mostrando mi mano.

—No sabía que leías este tipo de cosas, Alexa —comentó, arrugando la frente.

—Es solo una historia, Frank.

Suspiré.

—Nos puede servir —dijo, hojeando las páginas.

—¿Qué?

Sonrió de lado y continuó leyendo. En eso, apareció Doki y lo ahuyenté porque quería subirse de nuevo a la cama. Me hizo caso y se fue de la habitación. Me volví hacia Frank, esperando con impaciencia que me devolviera el maldito libro.

—Podemos hacer esto —dijo, y se colocó a mi lado, señalando una de las muchas escenas descritas.

Reí con nerviosismo y me tapé la cara con las manos.

—Pero primero necesitaremos ir a un ascensor —añadió, concentrado en la lectura.

Aproveché que estaba distraído para arrebatarse el libro. Gruñó, pero no intentó quitármelo cuando lo guardé en uno de los cajones de la cómoda.

—No me gusta la lectura, pero creo que voy a comenzar a leer ese libro. Parece muy interesante —dijo, moviendo las cejas de manera lujuriosa.

Negué con la cabeza y caminé hacia la puerta para ir a la sala, pero me detuvo, sujetándome por detrás de la cintura.

—Tienes una mente muy traviesa, Alexa —susurró, dejando besos en la parte baja de mi cuello.

—No más que tú —respondí, y cerré los ojos para disfrutar mejor de sus caricias.

—Cierto —dijo, y me giró para quedar frente a él.

Nuestras miradas se encontraron y, poco a poco, su rostro se acercó hasta que nuestros labios se conectaron. Nos besamos con intensidad y pasión. Podía sentir

sus latidos acelerarse por la cercanía de su pecho en el mío.

Su lengua estaba caliente y densa, y me aferré a él deseando más. Una de mis manos llegó a su cuello mientras que la otra vagaba por su abdomen. Sus manos me atraían a su cuerpo con desesperación para hacerme notar su erección. Fue caminando hacia atrás sin soltarme y se sentó en la cama. Me puse en su regazo y continuamos besándonos con profundidad y deseo.

Comenzaba a sentir calor a mi alrededor, despegué mis labios de los suyos por un momento y me quité la blusa de tirantes. Cuando sus manos cálidas tocaron mi piel desnuda, me encendí. Subí mis manos a su nuca y sujeté su pelo con fuerza, uniendo nuevamente nuestras bocas.

El gemido ronco que soltó me excitó aún más y lo empujé hacia atrás, haciendo que cayera en la cama sobre su espalda. Mis caderas hicieron un movimiento involuntario y logré sentir su erección debajo de mí.

Estaba a punto de abrir el botón de su short cuando sentí otra presencia a mi lado.

—Estúpido gato, fuera de aquí —le exigí, pero el felino se quedó ahí maullando y mirando a su alrededor.

Frank lo miró sonriendo y negando con la cabeza, pero yo me levanté de su regazo al ver que Doki no daba señales de moverse.

—Tal vez tiene hambre —dije, respirando con dificultad.

—No lo creo. Le he puesto comida hace rato. —Se sentó y bajó al gato con un movimiento de la mano—. Ve a explorar a otro lugar del apartamento, amigo, este está ocupado.

Se levantó de la cama, cerró la puerta y se volvió hacia mí.

—¿Dónde estábamos?

—En el momento en que tenemos que cenar y yo debo cuidar de nuestra mascota —dije, poniéndome la blusa.

Volví a abrir la puerta y salí de la habitación con una sonrisa.

Se quejó y regañó a Doki diciendo: «Tienes un punto menos por habernos interrumpido».

Los siguientes días fueron transcurriendo con normalidad. Después de la universidad, Frank se iba a su trabajo y regresaba antes del anochecer. Karina me habló de varios sitios en los que ofrecían empleos de medio turno y con el fin de semana libre.

Dejé mi currículum en dos de ellos: en un restaurante en el que buscaban una camarera auxiliar y en una biblioteca, para ser encargada de mostrador. Al cabo de dos días, me llamaron de los dos sitios diciendo que aceptaban mi solicitud. Así que elegí el trabajo que más me gustaba; es decir, encargada de la biblioteca.

El jueves fue mi primer día. Al principio estaba nerviosa, pero me concentré en seguir las indicaciones de Priscila, la señora que me había contratado, y pronto me sentí cómoda haciendo mi trabajo.

Era sábado por la mañana, Frank y yo estábamos en la cama sin ganas de levantarnos. La semana había sido bastante tediosa; ambos habíamos estado muy ocupados.

Cada día nos levantábamos temprano, desayunábamos, íbamos a la universidad, regresábamos a comer y luego nos dirigíamos a nuestros respectivos empleos. Nos encontrábamos por las noches en el apartamento, para cenar y conversar, con la compañía de Doki.

También intentábamos llegar más allá de las caricias, pero, como siempre, Doki aparecía para interrumpir. Parecía que lo estaba haciendo a propósito.

—¿Qué quieres hacer hoy? —preguntó Frank, acostándose de lado para mirarme.

—Algo divertido —propuse mientras estiraba los brazos y las piernas.

—¿A qué te refieres con «divertido»? —preguntó, alzando las cejas mientras tiraba del borde de mi blusa.

—Depende de lo que estés pensando —le seguí el juego, acercándome a él.

Con una sonrisa, inclinó su rostro y comenzó a depositar suaves besos por mi cuello, bajando hasta mis pechos. Me estremecí cuando me dio un pequeño mordisco a través de la blusa. Continuó descendiendo, levantó la blusa y dejó mi

estómago al descubierto. Cuando sentí sus labios sobre mi piel desnuda, me reí. Levantó la vista y una ligera arruga apareció entre sus cejas.

—¿No me digas que tienes cosquillas? —dijo, mostrando una sonrisa maliciosa.

—No —dije rápidamente al ver sus intenciones.

Demasiado tarde. Sus dedos se instalaron en mi estómago y empezó a moverlos, haciendo que me retorciera de risa. Le exigía que parara, pero al final acababa riéndome a carcajadas. Sentí unas cuantas lágrimas caer de mis ojos e intenté quitar sus dedos de mi tórax, pero él se sentó en mis rodillas y continuó con su divertida tortura.

Suspiré y jadeé cuando finalmente se detuvo.

—Creo que me gusta más tu risa que tus gemidos —comentó, aún encima de mí.

Lo golpeé en el hombro y sonrió.

—Quítate, tengo que ir al baño —dije. Mi vejiga estaba a punto de explotar.

Salí del baño ahogando un bostezo y volví a la habitación. Justo en ese momento, sonó el timbre.

—¿Esperas a alguien? —me preguntó Frank, levantándose de la cama.

Negué con la cabeza. No podían ser mis padres. Por la noche mi madre me había mandado un mensaje para decirme que vendrían a vernos el domingo, o sea mañana. Aunque también podía ser que hubieran cambiado de opinión, pero lo dudaba. Crucé la sala y abrí la puerta.

Nathan y Joel estaban al otro lado, con cervezas en sus manos.

—¿Qué hacen aquí tan temprano? —les pregunté, frunciendo el ceño.

—¿Temprano? Son las once de la mañana —bufó Nathan.

Para mí, siendo sábado, era temprano.

—Además, necesitamos tomarnos esto con alguien —añadió Joel, moviendo las bebidas.

Puse los ojos en blanco y vi que sus miradas se posaban en mi pecho. Bajé la vista y sentí que mis mejillas ardían. No llevaba sujetador debajo de la blusa y ello hacía que dejara poco lugar a la imaginación.

Me aclaré la garganta y me crucé de brazos, intentado disimular mi vergüenza.

—Iré a decirle a Frank que están aquí.

Me giré y vi que él venía hacia nosotros, con los pantalones de franela y una camisa de tirantes blanca.

No le fue difícil adivinar por qué me cubría el pecho con los brazos y por qué tenía la cara roja como un tomate. Hizo una seña para que Nathan y Joel entraran y luego me sujetó de la cintura, apartándome unos metros de ellos.

—Será mejor que te pongas otra cosa, o tendré que liarme a puñetazos con mis amigos por estar mirándote de reajo —susurró antes de acercarse a ellos para saludarlos.

Sí, me pondría otra cosa, pero no porque él me lo sugería, sino porque me sentía un poco incómoda con el diminuto short que llevaba puesto y la blusa de tirantes que se pegaba a mi piel.

Me duché, me cambié y me recogí el pelo en una trenza mientras Doki vagaba por la habitación.

Luego fui a la cocina y me preparé unos huevos con beicon. Casi me atraganté cuando sentí a Doki ronroneando por mis pies. Me perseguía a todas partes, era muy molesto.

Bufando, continué comiendo.

Cuando terminé, minutos después, lavé el plato sucio y fui a la sala. Tenía pensado meterme en la habitación, no quería interrumpir la charla de «hombres», pero Nathan me dijo algo y acabé uniéndome a ellos.

—¿Qué harán hoy? —preguntó Joel, dejando su bebida en la mesita.

—No hemos planeado nada todavía —respondió Frank, mirándome por un instante.

—Bueno, yo había pensado que podíamos ir a NuvoClub. Me he enterado de que lo han reformado y de que lo abrieron la semana pasada —dije. Me lo había contado Karina.

—Oh, sí, mi tío es uno de los dueños. Podríamos conseguir las mejores mesas —anunció Nathan con orgullo.

—Pues no hay más que decir, entonces. Iremos allí esta noche. No te olvides de decírselo a Dalia —dijo Joel, dirigiéndose a mí.

Asentí con una sonrisa y miré a Frank.

—¿Estás de acuerdo con los planes para esta noche? —le pregunté, llamando su atención.

—Mientras tú estés presente, me parece perfecto —contestó, y me besó la frente.

Cuando comenzaron a hablar de fútbol, regresé a la habitación y le mandé un mensaje a Dalia y a Karina explicándoles los planes de la noche. Dalia me dijo que estaba ansiosa por ver a Joel. Me reí al ver los emoticonos enamorados y nerviosos. No recibí una respuesta inmediata de Karina, pero al poco rato me llamó.

—¿A qué hora estarán allá? —preguntó.

Parecía preocupada.

—A eso de las diez y media de la noche. ¿Por qué?

Sin sorprenderme, vi que Doki entraba a la habitación.

—Es que tengo que ir a dejar unas cosas a la casa de mi abuela —se quejó.

—¿Y? No creo que te lleve toda la noche —comenté, burlona.

—Claro que no, pero vive a las afueras de la ciudad.

—Entonces, ¿por qué no se las llevas ahora que todavía es pronto? —propuse.

—Es lo que había pensado, pero quiero que me acompañes.

—¿Ahora? —dije, haciendo un gesto a Doki para que bajara de la cama.

—Nooo, el año que viene. —Puse los ojos en blanco por su tono sarcástico—.

Claro que ahora. Paso a buscarte en quince minutos, ¿vale?

Le dije «de acuerdo» y colgué.

Doki había empezado a maullar. Fruncí el ceño y lo miré.

—¿Tienes hambre? —le pregunté, a pesar de que sabía que no me respondería.

Suspiré y cogí la bolsa en la que se veía la foto de un gatito en una cocina y le serví la comida en su plato de dos compartimentos. Inmediatamente, me siguió y comenzó a comer.

Después de lavarme los dientes, percibí un olor desagradable. Negando con la cabeza, fui a la sala.

—Frank, te toca cambiar la caja de arena de Doki —dije.

En ese momento, noté sonar mi móvil en el bolsillo.

Aún no habían pasado quince minutos y Karina ya estaba esperándome afuera. Debió de haber conducido a una velocidad de locos.

—¿Adónde vas? —me preguntó Frank frunciendo el ceño cuando me dirigí a la puerta.

—Me voy con Karina. Volveré en una o dos horas —respondí, bloqueando la llamada perdida.

Se levantó del sofá, dejando que Nathan y Joel continuaran con la conversación, y se acercó a mí.

—Exactamente, ¿adónde vas? —insistió, curioso.

—A casa de su abuela.

Asintió y me dio un beso rápido.

—No tardes —me advirtió antes de separar sus labios de los míos.

—Y a ti no se te olvide limpiar la arena del gato —le recordé, y solo obtuve una mueca como respuesta.

Tras despedirme de Nathan y Joel, salí del apartamento y divisé el auto inconfundible de Karina.

—¿Cómo has llegado tan rápido? —dije, cerrando mi puerta.

—¿Por qué crees que nunca llego tarde a la universidad? Soy buena conduciendo. —Se encogió de hombros y aceleró.

Pensé que Karina había exagerado cuando me contó que su abuela era muy pesada y que no había manera de irse cuando ibas a su casa de visita. Pero me di cuenta de que me equivocaba, cuando, después de una hora de estar en su casa, seguía sentada en su viejo sofá, escuchando sus anécdotas de juventud.

Karina me lanzó una mirada de «te lo dije» cuando vio mi cara de aburrimiento. Marie, así se llamaba su abuela, me pareció cariñosa y simpática al principio, pero acabé perdiendo la paciencia con ella y hartándome de escuchar sus historias y de beber té amargo.

Tuve que decirle que tenía una cita con el médico para que nos dejara marchar.

Frank me había enviado un mensaje para decirme que estaba en el bar con Nathan y Joel y que después iríamos a comer.

Mientras regresábamos de la ciudad, Karina encendió su iPod y fuimos

cantando la canción «Maps» de Maroon 5 mientras bailábamos en nuestros asientos alegremente. Eso sí, Karina seguía conduciendo con toda precaución.

Lo desesperante sucedió cuando, en medio de una larga carretera, el auto comenzó a hacer ruidos raros y se detuvo repentinamente.

—¿Qué pasa? —dije al ver que Karina giraba la llave, pero el motor no se encendía.

—No tengo idea.

Volvió a intentarlo, pero el resultado fue el mismo.

—Tal vez te has quedado sin gasolina...

Negó con la cabeza.

—No lo creo.

Bajó del coche y la imité. Abrió el capó y empezó a mover algunos cables.

—Creo que es la transmisión. Mi padre me dijo que lo llevara a un taller, pero pensé que no sería necesario. —Bufó, dejando caer el capó.

—Llamaré a Frank para que venga a buscarnos.

Asintió y saqué el móvil.

—Mierda...

—¿Qué?

Miré a Karina e hice una mueca.

—No hay señal —contesté, frustrada.

—Genial —dijo, masajeándose las sienes.

El coche tuvo que estropearse precisamente en medio de la nada. Y, por si fuera poco, no había señal de wifi. Y, para rematar, no se veía ningún otro vehículo por esa carretera. Qué curioso... Eran casi las tres de la tarde y a nadie se le ocurría tomar esta ruta. Creo que a eso se le podría llamar mala suerte...

—Caminaré un poco hacia el otro extremo de la carretera, probablemente consiga algo de señal —propuse, y me alejé de Karina.

—O simplemente podemos esperar a que algún auto pase por aquí para pedir ayuda. —Se apoyó en la puerta del conductor y cruzó los brazos.

Eso sería lo más factible, dado que no había muchas esperanzas de que los móviles funcionaran.

FRANK

La palabra «enfurecido» era suave para describir cómo me sentía. Era la décima vez que marcaba el número de Alexa y me daban ganas de golpear la pared cada vez que se escuchaba la operadora. Me estaba preocupando, y eso no me gustaba nada. Necesitaba encontrarla y asegurarme de que estuviera bien.

Negros pensamientos invadían mi mente y, en ese momento, me sentía impotente por no saber adónde ir a buscarla. Dijo que se iba a casa de la abuela de Karina, pero desgraciadamente no sabía la dirección.

Odiaba sentirme así, tan desesperado e impaciente.

—Cálmate, Frank. Te telefonaré cuando vea tus llamadas —me dijo Nathan desde el otro lado de la barra.

Estábamos en el bar al que solíamos ir. Joel me llamó diciendo que él invitaba y, después de limpiar y cambiar la arena de Doki, fui para allí. Había estado disfrutando de la charla con Nathan y Joel hasta que se me ocurrió llamar a Alexa. Las primeras veces que llamé y no me contestó, no me preocupé, pensé en cualquier razón lógica por la cual no podía responder.

Tampoco iba a actuar como un novio posesivo. Pero sí me preocupé cuando siguió sin contestar al llamarla la quinta y la sexta vez. Fue entonces cuando comencé a ponerme muy nervioso.

—¿Tienes el número de Karina? —Nathan asintió y me lo dio.

Suspirando, me llevé el móvil a la oreja después de teclear su número. Se escucharon los primeros tonos y luego su voz:

«Hola, soy Karina. Ahora no puedo atenderte, pero puedes dejar un mensaje...», colgué con un gruñido y me restregué la cara.

—Joder, no puedo esperar a que llame.

Le di un último trago al whisky que había pedido y caminé hacia la salida.

—¿Adónde vas, Frank? —me preguntó Joel.

—A buscarla. Iré a casa de los padres de Karina.

De ninguna manera me iba a quedar ahí sin hacer nada. No tenía ni idea de adónde ir, pero cualquier cosa era mejor que quedarme de brazos cruzados.

Al salir por la puerta metálica del bar, me topé con una persona.

—¡Fíjate por dónde vas, idiota! —dije sin mirar quién era.

—Tranquilo, amigo.

No estaba de humor para ese tipo de tonterías. Iba a escupirle en la cara que yo no era su amigo, pero entonces me di cuenta de que era Drake. En otro momento me hubiera sentido avergonzado por haberle hablado de esa manera, pero no ahora. No tenía tiempo para disculpas.

Drake se disponía a seguir su camino cuando lo detuve bruscamente al recordar que era el novio de Karina.

—¿Qué pasa, Frank? —preguntó, atemorizado.

—¿Sabes dónde vive la abuela de Karina? —dije, frunciendo el ceño.

Dudó un momento y luego asintió.

—Sé más o menos dónde es... ¿Por qué? —respondió, confundido.

—Necesito que me acompañes, ahora —dije sin darle oportunidad a que se negara.

—Está bien.

Nathan y Joel, que también habían salido del bar, se ofrecieron a acompañarnos, pero les dije que no era necesario.

—Los veré esta noche en el NuvoClub —ambos asintieron, y me fui con Drake.

En el trayecto, le conté por qué necesitaba saber la dirección de la abuela de Karina. El muy estúpido ni se había dado cuenta de que su novia no contestaba el teléfono. Idiota. Aceleré y el SUV se desplazó a toda velocidad por la carretera como si fuera una pista de hielo.

Durante todo el camino no dejé de llamar a Alexa a la vez que conducía, y la ira iba en aumento cada vez que ella no me respondía. Temía que algo malo le hubiera sucedido.

Drake intentaba distraerme hablando sobre cosas que a mí no me interesaban. Asentía, pero realmente no dejaba de pensar en Alexa. Intentaba ser optimista y convencerme de que nada extremadamente grave le había sucedido, pero no lo lograba.

Me di cuenta de que estábamos a las afueras de la ciudad cuando vi que no había nada más que naturaleza a nuestro alrededor. La carretera era lineal y

parecía no tener fin. Aceleraba y aceleraba, y seguía viendo el mismo paisaje.

Tras conducir varios kilómetros, me sentí aliviado al ver el auto de Karina aparcado en el segundo carril. Conforme me acercaba, logré ver con más claridad y divisé a Alexa y Karina. Vi otro coche detrás y a tres hombres, de unos treinta años aproximadamente.

Cuando frené a unos metros, Alexa se giró y sonrió inocentemente. Dejé salir un suspiro tranquilo. Me alegré de haberla encontrado.

4

FRANK

Drake y yo bajamos del coche. Los tres hombres nos miraron con recelo.

—¿Todo bien? —pregunté mientras me acercaba y me ponía al lado de Alexa. Ella asintió.

—Por ahora.

—Bueno, muchas gracias por ayudar a solucionar el problema del coche —le dijo Karina a uno de los hombres.

—No es nada, solo recuerda llevarlo a algún taller antes de que deje de funcionar por completo.

—¿Él es tu hermano?

Enfoqué la mirada en el tipo que estaba frente a mí y fruncí el ceño.

Alexa sonrió y tomó mi mano.

—Es mi novio —respondió, mirándome de reojo.

—Oh —dijo un poco decepcionado.

—¿Nos vamos? —preguntó Drake, caminando hacia Karina.

Me fui calmando cuando los tres hombres robustos se dirigieron a su auto y se despidieron educadamente. Bufé. Actuar de manera caballerosa no les pegaba, seguro que así conseguían a algunas mujeres. Estúpidos.

—Nos vemos esta noche —dijo Karina antes de sentarse en el lado del copiloto mientras que Drake se ponía al volante.

Me volví hacia Alexa, sujeté su rostro y la besé suavemente.

—Me tenías preocupado —susurré en sus labios.

—No tengo la culpa de que hayamos sufrido una avería en un lugar donde no hay cobertura —se defendió, acariciando mi mejilla.

—Tienes razón.

La abracé y le besé la frente, y luego subí al SUV.

—¿Adónde quieres ir a comer? —pregunté.

—¿Pizza te parece bien? —dijo.

Le sonreí a modo de respuesta y aceleré.

ALEXA

Después de comer, volvimos al apartamento, donde Doki nos esperaba. Lo primero que hice al llegar fue comprobar que la caja de arena estuviera limpia, y lo estaba. Como no teníamos mucho que hacer, nos sentamos en el sofá y pasamos el resto de la tarde mirando *Dos hombres y medio*.

Mientras veíamos la televisión, Frank recibió una llamada de Melina. Me alegró mucho escuchar su voz. Hablé con ella un rato y también con Billy y Noah, quienes dijeron que tenían muchas ganas de verme. Les propuse que sería genial que nos visitaran mañana, ya que mis padres también estarían en casa.

Cuando anocheció, ya estaba lista para salir a divertirme. Decidí usar un vestido azul coral ajustado. Me alisé el pelo y dejé que los mechones cayeran por mis hombros. Me apliqué una capa moderada de maquillaje, rímel en las pestañas, delineador y un brillo rojo en los labios. Complementé mi atuendo con unos tacones negros. No eran demasiado altos, así que podía caminar perfectamente con ellos.

Cuando tomé mi bolso, sonó el móvil. Era un mensaje de Karina, diciendo que ya estaba con los demás en el NuvoClub. También recalcó que había quedado espectacular tras la remodelación.

—Frank, ya están todos esperándonos en el NuvoClub —avisé, guardando el teléfono.

Percibí su perfume cuando me volví hacia él. Llevaba puestos unos tejanos claros y una camiseta oscura de cuello en uve. No dejaba de sorprenderme cada vez que lo veía. Estaba tan sexy que hubiera preferido que nos quedáramos en el apartamento, en nuestra habitación concretamente, pero no se puede tener todo en la vida.

Fue entonces cuando me di cuenta de que él tampoco se había movido. Estaba de pie, mirándome. Por el brillo de sus ojos pude adivinar que estaba pensando lo mismo que yo.

Esa idea era la más tentadora en este momento.

—Ese vestido, Alexa..., me está causando una erección —dijo, inspeccionándome de arriba abajo.

—Es bueno saber que el vestido tiene ese efecto —comenté divertida, colgándome el bolso de un hombro.

—Sabes a lo que me refiero —gruñó, y se acercó para rodearme la cintura con sus brazos—. ¿Podemos quedarnos unos minutos más?

Reí y me colgué de su cuello.

—¿Y qué haremos en esos minutos más? —pregunté, haciéndome la inocente.

—Muchas cosas —susurró.

Pero en ese momento su móvil comenzó a sonar.

Suspiró y atendió la llamada. No me asombró que nos interrumpieran, estaba acostumbrada a ello. Doki también apareció en ese instante y se apoderó de la cama, acurrucándose y dispuesto a disfrutar de una larga siesta.

—Joel ya está en el club. Dice que, si no llegamos en diez minutos, vendrán a patearme las pelotas —dijo tras colgar.

—No dejaremos que eso pase de ningún modo.

Se rio. Nos despedimos de Doki, que nos ignoró por completo.

FRANK

Una vez en el NuvoClub, pudimos sentarnos en las mejores mesas, tal como Nathan nos había dicho. El lugar estaba repleto de gente.

Pasé una magnífica noche con Alexa y mis amigos, hablando y riendo de las tonterías que contaba Nathan. No había nada mejor después de la semana estresante que habíamos tenido.

Alexa se fue con Karina y Dalia a bailar.

Cuando comenzó a sonar «Wiggle» de Jason Derulo, me fue imposible no acercarme a ella al ver cómo movía las caderas. Me abrí paso entre la gente y logré llegar a Alexa. Estaba de espaldas, y aproveché para abrazarla por detrás. Se sobresaltó un instante, pero cuando miró por encima de su hombro, sonrió.

—Hola, Frank...

Su voz era pastosa y sus ojos parecían desorbitados.

No era buena señal.

—¿Estás borracha? —le pregunté, y solo obtuve una risita de varios segundos como respuesta. Sí, lo estaba—. Karina, ¿cuántos combinados de vodka ha bebido? —grité para hacerme oír por encima del ruido de la música.

Se encogió de hombros y se empezó a reír como Alexa.

Estaban borrachas las dos.

En ese momento, apareció Drake y negó con la cabeza cuando Karina comenzó a coquetear con él de una forma en que no solía hacerlo.

—Es hora de irnos —dije, sujetando a Alexa de la cintura mientras se tambaleaba.

—No quiero.

Me empujó y me dio la espalda para continuar bailando.

—No estoy preguntándotelo —dije, volviéndola hacia mí, pero ella siguió ignorándome, hasta que se cayó de rodillas.

Madre mía...

La levanté, pero comenzó a chillar como una niña. Mi paciencia se estaba agotando. Suspiré mientras la sacaba de la pista. Forcejeó y no tuve otro remedio que cargarla sobre mi hombro como si fuera un saco de patatas. Sin importarme las miradas de los demás, salí de la discoteca.

Esta vez, se había excedido.

—Voy a vomitar —la escuché decir.

Gruñendo, la bajé hasta dejarla en el suelo y sonrió.

—Ja, te mentí —dijo, e intentó correr para entrar de nuevo en el NuvoClub.

—Mierda.

Suspiré y me restregué la cara mientras iba por ella.

Me esperaba una noche muy larga.

5

—¿Puedes quedarte quieta un momento, Alexa? —dijo Frank mientras me colocaba el cinturón de seguridad.

Pensé que lograría terminar de bailar la canción desconocida que sonaba en el club cuando pude zafarme de Frank, pero al cabo de unos segundos sentí sus fuertes brazos alrededor de mi cuerpo y volvió a llevarme fuera. Esa vez no me resistí.

Estaba mareada y muy cansada.

Hacía tiempo que no me excedía con la bebida. La última vez había sido en el cumpleaños de Karina, pero entonces no me sentí tan descontrolada como en este momento. Tal vez el vodka del NuvoClub era mejor; no lo sé.

Durante el trayecto al apartamento, me quedé observando el perfil de Frank mientras conducía a una velocidad moderada. Su mandíbula, que se contraía de vez en cuando, me indicó que estaba enfadado, pero no me importó. Tenía derecho a divertirme. No había nada de malo en tomar unas copas y sentirse en la cima, literalmente.

Tras unos minutos de silencio, con mi vista un poco desenfocada, vi que bajaba del coche. Lo rodeó y llegó a mi puerta, pero yo ya estaba fuera. No necesitaba su ayuda.

—Puedo sola.

Lo golpeé en el brazo cuando intentó sujetarme por la cintura.

Lo escuché suspirar mientras tomaba mi bolso y los zapatos de tacón. Al final, no los había soportado, y me los quité cuando estuve dentro del coche. No eran muy cómodos en las condiciones en las que estaba.

Di unos cuantos pasos y parpadeé al sentir que el suelo se movía, o al menos

eso me parecía. Me tambaleé a unos cuantos metros del apartamento y me quejé cuando me caí al césped.

—Ay, Dios... —escuché que decía Frank.

Me acosté boca arriba. No se estaba tan mal en el suelo después de todo. Me puse a mirar el cielo oscuro bañado de estrellas, preguntándome cuántas había, hasta que el rostro de Frank apareció delante de mi cara. Y parecía para nada contento.

—¿Piensas quedarte ahí toda la noche?

Era una opción tentadora. Dormir al aire libre me ayudaría a disminuir el calor que sentía correr por mis venas.

—Tal vez.

Frunció el ceño y comencé a reír.

En su frente aparecieron unas arrugas tan sexys que me entraron ganas de lamérselas... ¿Acababa de pensar eso? Sí, lo había hecho. Me reí con ganas y sin vergüenza alguna. No podía verme a mí misma, pero sabía que debía de parecer una loca.

Cuando logré calmarme, me incorporé, estuve un momento sentada y luego me levanté. Las manos de Frank pasaron por mi espalda, equilibrando mi postura. Con su brazo en mi cintura y sujetando mi bolso y mis zapatos de tacón, abrió la puerta del apartamento con la mano libre y entramos. El lugar me pareció tan siniestro que me entraron ganas de llorar. Menos mal que Frank encendió la luz.

Tiró las cosas que tenía en la mano en la mesita de centro y me llevó al sofá. En cuanto me senté, dejé caer la cabeza hacia atrás. Quería dormir durante toda la eternidad. Era extraño porque hacía unos momentos quería correr sin parar por la acera.

—Estás hecha un desastre.

Me volví y fruncí el ceño por su comentario ofensivo. Me entraron ganas de decirle lo mismo a él, pero, sinceramente, se veía como un rico bocadillo listo para ser devorado.

Sí, era probable que estuviera despeinada y que no tuviera un aspecto muy atractivo.

—Idiota —murmuré molesta con él y conmigo, y le oí reír mientras se dirigía al baño.

Ahora me dejaba sola en medio de la sala. Qué amable... Bostecé y me incliné hacia delante para coger mi bolso. ¿Qué hora era? En la pantalla del móvil vi que eran las 3.45. De nada servía que supiera la hora, pero por lo menos tenía la capacidad de descifrar el tiempo.

Me tensé cuando sentí algo peludo pasar por mis tobillos. Soltando un grito, levanté las piernas y las subí al sofá con desesperación. El maullido que escuché me tranquilizó. No recordaba con exactitud el nombre del gato, pero era algo así como Dagi, Doli, Debi, Daki... ¡Oh! Doki, se llamaba Doki. No estaba tan desorientada.

Volví a reírme mientras Doki caminaba hacia la cocina. Aparté la vista cuando desapareció y me volví hacia Frank, que se había desnudado. Bueno, no exactamente. Iba con unos bóxeres negros, pero para mi imaginación era como si estuviera desnudo.

No me di cuenta de la toalla húmeda que sujetaba hasta que se arrodilló frente a mí y comenzó a limpiarme la cara y el maquillaje de los ojos. Me estaba tratando como a una niña pequeña y no me gustaba.

—Frank, déjame en paz.

Lo alejé de mí bruscamente y me levanté para ir a la habitación.

Estaba quitándome el vestido cuando lo vi en la puerta, mirándome fijamente.

—No entiendo por qué estás enfadada conmigo.

Unió las cejas y me observó mientras me quedaba en ropa interior.

¿Estaba enfadada con él? Para nada. Menos aún cuando estaba de pie, mostrándome ese cuerpo escultural que despertaba mis hormonas pervertidas.

Fue entonces cuando me acerqué a él tratando de parecer provocativa, aunque sabía que, estando borracha, me vería algo ridícula.

—¿Por qué mejor no hacemos algo divertido? —le propuse, pasando mi dedo índice por su pecho.

Se rio y luego inspeccionó mi cuerpo con deseo. Cuando me miró, suspiró y jugueteó con su barbilla.

—Me encantaría, pero no lo haré.

Hice un puchero y me crucé de brazos.

—¿Por qué? Quiero follar contigo ahora —dije descaradamente.

Un brillo intenso pasó por sus ojos antes de responder. Tal vez lo estaba considerando.

—Y yo quiero hacerlo cuando no estés borracha, para que puedas disfrutarlo plenamente. —Sonrió y me acarició la mejilla cuando fruncí el ceño.

No era justo. Tal vez mis cinco sentidos no funcionaban del todo bien, pero sí lo suficiente para una sesión de sexo. Intenté utilizar todas mis tácticas sexys para convencerlo, pero me interrumpió con un bostezo.

—Es tarde, tienes que descansar —me sujetó suavemente del brazo, pero me detuve a medio camino cuando sentí que se me revolvía el estómago.

—¿Qué pasa? —dijo, preocupado.

Sin responder, me llevé la mano a la boca. Iba a devolver lo que había cenado en el club. Captó lo que estaba a punto de ocurrir y me llevó al baño. En cuanto me incliné sobre el inodoro, comencé a vomitar mientras sentía como Frank me apartaba el pelo detrás de la espalda.

«Esto no es para nada sexy», pensé.

Pasados unos minutos, tiré de la palanca y me incorporé. Mi garganta estaba seca y dolorida. Y seguro que mi aliento era asqueroso.

—Dame eso —dijo, y me quitó la pasta de dientes y el cepillo para ayudarme a lavarme la boca.

Una vez en la habitación, Frank me puso una de sus camisetas después de que yo me quitara el sujetador y lo tirara al suelo. Estaba agotada. Me acosté de lado y esperé hasta que sentí que la cama se hundía a mi lado. Abrí los ojos y vi que me miraba un poco divertido.

—Mañana te arrepentirás de haber bebido cuando te despiertes con una resaca horrible —dijo, dejando caer su mano en mi muslo.

Ignorando su comentario, sonreí y cerré los ojos. Sentí sus labios en mi mejilla y un susurro de buenas noches, y me quedé dormida.

Un sonido espantoso me estaba destrozando los tímpanos. Al abrir los ojos, sentí

un dolor insoportable en la cabeza. Mis sienes iban a explotar si seguía escuchando ese ruido que provenía de mi móvil. Supuse que Frank lo había dejado allí anoche.

¿Qué sucedió exactamente? Lo último que recordaba era que estaba bailando y bebiendo con Karina y luego... ¿qué? Sí, tal vez me había pasado bebiendo a juzgar por el dolor de cabeza que tenía. Parecía como si varios camiones de carga hubieran pasado por encima de ella una y otra vez.

Atendí la llamada sin ver el identificador, y me dejé caer de nuevo en la cama con los ojos cerrados y con mi brazo libre sobre la frente.

—¿Hola? —dije con voz adormilada.

—Alexa, solo quería decirte que nos retrasaremos unos minutos en llegar porque pasaremos a buscar a Melina y luego iremos a comprar algunas cosas para hacer el desayuno.

Abrí los ojos de golpe al escuchar la voz de mi madre.

Era domingo, el día en que venían a visitarnos. Mierda. Lo había olvidado. Eran cerca de las diez y media de la mañana y tendría que verlos con esta resaca que me estaba matando. No iba a ser fácil unirme a las conversaciones de mis padres si seguía con esta jaqueca.

—¿Estás ahí?

Me senté y me aclaré la garganta.

—Me parece bien, mamá —respondí, mirando a Frank, que comenzaba a frotarse los ojos.

—Nos vemos entonces —dijo.

Colgué y me levanté.

Necesitaba una ducha para disimular un poco mi aspecto de zombi. Si mi padre se daba cuenta de que me había emborrachado la noche anterior, empezaría con sus sermones, y no creo que pudiera soportarlos.

—Buenos días —dijo Frank con voz ronca. Me quedé en silencio, buscando desesperadamente la ropa adecuada en los cajones de la cómoda—. Por lo que veo, alguien está de mal humor.

Me volví hacia él y lo fulminé con la mirada.

—Mis padres y Melina estarán aquí dentro de nada —le avisé, y cerré el cajón

de la cómoda.

—Bueno, ya que vas a ducharte, lo haré contigo para ahorrar tiempo —dijo sonriente mientras se levantaba de la cama.

Tener a Frank completamente desnudo en la ducha no era una buena idea. Era una idea tentadora, pero, conociéndolo, terminaríamos en otra situación que no era apta para menores.

—Nos ducharemos juntos cuando no tengamos un límite de tiempo —dije, saliendo de la habitación.

Bajo la ducha, me enjaboné y me depilé las piernas y, también, las zonas estratégicas. Estaba lavándome el pelo cuando me entró champú en el ojo derecho. Maldije mientras me restregaba el párpado con agua. Era algo que me resultaba siempre muy molesto cuando me pasaba, pero hoy, con el dolor de cabeza que tenía, me irritaba más.

Al terminar de ducharme, regresé a la habitación y me vestí. Frank estaba hablando por teléfono con Drake. Lo supe porque le escuché decir su nombre y también logré saber que Karina estaba con resaca como yo.

Cuando finalizó la llamada, se acercó a mí y frunció el ceño al mirarme.

—¿Qué te ha pasado en el ojo? —preguntó un poco desconcertado.

Fue mi turno de fruncir el ceño, pero dejé de hacerlo al recordar el incidente con el champú.

—¿Está muy rojo? —dije después de contarle mi torpeza.

—Solo está un poco irritado.

Asentí y él me besó el párpado de mi ojo dañado.

—Eso no hará que la irritación desaparezca —dije, y me reí.

—Oh, vamos, los labios de Frank lo curan todo —comentó con tono de comercial mientras se dirigía al baño.

Volví a reírme mientras negaba con la cabeza.

Me senté delante del tocador para peinarme y maquillarme. Mientras me ponía rímel, pude recordar algunas de las cosas que había hecho la noche anterior. Una de ellas, acostarme en el césped y pedirle sexo a Frank. Genial. Debí de parecer desesperada en ese momento.

Cuando regresó recién duchado y vestido, sonó el timbre.

Ambos recibimos abrazos cuando abrimos la puerta. Melina estaba feliz por ver a Frank de nuevo. Sonreí cuando ella le apretó las mejillas como si fuera un niño y él rodó los ojos y se alejó de ella, avergonzado. Mis padres me envolvieron en sus brazos, mientras mi madre me contaba todo lo que había traído del centro comercial.

En la cocina, preparé el almuerzo con la ayuda de Melina y de mi madre mientras les contaba cómo me iba en el apartamento, en mi nuevo empleo y en la universidad. Frank y papá estaban conversando en la sala mientras que Noah y Billy se entretenían persiguiendo y jugando con Doki.

A mamá no le agradó cuando lo vio. Imaginé que se acordaba de lo que me había pasado con Kitty, pero no dijo nada. Mi dolor de cabeza parecía haber disminuido gracias a los analgésicos que me había tomado antes de entrar a la cocina.

Al mediodía, después de haber almorzado todos juntos, mis padres, Melina y los gemelos se despidieron. Agradecí que mi padre no hubiera hecho comentarios molestos. Solo se limitó a hacer unas cuantas advertencias acerca de utilizar preservativos, lo que fue suficiente para que Melina y mi madre continuaran con el tema, sin que Noah y Billy escucharan.

—No fue tan mal —dije, cerrando la puerta principal.

—¿Qué pensaste que pasaría? —me preguntó Frank.

—Temí que mi padre sospechara que ayer por la noche acabé borracha.

—Hablando de ayer por la noche, creo que tengo algo que hacer —comentó con una sonrisa.

—Ah, ¿sí? ¿Acaso tiene que ver con algo que dije?

Asintió y dio unos pasos hasta colocarse delante de mí.

—Este sería un buen momento para satisfacer tu petición de anoche —dijo, mirándome con intensidad.

Sentí cómo me sonrojaba.

Cuando quise responder, ya era demasiado tarde. Me levantó y le rodeé las caderas con las piernas mientras me colgaba de su cuello. Reí cuando me mordió el lóbulo de la oreja. Caminó a la habitación, cerró la puerta y me dejó caer en la cama sobre mi espalda.

—Es hora de complacer a mi chica —dijo quitándose la camiseta.

6

Habían pasado dos semanas. Dos estresantes semanas de proyectos, actividades extracurriculares y exámenes en la universidad. No me daba tiempo suficiente para estudiar en el trabajo y con suerte lograba terminar las tareas por las tardes. Las pocas horas que nos quedaban libres las utilizábamos para ducharnos, comer o dormir.

Se podría decir que Frank y yo éramos un desastre en esos días que parecían no tener fin. Nos desvelábamos intercambiando apuntes y puntos de vista sobre las asignaturas en las que teníamos que ponernos al corriente. La cafeína fue un elemento importante para permanecer despiertos por la noche.

Hasta el gato se aburría cada vez que entraba en la habitación y nos veía con la cabeza metida en los libros. Gracias a los recordatorios que tenía en el móvil, Doki no se murió de hambre. Y, para rematar, tuve la mala suerte de menstruar precisamente cuando tenía más presión en la universidad.

Gracias al cielo, por fin llegó el viernes por la tarde. Priscila, la encargada de la biblioteca, me dio el día libre, así que aproveché para lavar ropa, porque comenzaba a no quedarme nada limpio.

Tras colocar la ropa limpia en la cómoda, fui a la cocina y disfruté de un delicioso té frío. Dejé el vaso en el fregadero y suspiré al ver una montaña de platos sucios.

Después de las clases, Frank había invitado a Nathan, Joel y a otro par de chicos que no conocía. Le di su espacio para distraerse ya que yo no había ido a trabajar, pero jamás pensé que dejarían la cocina hecha un desastre. No tenía ni idea de qué fue lo que comieron, pero la prueba de que habían comido estaba ahí, en los platos y vasos sucios.

Negando con la cabeza, me dirigí a la sala.

Frank estaba con los videojuegos. Estaba tan concentrado en la pantalla que no se dio cuenta cuando me puse a un lado de la televisión con los brazos

cruzados. Debía recordarme a mí misma no dejarlo nunca solo con la Xbox, ya que se olvidaba de todo lo que estaba a su alrededor. Si el apartamento se incendiara, no se daría cuenta hasta que el fuego le estuviera quemando los pies.

No iba a quedarme ahí esperando a que me prestara atención. Desconecté la Xbox y la pantalla se oscureció al instante. Parpadeó lentamente y luego frunció el ceño, preguntándose qué había pasado. Fue entonces cuando me vio.

—¿Por qué lo has hecho? —me preguntó.

—Estaba hablándote —dije a la defensiva.

—Y yo estaba jugando en línea —replicó, como si eso fuera algo importante. Puse los ojos en blanco y me pedí mentalmente ser paciente.

—La cocina está hecha un desastre.

Se quedó pensativo.

—Ah, ¿sí?

Era el colmo. O estaba haciéndose el estúpido o estaba tratando de hacerme enfadar.

—Frank, no voy a limpiar lo que tú y tus amigos ensuciaron —comenté, molesta—. No soy la sirvienta de nadie.

Soltó el mando, lo dejó a un lado del sofá y sonrió. No lo encontraba gracioso, pero me encantaba esa sonrisa.

—Guarda las garras, leona. —Levantó los brazos aparentando tener miedo y se puso de pie.

—Y no se te olvide sacar la basura —le recordé.

—Oye, tampoco abuses. Tenemos que repartirnos lo de la limpieza.

Sintiéndome ofendida, empecé a enumerar con los dedos lo que había hecho desde que llegué de la universidad, mientras que él estaba en la cocina con sus amigos comiendo como caníbales.

—He cambiado la arena de Doki y le he dado de comer. He limpiado el baño y lavado tu ropa y las sábanas. He recogido tus calcetines, que estaban debajo de la cama, he limpiado la habitación y quitado la mancha de chocolate de la alfombra.

Asintió, dándose por vencido, pero luego entrecerró los ojos y me señaló.

—Lo de la mancha en la alfombra fue por tu culpa.

Reí levemente.

—Frank, yo no tengo la culpa de que la tarta de chocolate se te haya caído.

—No, pero fue idea tuya que la sostuviera en mi cabeza.

Volví a reír y me encogí de hombros.

Sí, le había dicho eso, porque él había asegurado que podía caminar de la cocina a la sala con la tarta en la cabeza, así que quise comprobarlo y, obviamente, no lo logró. Nos quedamos sin probar lo que había preparado y con una enorme mancha de glaseado de chocolate en la alfombra.

—No cambies de tema y ve a recoger la cocina.

Lo giré y lo empujé por la espalda.

—Yo no tiré esas palomitas al suelo —se quejó cuando llegamos a la puerta.

—Tal vez fue uno de tus amigos.

—Alexa, jamás terminaré de limpiar todo esto... —Hizo una mueca, mirando a su alrededor.

—Ese no es mi problema, y te recomiendo que la próxima vez les digas a tus invitados que sean más cuidadosos a la hora de comer.

Suspiró y comenzó a recoger las bolsas de patatas fritas de la mesa.

Sintiéndome satisfecha, volví a la habitación y comencé a leer un libro nuevo que había llegado a la biblioteca. Cuando Doki subió a la cama, no me molesté. Se recostó en mi regazo y se quedó dormido mientras yo leía.

—Estoy agotado, voy a morir.

Frank entró en la habitación y se dejó caer sobre la cama.

Miré el reloj, eran las ocho y nueve minutos de la noche. Estuvo casi tres horas limpiando. Me daba un poco de pena, pero era lo justo.

Dejé el libro en la mesita y me senté. Doki rápidamente salió disparado al suelo maullando y se fue.

—Eres un exagerado —dije, jugueteando con su cabello. Levantó la cabeza y me miró con cansancio.

—Necesito un poco de amor para sentirme mejor —propuso en tono provocativo.

—Interesante...

Ignoré su comentario y me levanté de la cama.

—Estás evadiendo mi propuesta —dijo, dolido.

—Estás agotado.

—No lo estoy cuando se trata de ti.

—Además, estás sudado —Arrugué la nariz.

—¿Y? ¿No te gusto así?

Se puso de pie y se quitó la camiseta.

Cerré los ojos por un instante y sacudí la cabeza. Tal vez estaba perdiendo la cordura, pero su pecho transpirado era una de las cosas más sexys que había visto en mi vida. Sí, algo no me funcionaba bien.

—Ve a ducharte primero —logré decir después de echar un vistazo a los músculos contorneados de sus pectorales y de su abdomen.

—Acompáñame —murmuró, acercándose sigilosamente.

Quería negarme, pero no pude. Tomé su mano y me llevó al baño. Una vez dentro, cerró la puerta y se quitó los tejanos. No sabía por qué me sentía nerviosa. Lo había visto desnudo, pero no en esta situación.

—¿Piensas ducharte con la ropa puesta? —preguntó en tono de burla al quedarse solo con los bóxers.

Olvidando mi timidez, me solté el pelo que se esparció por mi espalda, me quité la blusa y el short de licra y me quedé en ropa interior.

—Color negro, me gusta —dijo, bajándose el bóxer gris lentamente.

Me cubrí el rostro con las manos. El calor se arremolinó en mis mejillas. Quería verlo y a la vez no. Era una tentación para mi mente pervertida. Escuché su risa y percibí sus pasos hacia mí. Sentí su respiración y separé mis dedos para poder ver a través de ellos.

Me miraba divertido, con esa típica sonrisa egocéntrica en sus labios.

Sin decir nada, me dio la vuelta y fue entonces cuando pude retirar mis manos de la cara. Me estremecí cuando sentí sus dedos en mi espalda. Aspiré profundamente cuando me desabrochó el sujetador y sus manos subieron por mis hombros, tirando de los tirantes para que la prenda cayera al suelo.

Me cogió el pelo y me lo colocó a un lado de mi hombro. Besó mi nuca y me encogí por el tacto. Sus manos siguieron descendiendo hasta llegar al borde de

mis bragas, que él bajó por mis piernas. Yo hice un movimiento con mis pies para retirarlas por completo. Estaba totalmente desnuda, dándole la espalda. ¿Cómo no iba a estar nerviosa?

—Me encantas —me susurró al oído.

Sonreí y me giré hacia él sin temor alguno. Me inspeccionó detenidamente de abajo arriba. Cuando sus ojos llegaron a los míos, me congelé. Me gustaba la manera que tenía de mirarme; me hacía sentir delicada y especial al mismo tiempo.

Nos metimos en la ducha juntos charlando relajadamente de tonterías sin importancia.

Mientras le enjabonaba la musculosa espalda con la esponja y mordiéndome el labio, me sentí afortunada de tenerlo a mi lado, de que fuera mío.

Pensé que, tras terminar de enjabonarnos, la sesión de ducha habría terminado, pero pronto me percaté de que solo había sido el comienzo.

—Ahora sí me darás un poco de amor, ¿verdad? —preguntó Frank, pasando sus dedos por mi pelo mojado.

—¿Solo quieres un poco? —Alcé las cejas, inquisitivamente.

—Lo quiero todo de ti —murmuró, llevando mi espalda contra los azulejos fríos.

Sus labios entraron en contacto con los míos y su lengua comenzó a hacer de las suyas. Mi pulso se aceleró mientras me aferraba a él.

Capturó mi labio inferior entre sus dientes y sentí un hormigueo en mi vientre. Gemí y pasé los dedos por sus anchos hombros para luego rodear su cuello.

Su lengua se adentró con fiereza en mi boca y sus manos acariciaron mi cintura para después sujetar mis caderas y atraerme hacia él, haciéndome sentir la dureza de su cuerpo.

Sus manos descendieron hasta mis muslos y me colocó las piernas alrededor de su cintura. Su lengua seguía explorando mi boca, sin darme ninguna oportunidad de hablar o pensar.

Lo necesitaba a él y a nadie más. No estaba preocupada en absoluto. Frank no tenía que usar preservativos. Había empezado a tomar anticonceptivos la semana anterior, así que ahora podíamos disfrutar libremente.

La punta de su miembro amenazaba mi entrada. Mi cuerpo se tensó un momento al escuchar un áspero gemido. Se acomodó entre mis muslos y llevó su erección directamente dentro de mí.

Mi gemido agudo se perdió entre el sonido del agua que caía de la ducha. Jadeó, besando mi cuello y siguió hasta mis pechos. Su boca succionó uno de mis pezones y arqueé la espalda, apretando los dedos en sus hombros contraídos.

Salió de mí y volvió a entrar con precisión, más profundamente, y luego comenzó a moverse con intensidad. Yo seguí su ritmo, diciendo su nombre entre gemidos, mientras sus manos sujetaban mi trasero desnudo.

—Alexa —gruñó contra mi pecho—. Córrete para mí.

Estaba cerca, muy cerca de llegar a ese punto. Levantó la cabeza y me miró con atención. No aparté la vista mientras se movía dentro de mí con rapidez. Me estremecí al sentir la opresión que se aproximaba.

—Dios...

Las palabras se quedaron atascadas en mi garganta al sentir la descarga de placer que se desbordó en mi interior.

Gimió, llevando la cabeza hacia atrás y colapsamos juntos, sin sentirme avergonzada por el grito ahogado que lancé al final.

Nos quedamos escuchando nuestras respiraciones entrecortadas y el ruido relajante del agua que caía al plato de la ducha.

—Me encanta hacer el amor contigo —susurró, y luego me besó dulcemente.

7

Me quedé contemplando el rostro sorprendido de Frank. Sus labios estaban entreabiertos y parecía que se le iban a salir los ojos de las órbitas. No sabía si podía contener las carcajadas, pero quería disfrutar de la manera desconcertada en la que me miraba.

—¿Qué has dicho? —balbuceó; el tono de su voz era una mezcla de asombro y miedo.

Me mordí el labio, intentando no decir la verdad. Quería continuar

torturándolo con esta pequeña broma.

—Estoy embarazada —dije, apretando los labios para no reír.

Había estado en la habitación, terminando una de las tareas de la universidad, pero me aburría demasiado y de repente se me pasó por la cabeza ver cómo reaccionaría Frank si le decía que estaba esperando un bebé.

Obviamente, no estaba embarazada. Siempre usábamos protección. Además, añadir a una personita más no estaba en nuestros planes, apenas podíamos mantener a Doki. Ambos éramos demasiado jóvenes para una responsabilidad así, aunque Frank tenía veintidós años, era un inexperto en ese tipo de situaciones.

Tal vez era una broma cruel, pero, qué puedo decir, estaba aburrida.

Seguía estático y se olvidó por completo de la Xbox cuando confirmó que me había oído. Parecía que iba a desmayarse o quedarse en su sitio como si fuera una estatua. Parpadeó y dejó salir un suspiro eterno.

—Pero... hemos sido cuidadosos —susurró, aterrorizado.

Me encogí de hombros, sin poder articular una palabra. Si abría la boca, no iba a poder parar de reír y quería que la broma se prolongara un poco más.

—Diablos, Alexa, ¿qué haremos ahora? Un hijo nos cambiará completamente la vida.

Estaba tan pálido que me recordó a Edward Cullen, así que pensé que era suficiente. Estaba haciéndolo sufrir.

—Frank, no estoy... —se puso de pie y me tomó de los hombros.

—Tranquilízate, no tienes que hacer esfuerzos, ¿de acuerdo? Bien, no sé mucho de esto, pero necesitamos ir al ginecólogo y comprarte ácido fólico.

Su comentario me hizo poner los ojos en blanco.

—No, escúchame...

—Mierda, necesitaremos pañales, ropa de bebé y todas las demás cosas pequeñas de bebés —comenzó a enumerar mientras se hablaba a sí mismo caminando de un lado a otro.

—Frank, no estoy embarazada —levanté la voz para que se tranquilizara, pero estaba tan abstraído que no me escuchó.

—Voy a necesitar un libro para saber las etapas del parto y los dolores...

En un arranque de histeria, le di una bofetada y fue así como dejó de hablar.

—No estoy esperando un hijo —dije lentamente para que me entendiera con claridad.

Su mirada bajó un momento a mi vientre y luego me miró frunciendo el ceño.

—No estarás pensando en abortar, ¿verdad?

Mi mandíbula se abrió y me sentí ofendida. Una, jamás abortaría, y segunda, ¡no me había oído!

—¡Frank, no estoy embarazada! —grité. Mi voz resonó por todo el apartamento.

—Oh —dijo después de unos segundos.

—Lo siento. Estaba bromeando —sonreí, y él se quedó pensativo.

Después de lo que me pareció una eternidad, se restregó la cara y dejó escapar un suspiro de alivio.

—Me asustaste... ¿Estás segura de que era una broma? —dudó, bajando la mirada.

Gemí, fastidiada y asentí.

—Si sigues mirando mi barriga como si tuviera una criatura dentro, te golpearé de nuevo —le advertí, y rápidamente dejó de mirar.

—¿Por qué no me dijiste antes que era una broma? He estado a punto de tener un paro cardíaco —se quejó, llevándose una mano al pecho.

—Lo hice, pero no me escuchaste —repliqué, molesta.

—No bromees con eso, Alexa. Ya me veía cambiando pañales y preparando biberones —comentó, sentándose en el sofá y llevándose a su regazo.

Esa imagen hizo que considerara la opción, pero inmediatamente sacudí la cabeza. No estábamos listos todavía. Seguíamos en la universidad y teníamos que acabar los estudios antes de formar una familia.

—Serías un buen padre —dije, poniendo los brazos alrededor de su cuello.

—Y tú serías una pésima madre —dijo, divertido.

—¡Eh!

—Estoy bromeando.

Me besó en la frente mientras sujetaba mi cintura.

En eso, como si hubiera sido invitado, apareció Doki y se subió al sofá, a

nuestro lado. Se acostó y comenzó a lamerse el pelaje.

—Hoy tiene cita con el veterinario —recordé mientras Frank depositaba besos suaves en mi cuello.

—Puede esperar —susurró, mordiendo el lóbulo de mi oreja.

Suspiré y se me escapó un leve gemido.

—Frank, Doki nos está mirando.

Los ojos azules de aquel perverso gato estaban mirándonos con atención, como si supiera lo que estábamos haciendo. Me sentí intimidada, pensando que en cualquier momento saltaría y nos arañaría con sus garras.

—Tal vez necesita compañía —dijo, y nos quedamos mirando los dos.

—No quiero otra mascota aquí —respondí, adivinando sus intenciones.

—Algún día tendrá que aparearse, Alexa.

—Sí, pero no quiero tener el apartamento invadido de gatos —afirmé, negando con la cabeza.

—¿No te gustaría escuchar maullidos por las mañanas? —preguntó con una sonrisa.

Sabía que estaba tratando de hacerme rabiar, así que me levanté de su regazo y señalé a Doki.

—Llévalo al veterinario, necesita que le pongan las vacunas.

Suspirando, cogió las llaves de la mesita y luego a Doki.

—¿Vienes conmigo?

—No, tengo que terminar las ecuaciones de bioquímica —dije, recordando que había dejado los apuntes a medias.

—Está bien. No te estreses tanto, eso puede perjudicar al bebé —se burló, guiñándome un ojo y luego salió del apartamento.

Regresé a la habitación con una sonrisa e intenté concentrarme en acabar los ejercicios del libro.

Después de hora y media, Frank volvió, quejándose y maldiciendo mientras dejaba a Doki en el suelo. Le iba a preguntar por qué estaba de ese humor cuando vi unos rasguños que comenzaban a sangrar en su mano.

—Doki no se ha mostrado muy colaborador cuando le han puesto la inyección —me explicó haciendo una mueca.

Más tarde, durante la cena, siguió reprochándome la broma de la tarde; me dijo que había sido una mala jugada.

No era para tanto. Quiero decir, sí que tal vez había sido una broma pesada, pero me parecía exagerado que siguiera quejándose.

Además, había sido mi pequeña venganza. Hacía dos días, tras terminar de hacer el amor en la ducha, me mintió y dijo que era gay. Estuve a punto de llorar y de salir huyendo del apartamento. No por su «orientación sexual», no tenía nada en contra de los homosexuales, sino porque era incapaz de imaginarme la vida sin él.

Cuando dijo que era una broma, me enfadé y le pregunté si estaba siendo sincero, puesto que me había creído que realmente era gay. Entonces fue él quien se enfadó e insistió en que todo había sido una broma. Pero para continuar haciéndole rabiar, seguí diciendo que no había ningún problema por tener diferentes preferencias sexuales. Eso hizo que se arrepintiera de haberme gastado esa broma, y esa misma noche terminamos en la cama y me convenció de que era completamente mío.

—Vamos, ven a dormir —escuché decir a Frank mientras entraba en la habitación tras haberme puesto el pijama.

Sonreí y me acosté a su lado, apoyando mi espalda en su torso desnudo. Me rodeó la cintura y acercó su rostro, de modo que podía sentir su respiración en la nuca.

—¿Sabes qué fue lo primero que pensé cuando dijiste que estabas embarazada?

Suspiré, intentando ser paciente.

—¿Qué?

—Pensé: «¿Qué nombre le pondremos?» —susurró, dibujando círculos en mi vientre a través de la blusa.

—Frank, deja de pensar en eso, ¿de acuerdo?

Me desconcertó un poco su silencio. No tenía por qué tomárselo en serio.

Me giré para mirarlo por encima de mi hombro y lo encontré observándome con detenimiento. Sonrió, asintiendo y se acurrucó, enlazando sus piernas con las mías.

No sabía lo que pasaba por su mente y decidí no preguntar por miedo a saber la respuesta. Sería una elección muy precipitada. Llevábamos solo unos meses juntos y todo parecía estar bajo control; no quería imaginarme cómo sería nuestra vida si esperáramos un bebé. Fuera de bromas, me aterraba pensar en eso. No estaba lista para dar ese paso; nadie lo estaría en mi lugar.

Quería tener una vida más estable cuando decidiera ser madre y eso sucedería dentro de unos cuantos años más. No podía pasar en este momento, cuando todavía estaba estudiando; era demasiado joven. Tenía que ser consciente y realista. Simplemente, ser madre no estaba en mi lista de prioridades por ahora.

Pasaron varios minutos y sentí la oleada de sueño apoderarse de mi sistema. Bostecé y acomodé mi mejilla contra la almohada, sintiendo su suavidad. Al cabo de unos instantes, noté que Frank me acariciaba el pelo y me dejé llevar por sus caricias. Creo que lo último que escuché fue un susurro que decía: «Serías una mamá maravillosa».

8

El reloj imaginario que estaba en mi mente marcaba el tiempo con lentitud. Los segundos parecían cada vez más eternos mientras miraba al profesor con la peor cara de aburrimiento que podía poner. Era viernes y, como si lo hubieran hecho a propósito para fastidiarnos, organizaron una conferencia exactamente cuando faltaban unos minutos para la hora del almuerzo. Lo único bueno de esto era que las clases eran compartidas y Frank se encontraba a algunos asientos detrás de mí.

Quería salir de ahí y descansar en la habitación, comiendo todo tipo de comida basura, en vez de estar escuchando cómo estaba la economía del país. No me interesaba en absoluto. No podía hacer nada al respecto, aunque lo hubiera querido.

Miré por encima de mi hombro y localicé a Nathan con cara de no poder aguantar ni un minuto más. Me miró y articuló un «¡Vámonos de aquí!», haciendo un gesto de la cabeza hacia la puerta.

Me volví de nuevo. El profesor seguía señalando el texto que el proyector reflejaba en la pizarra. Sentía lástima por él. La mayoría estaba garabateando en los apuntes desinteresadamente, otros miraban por las ventanas y otros habían apoyado la cabeza en la mesa y estaban durmiendo.

No comprendía a los *nerds* que estaban al frente, anotando con precisión lo que decía el profesor. De cualquier forma, el examen sería horrible.

—Hay una relación directa entre la política y la economía, así que no es una gran sorpresa que la política pueda tener un impacto significativo en los mercados financieros...

—¿A quién mierda le importa eso? —dijo una voz masculina, llamando la atención de los demás.

Sonreí. Sabía de quién se trataba. Me giré y vi a Nathan sentado en el rincón de manera relajada.

—Es evidente que a usted no le importa, así que hágame el favor de irse fuera —exigió el profesor, indignado por la interrupción.

Nathan asintió y guardó sus cosas alegremente.

—Estaba esperando que dijera eso —comentó, y se puso de pie. Luego cerró la mochila mientras se escuchaban risitas ante su rebeldía.

Se desplazó por el aula, esquivando sillas y mesas y salió, dejando desconcertados a los cerebritos que parecían avergonzados de tener un compañero maleducado.

—Si alguien más quiere acompañarlo, tiene toda la libertad de hacerlo —propuso el profesor una vez que se aclaró la garganta.

—Con gusto lo haré.

Ese había sido Frank. ¿Qué diablos pasaba? ¿Era la hora en la que todo mundo se rebelaba? Imitó los pasos de Nathan y me miró, invitándome a seguirlo.

Pues no me iba a quedar atrás. Dando un último vistazo al frente, guardé mi cuaderno de apuntes y eché la silla hacia atrás, provocando un chirrido mientras me levantaba. Sintiendo la mirada de los demás y los ojos fulminantes del maestro, caminé hasta la puerta.

Frank esperó a que saliera primero, haciendo un gesto con su mano, y me fui

del aula.

—Hasta luego —se despidió Frank cínicamente con una sonrisa y cerró la puerta detrás de él.

—No nos dejará entrar en su clase de nuevo —dije, soltando una breve risa.

—Como si eso fuera una tragedia —comentó Nathan, quien estaba esperándonos en las escaleras.

—No iba a sobrevivir un minuto más ahí dentro —se quejó Frank, señalando con un gesto de la cabeza la clase que acabábamos de abandonar.

—Salgamos de aquí.

Nathan comenzó a caminar por los pasillos y lo seguimos. Nuestro camino estaba vacío y despejado. Una delicia en comparación con la asfixia que sentíamos durante los descansos.

—Tenemos que ir a buscar a Karina y Drake —les recordé antes de bajar por las escaleras.

—No será necesario.

Los tres nos volvimos. Ahí estaba la pareja.

—¿Cómo salieron de la clase sin que el *águila* se diera cuenta? —preguntó Nathan, sorprendido. Así llamábamos al profesor de Contabilidad. Sus ojos parecían estar atentos a cualquier movimiento, era como si tuviera un sexto sentido, aparte de que era el profesor más estricto de todos.

—Escapamos en un momento en que se distrajo —respondió Drake, como si no fuera una gran cosa.

Frank me pasó un brazo por los hombros y todos nos dirigimos a la cafetería.

Compramos lo necesario para comer y nos sentamos en una de las muchas mesas vacías. Me sentía un poco rara tras haber salido a mitad de una clase. No solía moverme de mi sitio cuando algún profesor nos invitaba a salir de su clase; todos sabíamos que hacerlo tenía consecuencias. Pero, en esta ocasión, me armé de valor y decidí dejarme llevar por la rebeldía, sin importarme lo que pasaría después.

—Reunión de estudio mañana en mi casa, ¿irán? —dijo Nathan, dejando caer su bandeja en la mesa.

Karina y Drake se sentaron a su lado, mientras que Frank y yo estábamos

frente a ellos.

—¿Reunión de estudio? Los exámenes se han terminado —contestó Frank, abriéndome la lata de refresco, lo que le agradecí con una sonrisa.

—¿Ya se han terminado? Bueno, creo que estoy algo perdido. —Sacudió la cabeza y tomó un puñado de patatas fritas—. De todas maneras, haré algo mañana.

—Nathan, tu apartamento está hecho un desastre; será mejor que no hagas nada que empeore su estado —comentó Drake.

No quise preguntar sobre eso; no era necesario entrar en detalles.

—Por eso hacemos las fiestas en otro lugar —agregó Frank.

Miré a Nathan, pero no se veía afectado por lo que le decían.

—Déjenme en paz. Me gusta verlo desordenado, así encuentro las cosas más fácilmente —se justificó, encogiéndose de hombros.

La conversación cambió de repente, y los chicos empezaron a hablar de fútbol y ese tipo de cosas. Yo acabé mi hamburguesa de queso y estuve hablando con Karina sobre los planes que teníamos. Teníamos previsto pasar el rato juntas después de clase. Hacía tiempo que no encontrábamos un rato para ir de compras o a comer un helado, como hacíamos antes. No había sido solo culpa mía; ambas habíamos estado ocupadas con los deberes, y además ahora las dos teníamos novio.

—Pobre Frank, solo a ti se te ocurre hacer ese tipo de bromas —dijo Karina cuando le conté cómo reaccionó Frank con lo de mi falso embarazo.

—Estaba aburrida —me excusé, mirando a Frank de reojo, que estaba discutiendo con Drake y Nathan acerca de algún partido de fútbol.

—Cuando sea verdad, será diferente. Por cierto, ¿has tenido cuidado? —me preguntó en voz baja para que los chicos no logran escucharnos. Tomé un sorbo de Coca-Cola y asentí.

—¿Y tú?

—Obviamente, Alexa. A nuestra edad tenemos que evitar descuidos —sonrió, y siguió comiendo.

Al cabo de unos cuantos minutos, la campana sonó. La cafetería se llenó de estudiantes y de murmullos y voces, y las mesas vacías fueron ocupadas al

instante. Los chicos seguían discutiendo qué equipo era mejor. Puse los ojos en blanco y continué hablando con Karina.

—Idiota a la vista —murmuró, mirando más allá de mi hombro.

Me volví disimuladamente.

Fernando acababa de entrar en la cafetería. De inmediato me arrepentí de haberme girado, porque se percató de que lo estaba mirando y sonrió. No había dejado de intentar volver a hablar conmigo, pero no le seguía el juego. Tenía que entender que ya nada sería como antes.

—Será el campeón del mundo, ya lo verás —escuché decir a Frank.

Aparté la vista y me giré hacia él. Me miró y se inclinó para darme un beso suave en un lado del cuello.

—No te ha molestado, ¿verdad?

Me alejé un poco y vi que estaba mirando a Fernando.

—No, no te preocupes.

Eché una mirada rápida a Fernando. Seguía mirándome.

—El que se debe preocupar es él si llega a fastidiarte de nuevo —advirtió, y lo fulminó con la mirada.

Me giró la barbilla hacia él y se acercó para darme un beso en los labios. No me molesté en oír las exclamaciones de las personas que nos acompañaban en la mesa. Me uní al ritmo de su lengua, deleitándome con su textura y con el calor que me proporcionaba su toque. El beso duró unos segundos, hasta que notamos algo que nos había dado en la cara.

Me aparté y miré el trozo de manzana que Drake nos había arrojado. Karina se rio y Nathan apretó los labios, conteniéndose para no hacer algún comentario divertido.

—No es gracioso —dijo Frank, frunciendo el ceño. Cogió la lechuga de su hamburguesa y se la tiró a Drake, quien dejó de reír cuando la verdura golpeó su rostro.

Karina se rio más fuerte, y algunas miradas se giraron hacia nosotros. Nathan animó a Drake para que no se quedara con los brazos cruzados y fue entonces cuando sucedió. El puré de patata viajó hasta la mejilla de Frank y contuve la respiración. No sabía si unirme a las carcajadas de Karina o quedarme callada,

pero esto último fue imposible. Solté una ruidosa carcajada.

—Tienes algo en la cara —se burló Nathan, sonriendo.

Frank arqueó las cejas y se levantó. Lo miré confundida y estuve a punto de preguntarle qué hacía, pero la respuesta llegó cuando tomó la Coca-Cola y le arrojó el contenido. El líquido oscuro cayó en la cara de Nathan y se deslizó por su camiseta. Se quedó estático, asimilando la situación.

—Necesitas ropa seca —se burló Frank sonriendo con satisfacción.

—Están actuando como niños de secundaria —susurré avergonzada, sintiendo varios ojos sobre nuestra mesa.

Nadie pareció escucharme, porque Drake continuó arrojando la comida que sobraba de su bandeja y, de un momento a otro, todo se descontroló. Ya no eran solo ellos quienes se lanzaban trozos de comida; otros chicos y chicas estaban haciendo lo mismo.

¿Qué diablos...?

En un parpadeo, la cafetería se convirtió en un caos. Lo único que veía era comida volando de un lado a otro. Me sorprendí cuando comprobé que yo seguía intacta.

—Son unos inmaduros. —Segundos después de decir eso, noté el impacto de un puñado de espaguetis en mi pelo. Con mucho asco, me los quité y fruncí el ceño mirando a Frank—. Esto ya se ha convertido en algo personal.

No tuve más remedio que unirme a aquel acto inmaduro de tirar comida y bebidas. Iba a necesitar una larga ducha después, pero no me importaba. Tenía que hacer justicia primero. Había tratado de que se alcanzara la paz, pero nadie quiso escucharme, así que ahora tendrían que conocer mi lado menos amable.

—¿Y bien? ¿No tienen nada que decir al respecto? —preguntó el director después de darnos un buen sermón.

Las cocineras le habían dicho que nosotros habíamos sido los responsables de que la cafetería hubiese quedado hecha un desastre, y por eso estábamos ahí, de pie frente al escritorio del director. En nuestras ropas había una combinación de manchas y restos muy variados que emanaban un olor extraño y bastante asqueroso.

—Él comenzó —respondió Frank, señalando a Drake.

El director se quitó las gafas y suspiró disgustado.

—¿Necesito recordarles que son adultos? Porque lo que acaba de suceder no es justificable para jóvenes universitarios.

—Lo sentimos —se disculpó Nathan, haciendo una mueca. Era demasiado tarde para eso.

—Imagino que también se disculpa por haber interrumpido la conferencia del profesor —lo regañó, y luego se dirigió a nosotros—. Y ustedes le siguieron.

—Él nos dijo que podíamos salir de su clase —replicó Frank, y le golpeé el brazo con el codo. Sí seguía respondiendo de esa manera, sería suspendido o, mejor dicho, seríamos suspendidos.

—Con todo respeto, señor director, la conferencia era aburrida —dijo Drake, ignorando mi mirada de advertencia.

—¿Ustedes qué opinan, señoritas? —nos preguntó el director, al notar nuestro silencio.

Miré a Karina y ella me devolvió la mirada. Tenía que ser cuidadosa con las palabras que elegir.

—Me siento muy avergonzada por lo que hemos hecho, no fue nuestra intención causar un alboroto —dije cautelosamente.

Asintió, considerando mi disculpa y esperó la respuesta de Karina.

—Estoy de acuerdo con Alexa —se limitó a decir, y se lo agradecí. La conocía y sabía que estaba absteniéndose de soltar alguna tontería.

—Bien, no voy informar de esto a sus padres, no son unos niños. —El director sacó algunos expedientes y los colocó en el escritorio. Volvió a colocarse las gafas y continuó—: Pero serán castigados con tres días de suspensión.

Escuché a Nathan suspirar y vi a Drake negar con la cabeza. Tres días eran demasiados. Quiero decir, no es que fuera malo faltar a clases, pero sería abrumador tener que reunir los apuntes de los días perdidos.

—No, por favor —suplicó Karina, haciendo un puchero con su boca llena de salsa de tomate.

—Me parece genial —dijo Frank sin más.

—Frank... —volví a darle un codazo, y se encogió de hombros, restándole

importancia.

—Una semana de suspensión —aclaró el director, y en ese momento estuve a punto de desmayarme.

Los cuatro murmuramos por lo bajo, lamentando el castigo. Salimos del despacho diciéndole a Frank que debía haberse quedado callado.

—No se quejen, será como una semana de vacaciones —trató de animarnos, pero nuestros rostros reflejaban fastidio y cansancio anticipado.

—Voy a tener que conseguir apuntes desde ya —se quejó Karina, dejando salir un suspiro.

—Por lo que veo, sí habrá reunión de estudio —comentó Nathan, derrotado. Asentimos débilmente y caminamos por los pasillos, dejando rastros de comida.

Frank pasó su brazo por mi cintura y lo miré enfadada, pero él no me soltó.

—No te enfades. Hay algo bueno en esto —dijo, mientras los demás seguían quejándose.

—Me gustaría escuchar qué es eso tan «bueno» —dije, dibujando las comillas en el aire.

Sonrió. Sacudí la cabeza, sin dejar de mirar al frente, y él se inclinó a mi oído.

—Nos ducharemos juntos y después te recompensaré —susurró.

Me sonrojé, y fue algo evidente, a pesar de las diferentes manchas de comida que había en mis mejillas.

Sí, eso era algo bueno.

9

La semana de suspensión fue abrumadora, tal como había imaginado. Nos dedicamos a sobornar a los estudiantes para que nos prestaran sus apuntes. Karina hasta tuvo que poner en práctica sus técnicas de coqueteo con un *nerd* para conseguir toda la información necesaria para llevar a cabo el proyecto. Intenté hacer lo mismo, pero obviamente Frank no me lo permitió.

Tuvimos una pequeña discusión por eso. Luego dijo que podía hacerlo, pero que después no me quejara si lo veía a él coquetear con una chica.

Afortunadamente, al final, conseguimos los apuntes de toda la semana sin tener que coquetear con nadie.

Estuvimos yendo a estudiar a casa de Nathan, pero Drake tenía razón cuando dijo que su apartamento era un desastre. Por el suelo había revistas, restos de comida, ropa y alguna que otra prenda femenina. Karina y yo no quisimos pasar los demás días entre tanta suciedad, y le ayudamos a limpiar un poco, pero no sirvió de mucho, porque al día siguiente estaba igual o peor.

Era sábado, las reuniones de estudio habían terminado y por fin podíamos respirar con libertad: se había acabado la semana de suspensión de clases, y por tanto, el tener que pedir libros y apuntes a otros estudiantes. Mis padres habían llamado por la noche y tuve mucho cuidado de no mencionar para nada el castigo. Mi padre hubiera sentado a Frank frente a un estrado y luego lo hubiera sermoneado.

—Lo siento, Alexa. Tengo más propiedades que tú y, por lo tanto, soy el ganador.

Miré a Frank, que estaba frente a mí. Sonrió, mostrando las cartas del Monopoly.

—Bien, de todas maneras, ya estaba aburrida —dije, acariciando el pelaje de Doki.

Había superado un poco mi miedo a los gatos. Permanecía alerta todo el tiempo que Doki estaba cerca, pero ahora estaba en mi regazo y no daba señales de querer atacarme.

—Sería demasiado fácil hacerse millonario si el juego fuera real —comentó, guardando las piezas del Monopoly en la caja.

—Por eso es un juego, Frank. —Puse los ojos en blanco y bajé a Doki, que salió disparado hacia el recipiente de comida.

—Sí, y por eso tengo que trabajar en un estúpido taller mecánico. —Me reí, pero él suspiró frustrado—. Pero, cuando termine la carrera, me convertiré en un gran empresario y tendré mi propio negocio.

—¿Seguirás los pasos de Christian Grey? —pregunté, animada.

Me miró y frunció el ceño. Claro, olvidaba que él no sabía absolutamente nada sobre mi obsesión con ese hombre.

—¿Quién es Christian Grey?

Confirmado.

—Nada, olvídale —dije, haciendo un gesto con la mano.

—Oh, espera. Se trata del tipo que maltrata a las mujeres, ¿no?

Me giré hacia él, ofendida.

—¿Qué? ¡Claro que no!

—Sí, les pega —aseguró, asintiendo.

—No lo hace.

Me sorprendía su ignorancia.

—Las azota, que es lo mismo. —Se encogió de hombros con indiferencia.

—Se llama «sodomasoquismo». —Suspiré y me recogí el cabello en una coleta.

—Bueno, si algún día quieres practicar sodomasoquismo, solo tienes que decírmelo. —Me guiñó un ojo e hizo un ademán de querer palmearme el culo.

Sacudí la cabeza y arrugué la nariz. Sería demasiado extremo. A mí me gustaba nuestra manera de practicar sexo.

—Estás loco —dije sonriendo.

—Serás mi *sumisa* y obedecerás a tu *amo*. Así que empieza preparándome algo de comer —dijo divertido.

Le golpeé en el hombro.

—Eres un idiota, ¿lo sabías?

Se rio y me tomó de la cintura.

—Sí, ya me lo has dicho muchas veces. —Hizo puchero, fingiendo estar dolido.

—Pero, aun así, te quiero —dije, y me colgué de su cuello.

—Menos mal. —Sonrió y me dio un beso rápido—. Bien, como veo que no me vas a preparar la comida, iremos a comer fuera.

—Vaya, eres muy eficiente solucionando problemas. —Le palmeé el hombro y luego me acerqué a la cómoda para coger las prendas que usaría después de la ducha. Me giré, dispuesta a salir de la habitación, pero Frank me estaba bloqueando el paso.

—¿Puedo ducharme contigo? —me preguntó, mirándome con picardía.

—¿No te cansas de hacerlo todos los días? —Arqueé las cejas.

—Nunca me cansaré de ti. —Me besó en la frente y salimos de la habitación, dirigiéndonos al cuarto de baño sonrientes.

Yo tampoco me cansaría nunca de él.

No sé cómo se llamaba el restaurante donde fuimos a comer, pero la lasaña estaba deliciosa. Tuve que contenerme para no comer a dos carrillos; hubiera sido maleducado por mi parte. Pero gemía de placer disimuladamente mientras comía. Frank me dijo que dejara de hacerlo si no quería que protagonizáramos una escena porno delante de toda aquella gente. Yo me había quedado satisfecha con nuestra sesión de sexo en la ducha, pero al parecer él no.

Regresamos al apartamento por la tarde, después de visitar a Nathan. No nos quedamos mucho tiempo en su casa, porque nos lo encontramos con resaca y estuvo a punto de vomitar a nuestros pies varias veces. Estaba fatal.

Mientras estábamos viendo la tele, llamé a Karina, y Frank aprovechó que estaba hablando con ella para cambiar el canal y ponerse a mirar un partido de fútbol. Puse los ojos en blanco. Estaba harta de escuchar la voz de los locutores, pero permanecí acurrucada a su lado hasta que terminé con la llamada, y luego me quedé dormida apoyada en su pecho durante lo que me pareció una eternidad.

Cuando desperté, la televisión estaba apagada y Frank seguía en el sofá, sujetando mi cintura mientras dormía. Había oscurecido. Las farolas de la calle ya estaban encendidas y su luz iluminaba tenuemente nuestra sala.

Bostezando, me levanté y me estiré. Encendí la lámpara de la sala y luego cogí el móvil de la mesita de centro. Eran cerca de las nueve de la noche.

Fui a la cocina y bebí un vaso de zumo. Doki maulló, mientras ronroneaba entre mis piernas y sonreí al notar su cosquilleo. Luego me siguió cuando fui a la habitación a coger un libro, pero dejó de hacerlo una vez de vuelta a la sala y se recostó en un rincón, mientras yo me sentaba en el pequeño sillón frente a Frank, disponiéndome a leer.

No teníamos planes para esa noche, lo que era sorprendente. Karina aún no había acabado de reunir todos los apuntes de la semana de suspensión, por lo que dijo que ese fin de semana se quedaría en casa. Por mi parte, estaba tan agotada

física y mentalmente que permanecer en el apartamento, descansando, me parecía una buena alternativa para recuperar fuerzas.

Aparté la vista del libro cuando Frank comenzó a moverse en el sofá. Tanteó con los brazos, como si estuviera buscando algo o, más bien, a alguien y luego abrió los ojos de golpe. Me miró y suspiró aliviado.

—¿Qué pasa? —pregunté al notarlo preocupado.

—Nada, solo era una pesadilla —se limitó a decir, mientras cerraba los ojos. Dejé el libro en la mesita y me acerqué a él.

—¿Estás bien?

Asintió, dudoso. Tomó mi mano y me sentó en su regazo.

—Sí, eso creo. —Suspiró y cerró los ojos de nuevo un momento, como si estuviera borrando el mal sueño—. He soñado con la muerte de mis padres. Era exactamente como lo recordaba, pero esta vez tú estabas ahí y sentí que te perdía.

Noté un nudo en el pecho mientras le acariciaba la mejilla. Hacía tiempo que no mencionaba a sus padres, y yo tampoco lo había hecho. El tema no era agradable, ellos no estaban a su lado desde que era pequeño.

Acuné su rostro en mis manos, captando totalmente su atención y luego lo besé. Traté de ser cuidadosa, mientras mis labios se abrían a los suyos. El ritmo se mantuvo lento y tierno. Quería transmitirle que lo quería con toda mi alma. Me dolía profundamente saber que echaba de menos a sus padres, a pesar de tener a Melina. Ese vacío nadie podría cubrirlo completamente, ni siquiera yo, que lo amaba demasiado. Lo único que podía hacer era escucharlo y estar junto a él, aunque aparentara que no lo necesitaba.

—Te quiero —susurré entre sus labios.

Sujetó mis caderas con fuerza y al apretarme contra su cuerpo, sentí la dureza de su erección.

—Eres todo lo que necesito —respondió ásperamente, deteniéndose un momento para después torturar mi lengua sin piedad.

Eso bastó para que el beso se profundizara. Deslizó sus manos por debajo de mi blusa, tocándome la piel desnuda y me estremecí. Yo jugueteaba con su cabello y fui bajando las manos por su cuello hasta llegar en su camiseta.

Necesitaba que se la sacara. Entendió mi petición muda, se alejó un poco, separando nuestros labios unos instantes, y se quitó la camiseta, que acabó en el suelo.

Me miró intensamente, desafiándome a imitarlo. Sonreí y me quité la blusa, agradeciendo llevar el sujetador que lo volvía loco. Las copas eran ajustadas y hacía que mis pechos sobresalieran, aunque no fueran voluminosos. Los ojos de Frank rápidamente se enfocaron en ellos y tragó saliva, mirándome con deseo.

Cerró la distancia que se había formado entre nosotros y me besó con entusiasmo. Sus manos viajaron a la parte superior de mi espalda, llegó al sujetador y lo desabrochó para luego quitármelo. Su boca dejó mis labios y comenzó a trabajar en cada uno de mis pechos. Succionó con avidez y mordió con delicadeza. Gemí, llevando la cabeza hacia atrás, dándole más espacio. Aspiré ruidosamente cuando sentí los músculos de mi vientre apretarse.

Su erección era evidente por debajo de sus tejanos y yo sentía su dureza cuando me frotaba contra él. Gruñó, besando mi clavícula hasta llegar al cuello. Entonces se levantó sosteniéndome y me dejó caer de espaldas en el sofá para, seguidamente, colocarse entre mis piernas, mientras que sus labios seguían presionando los míos. Sabía lo que pasaría después, estaba lista para alcanzar el clímax cuando acercó su dureza oculta a mi piel sensible.

El timbre del apartamento llegó a mis oídos, pero ambos lo ignoramos. Quienquiera que fuera ya se cansaría y nos dejaría en paz. Pero no, el timbre siguió sonando. El maullido de Doki se unió a nuestra decepción y Frank maldijo mientras continuaba besándome. Quería que me penetrara en ese momento, pero me tensé cuando escuché una voz familiar.

—¿Alexa? —reconocí la voz de mi madre, seguida de un golpe en la puerta.

Contuve la respiración y miré a Frank.

—Maldición —dijo, poniéndose de pie.

Estaba aturdida mientras el timbre seguía sonando.

Estaba con los pechos al aire y húmeda. «¿Por qué diablos no me avisaron de que iban a venir?», pensé.

Pero no había tiempo para eso ahora. Me levanté del sofá, respirando con dificultad y cogí mi sujetador. Temblaba mientras me lo abrochaba. Cogí la blusa

y me la puse lo más rápido que pude.

—Alexa, se darán cuenta de lo que estábamos haciendo —dijo Frank, colocándose nuevamente la camiseta.

Sí, era lo más probable. ¡Dios! Cualquiera notaría que el miembro de Frank parecía a punto de asomar por sus pantalones en cualquier momento, sin contar con que yo estaba excitada y con el rostro hirviendo. Pero no podía dejar a mis padres afuera.

Me arreglé el pelo torpemente y, tomando una respiración profunda, abrí la puerta mostrando una sonrisa inocente. Cuando los vi frente a mí, quise esconder mi rostro dentro de una bolsa de plástico. Estaba segura de que estaba sonrojada, mis malditas mejillas siempre me traicionaban cuando estaba en una situación vergonzosa.

—¿Tenían problemas para abrir la puerta? —me preguntó papá, frunciendo el ceño.

«Vamos, Alexa, ¡improvisa!», pensé.

—Uh, no... hum... —Reí estúpidamente tratando de disimular mi idiotez.

No era buena improvisando. Frank apareció a mi lado y lo miré de reajo. Estaba ocultando su erección con una mano «disimuladamente».

—Estábamos buscando a Doki —dijo, un poco más seguro que yo.

—¿Se les ha perdido el gato en el apartamento? —preguntó mamá, fingiendo estar confundida.

Era evidente que sospechaba lo que estábamos haciendo y agradecía que no lo verbalizara. Papá también debía de imaginárselo, pero tal vez prefería no confirmar sus sospechas.

—Sí, ¿lo encontramos debajo de la cama...? —afirmó Frank en forma de pregunta. Se dio cuenta de lo tonto que sonaba y me miró pidiendo ayuda.

—Bueno, ¿por qué no entran? —los invité a pasar, y cerré la puerta detrás de mí.

Cuando no estaban mirándonos, le di un codazo a Frank. Frunció el ceño y señalé su mano, que seguía cubriendo su erección.

—Tú tienes la culpa —me susurró, mirando de reajo a mis padres, que se dirigían a la cocina.

Negué con la cabeza y los seguimos.

—Estábamos cenando cerca de aquí y aprovechamos para visitarlos. —Mamá dejó el bolso en la mesa y tomó asiento.

Me contuve y no les dije que la próxima vez avisaran con tiempo, porque eso quizá haría que vinieran más a menudo.

—¿Qué tal todo? —preguntó Frank mientras se sentaba a mi lado. Por lo menos de esa manera, distraía la atención de su entrepiera.

—Muy bien, gracias. Trabajando todos los días de la semana como es de esperar —dijo mamá, dejando salir un suspiro.

—¿Y tú, Frank? ¿Sigues trabajando en el taller? —preguntó mi padre, colocando los codos en la mesa.

Seguía sin aceptar por completo el hecho de que yo estaba con Frank y que vivía con él. Afortunadamente, mi madre le ayudaba a controlar su faceta de padre sobreprotector.

—Sí, después de clases voy al taller, excepto los fines de semana —contestó, poniendo su mano en la rodilla. Agradecí que mis padres estuvieran al otro lado de la mesa sin darse cuenta de nada.

—¿Y cómo va la universidad?

Intercambié miradas con Frank y me mordí el interior de la mejilla. Si supieran que hacía una semana que no poníamos un pie en la universidad por haber iniciado una guerra de comida, estaría sentenciada por una eternidad.

—Bien —logré decir, incapaz de agregar nada más.

—Frank, espero que estés cuidando bien de mi hija —comentó mi madre, divertida.

—Claro que sí, señora. Está en buenas manos. —Me miró de reojo y sonrió de lado.

Mamá se quedó mirando mi blusa, y me pregunté qué habría de malo en ella. Era como si estuviera pensando que Frank me la había quitado minutos antes de que ellos aparecieran.

—Tienes la blusa del revés —dijo, señalando la etiqueta que se suponía que iba del otro lado.

«Mierda.»

Miré la blusa, fingiendo no estar sorprendida y me encogí de hombros.

—Está de moda —sonreí, en un intento de convencerla.

Arqueó las cejas y asintió despacio. Sabía perfectamente que no era verdad.

—Supongo que también está de moda para los chicos —se dirigió a Frank, y él frunció el ceño. Lo miré y quise que la tierra me tragara. Llevaba la camiseta con el logo de los Rolling Stones al revés. Frank se rascó la nuca, mientras desviaba la mirada. Mamá se rio brevemente y papá sacudió la cabeza. No había manera de ser más obvios.

—No quiero entrar en detalles, solo espero que estén siendo precavidos —dijo mi padre en tono amargo.

—A menos que quieran hacernos abuelos pronto. —Mamá sonrió y miró a papá, quien negó con la cabeza al instante.

Miré a Frank. Estaba pensativo, como si estuviera considerándolo.

Se volvió hacia mí y sonrió dulcemente. Juraría que me miró el vientre por un segundo antes de que mis padres cambiaran de tema.

10

Estábamos en casa de la tía Helen. Me había llamado el sábado por la noche para invitarnos a hacerle una visita en la tarde del día siguiente, ya que, según ella, necesitaba un poco de compañía, ahora que mi madre se mantenía ocupada la mayor parte del tiempo.

Antes de entrar en su casa, le pedí a Frank que me sacara de allí cuando mi tía comenzara a ponerse histérica. Era bipolar: en cualquier instante podía cambiar de actitud sin necesidad de que ocurriera nada. Y no quería pasar por eso.

—Vaya, Frank, ¿me lo parece a mí o cada día estás más guapo? —dijo la tía Helen cuando entramos por la puerta.

Sabía que a él no le importaba escuchar ese tipo de halagos de una persona mayor, al contrario, le regaló una sonrisa arrogante y satisfecha. A mí, en cambio, me dijo que estaba más «llenita». Fruncí el ceño y bajé la vista, tal vez había aumentado un poco de peso, pero tampoco era para tanto.

Nos instalamos en el sofá, y al instante chillé cuando un espeluznante gato de pelaje negro brincó hacia mí. Me recordó a Doki, que, por cierto, estaba en casa de Melina. Noah y Billy insistieron en tener a nuestra mascota unos días, y a mí me pareció una idea genial.

—Me alegro de verlos de nuevo —dijo la tía Helen, acomodándose en el sofá frente a nosotros, mientras su gato salía por la puerta semiabierta que daba al patio—. ¿Cómo les va, ahora que viven juntos?

Miré a Frank, que estaba sentado a mi lado con el brazo apoyado a lo largo del respaldo del sofá, y este me sonrió.

—Bastante bien, diría yo —respondió con cierta picardía.

Me sonrojé y aparté la vista de él antes de perder la compostura.

—Ahora ya tienen más privacidad —comentó ella, arqueando una ceja y sonriendo.

Sí, la teníamos. Recuerdo que en casa de mis padres siempre estaba alerta cuando me encontraba a solas con Frank, y aun así, nos descubrieron en más de una ocasión. Ahora tenía la libertad de tenerlo a mi lado sin necesidad de ocultarlo.

Se escuchó el sonido del horno desde la cocina y la tía Helen se puso de pie, con la emoción brillando en su mirada.

—Voy a traer el pastel de carne. Ustedes quédense aquí.

Antes de que pudiéramos decir algo, salió corriendo de la sala.

—¿Has oído, Frank? Pastel de carne, tu comida favorita —me burlé, codeando su estómago.

Hizo una mueca y se estremeció. Por lo que había aprendido durante estos seis meses juntos, Frank odiaba las verduras y los alimentos enlatados, pero lo que más le repugnaba era el pastel de carne. Eso lo supe el día en que fuimos a comer con Karina y Drake a un restaurante que Nathan nos había recomendado.

Cuando Frank probó el pastel de carne, se quedó paralizado y, mientras los demás seguíamos conversando, vi que se lo sacaba disimuladamente de la boca con una servilleta. Tal vez hoy haría lo mismo.

A los pocos minutos, la tía Helen nos avisó de que todo estaba listo.

—Yo no voy a comer eso —me susurró Frank mientras caminábamos hacia la

cocina.

—Eso díselo a ella —dije, conteniendo la risa. Estaba ansiosa por ver su expresión cuando tuviera que comer.

—No quiero herir sus sentimientos.

Reí levemente y sacudí la cabeza. Frank sabía que la tía Helen era amable y demasiado sensible. Ella interpretaría su negación como algo personal y, aunque le explicara sus razones, se sentiría ofendida.

Tomamos asiento y, para disfrutar de la incómoda situación por la que Frank tenía que pasar, me senté frente a él. Notó mis intenciones y frunció los labios cuando intentó ponerse a mi lado, pero rápidamente mi tía se adelantó. Suspiró derrotado y forzó una sonrisa cuando el pastel de carne estuvo encima de la mesa.

—Se ve delicioso —dije con sinceridad.

Tenía que reconocer su habilidad a la hora de cocinar, cada cosa que preparaba era superior a cualquier plato de un restaurante lujoso.

Sonrió agradecida y comenzó a partir el pastel. Frank se removió en su asiento y se dispuso a mirar para otro lado. Me contuve y no le dije, delante de mi tía Helen, que dejara de actuar como un niño; comerse un pequeño pedazo de pastel de carne no era nada del otro mundo.

—Espero que les guste. Estuve toda la mañana pensando qué podía hacer. — Sirvió los platos y dejó uno de ellos frente a Frank, mientras yo cogía el mío.

—No tenía que hacerlo —murmuró Frank con suavidad.

Debía de estar pensando en lo culpable que se sentiría si se negaba a comer.

Lentamente, dio el primer bocado y masticó pausadamente. Y así fue terminando el pastel de carne. Pensé que en cualquier momento vomitaría, ya que su rostro se contraía mientras tragaba la comida, pero afortunadamente eso no pasó.

—¿Quieres más, Frank? —preguntó la tía Helen, feliz.

Me atraganté levemente con la bebida y me aclaré la garganta.

—No, gracias —dijo él, limpiándose los labios con la servilleta—. ¿Me disculpan? Tengo que llamar a Melina, mmm..., dijo que necesitaba hablar conmigo hoy.

Era una excusa, pero no estaba mintiendo. Hacía unos días, Melina había ido a nuestro apartamento con Noah y Billy, y mientras los niños veían la tele, ella y yo preparamos la cena para celebrar que los gemelos cumplían años. Esa noche, Frank se ofreció a pasar un día con ellos, e imaginé que iba a concretar cómo quedar con Melina. Nunca se habían llevado muy bien debido a que no eran de la misma sangre y todo eso, pero Noah y Billy empezaron a mostrarse menos distantes después de que un día los llevásemos al parque de atracciones y después al cine, donde tuve que soportar una película de criaturas pequeñas y amarillas que se reían por cualquier cosa. Eran tiernos, pero torpes.

—Bueno, cuéntame, Alexa —empezó a decir la tía Helen—. ¿Qué tal te ha ido con Frank estos últimos meses?

—Oh, muy bien. Hemos tenido algunas discusiones insignificantes, pero nada dramático —respondí, logrando escuchar la voz de Frank al teléfono desde la sala.

—Eso es muy bueno, querida. Generalmente, cuando las parejas conviven bajo el mismo techo, su relación se vuelve... complicada —dijo, mirándome por encima de su hombro.

Suspiré y dejé a un lado el plato.

—Lo nuestro es diferente —murmuré, sintiéndome orgullosa de ello.

—Lo sé, el amor se nota en la manera en que se miran, y eso es admirable. — Sus palabras me derretían por dentro—. ¿Tienen planes para el futuro?

Se volvió hacia mí y tomó asiento a mi lado.

—Por ahora, solo tenemos pensado terminar la universidad.

No me gustaba hacer planes de futuro. Me parecía patético hacer una lista con cada cosa que teníamos que hacer los próximos años.

—Oh, claro. No hay que asumir responsabilidades antes de tiempo.

La miré y fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres? —Estaba comenzando a sospechar qué insinuaba.

Se rio y le dio un sorbo a su bebida.

—Hace poco hablé con Rebeca. Estábamos conversando de diferentes cosas y, de pronto, apareció el tema de la maternidad.

Me tensé.

—Oh. —Fue lo único que pude decir.

Dejó salir un suspiro y me miró cautelosamente.

—Alexa, tu madre me dijo que le gustaría tener un nieto pronto.

Pasaron los segundos y me dediqué a procesar lo que me había dicho. Mis ojos estaban enfocados en ella, pero permanecía sumida en mis pensamientos. ¿Mi madre quería que quedara embarazada? Resoplé y sacudí la cabeza. Pronto cumpliría diecinueve, pero no por eso tenía que traer un bebé al mundo.

Parpadeé y me di cuenta de que era hora de irnos.

En ese preciso momento, Frank volvió y nos observó detenidamente, alertado por el silencio que había entre nosotras.

Sí, quería irme. Ahora.

La tía Helen no era estúpida. Enseguida se dio cuenta de mi cambio de humor repentino. Aun así, no dijo nada.

Frank mintió diciendo que su comida había sido deliciosa y nos fuimos.

Frank abrió la puerta del apartamento, mientras yo llevaba a Doki entre mis brazos. Después de salir de casa de mi tía, fuimos a la de Melina y nos quedamos allí hasta que comenzó a anochecer.

Billy y Noah querían que les dejáramos a Doki más tiempo, pero Melina dijo que ya había sido suficiente. Al parecer, a ella no le gustaban mucho las mascotas; además, Doki había estropeado el sofá con sus mordiscos y arañazos.

Dejé al gato en el suelo y me dirigí directamente a la ducha. Aún seguía un poco desconcertada por lo que me había dicho mi tía. Tal vez estaba siendo exagerada, pero no podía evitarlo. Primero, Frank lanzaba indirectas de que quería ser padre y ahora me enteraba de que a mi madre no le parecía mala idea que me quedara embarazada.

¿Cuál era la prisa?

Cuando estaba saliendo del baño, Frank entró y me sonrojé al verlo solamente en bóxeres. La tía Helen tenía razón, cada día estaba más sexy.

—Olvidaste decirme que te ducharías —dijo dolido. Puse los ojos en blanco y traté de esquivarlo, pero, como siempre, me lo impidió—. Tendrás que ducharte

de nuevo, pero esta vez conmigo. —Arqueó una ceja provocativamente.

—Frank, estoy cansada... —«Y abrumada», pensé.

Me acarició la mejilla con ternura y luego se acercó para darme un beso ardiente en los labios que casi me dejó sin aliento.

—Estoy contigo en un momento. —Sonrió comprensivo, y se hizo a un lado.

Después de cenar cereales sin demasiado apetito, me lavé los dientes y me puse el pijama. Le serví la comida a Doki en su recipiente y, soltando un bostezo, me dejé caer en la cama, escondiéndome entre las sábanas.

Me giré de lado y, abrazando la almohada, cerré los ojos. La primera imagen que apareció fue de mí misma con una gran barriga. No me gustaba en absoluto. Abrí los ojos y suspiré. ¿Por qué seguía pensando en eso? Estaba siendo una ridícula.

Al cabo de unos minutos, escuché los pasos de Frank y sus movimientos por la habitación mientras terminaba de asearse. La luz de la habitación se apagó, quedando solo la lámpara de noche encendida, y, en cuestión de segundos, sentí su cuerpo a mi lado. Jamás imaginé que el chico que había sido nuestro huésped en casa de mis padres acabaría durmiendo conmigo todos los días y, tampoco, que me enamoraría de él como una idiota.

Noté su respiración en el cuello y no pude evitar girarme. Me miró y retiró unos cuantos mechones de pelo de mi cara.

—¿Estás bien, Alexa? Estás un poco rara desde hace un rato.

Y, con eso, confirmé que era mala disimulando emociones.

—¿Y tú? Lograste comer el pastel de carne sin problemas. —Intenté divagar.

—Pensé que iba a vomitar. Diablos, no entiendo cómo me lo pude tragar. —Arrugó la nariz.

Sonreí, pero de nuevo volví a pensar en lo que mi madre le había dicho a mi tía. La sonrisa se desvaneció. Frank se percató inmediatamente de ello.

—¿Lo ves? Algo tienes, ¿qué es? —Me abrazó por la cintura, acercándose a su cuerpo que olía a jabón.

Me mordí el labio y, tras considerarlo, le conté lo que la tía Helen me había dicho. Su rostro permaneció neutro, no daba signos de disgusto o de emoción. Debía de pensar que era una paranoica por darle tantas vueltas a ese comentario

insignificante.

Me mantuve observándolo, esperando que dijera algo.

Fue entonces cuando fruncí el ceño. Frank estaba sonriendo.

—Te encanta burlarte de mí —dije, preparándome para seguirle el juego.

—No es eso, es solo que me imaginé... —Negó con la cabeza sin dejar de sonreír y luego suspiró—. No tienes por qué sentirte presionada, entiendo que no estés lista.

Puse las manos en su pecho desnudo y comencé a trazar el contorno de sus pectorales.

—No me has dicho tu opinión.

Se quedó mirándome fijamente y pude notar algo en su mirada que me decía que deseaba pasar a la siguiente etapa.

—Esperaremos —dijo finalmente.

Me tranquilicé y me acurruqué contra él, usando su pecho como almohada. Una de sus manos seguía en mi cintura, mientras la otra subía y bajaba a lo largo de mi espalda con suavidad.

—Esperaré —susurró, besando mi cabeza.

Logré quedarme dormida entre sus brazos, como me encantaba hacer. Mis sueños no habían sido relevantes hasta que Frank apareció.

Frank me miraba con un amor irrevocable que me hacía querer besarlo durante toda la eternidad. Seguía de pie, en medio de un jardín colorido y lleno de verde. Su sonrisa se intensificó hasta tal punto que mostraba su perfecta dentadura y unos ligeros hoyuelos. Me pregunté por qué sonreía así, y me di cuenta de que un niño pequeño iba corriendo hacia él. Frank lo abrazó con fuerza, como si su vida dependiera de ello, y luego lo cogió en brazos. No podía ver bien el rostro del niño, pero pude distinguir que tenía sus mismos ojos. Yo pellizcaba las mejillas del pequeño, mientras Frank sonreía con alegría y, en ese instante, pude experimentar una rara sensación de felicidad dentro de mí.

La mirada escéptica de Karina con la ceja arqueada me ponía nerviosa. Nos encontrábamos en la cafetería de la universidad, disfrutando de nuestra penúltima clase libre. Me habría ido a casa cuando nos avisaron de que el profesor de Agronomía no vendría, pero seguíamos en el punto de mira del director desde que nos castigó y recordaba muy bien su cara de advertencia cuando nos dijo que evitáramos otro reporte si no queríamos ser expulsados

Pero eso no me preocupaba en absoluto. Lo único que me interesaba, en ese momento, era eliminar la sospecha que parecía ser obvia.

—¿Seguro que no estás enferma? —me preguntó por segunda vez.

Suspiré y le di un sorbo al zumo de durazno que había comprado para calmar mi malestar. Había estado bien la mayor parte del tiempo, hasta la hora del almuerzo. Pero en clase de Economía tuve ganas de vomitar. No me dio tiempo ni de decírselo a la profesora, porque tuve que salir corriendo de clase para ir a los baños y devolví todo en el retrete.

Aunque el mal sabor de boca se había ido, aún estaba inquieta y no podía dejar de pensar en las posibilidades que tenía de estar embarazada. Me estremecí y miré a mis compañeros que estaban en otra mesa, riendo sobre alguna estupidez.

—Veamos, después de los cálculos que hice —volví mi atención a Karina, quien estaba frente a mí—, deberías haber empezado a menstruar exactamente... hace tres días.

Otro suspiro se escapó de mis labios y sentí como si una gran roca hubiera sido puesta sobre mis hombros.

—Me convertiré en madre pocos días después de cumplir diecinueve.

Quería cerrar los ojos y trasladarme a otra dimensión.

—No te precipites. Siempre me has dicho que tus reglas son irregulares. Quizá esta vez simplemente se te esté retrasando...

Quizá, pero no lograba tranquilizarme, porque Frank a veces, cegado por la intensidad del momento, no usaba protección y yo había dejado de tomar las pastillas, porque no me acostumbraba a ellas.

¡Y ahora estaba recibiendo una buena lección por culpa de mi naturaleza pasional! Una eterna lección.

Gemí, desesperada, y dejé caer la mejilla en la fría mesa, mientras me daba cuenta de la seriedad del asunto. Las lágrimas amenazaban con salir y, cuando estaba a punto de echarme a llorar desconsoladamente, Karina me golpeó en la cabeza con la botella de agua.

—Tranquila, Alexa. Primero hay que confirmar si estás... —bajó la voz y miró de reojo a su alrededor, comprobando que los demás siguieran absortos en lo suyo—. Ya sabes, esa palabra que generalmente hace que los hombres desaparezcan.

Sobresaltada, la miré.

—¿Estás insinuando que Frank huirá? Muchas gracias por darme tantos ánimos —resoplé, molesta.

Negó con la cabeza.

—Nadie va a huir. Él te quiere, pero tienes que asegurarte de que estás esperando un mini-Frank antes de ponerte histérica.

Sin poder contenerme, me reí al escuchar el diminutivo que había utilizado para mi supuesto bebé. Pero luego comencé a entrar en pánico.

—Ay, no, mi padre me va a matar...

Escondí el rostro en mis manos y sollocé. Estaba exagerando, pero sabía que mi padre no se tomaría nada bien la noticia. No me preocupaba mamá; ella estaría más que encantada.

Karina, viendo mi expresión asustada y decepcionada, suspiró.

—Definitivamente, tenemos que ir a una farmacia después de las clases.

Asentí con tristeza. Tenía pensado ir a la enfermería de la universidad para saber de una vez la respuesta que dictaría mi futuro, pero recordé que la encargada era una mujer a la que le encantaba contar cualquier novedad insignificante sobre los alumnos. Así que desestimé esa opción y, con la misma roca imaginaria en la espalda, seguí bebiéndome el zumo.

—Pero dentro de media hora tienes que irte a trabajar —dijo Frank, completamente confundido por mi repentina salida.

De ninguna manera iba a decirle que había tenido náuseas y que iría a la farmacia con Karina. Él, como cualquier persona, sospecharía y no se quedaría

tranquilo.

Confiaba en Frank y sabía que tenía derecho a saber lo que estaba sucediendo, pero mi amiga tenía razón. Por más convencida que estuviera, debía confirmar mis sospechas antes de decirle nada.

—Iremos a comer y después ella me llevará a la biblioteca —comenté sin más, aunque por dentro lo estaba pasando peor que cuando esperaba impaciente el estreno de alguna película.

—Está bien... —Me quitó la mochila y se la colgó de un hombro, junto a la suya—. Pasaré a buscarte por la noche, entonces.

Forcé una sonrisa y se despidió dándome un beso corto en los labios.

—Bueno, vámonos ya, porque yo también tengo que ir a trabajar. —Escuché decir a Karina mientras veía a Frank dirigirse a su coche.

Giré sobre mis talones, abrí la puerta del auto y subí. Karina comenzó a conducir y perdí de vista a Frank cuando salimos del aparcamiento. Suspiré y apoyé la cabeza en el respaldo.

«Que la suerte me acompañe», pensé.

Era un poco ridículo parodiar la famosa frase de Obi-Wan Kenobi, pero me pareció muy apropiada en esas circunstancias.

Era un hecho. Karina sería mi chófer el día que tuviera una emergencia. Conducía como si estuviera en un circuito de carreras. Hundí las pocas uñas que me quedaban en mi asiento, mientras se desplazaba sorteando los otros coches.

Aparcó a un par de manzanas de la farmacia y dejé salir el aire que estaba conteniendo. Quería hacerle un sinfín de comentarios sobre cómo conducía, pero lo dejé para otro momento. Ahora tenía que comprar la prueba de embarazo.

A la misma velocidad, llegamos a casa de Karina, que no dejó que su madre nos hiciera perder el tiempo y le contó mil excusas para entrar en su habitación sin que nos siguiera.

El torbellino de emociones se apoderó de mí cuando hice el procedimiento que daría al traste con la mayoría de mis metas.

—Cinco minutos más.

Karina me detuvo cuando quise ver el resultado.

Estaba temblando y sentía los labios secos, a pesar de que me los remojaba

constantemente. Cerré los ojos y esperé. Mientras, no dejaba de repetirme que ser madre era una responsabilidad para la que no creía estar preparada. Las imágenes de mí misma siendo madre mientras terminaba la universidad aparecieron en mi mente.

Me acordé de todas las veces en que, con mis compañeras de secundaria habíamos criticado a las chicas que se quedaban embarazadas a temprana edad. Decíamos que lo apropiado era traer hijos al mundo cuando estabas lista y podías mantenerlos. Pero aquí estaba yo, muerta de miedo por un posible embarazo, y sin poder dejar de suspirar y quejarme.

Percibí un movimiento de Karina y abrí los ojos. Iba directo hacia el pequeño aparato que descansaba en el tocador. Lo tomó en sus manos y lo miró.

Me tensé conforme la observaba. Avancé hacia ella y me detuve en medio de la habitación cuando sus ojos se encontraron con los míos.

Sentí cada parte de mis músculos contraerse y tragué saliva. Tenía la garganta seca como una lija. Odiaba que Karina fuera una experta en ocultar emociones, porque su rostro permaneció neutro. Pasaron los segundos y seguía en silencio. Arrugué la frente y la miré con frustración.

—¡Di algo! —exclamé.

—Lo siento, Alexa, pero... —Hizo una mueca.

Abrí la boca y en ese instante no pude articular palabra. Parpadeé, comenzando a sentir la presión del futuro y retrocedí hasta que volví a sentarme en la cama. Bajé la vista a mi vientre, sin poder creerlo, y me congelé.

—Frank tendrá que esperar a ser padre. —La voz de Karina resonó en mis oídos aturdidos.

Al cabo de unos momentos, fruncí el ceño cuando asimilé y procesé el significado de sus palabras.

—¿Qué?

Levanté la vista, saliendo del trance.

—¡Es negativo!

Sonrió y me mostró el resultado. Efectivamente, era negativo.

No sabía qué pensar. Quiero decir, me sentía aliviada, pero estaba tan segura de que saldría positivo... Por otro lado, estuve a punto de asesinar a Karina. Su

«lo siento, Alexa, pero...» había sido suficiente para que empezara a atormentarme. Pudo haber dicho que era negativo y punto. Pero olvidaba lo dramática que era.

La madre de Karina nos iluminó con la sabiduría que adquirió antes de jubilarse como enfermera y nos dijo que mi período posiblemente se había retrasado debido al estrés y las preocupaciones. Y las náuseas podían deberse a algo que había comido y que me pudo sentar mal. Así que fue coincidencia que se me revolvió el estómago cuando pensaba que era un síntoma alarmante.

Entendía la razón del estrés. Las últimas semanas habían sido abrumadoras por los proyectos de la universidad y todo ese tema de Alexa-debería-quedarse-embarazada. Aún seguía inquieta por eso. El último sueño me había dejado asustada y a la defensiva. Claro estaba que iba a tener hijos algún día, pero no en ese momento.

Cuando Karina me dejó en la biblioteca después de comer, hizo un ademán de entregarme la prueba de embarazo mientras decía que lo guardara como recuerdo. Puse los ojos en blanco y se alejó riéndose en el auto.

Por la tarde, hice la misma rutina de siempre. Priscila llegó puntualmente como todos los días y le entregué las llaves. Frank me esperaba. Durante el trayecto al apartamento, hablamos de cómo nos había ido el día, pero yo no le conté lo de la prueba del embarazo, aunque sabía que tarde o temprano lo haría.

—¿Alexa? ¿Me estás escuchando? —me preguntó cuando ya estábamos cenando.

Lo miré y parpadeé para enfocar su rostro.

—Lo siento. ¿Qué estabas diciendo? —me disculpé, mordiéndome el labio.

Su ceño se frunció ligeramente y le dio un trago a su Coca-Cola.

—Te estaba contando lo que haremos el día de tu cumpleaños.

—Oh, no pensarás hacerme una fiesta sorpresa, porque sabes que las odio.

Las odiaba desde que mi madre me organizó una cuando tenía quince y no terminó como esperaba. Cuando entré por la puerta, todos salieron de sus escondites para felicitarme y me asusté tanto que tropecé con mis propios pies y me golpeé la sien en la esquina de un mueble. No había sido grave, pero aún tenía una pequeña cicatriz.

—No te preocupes, será mucho mejor que eso. —Sonrió y me guiñó un ojo. Después seguimos comiendo los espaguetis que habíamos preparado juntos.

Después de cenar, estuvimos un rato en el sofá viendo televisión, con Doki acurrucado entre los dos. Parecía querer mantenernos alejados para evitar una de nuestras sesiones de sexo. Pero, tras la experiencia que había tenido, había tomado consciencia de que era mejor controlar mis hormonas antes de que mis sueños no planeados se hicieran realidad.

12

Me fui despertando poco a poco mientras escuchaba pasos y movimientos fuera de la habitación. Era sábado y me sentía feliz porque las vacaciones de invierno ya habían comenzado. No tendría que asistir a la universidad durante un mes y medio.

Estiré el brazo hacia la mesita de noche y busqué el teléfono. Soltando un bostezo, lo encontré y abrí los ojos. La pantalla se iluminó, avisándome de que tenía otro mensaje más. Durante la noche, no había dejado de sonar y acabé poniéndolo en silencio. Agradecía que mis amigos y algunos compañeros tuvieran la atención de felicitarme después de la medianoche, pero estaba agotada; no podría contestarles a todos.

Anoche estuve cenando con mis amigos y Frank. Recibí regalos de Karina, Drake, Nathan, Dalia e incluso de Joel. Frank se arriesgó a regalarme un enorme oso de peluche que venía acompañado de una pulsera de oro con mi nombre grabado en letra cursiva.

Habíamos ido al club horas antes y la verdad era que no esperaba pasarlo tan bien. Pero lo mejor sucedió cuando me quedé a solas con Frank. Él prácticamente me obligó sentarme en una silla en medio de la habitación y entonces empezó a moverse seductoramente delante de mí mientras se desnudaba. Se podría decir que tenía a mi propio *estríper*, ofreciéndome un baile privado. Todo un profesional.

Me senté en la cama y dejé el teléfono en su lugar. Fruncí el ceño cuando vi el

espacio vacío a mi lado. En eso, la puerta de la habitación se abrió y apareció Frank sonriendo con una bandeja en las manos. Me traía el desayuno. Caminó hacia mí con el torso desnudo, solo llevaba puestos los pantalones del pijama, y se sentó en el borde la cama.

—Buenos días, princesa. Feliz cumpleaños —dijo, dejando la bandeja cuidadosamente en mi regazo.

Me había preparado tortitas, un vaso de zumo, un par de tostadas integrales y fruta perfectamente cortada. Todo ello acompañado de una rosa de tallo largo.

—Gracias. —Sonreí, conmovida por su detalle. Me tomé un momento para acariciar los pétalos de la rosa antes de coger los cubiertos—. ¿Tú ya has desayunado?

Corté un pequeño triángulo de una tortita y lo probé. Decir que estaba deliciosa era poco.

—No, lo haré luego. —Se encogió de hombros.

Le pasé una tostada integral.

—Vamos, desayuna conmigo.

Se rio brevemente y le dio un mordisco a la tostada.

—Así que... ¿te gustó el espectáculo de anoche? —preguntó con arrogancia.

Mis mejillas comenzaron a arder al instante en que recordé mis manos recorriendo su cuerpo.

—Me encantó.

Tomé el vaso de jugo y le di un sorbo.

—Espero obtener uno a cambio. —Sus ojos brillaron con malicia.

—El próximo año, cuando sea tu cumpleaños —le aseguré.

Esbozó una sonrisa y empezamos a conversar tranquilamente en la cama hasta que terminé el desayuno.

—Estaba delicioso. Gracias de nuevo.

Cogí la rosa y me levanté de la cama mientras Frank tomaba la bandeja vacía.

Me besó la mejilla con ternura y salió de la habitación.

Tras aspirar el rico aroma de la rosa, la dejé sobre la cómoda y busqué ropa antes de ir al cuarto de baño. Al cabo de unos minutos, salí de la ducha y regresé a la habitación. Frank me esperaba para una sesión de besos y caricias.

Por la tarde, llegaron mis padres y la tía Helen que me había preparado un pastel con virutas de chocolate. Chillé de felicidad mientras lo llevaba a la cocina.

Mis padres se mostraron melancólicos, en especial mamá. Estaba emocionada con mi diecinueve cumpleaños. Sollozó mientras decía que ya estaba convirtiéndome en una mujer adulta y que le parecía que había sido ayer cuando yo era una niña a quien mimaba y compraba cualquier capricho.

Después de eso, pasamos a otros temas, como nuestros planes en los próximos meses, las fiestas navideñas y ese tipo de cosas. Lo que me pareció extraño fueron las miradas de complicidad que mis padres y mi tía intercambiaban con Frank. Era como si estuvieran ocultándome algo...

Una vez que se fueron, Frank y yo fuimos al parque de atracciones, donde nos encontramos con nuestros amigos. Habían remodelado la zona de juegos desde la última vez que había ido allí, que fue en mi primera cita con Frank. Pasamos de la noria a la montaña rusa. Cogidos de la mano, recorrimos el lugar, haciendo pausas para besarnos y jugar a cosas sin sentido.

Por la noche, Karina me invitó a cenar y me fui con ella. Hablamos de tonterías y luego me llevó de vuelta al apartamento.

Cuando entré, me encontré a Frank sentado en el sofá. Estaba viendo la televisión, pero cuando me vio entrar, se puso inquieto. Su pierna empezó a rebotar de arriba abajo como si estuviera tratando de calmarse.

—¿Cómo te ha ido? —me preguntó, sonriendo con nerviosismo.

—Bien. —Me quité el abrigo y fruncí el ceño con preocupación—. ¿Qué te pasa?

Doki, al que había ignorado todo el día, apareció y brincó al sofá para después acostarse, mientras nos observaba con aburrimiento. Frank se puso de pie y lo vi pasar saliva.

—Nada, mmm... —Se tensó y luego respiró hondo—. ¿Podrías ir a la habitación? Yo iré ahora.

Sabía que estaba tramando algo. Abrumada y confundida, asentí y me dirigí a la habitación. Tal vez tenía una noticia bastante importante y por eso estaba actuando de esa manera tan extraña. Su comportamiento era inusual. Siempre era

juguetón, divertido y arrogante.

Abrí la puerta y me tomó un momento reconocer lo que había a mi alrededor. Parpadeé, asombrada por lo que estaba presenciando.

Había velas de cera roja encendidas y colocadas estratégicamente en diferentes partes de la habitación sin que hubiera riesgo de incendio.

Había cientos y cientos de pétalos de rosas en el suelo, en la cama, en los muebles..., por todos lados. Me congelé. Qué bonito... Escuché la puerta y me volví. Frank estaba cerrándola detrás de él.

—Frank, ¿qué es todo esto?

Esto era más que un regalo de cumpleaños, lo presentía.

—Bien, aquí vamos... —Dejó salir un suspiro y se secó las palmas de las manos en los tejanos—. Estos meses en los que hemos estado juntos me he dado cuenta de que eres la única persona con la quiero despertar cada mañana, con la que quiero compartir cada uno de mis días, ya sean buenos o malos. Así que es tu cumpleaños y me gustaría hacerlo oficial.

—Oh, por Dios...

Mi respiración se atascó en mi garganta, pensando en todas las posibilidades tras un anuncio como ese.

Sacó una diminuta caja del bolsillo y mis manos comenzaron a temblar. Se arrodilló frente a mí y yo abrí la boca, pero no pude articular palabra. Mi mente estaba paralizada, al igual que cada extremidad de mi cuerpo. ¿Él estaba...?

—Alexa, ¿me harías el honor de casarte conmigo?

Mi corazón se detuvo un instante, hasta que logré procesar su propuesta.

El anillo brilló cuando abrió la caja y pensé que estaba alucinando. Me quedé en silencio por un momento y conseguí recuperar el aliento.

—Sí —dije.

Lágrimas de felicidad empezaron a caer por mis mejillas mientras Frank sonreía.

Se puso de pie, ya que yo aún estaba saliendo del trance, y me tomó la mano para colocar el anillo deslumbrante en el dedo anular. No podía creerlo. Era como si estuviera soñando.

—Eres lo mejor que me ha pasado.

Besó mis nudillos sin dejar de mirarme y estuve a punto de desmayarme de la emoción.

Se inclinó y me besó, manteniendo un ritmo lento y tierno. Me dejó caer en la cama y los pétalos saltaron a nuestro alrededor sobre las sábanas.

Nos quedamos desnudos en cuestión de segundos. Su cuerpo estaba encima de mí y sus labios recorrieron cada centímetro de mi piel sonrosada. Se alejó un momento para ponerse un preservativo y luego se deslizó dentro de mí. Sentí la presión formándose en mi vientre conforme embestía. Envolví sus caderas con mis piernas mientras sus manos exploraban cada parte de mi cuerpo sensible. Su pecho estaba tan pegado al mío que podía sentir los latidos de su corazón. Eran tan rápidos como los míos.

El placer surgió y me arqueé cuando explotamos al mismo tiempo. Escondió su rostro en la curva de mi cuello y noté su respiración agitada en mi oído.

Encontró mi mano y la entrelazó con la suya mientras presionaba sus labios contra mi mejilla. Suspiró mientras yo recuperaba los sentidos.

—Te quiero —susurró con voz áspera.

—Yo también te quiero, Frank.

Cerré los ojos y me relajé en el calor exquisito que emanaba su cuerpo.

Era perfecto. Todo esto era perfecto.

13

—¡No lo puedo creer! —gritó Karina, llamando la atención de las personas que estaban en el restaurante.

—¡Karina! —susurré con las mejillas sonrojadas.

Algunos camareros se detuvieron un momento, pero luego continuaron con su trabajo.

Suspiré y le di un sorbo al café capuchino que había pedido. Tenía pensado contarle por teléfono que Frank me había pedido que me casara con él, pero al final decidí que se reuniera conmigo por la mañana.

Al mirar el anillo, sus ojos se abrieron como platos y empezó a hacerme

preguntas. Cuando confirmé sus sospechas, no pudo contener su sorpresa, obviamente. Yo aún seguía asimilando la situación. Cuando desperté, pensé que lo había soñado, pero sonreí como una idiota cuando me encontré el anillo en el dedo.

—Lo siento, es que no me lo puedo creer todavía, Alexa. —Tomó mi mano e inspeccionó el anillo mientras yo tenía la misma sonrisa en el rostro desde que me había levantado—. ¿Cómo ha podido comprarte Frank este anillo?

—Ha estado ahorrando desde que comenzó a trabajar en el taller —respondí, mirando el brillo del pequeño diamante. Habíamos hablado por la noche sobre eso. Era un anillo precioso.

—¿Lo tenía planeado? —preguntó, arqueando las cejas.

—No, exactamente. Me dijo que quería usar el dinero para algo que valiera la pena y, bueno, este fue el resultado.

Dejó de mirar el anillo y me miró a mí.

—Estoy muy feliz por ti, Alexa, de verdad. —Suspiró y frunció el ceño—. Pero ¿no crees que es demasiado pronto? Quiero decir, apenas hace un año que están juntos, y casarse a los diecinueve es muy precipitado, ¿no te parece?

Medité sus palabras en silencio. Dependiendo de cómo lo mirases, era una locura. Pero mis sentimientos por Frank eran sólidos. Cada día, Frank me demostraba que realmente me amaba y que lo nuestro no era un simple noviazgo pasajero. Tal vez nadie podría comprender todo lo que yo sentía, necesitarían experimentarlo por ellos mismos para darse cuenta de que, sin importar las circunstancias, el amor siempre triunfaba. Además, tenía la certeza de que él era la persona indicada, y que estaríamos juntos durante un largo, largo tiempo.

—Lo sé, pero le quiero, y sé que no me arrepentiré de haber aceptado —dije tras un silencio.

Sonrió satisfecha por mi respuesta.

—¿Y cuándo tienen pensado casarse?

«Cuando tú quieras; por mí, me casaría hoy mismo», había dicho Frank cuando le pregunté sobre ello.

—Primero nos casaremos por lo civil y después haremos la gran celebración, como es tradicional.

No podía imaginarme vestida de blanco, pero sí podía imaginar a Frank esperándome en el altar.

—Dime, por favor, que seré tu dama de honor.

Karina me miró con un brillo en los ojos.

—Claro que sí, tienes tu lugar reservado.

Chilló con alegría y me reí, sin importarme que los demás nos fulminaran con la mirada.

—Dios, te echaba de menos —dijo Frank cuando entré en el apartamento y me refugió entre sus brazos. Sonreí mientras le rodeaba las caderas.

—¿Dónde has estado? —pregunté mientras nos sentábamos en el sofá.

Me acurruqué a su lado y encendí la tele.

—Fui con Joel y Nathan a tomar algo.

Sus labios se encontraron con los míos, y pude saborear el whisky de su boca.

Nos separamos cuando escuchamos un maullido. Doki se subió al sofá y se acostó entre nosotros.

Pronto se iría a vivir con Billy y Noah. Melina les había comprado una gata y decidimos que era hora de que Doki se emparejara.

—Noah y Billy deben de echarlo de menos, pero pronto estará con ellos —dije, acariciando el pelaje del gato.

—Por cierto, Melina me llamó y dijo que fuéramos a su casa por la noche. Tus padres y tu tía Helen también irán. Creo que será alguna cena para festejar nuestro compromiso.

Lo miré y tenía una sonrisa en su rostro.

—¿Hablaste con mis padres antes de hablar conmigo?

Asintió y retiró el flequillo de mi rostro.

—Tenía que pedirles permiso. De hecho, tuve una conversación muy seria con tu padre. No pareció gustarle al principio; decía que éramos muy jóvenes para una decisión como esa. Pero, afortunadamente, tu madre le recordó que ellos se habían casado cuando ella tenía dieciocho, así que, de ese modo, se tranquilizó y no pudo decir mucho más. También le confesé todo lo que sentía por ti. Que te amaba con tanta intensidad que quería pasar el resto de mi vida contigo. Después

de eso, me ha aceptado como un miembro más de su familia.

Mi corazón parecía querer salirse de entre las costillas en cualquier momento. Me bombeaba con fuerza, y podía sentir cada latido derritiéndose, mientras notaba que mi amor por Frank se expandía por mi pecho como si fuera un festival de fuegos artificiales.

—Te quiero, Frank —dije con toda sinceridad.

Me miró con ternura y sonrió.

—Yo también te quiero. —Me dio un largo beso en los labios, y luego dejó salir un suspiro—. Tengo muchos planes para nosotros en el futuro.

—Ah, ¿sí?

—Sí, tengo pensado ir de viaje a París en nuestra luna de miel.

Me reí y sacudí la cabeza.

—Frank...

—Lo sé, demasiado cursi, pero me parece el lugar perfecto —dijo, acariciando mi mejilla.

—Me refería a los gastos. Además, podemos ir a cualquier otro lugar.

Doki saltó de mi regazo y brincó hacia la mesa de centro.

—Quiero llevarte a París, y no te preocupes, puedo conseguir algún paquete por Internet. —Me cogió en sus brazos y apoyé la cabeza en su pecho—. También tengo pensado comprar una casa dentro de unos años.

Confundida, lo miré.

—Frank, no es necesario que lo hagas. Con el apartamento es suficiente.

—Lo sé, pero no vamos a vivir siempre aquí.

—¿Por qué no? —Me sentía cómoda en este apartamento.

Pasó su mano por mi espalda, y comenzó a hacer círculos en ella.

—Porque quiero que tengamos el espacio suficiente para cuando formemos una familia —dijo, ilusionado.

Contuve la respiración por unos segundos, mientras se me aceleraba el corazón.

—¿Una familia? —susurré en su pecho.

Ajustó sus brazos a mi alrededor y me besó en la frente.

—Nuestra propia familia.

Epílogo

Seis años después...

FRANK

Percibía movimientos y voces a mi alrededor. Era como si estuvieran llamándome, pero estaba demasiado agotado como para abrir los ojos. Ayer había pasado la tarde en la oficina y apenas había tenido tiempo de ir a comprar para la cena. Alexa no se encontraba en condiciones de cocinar, o tal vez sí lo estaba, pero no quería que se cansara de ninguna manera, aunque ella insistía en que estaba exagerando.

—¡Papi! ¡Papi, despierta! —Reconocí la voz chillona de mi hijo.

Gemí, quitándome la almohada de la cara y abrí un ojo. Lo primero que vi fue una pijama de Bob Esponja y luego encontré el rostro de Álex. Mierda. Me estaba mirando con el ceño fruncido. ¿Cómo un niño de cuatro años podía estar enfadado a tan temprana edad?

—¿Qué sucede, campeón? —Mi voz de recién despertado salió áspera, pero traté de decirlo con suavidad.

—Mami dice que el desayuno está listo.

Cerré los ojos por un instante y suspiré.

—Pero se suponía que iba a prepararlo yo —me quejé y bostecé.

Sus pequeños brazos se cruzaron en su pecho y asintió.

—Ya, pero yo tenía hambre, así que mamá tuvo que hacerlo.

Retiré las sábanas y me senté.

—¿Estás enfadado conmigo? —dije, haciendo una mueca.

—Tal vez —susurró, y miró al suelo mientras se balanceaba con los talones.

Y con eso, me sentí el peor padre del mundo. Lo tomé de los brazos y lo senté en mis rodillas. Sus labios formaban un puchero y tuve que contener mis ganas de reír. Mi pequeño Álex era adorable.

—Veamos, ¿qué te parece si lo solucionamos con un partido de fútbol más tarde? —Levantó la vista y lo consideró—. Es sábado y los dos tenemos el día libre. —Se encogió de hombros, y supe que tenía que esforzarme más—. Bien, ¿qué me dices de ese videojuego que quieres desde hace días? Podemos ir a comprarlo después de desayunar.

Inmediatamente sus ojos brillaron de emoción.

—¡Sí! ¡Ese es el que lanzas poderes! Gracias, papi. —Me dio un beso en la mejilla, y mi corazón se derritió. Se puso de pie en la cama y comenzó a saltar—. Ahora, en guardia. ¡Yo seré el enemigo y te derrotaré!

Creó un arma con las manos, y sonreí. ¿Qué había hecho para merecer a este hermoso ángel?

Hizo un sonido de disparo, y fingí que me había herido, llevándome una mano al pecho y quejándome mientras caía de espaldas en la cama.

—Me rindo. Tú ganas —dije, imitando una súplica.

—¡Sí! ¡Soy el guerrero más poderoso de la tierra!

Lanzó sus cortos brazos al aire y los mismos hoyuelos que yo tenía se formaron cuando sonrió.

Estaba tan orgulloso de que se pareciera a mí.

—Dejen de jugar, el desayuno se está enfriando. —Escuché la voz de mi bella mujer.

Estaba en la puerta, mirándonos a ambos. Dios, se veía perfecta como siempre. Le sonreí y luego cargué a Álex en mis brazos. Este niño pesaba demasiado.

—Papi me va a comprar mi videojuego favorito y después jugaremos al fútbol en el parque. ¿Vendrás con nosotros, mami?

Alexa lo miró con dulzura y le dio un beso en la mejilla.

—Claro que sí, cariño, siempre y cuando te portes bien.

—¿Mi hermanita puede jugar con nosotros también? —preguntó con cierto anhelo.

Alexa y yo sonreímos.

—No, campeón. Vamos a dejar algo claro, ¿de acuerdo? —Asintió y me arrodillé con él en brazos—. ¿Qué es lo que ves aquí?

Arrugó su diminuta nariz.

—La barriga hinchada de mami.

Alexa se rio y sacudió la cabeza.

—Mami está embarazada. Ahí adentro está tu hermanita durmiendo y, por tanto, no podrá jugar hasta dentro de un tiempo. Y cuando esté con nosotros, tú y yo la vamos a cuidar mucho, ¿a que sí?

Asintió con una radiante sonrisa, y estuve a punto de morir cuando se inclinó a besar la barriga de Alexa. Hice lo mismo y luego me puse de pie.

—Ahora sí, vayamos a desayunar.

Álex me rodeó el cuello con sus brazos y los dos miramos a Alexa, quien tenía los ojos vidriosos.

—Los quiero demasiado a los tres.

Se frotó el vientre con las manos y mi pecho se infló de amor. Acaricié su barriga, y pasé saliva. Moría por tener a nuestra hija en brazos.

—Nosotros también, ¿verdad, papi?

El dedo regordete de Álex tocó mi mandíbula, pero yo seguía mirando a Alexa. La mujer de mi vida.

—Más que a nada en el mundo. —Le sonreí, agradecido por tenerla.

No había pasado ni un solo día en que dejara de sentir mi amor por ella, y ese amor iba en aumento. Ella lo era todo para mí. Ella lo había cambiado todo en mi vida. Era tan afortunado. Se había apoderado de mi alma, y ahora tenía la dicha de compartir con ella nuestro amor por nuestros hijos, algo que mis padres no pudieron darme.

Me sentía lleno, satisfecho y feliz. En pocas palabras: mi vida estaba completa.

FIN

«Un intruso llegó a mi vida causando problemas
y despertando emociones.»

Agradecimientos

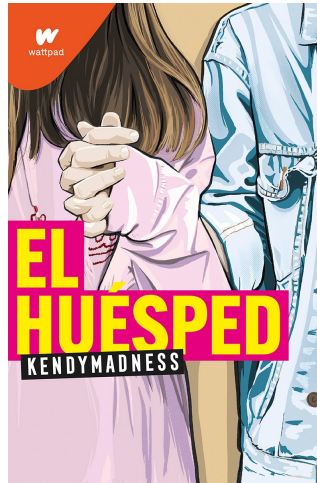
Gracias a mis tiempos de soledad, que me dieron el motivo para escribir e inspirarme mucho para iniciarme en el mundo de la escritura.

Gracias a mi familia y amigos por el apoyo.

Gracias, Antonio, personita especial en mi vida, que me alentó en mis momentos de decepción.

Y, principalmente, gracias a ti, incondicional lector, por leer esto y darle sentido a la historia.

Una de las historias más exitosas de Wattpad con millones de lectores: una historia altamente adictiva.



Tener un huésped en casa nunca había despertado tantas emociones y... pasiones.

«Por un momento pensé que tener a un chico sexy en casa sería una buena historia para contar, pero eso fue antes de que me diera cuenta de su actitud arrogante. Noté su prepotencia desde que llegó, sabía que él no quería quedarse en nuestra casa.

De hecho, la misma noche en que llegó le dije a mi madre que me incomodaba su presencia, que no me inspiraba confianza. Y lo mismo con mi padre, pero ninguno de los dos me hizo ningún caso.

¿Qué había venido a hacer aquel intruso a mi casa? Y lo peor de todo... ¿por qué me resultaba tan irresistiblemente atractivo?»

Kendymadness es escritora y autora de varias novelas en Wattpad, entre las que destaca *El huésped*, con casi cincuenta millones de lecturas.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: abril de 2021

© 2021, Kendymadness

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez

Ilustración de portada: © Esther Gómez

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18594-10-6

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: @somosinfinitos

Twitter: @somosinfinitos

Instagram: @somosinfinitoslibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



   Penguinlibros

Índice

El huésped

Prólogo. Frank

1. Primera conversación
2. ¡Odioso!
3. Tratos con Frank
4. Sentimientos confusos
5. Traidor
6. Perdonado por ahora
7. Retiro lo dicho
8. Furia controlada
9. Lado desconocido
10. ¡Alexa, míralo a los ojos!
11. Casi..., pero no
12. Inesperado
13. Soy tu enfermero
14. ¿Error olvidado?
15. Todo bien, hasta que...
16. F *versus* F
17. Sabor amargo
18. Cita doble, mala idea. Parte 1
19. Cita doble, mala idea. Parte 2
20. Cita doble, mala idea. Parte 3
21. Descubriendo la decepción
22. Intercambiando palabras
23. Juguetón y misterioso
24. ¿Solos tú y yo?
25. Mariposas en el estómago
26. Juntos
27. Reunión matutina
28. Consecuencias
29. Venganza

30. Dulces heridas
31. Sin previo aviso
32. Imprevisto
33. Canguros
34. Tentación interrumpida
35. Complicidad maternal
36. ¿Ahora qué?
37. Noche casi perfecta
38. Sobre todas las cosas
39. Hermoso despertar
40. Al descubierto
41. Enfrentando el dolor
42. Olvidando las reglas
43. Recuerdos, aclaraciones y felicidad
44. Caja de sorpresas
45. Momento inolvidables
46. Melancolía
47. El final de un nuevo comienzo

Capítulos extra
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Kendymadness
Créditos